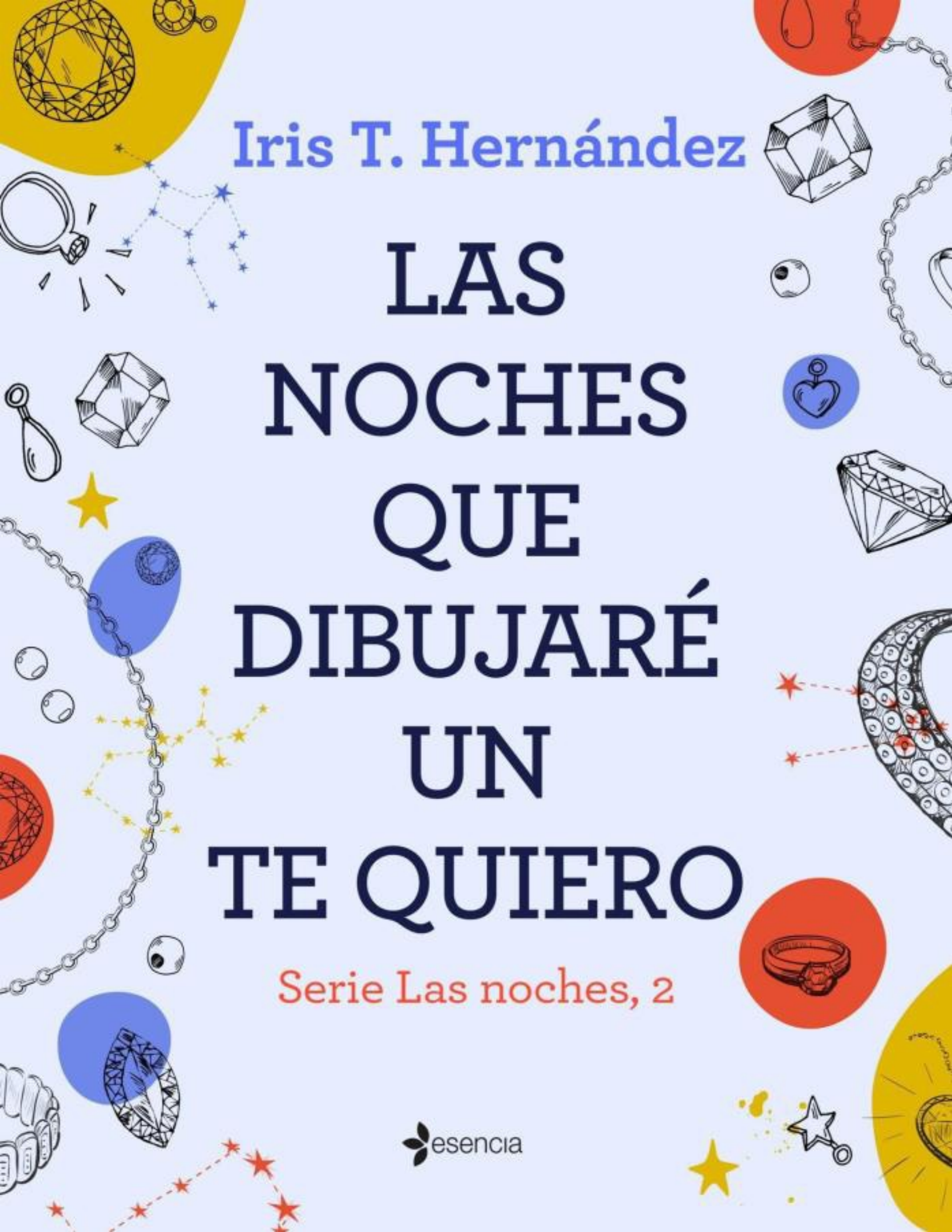


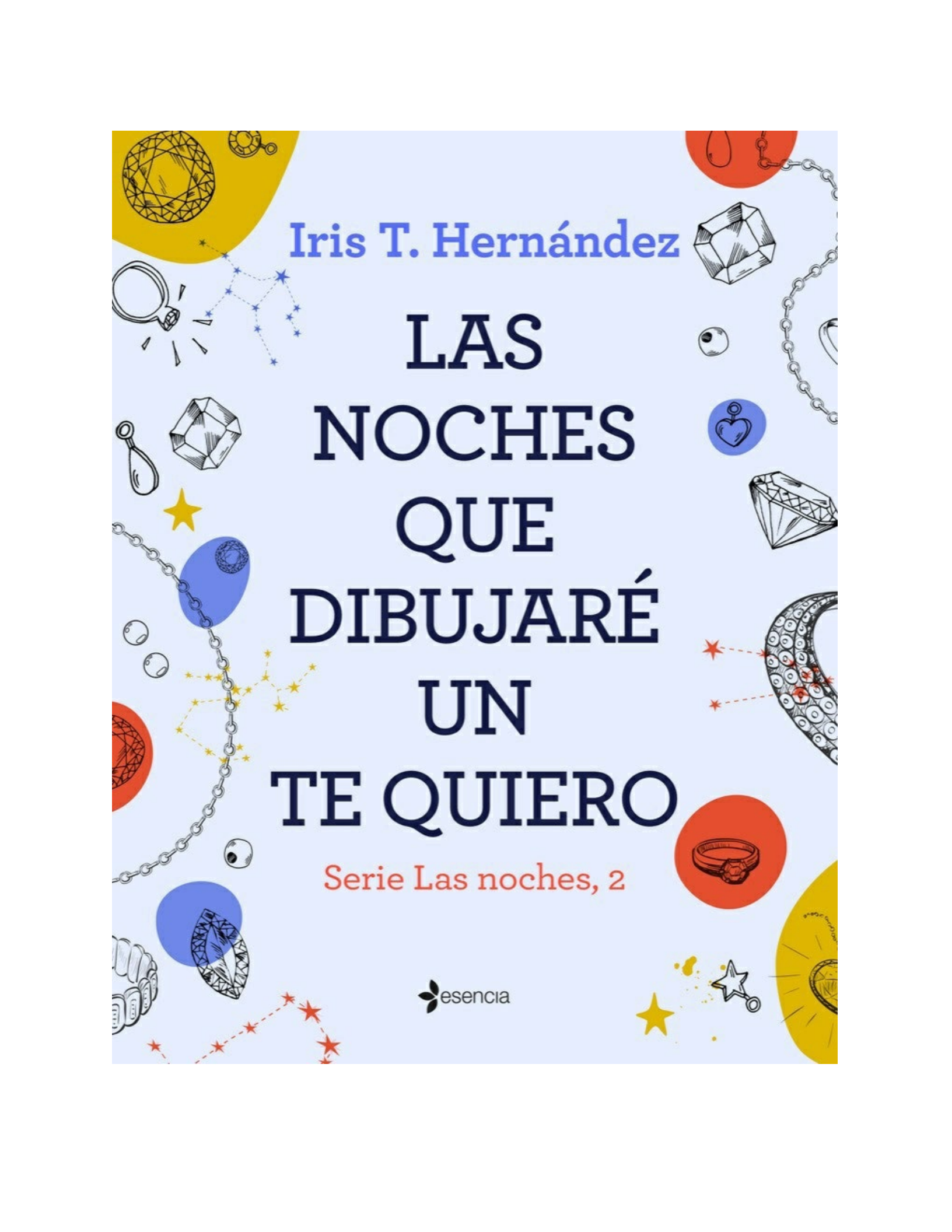
The book cover features a light blue background with a decorative border of hand-drawn illustrations. These include various pieces of jewelry such as necklaces, earrings, rings, and pendants, as well as celestial elements like stars, constellations, and planets. The illustrations are in black, white, and some are colored in yellow, blue, and red.

Iris T. Hernández

LAS NOCHES QUE DIBUJARÉ UN TE QUIERO

Serie Las noches, 2

 esencia

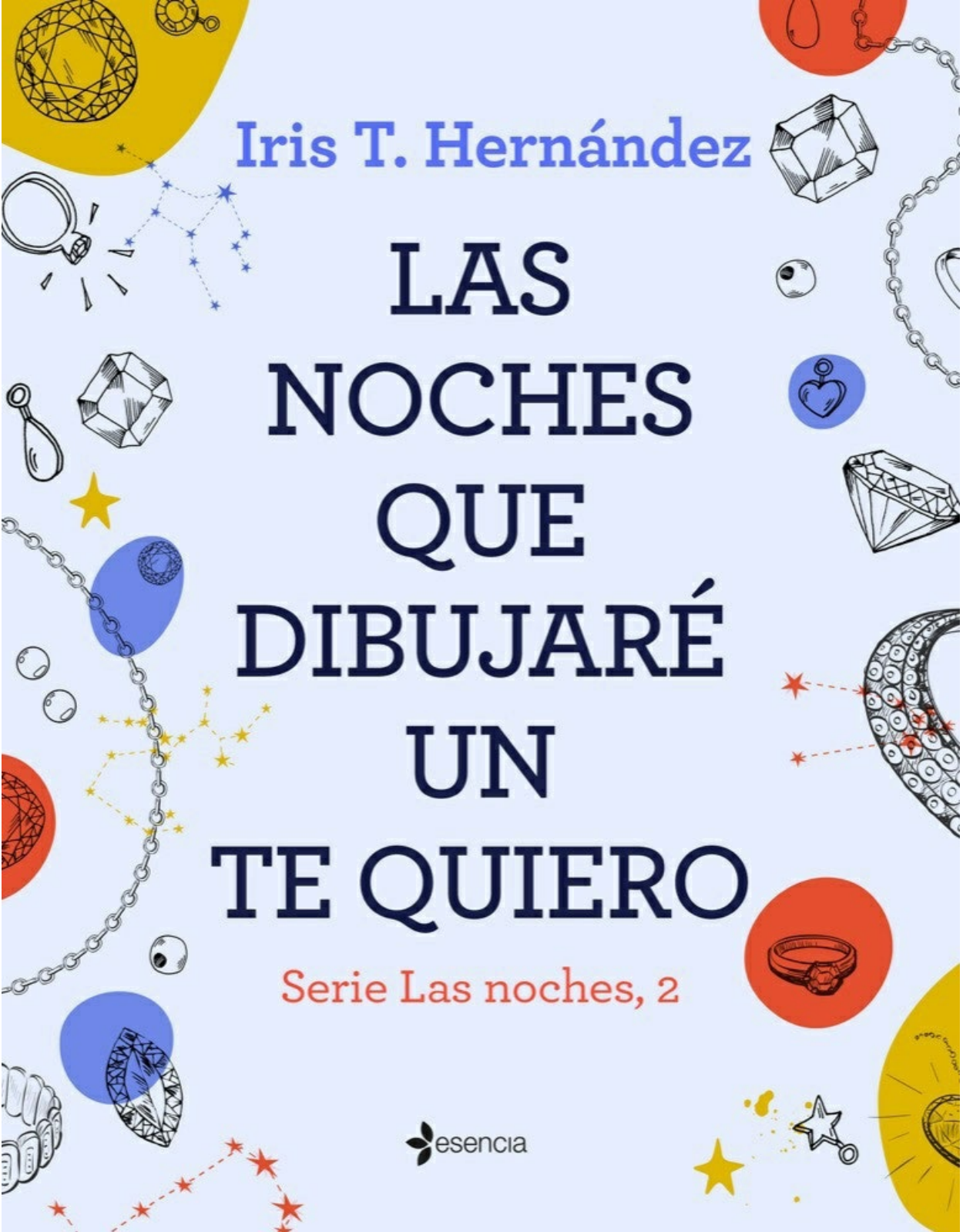
The book cover has a light blue background. It is decorated with various hand-drawn elements: a large yellow circle in the top left containing a diamond; a red circle in the top right containing a chain; a blue circle in the middle right containing a heart; a red circle in the bottom right containing a ring; and a yellow circle in the bottom right containing a star. There are also several constellations drawn with dotted lines and stars in blue, yellow, and red. Various pieces of jewelry, including diamonds, chains, and rings, are scattered around the text.

Iris T. Hernández

LAS NOCHES QUE DIBUJARÉ UN TE QUIERO

Serie Las noches, 2

 esencia



Iris T. Hernández

LAS NOCHES QUE DIBUJARÉ UN TE QUIERO

Serie Las noches, 2

 esencia

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Banda sonora](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicaciones Clubs de lectura con los autores Concursos, sorteos y promociones Participa en presentaciones de libros Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

¿Somos capaces de olvidar cuando las palabras hacen añicos el corazón?

Descúbrela en el desenlace de la biografía «Las noches».

Decidí darle una oportunidad, luchar por un nosotros tras conocer a un Jared que muy pocos sabían que existía. Un hombre protector, cariñoso y siempre dispuesto a todo por hacerme feliz.

Pero en un segundo todo cambió: sus besos bajo el cielo estrellado y sus promesas de un nosotros desaparecían al igual que lo hacía él. Sin él saberlo, actuando así estaba dándole la razón a Heidi, esa mujer que ha hecho todo lo posible por destruirme desde el primer momento que se cruzó en mi vida.

¿Qué será de mí a partir de ahora? Mi trabajo, las personas que me rodean, todo absolutamente todo me recuerda a él. Y por más que lo intento no logro olvidarlo.

Pero todavía hay algo que más me inquieta, y es que no sé si seré capaz de perdonarlo. Y ese es mi primer pensamiento al despertar y el último antes de cerrar los ojos para dormir.

Las noches que dibujaré un te quiero Iris T. Hernández



Capítulo 1

Liv

—¿Estás bien? —Max me pregunta desde la puerta que Heidi ni se ha molestado en cerrar y yo asiento con la cabeza intentando no parecer enfadada; no pienso darle el gusto.

—Por supuesto. Tenemos mucho trabajo como para perder el tiempo con ella.

—Esto no nos va a traer nada bueno —se lamenta mi jefe, y yo paso por su lado, agarrando su brazo para transmitirle tranquilidad, antes de dirigirme hacia el puesto de Benjamin.

No dejo de pensar en la respuesta de Jared, un sí, sin matices, sincero, pero tan arrollador que en este momento tengo un nudo en la boca del estómago; sin embargo, no quiero que Heidi arruine mi día y mucho menos que me descentre de lo verdaderamente importante. Aunque ese «sí» ha sido un jarro de agua fría.

Y es que las palabras de Heidi resuenan una y otra vez en mi cabeza, que siempre volverá a ella, y me encantaría decir que no va a ser así, pero en realidad no lo sé, no lo conozco tanto como para asegurarlo. Y eso es algo que me molesta, porque por primera vez en mi vida siento que mi futuro se me escapa de las manos, y no puedo hacer nada por evitarlo.

—¡Liv! —Percibo un movimiento y me doy cuenta de que Benjamin me dice

«hola» con las manos, y regreso al presente—. Estás en las nubes —se burla de mí y yo sonrío borrando cualquier pensamiento estúpido de mi mente.

—Estaba pensando, perdona.

—Ya estoy trabajando con ella. —Me señala la maqueta y veo por primera vez cómo los corazones comienzan a tomar forma.

—Es un anillo precioso. —No tiene ni la mitad listo, pero ya puedo imaginar cómo quedará una vez finalizado.

Me acerco un poco más y, tras recolocar la luz, lo observo detenidamente; quiero que el anillo de Enok sea perfecto, que el resultado les encante.

—Debe ser fino y elegante.

—Lo será, déjame unos días para que el resultado sea el que esperas.

—No contamos con mucho tiempo, debemos tenerlo antes de que Xia termine los diseños de las joyas de Johan, el cliente de Jared —le recuerdo.

Sé que últimamente parezco un disco rayado, pero no se pueden imaginar la presión que tengo encima en estos momentos.

—Está bien, lo tendrás.

Benja nunca me defrauda, es un profesional muy meticuloso y detallista, así que lo dejo en sus manos.

—¿Podemos hablar? —Me pongo en tensión de repente al oír su voz. Aún no lo he visto y mi cuerpo ya siente un súbito calor incontrolable.

Me giro para no seguir dándole la espalda y me encuentro con sus ojos azul claro como el mar más tranquilo del mundo. Está relajado, demasiado a decir verdad, al contrario que yo, que analizo cada uno de sus movimientos en busca de una señal.

—Benja, sigue así. Cuando acabes, avísame, quiero cerciorarme de que el resultado es lo que tengo en mente —le pido mirándolo y luego dirijo la vista a Jared—. Sí, vamos a mi despacho —le contesto calmada; yo no soy Heidi, no monto escenas a diestro y siniestro, todo lo contrario.

Jared me hace un ademán con una mano para que pase delante de él, y casi sin mirarlo para evitar que todos los que están pendientes de cada uno de nuestros movimientos no tengan más alicientes para hablar de nosotros.

—¿Por qué estás tan seria? ¿Y cómo has sabido que he visto a Heidi? —Está confuso, que no enfadado. Al menos no es lo que me parece en este instante. Y

yo debería estar muy cabreada; sin embargo, soy muy consciente de las malas intenciones de Heidi y de todo lo que es capaz de hacer por conseguir su objetivo, que no es otro que casarse con él... así que imagino que está dispuesta a todo.

—Heidi ha venido a la oficina.

—¿Cuándo? —Comienza a enfadarse, mucho. Sus ojos ya no son claros, sino que se han oscurecido como siempre le ocurre cuando se enfurece—. ¡¿Ha venido aquí?!

—Baja el tono de voz, el personal ya ha tenido bastante espectáculo por hoy.

—¿Por eso me has enviado ese mensaje? —Asiento con la cabeza mientras no dejo de observarlo —. Esta mujer está loca, ha venido a mi hotel y, como no la dejaban subir, ha montado un pollo —me explica con voz de hastío.

No hay duda de que Heidi no se ha salido con la suya, hecho que me alegra.

—No me sorprende.

—He dejado que subiera a la habitación para evitar a la prensa, seguro que tenía algo orquestado —se justifica, y yo sonrío imaginando la cara de satisfacción de Heidi cuando ha entrado en su lujosa suite—. Liv, ¿no creerás que ella y yo...?

—No soy capaz de mirarlo a la cara porque estoy a punto de llorar... y no porque crea eso, sino por la situación en sí. Me siento muy incómoda, tanto que solo me cruzo de brazos mientras me paro frente a la ventana, a través de la cual pierdo la mirada—. Cuando tomo una decisión, no hay vuelta atrás.

—¿Igual que cuando decidiste comprometerte con ella? —Necesito saber cuánto valor tiene su palabra, porque para mí es algo primordial. Necesito confiar en él; si no, todo por lo que podamos luchar no servirá de nada—. Creo que todo está yendo demasiado rápido. Ni tan siquiera habías hablado con ella y ya me estabas pidiendo que buscara una casa para irnos a vivir juntos.

—Me equivoqué con Heidi y te aseguro que lo voy a pagar caro. —Camina hasta mí, pero no me toca; se limita a mirar por la ventana igual que hago yo.

—Lo vamos a pagar. Ya me ha dejado muy claro que o me aparto de vosotros o me destrozará la vida. —Mi mirada se clava en la suya y noto la decepción en su

rostro—. Francamente, no recuerdo sus palabras exactas, pero no me va a dejar en paz. — Suspiro resignada a todo lo que he tenido que escuchar.

Siento cómo sus brazos me rodean. Aunque al principio me resisto, finalmente cedo y dejo que su abrazo me lleve con él, y también a un estado de tranquilidad y seguridad. Sé perfectamente que está siendo sincero, que por eso mismo ha venido Heidi a amenazarme, porque su última carta era lograr que yo me apartase para tener el camino libre.

—No voy a dejar que Heidi...

—Sabes que no nos va a dejar en paz, está obsesionada. —No le dejo terminar la frase, y suspira, sabedor de que es tal cual se lo digo.

—Se le pasará —intenta convencerme, aunque ni él mismo se lo cree.

—¿Cuándo? —Lo miro a los ojos y veo que sonrío—. No es gracioso, tu padre se ha quedado de piedra al ver la escena que nos ha montado. ¡Está chiflada!

—Aparecerá otro y se olvidará de nosotros.

—¿Puedes presentárselo ya? —digo con tono de burla y se acerca para rozar sus labios con los míos, y así puedo sentirlo por primera vez desde que he llegado a la oficina, consiguiendo que me olvide de sus palabras y sus malas intenciones.

—Déjame que piense... Un tonto con dinero y dispuesto a amargarse la vida...

—Parece que le he contagiado el tono bromista—. Ufff... No se me ocurre nadie.

—Eres muy tonto, y lo sabes.

—Solo cuando estoy cerca de ti; no sé qué influjo tienes que sacas de mí a una persona diferente.

—Pues esta me gusta mucho. —Nos quedamos observándonos durante unos segundos—. ¿No ha intentado nada contigo, ni un beso? —Evidentemente me refiero a ella, y me mira muy serio.

—No le he dejado ni rozarme la mejilla. —Su seguridad es aplastante, tanto que no tengo duda de que me está diciendo la verdad—. Te aseguro que entre Heidi y

yo no habrá nada nunca más.

—¿Puedo añadir una nueva norma?

—¿Una nueva norma? —Asiente seguro. Y es algo que hasta este momento nunca me había planteado—. Te escucho.

—Solo nos podemos acostar con otras personas en presencia del otro. —Achina un poco los ojos, pensativo, y espero impaciente a que me responda. Y es que Jared me provoca algo tan grande, algo que me remueve tanto por dentro, que solo de imaginar que pueda estar con otra mujer sin que yo lo sepa me parte el alma.

—Llevo desde ayer pensando en esa norma concretamente, pero temía tu reacción si te la proponía. No soporto el hecho de que puedas estar con otro hombre sin que lo sepa.

Saber que le ocurre lo mismo que a mí es algo que me gusta, porque solo puede significar una cosa... y es que estamos alineados.

—Solo cuando estemos los dos, y siempre comenzaremos y terminaremos juntos.

—Me parece perfecto. —Zanja nuestro acuerdo con un beso y entonces capto un carraspeo de Max, que está en la puerta, sonriente, mirándonos.

—Perdonad, no pretendía interrumpiros. —Jared le hace un gesto para que pase y, aunque se separa un poco de mí, no me suelta. Me doy cuenta de que Jared no se esconde aquí en la empresa; quiere que todo el mundo sepa que somos pareja, y tiene mucha lógica, pues ya lo

declaró ante la prensa esa noche en Berlín, así que toda la plantilla está más que enterada—. Emilia quiere saber si tiene que contar con Heidi para la presentación de la que hablamos.

—Heidi no volverá a pisar más estas instalaciones. Ahora mismo prohibiré su acceso; bajo ninguna circunstancia quiero que la dejen pasar.

—Por primera vez estamos de acuerdo en algo. —Max sonríe, y yo estoy a punto de dar saltos de alegría, aunque los reservo para mi yo interior—. Voy a hablar con Emilia, que tengáis un buen día. —Se va de mi despacho como si nada, sin intentar hablar con él, y supongo que lo hace porque va con pies de plomo, su

relación no es nada fácil.

—¿Has visto qué bien se siente uno cuando hay respeto y cordialidad? —suelto.

Luego me muerdo el labio inferior, divertida, y él se lanza a mordérmelo.

—No me pidas tanto y deja ese labio quieto o no voy a poder controlarme.

Suena un mensaje en mi móvil y miro la pantalla para comprobar quién es, sin importarme que Jared pueda leerlo.

—Tengo una cita a las cinco con la amiga de Amélie.

—Anularé una reunión e iré contigo. —Eso sí que me pilla por sorpresa, pensaba que iría sola—. Esto es algo para los dos y quiero comenzar a hacer las cosas bien.

—Suena tentador. Jared Kohler va a venir de mi mano a elegir una casa. —

Aunque lo pronuncio en voz alta, me sigue pareciendo todo de locos.

—Nuestra casa.

—Tu casa —aclaro rápidamente para que quede cristalino.

—Eso ya lo veremos.

Me da un beso en la mejilla y sale de mi despacho como si nada, sin ser consciente de que en este momento me siento una impostora, como si estuviera en un lugar al que no pertenezco y donde no debería estar. Puede que sean tonterías mías, pero Heidi tiene fama, es una supermodelo, y eso nadie se lo puede discutir; en cambio, yo... yo no tengo nada: un piso en el casco antiguo, una moto que tiene más años que yo misma, y listo. No vivo con lujos, aunque es cierto que nunca los he buscado. Y de pronto miro mi despacho y me percató de que estoy rodeada de cosas que yo nunca he buscado tampoco.

Tengo un trabajo sin haberme presentado a ninguna oferta de empleo; se me ofreció sin más y acepté sin pensarlo. Poco a poco hice de esta empresa algo mío, y me mudé a un despacho sin dudar; no valoré si lo merecía, trasladé aquí mis cosas y lo hice mío sin siquiera planteármelo. Y estoy haciendo exactamente igual con Jared, salvo que en esta ocasión soy consciente de que

esa nueva casa, que él está poniendo en mis manos, no me corresponde, y me siento mal

aceptándola. Es más, no voy a hacerlo. Puedo ayudarlo a elegirla, incluso a decorarla, pero será su casa. Si algo sale mal, él tendrá su espacio y yo me iré a mi piso en busca de soledad. Es algo que debo dejarle muy claro.

Cojo el móvil y respondo al mensaje de la agente inmobiliaria.

Nos vemos a las cinco. Gracias por hacernos un hueco.

Justo cuando le doy a «Enviar» comienza a sonar mi teléfono y veo el nombre de Amélie.

—Ya me ha escrito tu amiga —es lo primero que le digo tras coger la llamada.

—Te va a encantar, sobre todo la casa con vistas a la montaña.

—¿Sigues mirando casas? —le pregunto extrañada. Después del trabajo de reforma que han tenido con su mansión, no creo que tengan ganas de volver a empezar ahora que lo tienen todo listo.

—Por curiosidad. —Se le escapa una risa y niego con la cabeza, alucinada por cómo es mi amiga.

—Estás de atar. —Me río a carcajadas mientras voy hacia mi escritorio y me siento tras él—. ¿Cómo va tu día? Dime que mejor que el mío.

—Pues me vas a matar, pero Emre me necesita y no puedo acompañarte, por eso te llamo. —Ni siquiera me acordaba de que se ofreció a venir conmigo hoy.

—Tranquila, al final Jared se ha apuntado.

—¿De verdad? Te juro que no lo reconozco. Jared nunca se ha involucrado así con nadie.

—Amélie... —Suspiro y permanezco unos segundos en silencio, los suficientes como para que ella sepa que no estoy bien.

—¿Qué te preocupa?

—¿No estoy yendo muy rápido? No sé, es que tengo la sensación de que...

—¡Para, para, paaaaaaaara! —No me deja terminar la frase—. ¿Cuánto tiempo estuviste con Adler? —Me quedo callada porque las dos conocemos la respuesta y no me apetece ni mencionarlo—. Tres años, lo sé. Y, en todo ese tiempo, él nunca quiso nada más. Cada uno tenía su casa, y tú siempre me comentabas las ganas que tenías de que se decidiera y dierais el paso. ¿Cuándo te lo pidió? —

Lanza una segunda pregunta que me llega como una buena bofetada. Y sigo sin responderle—. Nunca. —Llega la bofetada final, con la que me derriba y me deja K. O.

—Todo fue muy complicado.

—Y ahora te quejas porque es fácil.

Puede que tenga razón y que, el hecho de que sea fácil, sencillo, no tenga por qué ser malo.

—Lo sé, pero tengo derecho a sentir miedo —me justifico para que se ponga un poco en mi lugar.

—Pues, en vez de eso, disfruta de lo que estás viviendo y aprovéchalo sin temores. ¿Qué es una casa? Si sale mal, te vuelves a tu piso y él se queda en esa y asunto arreglado.

—Exacto. Esa será solo su casa y, si finalmente lo nuestro no funciona, no habrá problemas añadidos.

—Qué poco conoces a este tipo de hombres. ¿Qué hizo Emre? —Sonrío al recordar todo lo sucedido—. ¿Y tú qué me decías al respecto? Yo te lo recordaré: que no era nada malo, que disfrutara de todo lo que me podía ofrecer sin pensar en el qué dirán.

Cómo me joroban mis propias palabras, porque cuando se trataba de ella lo veía clarísimo y estaban muy bien, pero, cuando se trata mí, ya no me gustan tanto.

—Pues aplícate el cuento, amiga. Y te aseguro que serás más feliz.

—¿Tienes un momento? —Xia cuele la cabeza en mi despacho justo después de llamar a la puerta y abrirla un poco.

—Estoy hablando con Amélie. —Le hago un gesto para que pase y se siente en la silla que hay frente a la mía—. Xia te manda un beso —le digo y mi compañera de trabajo asiente en señal de que sí se lo manda—. Después te cuento, a ver qué tal nos va.

—¡Lláname, eh!

Finalizo la llamada, dejo mi teléfono sobre la mesa y me froto los ojos. Parece mentira que acabe de comenzar la jornada laboral, porque estoy agotada y ni tan siquiera he estado una hora aquí. Xia me observa esperando paciente. Me conoce muy bien y sabe que en este instante no tengo cabeza para nada.

—¿Qué está pasando? —acabo diciendo ante su sonrisa cómplice.

—No te quejes, que ya me gustaría a mí tener a un hombre como Kohler poniéndome la vida patas arriba.

—Esta tarde vamos a ver una casa. —Abre la boca desmesuradamente, incapaz de reaccionar—. Eo... —Le hago un gesto con una mano para que diga algo—.

Se te va a desencajar la mandíbula y después dirás que es culpa mía... De todas formas, te entiendo... Lo sé, es de locos, es muy pronto y yo qué sé qué va a pasar, pero es lo que hay.

—Te tengo mucha envidia ahora mismo, Liv. Si te ha propuesto eso es porque quiere algo serio contigo, y él no es de esos que se lo piden a todas.

Levanto ambas cejas en señal de incredulidad y ella niega con la cabeza al caer en la cuenta.

—Seguro que le metió algo en la bebida. Sigo sin poder creerme que le dijera que sí a esa Barbie arpía. —Conforme lo suelta las dos rompemos a reír y no podemos parar durante unos segundos —. Ay, por favor, para ya... Abre el mensaje que te acabo de enviar por el correo interno.

Mientras logro parar de reír abro los archivos que ha adjuntado al mensaje que me ha enviado antes de venir a verme.

—Me gusta mucho —le digo una vez que he estudiado ese diseño del que me ha enviado distintas perspectivas plasmadas con maestría e integradas en mi idea del collar. La verdad, es tal como lo había imaginado—. Buen trabajo, eres la

mejor. Déjame que se lo enseñe a Jared.

Abro el chat de la empresa y le mando un mensaje: Necesito enseñarte algo, ¿puedes venir?

¿Ya me estás echando de menos?

Eres muy tonto. Estoy con Xia, ven.

¿Qué me das a cambio si voy?

Nada.

Se me escapa la risa y Xia se queja en voz alta imaginándose de lo que estamos hablando.

Dile a Xia que venga a mi despacho.

¿Esto es una broma?

Soy un hombre muy ocupado y solo dejo de trabajar por algo realmente importante y satisfactorio. Come conmigo y voy.

Está bien, pero ven ya.

Capítulo 2

Liv

Entonces aparece de repente, para mi sorpresa. Es cierto que mi despacho no está muy lejos del suyo, pero no me ha dado tiempo a retirar la mirada del ordenador y ya está cruzando la puerta y sentándose al lado de ella tras saludarla con un «hola» cordial y sin dejar de mirarme.

—¿A ver qué te parece para Johan? —Le muestro la pantalla y Jared alza una ceja; no hay duda de que no esperaba ver algo así.

—Guau, esto le va a encantar. Es muy erótico. —Conforme emite esa última palabra comienzo a sentir un calor que apenas me permite estar quieta en la silla. Siento una fuerte opresión en el pecho y no puedo dejar de mirarlo. Está concentrado analizando lo que ve en la pantalla, estudiando una a una las imágenes de ese diseño desde las distintas perspectivas, sin ser consciente de que está encendiendo un fuego tal que está a punto de arder todo mi despacho.

—La idea es suya, yo solo he materializado sobre lienzo lo que me ha pedido —

le comenta Xia mientras él asiente, convencido de que el resultado es inmejorable.

—Gran trabajo, os felicito a las dos. —Xia me mira orgullosa, y es que, cuando te reconocen de este modo que has hecho un buen trabajo, es más que gratificante—. Estos diseños tan vanguardistas son los que quiero en mi compañía. —Su voz transmite emoción y es que, aunque no quiera reconocerlo, Jared lleva este negocio en la sangre, y no va a poder olvidarse de eso tan fácilmente como le gustaría—. Elige cuál quieres para ti.

—¿En serio? —Xia no puede reprimir la envidia y protesta en voz alta—. ¿Vais a ir a esa fiesta? —Vuelve a tener la boca abierta exageradamente y yo miro a Jared negando con la cabeza.

—Somos de los pocos que asistiremos —le confirma él muy relajado. Nada que ver con el primer día que descubrió que ella estaba en casa de Amélie y Emre y, por tanto, que alguien de la empresa sabía cómo eran sus prácticas sexuales.

Aquel día se enfadó, y tuvo muchas dudas de si era lo correcto, pero parece que en este momento ya no le importa; confía en mi amiga y habla sin tapujos delante de ella.

—Xia, termina el resto y se los envías a Benjamin. Esto debe avanzar a muy buen ritmo porque en breve llegarán los brillantes de la mina de Venetia y entonces tendremos que volcarnos en eso para decidir qué joyas presentar en la nueva colección.

—Tengo una reunión... —mira su reloj de pulsera Stauffer... ya, así que os dejo. —Se pone de pie a toda prisa y se detiene antes de salir—. No olvides que comemos juntos.

—Lo sé. —Sonríe mientras veo cómo se marcha de mi despacho.

—Vamos a tener que pedir un cubo para recoger la baba. Pero ¿tú te has visto?

—¿Te quieres callar y centrarte en el trabajo? —reprendo a mi amiga, que como siempre es tan sincera que me saca los colores.

—Sí, me voy a mi puesto de trabajo, pero me das mucha envidia, que lo sepas.

Yo quiero un Jared en mi vida. —Se pone de pie mientras habla y veo cómo camina hasta la puerta y sale de mi despacho lanzándome besos al aire, tan risueña como siempre es.

El resto de la mañana lo paso comprobando que vamos a tener los suficientes materiales para las piezas que tenemos en mente, y decido ir en busca de Emilia por si necesita ayuda ahora que Heidi ha salido al fin de nuestras vidas.

Sin darme ni cuenta compruebo que el tiempo ha pasado volando y veo que Jared se cuela en la sala de juntas, donde Max y yo comentamos todos los avances de la mina.

—¿Habéis terminado? —Lanza la pregunta mirando la hora—. Tenemos una reserva.

—Id a comer. Cuando vuelvas, Liv, quiero que miremos uno de los nuevos relojes que acaba de terminar Martin.

—Hoy no creo que volvamos a la oficina, tendrá que ser mañana —le contesta él para su sorpresa, que me mira a mí bastante confuso.

—Pero...

—Liv, no nos va a dar tiempo a todo. Le he pedido a Olivia que te bloqueé la tarde. —No me deja hablar y pongo los ojos en blanco cuando vuelvo a oír que se ha encargado de controlar mi agenda.

—¿Olivia es mi secretaria ahora?

—Es la mía y hace lo que le pido.

—Pues, si no te importa, me pides permiso primero. Puede que tenga reuniones que no pueda cancelar y eso solo lo sé yo.

Max se tapa los labios para que no podamos verlo, pero está divirtiéndose de lo lindo a nuestra costa. No dice nada, porque tiene claro que no debe entrometerse, pero le hace gracia cómo le freno los pies a Jared.

—A partir de mañana pediré permiso antes de cambiar tu agenda.

—A partir de ahora mismo, querrás decir —lo rectifico y, lejos de molestarse o avergonzarse, parece que le divierta.

—Bueno, yo os dejo, que ya estoy mayor para presenciar una riña. —Max coge sus cosas y sale de la sala casi a hurtadillas y lo comprendo, si es que somos dos críos de la leche en este momento.

Cojo mi tablet y abro la agenda.

—Esta reunión no la puedes cancelar, ¡Jared, por el amor de Dios! —Levanto el teléfono y llamo a Covadonga, una de nuestras mejores clientas, por lo que por nada del mundo podemos hacerla esperar.

—Buenos días, querida. Ya me ha dicho tu secretaria que hoy no tendrías hueco.

—Mil disculpas, ha sido un malentendido, pero, como tengo una reunión muy cerca de tu casa, ¿te parece si a las cuatro y cuarto me paso por allí?

—Claro, aquí te espero.

—Fantástico, nos vemos entonces.

Me despido y finalizo la llamada ante la feroz mirada de Jared, que me escanea de arriba abajo.

—No vas a ir —me advierte acercándose a mí peligrosamente.

—No es que vaya a ir, sino que vamos a ir. Así vas a descubrir cómo trabajamos en esta empresa, qué tipo de trato reciben nuestros clientes y la cuantía que gastan en nuestras joyas y que después ves reflejada en tu resumen mensual de beneficios.

—Tenemos que estar a las cinco en la agencia inmobiliaria.

—Casualmente Covadonga vive al lado, justo a dos calles.

—¿Quién narices se llama así?

—Una señora con muchos millones y más ganas aún de invertirlos en joyas. —

Suspiro frustrada. Debe comprender que nuestro trato con los clientes es muy cercano, y es algo que no puede cambiar ni de lejos.

—¿Siempre vas a querer salirte con la tuya? —me reta sosteniéndome la mirada a pocos metros, y estoy tan cachonda que podría tumbarme sobre esta mesa y demostrarle todo lo que soy capaz de hacer con tal de salirme con la mía.

—Tendrás que acostumbrarte.

—Nunca me voy a acostumbrar a ello —me regaña molesto, sin dar crédito a lo que acabo de decirle—. Nadie había tenido el valor de llevarme la contraria como acabas de hacer ahora mismo llamando a esa clienta.

—Pues ya era hora, entonces. —Me levanto, voy hasta mi despacho seguida por él, me coloco el abrigo y cojo las cosas que necesito y que están sobre mi mesa ante su atenta mirada—. ¿Vamos?

—Debería llevarte a mi hotel y follarte hasta que me pidieras perdón suplicando.

—Eso no va a pasar jamás. —Paso por delante de él, apretando su miembro con fuerza y sintiendo lo dura que la tiene en este instante—. Además, tenemos prisa, has hecho una reserva —me burlo saliendo de la estancia y, tras unos segundos en los que supongo que intenta mantener la calma, decide seguirme hasta el ascensor.

—¿Dónde comemos? —le pregunto, porque no tengo ni idea.

—Muy cerca de aquí.

Asiento con la cabeza, sin necesidad de saber más, y es que el lugar es lo de menos.

Estamos esperando a que se abran las puertas del ascensor cuando siento que su mano se posa en mi cintura y me muerdo el labio inferior, nerviosa. Por un lado no quiero que nadie nos vea, pero, por otro, quiero gritarle a todo el mundo que sí, que estamos juntos y que dejen de cuchichear a nuestras espaldas.

—Liv, ¿te vas? —oigo la voz de Benjamin y, al ver cómo Jared me tiene agarrada, observa atentamente su mano, durante unos segundos, hasta que vuelve a mirarme a los ojos—. Quería enseñarte una cosa.

—Liv —me advierte, pero es superior a mí, no puedo irme así, y más si no voy a regresar esta tarde, porque eso significa que retrasaría el trabajo un día más—.

Tenemos que irnos —me recuerda como si no lo supiera.

—Adelántate tú. Voy al coche enseguida, te lo prometo.

Resopla hasta que asiente sin estar nada convencido al tiempo que mira la hora, y yo salgo corriendo tras Benjamin.

—Espero no causarte ningún problema.

—No digas tonterías. Venga, espabilemos. —Ambos caminamos a toda prisa por el pasillo hasta llegar a su taller y entonces veo la pieza de Enok perfectamente confeccionada; es solo la maqueta, pero el resultado es increíble... tal y como la había imaginado durante años en mi mente, y ahora la puedo tocar.

—Me encanta, buen trabajo.

—¿Es elegante y fina como querías?

—¡Es perfecta! ¿Te puedes encargar de que pase a producción? —le pregunto con prisa sabiendo que a Jared no le va a hacer ninguna gracia que tarde tanto en bajar.

—Por supuesto. Ve tranquila, yo me encargo de todo.

Le doy las gracias y a toda prisa, casi corriendo, voy escaleras abajo hasta la puerta principal, y fuera veo su deportivo con el motor en marcha y a él hablando por teléfono.

—¿Tengo que ir en persona...? ¡Joder! —Le da un golpe al volante y, en silencio, me abrocho el cinturón—. Está bien, no me queda otra, pero que quede claro que este trato comercial le interesa a él tanto como a mí y que mi tiempo es tan valioso como el suyo. Déjame unos días para que cuadre mi agenda. —

Finaliza la llamada y niega molesto con la cabeza—. Menudo cabrón.

—¿De quién hablabas?

—De nadie.

—Pues, para no ser nadie, estás cabreado —comento mientras cojo mi teléfono y me dispongo a mirarlo.

—Estoy a punto de cerrar un negocio importante y Sean quiere que lo hablemos en persona —comienza a explicarme, aún cabreado por su culpa—. Como si no hubiera hecho negocios conmigo anteriormente, ¡hostias!

—¿Vive muy lejos?

—En Canadá. —Abro los ojos como platos porque sí que está lejos, sí. Me sorprende que haga tratos en tantos lugares—. Tendré que irme unos días. —Lo entiendo, juro que lo hago, pero ahora lo último que me apetece es que se vaya a ningún lado—. Es una verdadera faena, pero, si no voy, perderé demasiado.

—Debes ir entonces. —No contesta, se limita a conducir por las calles del centro de Ginebra mientras yo miro por la ventanilla—. Si quieres, le pido a Olivia que

te cancele todas las reuniones. —Noto cómo clava su atención en mí muy serio y yo me divierto—. Voy a comenzar a reorganizar nuestras agendas también.

—No debería haber tocado la tuya sin permiso, tienes razón... y te pido perdón.

—¿Te estás disculpando? —Hago como si no hubiera oído nada llevándome una mano a la oreja y aproximándome un poco más a él—. No te he entendido bien.

¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído —farfulla molesto, y es que le fastidia soberanamente tener que admitir sus errores.

—Jared...

—Lo siento, Liv, no volverá a ocurrir —dice alto y claro, y yo me inflo cual pavo, orgullosa de haber obtenido de él una disculpa tan nítida.

—Gracias. No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Rompo a reír mientras lo digo y niega resignado con la cabeza—. Ahora podemos ir a comer tranquilos. —Mi actitud desde este momento cambia por completo; lejos ha quedado mi enfado, en este instante solo me apetece ver qué nos depara este día.

—¡Ven aquí! —Justo cuando me paro frente a la puerta del ascensor del garaje del restaurante me lleva hasta su cuerpo para besarme, y me entrego a él; estaba deseando volver a sentirlo—. Odio verte enfadada conmigo, no me siento bien cuando soy el culpable de tu malestar.

—Pues vas a tener que cambiar un poco, eres demasiado intransigente.

No me responde, se limita a besarme de nuevo, y supongo que es su modo de acallarme, y aunque por esta vez lo acepto, este es un tema que me dejo anotado en la mente para un futuro

nada lejano.

Salimos del garaje y caminamos cogidos de la mano. No sé dónde vamos exactamente, pero ahora es lo que menos me importa. Respiro hondo mientras observo a todos aquellos que nos cruzamos por el paseo que rodea el lago, en la zona donde está el Jet d'Eau, la fuente que escupe un gran chorro de agua hacia el cielo que consigue captar la atención de todos los que paseamos cerca.

—¿Qué tipo de casa te gustaría? —Su pregunta me pilla desprevenida, y es que,

si soy sincera, no me siento muy cómoda con este tema—. Tendrás alguna preferencia.

—Jared, yo no necesito una casa, tengo mi piso y, aunque sea pequeño, en él tengo mil recuerdos. No sé... Me siento...

—Lo sé, y no pretendo que te sientas obligada a nada, pero tu apartamento es demasiado diminuto para invitar a todos nuestros amigos. Nos hará falta algo más grande; por ejemplo, yo quiero un despacho amplio y que sea cómodo, pues paso muchas horas en él, y tú podrías montar un estudio y tener tu espacio para ti, y un vestidor.

—No tengo tanta ropa. —Se me escapa una carcajada mientras mi mente recuerda el vestidor de Amélie, que siempre está abarrotado de prendas, nada que ver con mi pequeño armario en el que hay la ropa justa para el día a día y algún vestido más formal—. ¿Puedo serte sincera?

—Por favor.

—No me siento cómoda, tengo la sensación de que no me merezco nada de todo lo que está sucediendo y me siento superada.

—Espera. —Me detiene y me agarra de las manos poniéndose frente a mí para mirarme fijamente a los ojos—. Yo soy el que he decidido quedarme en esta ciudad por ti, yo he sido el que se ha empeñado en buscar una casa donde podamos comenzar a ser felices, y lo sé... estoy loco, es muy pronto, pero también soy un visionario y, además, cuando quiero algo, lucho por ello. Y tú —

me aprieta la barbilla— has llegado para demostrarme que la vida no es lo que creía, que no todo se reduce a los negocios; contigo he desconectado del mundo y he sentido algo que hasta ahora nadie había logrado que sintiera... Así que te debo mucho, aunque tú no lo creas.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Vamos a elegir una casa donde los dos nos veamos en un futuro y deja de pensar más allá del presente.

Asiento segura. Es lo que más me apetece, no pensar en nada y actuar según lo que sienta en todo momento. Eso es justo lo que he hecho durante toda mi vida.

—¿Centro o en las afueras?

—¿Las afueras? —me lo pregunto a mí misma, indecisa ante la decisión que debo tomar—. Siempre he soñado con tener un gran jardín repleto de infinidad de plantas de diferentes colores.

—Me gusta la idea.

—Un jardín donde podamos tumbarnos y ver las estrellas. —Se me escapa una sonrisa, y mi mente vuelve a su terraza en Berlín, a las estrellas que fueron testigo de nuestro amor.

—Te prometo que la primera noche que durmamos en nuestra casa, sea cual sea, te quedarás dormida viendo las estrellas.

—Eso me gusta mucho más que cualquier lujo que puedan tener todas las casas que vayamos a visitar.

Sonríe antes de darme un beso. Supongo que soy un bicho raro para él, aunque, recordando cómo son Enok e Irma, no me parece que sean tan diferentes a mí.

Llevan vidas muy normales, y aunque Jared se rodeó de otro tipo de personas que viven por y para el lujo, también lo hace de otras que no lo tienen.

—Te quiero, Liv.

No puedo evitar emocionarme cuando, mirándome a los ojos, me declara sus sentimientos. Creo que en pocas ocasiones he sentido que mi corazón estaba a punto de salirse del sitio como lo está haciendo ahora mismo.

—Te quiero, Jared. —Es la primera vez que se lo digo, y lo hago muy segura porque es totalmente cierto. ¿Cómo es posible que sienta amor en tan poco tiempo? ¿Será que es verdad que existe el amor a primera vista? No tengo las respuestas, pero lo que sí sé a ciencia cierta es que Jared significa mucho para mí.

Capítulo 3

Liv

—¡No me puedo creer que me hayas obligado a dejar un café delicioso para ir a ver a tu clienta! —protesta. Tiro de su mano casi a la fuerza para que camine en dirección al ático de Covadonga, que casualmente está al lado del parking donde hemos dejado el coche.

—La comida era exquisita, pero el servicio demasiado lento; se nos ha hecho tardísimo y me he comprometido a esa cita y, cuando doy mi palabra, la cumplo.

—Eres demasiado cabezota. —Entonces es él quien tira de mi mano, con más fuerza todavía, y rodea mi cintura mientras caminamos a paso rápido por la calle.

—Es aquí. —Señalo hacia uno de los portales más majestuosos de esta calle. En la entrada hay un hombre de unos cincuenta años que nos sonríe al vernos; me conoce muy bien, he venido en varias ocasiones.

—Pueden subir —declara.

Se adelanta para abrir las puertas de forja negras del ascensor y nos adentramos en el pequeño cubículo de aluminio dorado.

—¡No me digas que te gusta este estilo! —me burlo mientras a él no se le escapa detalle alguno.

—Es elegante —comienza a decir—, aunque bastante anticuado. Me gustan las edificaciones más actuales. —No esperaba menos, sobre todo habiendo estado en su ático en Berlín, que es industrial y moderno hasta decir basta.

En cuanto las puertas del ascensor se abren en la última planta, veo a Covadonga

abrirnos la de su casa. Tiene personal doméstico, pero siempre que he venido es ella misma quien ha salido a recibirme.

—Buenas tardes, querida. —Como siempre, tras una sonrisa me da un roce con los labios, porque no llega a beso, en la mejilla y se para a observar a Jared de arriba abajo—. Eres igual de apuesto que tu padre de joven.

Jared la saluda tendiéndole la mano con la palma hacia arriba para que ella le ofrezca su mano, Covadonga acepta sonriente y él le da un educado beso en ella.

No tengo duda de que sabe engatusar a cualquier mujer. Tiene un don para ello; sabe cómo mirar, cómo sonreír, cómo actuar según la personalidad de cada una.

—Siento el malentendido con mi secretaria, espero que no te haya causado molestias.

—Para nada. Hoy mi único plan es cuidar de las flores de la terraza. Si me acompañáis... —Nos hace un gesto y pasamos del recibidor a un pasillo que se bifurca a ambos lados del inmenso apartamento. Caminamos por la derecha y llegamos al gran salón, con suelos de mármol y muebles que son joyas, en pocos años podrían estar en un museo. Son antiguos, nobles y en tan buen estado que deben de valer una pequeña fortuna. Seguimos adelante hasta llegar a la salida de la terraza.

—Cada vez que vengo a este lugar me parece más bonito, me encanta el contraste de colores.

—Tengo mucho tiempo libre. —Se ríe y nos señala una mesa de centro donde tiene dispuesta una bandeja con unas pastas—. ¿Té o café?

—Café, un cortado —le contesta mirándome a mí, y es que sabía perfectamente que Covadonga le ofrecería uno, por eso mismo no he dejado que lo tomara en el restaurante.

—Yo prefiero un té rojo si tienes.

—Sabes que sí. —Las dos sonreímos y nos sentamos en el sillón de ratán sin poder evitar que mis ojos vayan directos a las plantas—. Eso es todo, por favor.

—Jared se gira y ve tras él a una chica de servicio que esperaba órdenes y, tras oírnos,

sigilosamente se dirige hacia la cocina.

—¿En qué podemos ayudarte? —Voy directa al grano porque sé que tenemos el tiempo justo.

—Mi nieta se casa. —Abro los ojos sorprendida—. No me mires así, ya sé que soy demasiado joven para ser abuela, pero lo soy.

—Eres muy joven. —Asiente divertida a sus palabras y prosigue.

—Quiero regalarle a su futuro marido un reloj especial, y un Stauffer sé que es algo que no se espera. Por otra parte, a mi nieta —su voz se tiñe de resignación

—, ya que ha elegido un vestido tan soso, quiero ofrecerle un collar que sea la pieza central.

—Algo llamativo —convengo, y ella asevera con un movimiento de cabeza.

—Quiero un collar que no pase desapercibido, que brille muchísimo y con una forma y un estilo que pudiera pasar por uno de la realeza.

—Sabes que tus deseos son órdenes, pero necesitamos saber para cuándo.

—Tenemos un año por delante. —No sé si me lo ha notado, pero he sentido mucho alivio al oír el plazo.

—Entonces, no hay problema. —Jared es el que interviene, pues hasta ahora me había dejado dirigir la conversación.

—Puede que nos dé tiempo a utilizar alguno de los brillantes que extraigamos de la mina. —No puedo evitar entusiasmarme con la idea.

—Hasta que no los saquemos y los valoremos, no podemos contar con ellos.

Tenemos suficientes en stock, no necesitamos esos.

Le lanzo una mirada que solo él y yo comprendemos.

—Sé que tenemos, y de calidad excelente, pero queda muy poco para que extraigamos unos de calidad superior. —Siento que no está seguro, que duda de que podamos llegar a obtener los diamantes más grandes y puros que hasta ahora nadie haya encontrado.

—Esas piedras me interesan.

—Su café y su té. —Aparece la chica del servicio con lo que le hemos pedido.

—Muchas gracias.

—Entonces, cuento con vosotros. —Percibo la emoción de Covadonga por hacer realidad este deseo—. Mi yerno es muy moderno, así que, cuando os pongáis a diseñarlo, tenedlo en cuenta.

—Tan pronto como nos pongamos con eso estaremos en contacto en todo momento, sabes que me encanta que participes en el proceso creativo.

—Por supuesto.

—Liv, no podemos demorarnos. —Miro el reloj de mi muñeca y veo que tiene razón, tenemos quince minutos antes de nuestra cita con Yara, así que doy un gran trago al té corriendo con el riesgo de escaldarme la lengua, pero de este modo no lo dejo sin beber, pues me parecería de muy mala educación.

—¿Os tenéis que ir ya? ¡No me lo puedo creer!

—Lo siento, Covadonga, pero teníamos una cita previa a esta —me disculpo al tiempo que dejo el vaso de té casi vacío sobre la mesa de centro y Jared hace lo propio con su taza.

—Nos vemos pronto. —Ella lo mira sonriente y después a mí, dando un trago a un café que, sin haberlo pedido, la asistente le ha servido.

—¿Me disculpáis si no os acompaño hasta la puerta? Tengo esta rodilla un poco como yo — bromea y ambos asentimos y nos despedimos de ella, dejándola tomando su café en esa terraza repleta de multitud de plantas y colores, creando un conjunto de gran armonía.

Camino por delante de Jared hasta que llego a la entrada y entonces noto su mano coger la mía y salimos de ese cálido hogar.

—Hemos quedado en la puerta del parking con Yara, ¿tendremos que coger el coche para desplazarnos a la propiedad?

—No creo. La esperamos allí y ya veremos.

Tengo que reconocer que estoy nerviosa, que el mero hecho de ir a buscar una casa en la que voy a vivir con él es algo que no logro asumir.

Salimos del portal y comienza a sonar mi teléfono, es Xia. Lo miro a él antes de responder y le pido un minuto al tiempo que me vuelve a coger de la mano y caminamos hasta la entrada del parking, donde esperamos a Yara mientras yo termino de darle unas indicaciones a Xia de unos diseños y así poder avanzar el trabajo a pesar de que no estoy en la oficina. Cuando finalizo la llamada es su móvil el que suena y empiezo a reírme, porque parece que hoy no nos van a dejar tranquilos en ningún momento. Esta vez él es quien me pide un momento y, tras unos segundos en los que reniega muy enfadado y pide de muy malas maneras que lo solucionen como sea, cuelga.

—¿Todo bien?

Suspira durante unos segundos, negando con la cabeza.

—Nada que no tenga remedio. —Me tranquiliza saberlo del mismo modo que me intrigan sus negocios; me encantaría conocer de qué tipo son y qué es lo que tiene que hacer exactamente—.

Déjame tu teléfono. —Confundida, se lo entrego y veo cómo lo apaga sin ningún tipo de miramiento.

—¿Qué haces? —Me lo devuelve y me enseña cómo también apaga el suyo, y creo que esta será de las pocas veces que nada ni nadie nos va a molestar.

—Tú y yo, comenzamos y terminamos juntos —me recuerda, y esa frase que en casa de Amélie y Emre sonó tan erótica en este instante me parece la más romántica de la historia.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Me lanzo a sus brazos, y creo que es la primera vez que lo hago con este entusiasmo—. Esto es de locos, pero supongo que no somos muy normales.

—La normalidad es aburrida —me recalca mirándome a los ojos y apretándome con fuerza contra él. Y me da un tierno beso en la mejilla—. ¿Estás preparada para elegir un nuevo hogar? —Finjo que estoy dudando unos segundos hasta que asiento y me gira para que vea a una chica que, muy sonriente, nos mira apenas a unos metros.

—¿Liv? Eres la amiga de Amélie, ¿verdad?

—La misma —responde él, y vemos cómo se acerca hasta nosotros para estrecharnos la mano.

—Encantada. Si sois amigos de Amélie, también lo sois míos. —Me parece una chica encantadora y, cómo no, guapísima, pero lo que más me llama la atención es que, teniendo a un hombre como Jared delante, a ella le parezca que sea invisible; no da muestras de haberse quedado impresionada como estoy acostumbrada a que les suceda al resto de las mujeres, y eso me gusta—. Tengo tres inmuebles para vosotros, muy dispares entre sí pero todos muy especiales.

Creo que os pueden encantar.

—¿Están muy lejos? Tenemos el coche en este parking. —Le señalo la puerta del aparcamiento subterráneo en el que hemos dejado el deportivo y ella niega con la cabeza.

—Dos de ellos están a un par de pasos, aunque para el tercero sí que tendremos que coger el coche.

—Pues vamos allá. —Jared me agarra la mano con ímpetu y lo miro en busca de alguna duda, de una señal que me indique que está haciendo esto por obligación; sin embargo, no obtengo nada de eso..., es más, creo que es el día que más feliz lo he visto.

—El primero es en este edificio. —Pues sí que estaba cerca, sí; es en el mismo en el que hemos dejado el coche de Jared. Y por instinto miro hacia arriba, perdiendo la vista en las últimas plantas del inmueble—. Es un ático de trescientos metros cuadrados con las mejores vistas de esta ciudad —comienza a explicarnos y no tengo duda de ello—. Acaban de reformarlo, bajo la premisa de que resultase moderno e industrial.

Automáticamente miro a Jared, a quien se le escapa una pequeña sonrisa de satisfacción, y sé que le va a encantar: es exactamente lo mismo que tiene en Berlín.

—Creo que ya has ganado muchos puntos. —Noto el alivio en Yara al oír eso, y es que imagino que tiene muchos clientes, tan dispares entre sí que acertar con todos no debe ser nada fácil.

Nos metemos en el ascensor y nos indica que a este ático se llega directamente con la llave del ascensor y que, por supuesto, nadie más tiene acceso a la planta.

Es algo que sé que a Jared le gusta y, si es como espero, supongo que será el definitivo y nuestro día de visitas a casas habrá terminado.

Las puertas se abren y la luz del día nos impacta directamente en la cara mientras pasamos por una entrada espaciosa que nos invita a acceder a un salón con unas vistas alucinantes. Ambos nos miramos sorprendidos, y no dudo en salir a la terraza para observar el lago y la fuente que pocas veces he visto desde esta perspectiva.

—Las vistas son para permanecer horas y horas aquí fuera parados.

—Esto es increíble —comento sin dejar de contemplar la panorámica y noto cómo Jared rodea mi cintura y durante unos segundos ambos nos quedamos cautivados por lo que tenemos enfrente —. Podría vivir en esta terraza.

—Pero, cuando nevara, pasarías mucho frío. Será mejor que veamos el interior

—me susurra al oído y asiento, acompañándolos.

Recorremos cada una de las estancias hasta que terminamos en la cocina, cuadrada, amplia y perfecta, como el resto del inmenso apartamento.

—Este piso está valorado en cuatro millones cien mil francos suizos. —De repente mi garganta se cierra y creo que estoy a punto de ahogarme—. De todos modos, tienen prisa por vender y están dispuestos a negociar el precio.

—Es muy bonito, pero no tiene la privacidad que deseo. —Lo miro flipando, y no porque esté buscando pegas que le permitan negociar, sino porque esté dispuesto a pagar una cifra tan elevada por una vivienda—. Tres millones de francos, más no estoy dispuesto a pagar por este ático.

—Si la privacidad es importante para vosotros, creo que te gustará más la segunda opción. —Yara se dirige a la cocina y Jared se dispone a seguirla cuando ve que me quedo paralizada y viene hasta mí.

—¿No te gusta? En todo caso, vamos a ver las otras opciones para ver cuál nos convence.

No soy capaz de mirarlo a él, sino a todo lo que me rodea.

—Jared, es perfecta, pero es muy cara. —Conforme lo digo veo cómo me lanza

una media sonrisa—. Yo no puedo pagar algo así, y no...

—Liv, cuatro millones de francos, para mí, no es nada. —Y su frase me hace sentir aún peor—.

Y no pienses eso —me advierte seguro—; sé perfectamente que no quieres mi dinero, que no has aceptado vivir conmigo o estar conmigo por lo que tengo, sino por lo que despierto aquí. —Pone su mano en mi corazón.

—¿Venís?

—Yara, ¿nos permites pasar unos minutos a solas? Necesitamos volver a verla antes de tomar una decisión.

—Por supuesto. Os dejo la llave en el mueble de la entrada y os espero abajo.

La chica nos deja a solas muy amablemente, y yo me dirijo hacia la terraza.

—Siento que estoy en un lugar que no me pertenece, en el que no me corresponde estar. —Tengo una presión en el pecho que apenas me deja respirar.

—Estás muy equivocada. Estás aquí porque eres la única mujer que ha conseguido destrozarme por dentro y al mismo tiempo reconstruirme con una sola caricia.

Lo miro fijamente y veo en él sinceridad, amor; está abriéndose ante mí, como lleva haciendo desde que llegamos a su piso en Alemania.

—Jared, es muchísimo dinero, y te prometo que no necesito una casa de trescientos metros cuadrados, ni tampoco estas vistas de las que puedo disfrutar desde el parque.

Oigo cómo ríe, y lo miro molesta.

—Y justamente porque sé que no lo necesitas quiero ofrecerte lo que pueda. Me da igual si vale cien francos o millones, solo quiero encontrar un lugar donde seamos felices, y el dinero no va a ser un impedimento. Mira, Liv, es la segunda vez en mi vida que lo apuesto todo por una mujer.

—¿La segunda?

—Hace un tiempo me enamoré perdidamente de una chica increíble. Era

preciosa, buena y humilde como tú. Ella no quería ningún lujo, no los necesitaba. —Me sorprende saber que estuvo enamorado de una mujer como yo, siempre había creído que su prototipo de chicas sería la típica millonaria superflua como Heidi—. Y esta vida me está dando una segunda oportunidad cuando creí que no la merecía.

—¿Qué pasó con esa chica? —le pregunto directamente porque me muero de curiosidad, necesito saber qué ocurrió.

—Hubo un accidente de tren. —Pierde la mirada hacia el lago—. Ella iba a trabajar porque odiaba conducir, y no quería que yo la llevara en coche todos los días. El caso es que uno de los vagones descarriló, justo en el que ella iba sentada, y no sobrevivió.

—Lo siento mucho, Jared. No sabía nada.

—Durante muchos años me he negado a tener una relación; simplemente he practicado sexo sin compromiso, sin ataduras, porque me dije que así no volvería a sentir lo que es perder a alguien a quien amas de verdad... pero te vi. —No soy capaz de interrumpirlo, así que lo escucho en el más absoluto silencio—. Y te juro que volví a sentir ilusión, nadie más había logrado algo tan fuerte. Y tanto me da si no tienes un puto franco en el banco o bien tienes millones, solo te quiero a ti, y por segunda vez en mi vida estoy decidido a vivir sin miedo...

aunque durante muchos años haya odiado tu nombre, porque tu tenías algo de lo que yo carecía. Eso ha quedado atrás, ya no tengo miedo a volver a sentir; he asumido que la vida te puso en mi camino porque sí, y ahora estoy contigo, para lo bueno y para lo malo. Y, es cierto, tengo mucho dinero, más que tú, pero estoy dispuesto a compartirlo todo contigo porque, cuando quiero a alguien, se lo doy todo, y no acepto un no como respuesta.

—Jared...

—No me digas que es demasiado, porque no lo es. Eres una mujer preciosa, generosa, buena... y te quiero.

—Yo también te quiero, Jared.

Nos abrazamos y, emocionada por lo que acabo de descubrir, rueda una lágrima por mi mejilla.

Capítulo 4

Liv

—¿Seguimos? —Asiento convencida porque ahora tengo clarísimo que él es consciente de la realidad, y eso era algo que me preocupaba demasiado—. La siguiente será mejor, lo sé.

Cuando bajamos, Yara nos está esperando en el portal mientras habla por teléfono con un cliente, lo deduzco por lo que puedo oír. En cuanto acaba, nos muestra otro ático en esa misma zona, pero la verdad es que a ninguno de los dos nos apasiona y decidimos ir en su coche hasta las afueras, a la casa que ha denominado La Montaña, esa que Amélie me comentó que me iba a encantar.

El vehículo se detiene frente a un muro de cemento y miro a Jared, que está en el asiento trasero del todoterreno de Yara, y veo que tiene el gesto torcido; no parece entusiasmarle el lugar.

—¿Una malla verde? —Me señala la parte superior del muro, pues para lograr total privacidad han puesto una, aunque parece de bastante mala calidad—.

Como todo sea igual...

—Te va a sorprender —interviene Yara—. Necesita algún arreglo, como esa malla barata que se puede cambiar por arbustos naturales, consiguiendo un paraíso vegetal y de calidad. Tiene garaje por la entrada trasera, pero quiero que entréis caminando.

Jared niega con la cabeza, creo que esta finca no es para nada lo que quiere, pero debo reconocer

que a mí me llama la atención; no es moderna ni fría como las que acabamos de visitar.

—¿Una oportunidad? Solo te pido eso —le digo en cuanto bajo del coche y lo agarro de la mano en busca de un poco de entusiasmo.

Subimos por unos escalones bajos pero anchos que nos llevan a un jardín que me fascina desde el primer momento. Yara introduce la llave en la cerradura de una gran puerta de madera noble negra, y nos invita a pasar al interior. La pintura es de un naranja intenso, bastante anticuado, pero que contrasta con el negro de los marcos de las ventanas y las puertas de toda la casa.

—Son cuatrocientos metros cuadrados útiles, divididos en cinco habitaciones, todo en una única planta, salvo un parking subterráneo junto a la sala de máquinas. Esta vivienda se diseñó para que el interior y el exterior estuvieran fusionados.

La escucho atentamente porque la verdad es que esta casa tiene algo que me tiene cautivada. Veo más allá del color de las paredes, de los muebles que pertenecen a unas décadas atrás.

El salón es sencillo pero acogedor, con un gran sofá en forma de «U» situado a un nivel inferior, medio metro que se salva con una escalera, y, frente a este, una gran pared de piedra gris oscura y una chimenea de lado a lado bajo una enorme televisión. La estancia no es oscura porque hay dos grandes ventanales de suelo a techo a ambos lados de la chimenea.

—Este salón es más bien una zona de descanso y cine —nos explica—. El dueño de la casa no la construyó pensando en los estándares del momento, sino en sus intereses. Y aquí...

Abre la puerta que da a la cocina y mi mandíbula se desencaja. No es una cocina, es toda la vida de la casa. Aquí están el comedor y la cocina, integrados con el exterior gracias a las inmensas vidrieras, unas que me dejan ver los colores del jardín, naranjas, rosas, rojos, verdes; una combinación de plantas perfecta para que sienta que estoy en un hogar. No digo nada, no soy capaz; simplemente recorro con los ojos cada uno de los rincones, disfrutando de lo que me transmiten.

—En verano este lugar debe de ser magnífico.

—Necesita reformas —me recuerda Jared nada convencido, pero yo estoy realmente impactada por este sitio.

—¿Podemos ver el resto?

Yara, sonriente, nos enseña todas las estancias y finalmente llegamos a la suite matrimonial y me quedo parada frente a la cristalera, desde donde se ve el jardín por completo, junto con la piscina y la zona de comedor exterior.

—Hay un terreno a cada lado.

—Están a la venta —le responde Yara, y Jared se asoma un poco más pensativo mientras yo no puedo dejar de mirar hacia el jardín y las vistas de las montañas que tengo frente a mí—. El precio de esta casa es un poco más bajo que las que hemos visto antes, el dueño sabe que

necesita reformas.

—¿Por qué se vende? —no dudo en preguntarle.

—Esta finca la ha heredado el hijo y no quiere vivir tan lejos del centro.

—Normal. —Jared le da la razón a ese chico y yo lo miro alucinada.

—Esta casa es especial, yo no la vendería. Necesita reformas, sí, y una buena capa de pintura, pero los espacios son perfectos para una familia y para poder invitar a amigos, y fuera caben muchos coches para cuando vengan visitas —le indico a él—. Y lo más importante: mira por esta ventana.

—Te gusta, ¿verdad? —me plantea directamente y no lo dudo, asiento convencida, dejándole claro que para mí esta casa es impresionante—. Yara, quiero esta casa y los terrenos contiguos; si no, no hay oferta.

—Los terrenos, ¿para qué? —inquiero sorprendida.

—Para evitar que me construyan algo al lado y, además, para tener más espacio para nosotros. Podemos ampliar el jardín y construir un edificio anexo.

—Haré la oferta y os cuento. —Sonríe satisfecha por lo que acaba de ocurrir; a mí me sorprende, porque estoy segura de que, si hubiera venido solo, la habría descartado—. ¿Queréis volver a verla solos? Yo os espero en el coche.

—Te gusta mucho más el ático del centro —le comento en cuanto nos quedamos a solas—. No puedes negar que es más de tu estilo, es muy similar al de Berlín.

—Pero esto no va de que me guste más a mí, sino de dónde podemos ser más felices, y el brillo que he visto en tus ojos con esta casa no lo he visto más que

aquí.

—Pero tampoco va solo de mí —contraataco con sus mismas palabras.

—Nunca hubiera venido a ver una casa así, pero la verdad es que, si le quitamos esta espantosa pintura y arreglamos la fachada y el tema de la valla de la entrada, parecerá otra cosa.

Sonríó asombrada, parece que nunca dejará de sorprenderme.

—Imagina un muro de piedra, con plantas naturales, y una fachada blanca y de piedra gris junto a las cristaleras del jardín. El interior blanco y las barandas de acero y cristal.

—Veo que tu cabeza ha trabajado igual de rápido que la mía. ¿Crees que es esta?

—¿Y tú? —le pregunto expectante. Y los dos asentimos convencidos—. Y no vamos a tener vecinos curiosos como en el ático.

—Eso me gusta muchísimo, porque te quiero desnuda en todo momento.

—¿Cómo Adán y Eva? —Me abraza y veo cómo nos está imaginando, y noto cómo su miembro se endurece—. Creo que va a ser una gran idea.

—Pues ya tenemos una casa.

—¿Y si algo sale mal?

—Nada va a salir mal. —Está muy seguro de ello—. Y ahora nos vamos a cenar para celebrarlo.

—Hummmm... —gimo mientras me rozo contra él—, ¿solo a cenar?

—Déjame que te sorprenda.

Salimos de la propiedad, no sin antes pararme de nuevo frente a este jardín tan bien cuidado y mimado. Y no puedo evitar pensar en mi madre, en lo mucho que le hubiera gustado este lugar. Ella era una enamorada de las flores, supongo que por eso a mí me chiflan.

—¿Cuál es tu flor preferida?

—No tengo ninguna. —Es la primera vez que me lo preguntan y, francamente, no tengo una flor favorita—. Lo único que puedo decir al respecto es que prefiero una planta en un tiesto que una flor en un jarrón que se marchita en pocos días.

—Por eso te ha gustado este jardín.

—Puede ser. —Me abre la puerta del todoterreno de Yara, esta vez la puerta de atrás, y ambos nos sentamos en la parte trasera sin dejar de cogernos la mano, conscientes de que esta ha sido la elegida tras haber visto otras; sin duda alguna, para mí, es la más especial. No está muy lejos de la sede de Stauffer, en quince minutos en moto llegaría, así que es un punto a favor de la localización.

—Mientras salíais he hecho unas llamadas y me han confirmado que ambos terrenos están disponibles para la compra, así que, si estáis decididos, hago una oferta por los dos terrenos y la casa.

—Adelante. —Lo miro y supongo que ha captado mi cara de susto, y es que para mí esta compra es impensable; ya no se trata solo de un ático, estamos hablando de adquirir tres propiedades—. Todo saldrá bien —me recuerda antes de darme un beso en los labios y de este modo disipar todas las dudas que puedan rondar en este instante por mi cabeza.

* * *

Miro hacia la puerta del local y veo un letrero negro en el que pone «Intensus».

Parece un restaurante de alta cocina. Mientras, Jared cierra el coche que ha aparcado justo delante para mi sorpresa y me rodea la cintura para llevarme hasta él mientras nos acercamos a la puerta que nos abren en cuanto nos ven.

—Buenas noches. —Es lo primero que le digo a un chico que, vestido todo de negro, nos sostiene la puerta. Ambos accedemos al interior, donde un maître muy amable nos acompaña hasta la mesa que hay al fondo, la más apartada del resto de comensales, y, por cómo se miran, tengo claro que esta no es la primera vez que Jared viene a este lugar.

»Eres asiduo —le comento en cuanto el maître se aleja de nosotros; me fijo en cómo la luz de la vela que hay en el centro de la mesa le ilumina la cara, volviendo su apariencia aún más sexy de lo que ya acostumbra a ser.

—He venido alguna vez que otra, sí. —Se le escapa la sonrisa y pone mi teléfono sobre la mesa; ambos lo miramos y niego sin hacer el amago de cogerlo.

Esta vez ni lo intento, al contrario de lo que he hecho cuando Yara nos ha dejado en el parking donde teníamos aparcado su deportivo y he sacado el móvil del bolso para encenderlo, ya que él había decidido apagar ambos teléfonos, solo que de nuevo ha vuelto a ser más rápido y se lo ha llevado al bolsillo antes de que lo pudiera encender y comprobar que nadie había llamado durante ese rato.

—Vas a tener que compensar mi frustración por verlo toda la cena y no poder acceder a él. — Mis palabras lo excitan mucho y lo sé por cómo me contempla.

—Creo que podré subsanar esa frustración tan preocupante —se burla de mí, y yo suspiro resignada a que él quiera tener siempre la última palabra.

Se dispone a decir algo más cuando el camarero aparece con una botella de vino y nos sirve una copa a cada uno al tiempo que nosotros no levantamos la mirada el uno del otro, sin importarnos nada más que lo que nos estamos transmitiendo sin palabras, hasta que volvemos a estar solos y levanta su copa a la espera de que yo haga lo mismo.

—¿Por el comienzo de muchos cambios? —Asiento con la cabeza sin poder apartar la vista de él y sin conseguir que mi cuerpo deje de reaccionar cuando me mira de este modo, como si estuviera desnudándose y sus ojos recorrieran mi piel de arriba abajo provocándome un placer casi incontrolable... y siento la necesidad de apretar mis muslos uno contra otro para calmar la calentura que en este momento me invade—. Y por las noches a la luz de las velas como esta.

Choca su copa con la mía y veo cómo da un trago esbozando una sonrisa lasciva que me excita, no lo puedo evitar.

—Pensaba que no eras uno de esos hombres... románticos.

—Y no lo soy. No te confundas, hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ni tú de mí. —Supongo, aunque en realidad no escondo nada, pero no voy a mostrar todas mis cartas sabiendo que puede que él esté jugando en este momento, igual que yo.

—Pues quiero saberlo todo de ti, quiero conocerte cuando ríes, cuando lloras, cuando gimes, cuando estás feliz y triste... Lo necesito saber todo de ti. Sin medias tintas ni complejos; quiero llegar a ti de un modo en que nadie haya sido capaz de hacer.

—Entonces, ¿estás dispuesto a ofrecerme lo mismo? ¿Estás decidido a mostrarme tus miedos, tus inseguridades, tus deseos y anhelos, todo lo que necesito saber para conocerte a la perfección?

—Puede que, cuando lo hagas, salgas corriendo —me advierte muy serio.

—O no, tal vez el que huya corriendo a hurtadillas una noche y no vuelva a aparecer jamás seas tú.

Me llevo la copa a los labios y una gota se escapa de estos y se desliza hasta quedar en mi barbilla, y entonces se abalanza sobre mí para, con un dedo, retirarla con delicadeza mientras no puedo dejar de mirar sus labios y él observa los míos con deseo.

—Dudo que fuera capaz de dejar un diamante tan puro para que otro pudiera apropiarse de él.

—Veo que no soy la única que lo comparo todo con diamantes.

—Lo llevamos en la sangre, aunque no me guste reconocerlo.

—Reconocer las cosas es un inicio —me divierto con él, y lo sabe—. Me gusta.

—La curvatura de mis labios muestra mi lado más juguetón, y lo excita, mucho.

Lo sé por cómo cambia la postura en busca de un poco de alivio—. ¡Ostras! —

Se me escapa la risa cuando el camarero deja dos cuencos de cerámica con dos ostras de tamaño considerable—. Y vino blanco, cualquier mujer pensaría que quieres algo de ella con algo así.

—¿Algo? Soy más directo, y lo sabes. Yo lo quiero todo. —Conforme termina la frase me llevo una de las conchas a los labios y, de la forma más erótica, me la trago sintiendo la viscosidad de esta—. Joder, Liv, me estás poniendo al límite.

—No estoy haciendo nada... —replico divertida, sabedora de que por supuesto que lo estoy haciendo y con claras intenciones.

—Sabes que sí. —Da un gran trago y le hace un gesto al camarero para que deje la botella sobre la mesa—. Una de dos: o termino borracho o no llegamos al segundo plato.

—¿No eres capaz de controlar tus instintos? —Me acaricio el labio y comienzo a descender con el dedo lentamente hasta llegar al centro de mi pecho, bajándome en el camino esa parte de la blusa que llevo puesta, y sus ojos se pierden en mis senos.

Ahora es él quien coge una ostra y se la lleva a la boca, provocando que mi sexo se comience a humedecer hasta el punto de mojarme las braguitas. Y tengo un calor que casi no puedo soportar, así que, sin dudarlo, termino de beberme la copa de un trago, sabiendo que no deja de observarme. Y casi sin darme cuenta, veo que de pronto ya tenemos otro plato entre nosotros, un pequeño bocado de alta cocina que consigue que sienta la intensidad de cada uno de los ingredientes... No dejamos de comer, beber y mirarnos hasta que, tras varios platos exquisitos, probamos una pequeña tartaleta de moras. Después de eso, ambos decidimos que no queremos

sufrir más y salimos del local a paso ligero agarrados de la mano y riéndonos, ya no sé si por el efecto de la botella que nos hemos bebido o simplemente por la excitación que llevamos experimentando desde que nos hemos sentado a esa mesa a cenar.

—Mi hotel está muy cerca. —Arranca el motor y me muerdo el labio inferior antes de llevar mi mano hacia su sexo y frotarlo con ímpetu para notar su dureza y conseguir que suspire varias veces al tiempo que acelera todo lo que puede pero sin correr ningún riesgo... hasta que baja la rampa del parking de su hotel a toda prisa, aparca en la primera plaza que ve libre y se apea del deportivo sin dudarle un instante, viene hasta mi puerta y, al ofrecerme su mano, me estira hacia él y me besa.

Por fin siento sus labios, ahora impregnados de vino, al igual que los míos; nos besamos sin importarnos si alguien nos está observando mientras él camina hacia el ascensor llevándome con él, y yo, con cuidado, y gracias a su ayuda, retrocedo hasta que no puedo controlarme más y comienzo a desabrocharle la camisa; la abro por completo justo en el momento en que las puertas del ascensor se abren y nos adentramos en él, para tener la intimidad que

necesitábamos.

Nos besamos sin control.

Gemimos sin miedo a ser oídos.

Y no paramos hasta que las puertas del ascensor se abren en su planta de par en par.

Capítulo 5

Liv

Jared me sube a horcajadas a su cintura y me lleva consigo hasta la última puerta del pasillo sin dejar de besarme, sin saber si hay alguien que nos pueda cortar el camino; ambos estamos tan calientes que no somos capaces de ver más allá de la necesidad del uno por el otro.

Cierra la puerta de su suite tras de sí, y entonces es cuando nos dejamos llevar por completo. Nos desnudamos en la misma entrada, me besa desde el cuello hasta los pechos con tal ferocidad que tengo que agarrarle los hombros con todas mis fuerzas para que mis piernas no flaqueen y caiga redonda.

—Estás destrozándome lentamente, y temo que dentro de muy poco corra el riesgo de perderme. —Noto sus labios en mi oreja y oigo su susurro perfectamente. Entonces se detiene frente a mí y me observa con preocupación, con miedo—. Esto que siento —pone mi mano sobre su pecho y percibo cómo su corazón late tan deprisa que casi sería imposible contar el pulso; su torso sube y baja también descontrolado, por su respiración agitada— es lo que me da miedo; pase lo que pase jamás podré olvidar lo mucho que te deseo.

No soy capaz de responderle porque mi respiración, mi corazón y mi cabeza están igual de perdidos que los suyos, y vuelvo a abalanzarme a sus brazos para besarlo con pasión, y nuestros miedos pasan a un segundo plano, a uno que ahora pesa menos y no nos impide dejar que el

deseo y la pasión sean los que nos muevan, por encima del resto.

Me sube a un mueble y grito cuando sus labios pasean por mi sexo, su lengua lo humedece aún más y su dedo recorre mi ano provocando que gima, que le reclame más sin control, y Jared me lo da... tal y como me ha prometido. Me lo da todo a partir de este momento.

* * *

—Dios, no soy persona hoy. —Me acurruco sobre su pecho y rodeo su pezón con mi dedo índice mientras observo cómo la luz del sol se cuela por la gran cristalera de la terraza de su suite.

Ya es de día, pero apenas hemos dormido unas horas; ambos estamos en la cama, sin gana alguna de movernos, darnos una ducha e iniciar nuestra jornada laboral.

—¡Tenemos muchas cosas que terminar! —Conforme lo dice, coge su móvil tras un suspiro pesadoso y lo enciende—. Y tengo que irme a Canadá en unos días.

Su semblante es muy serio, demasiado; no tengo duda alguna de que ahora mismo es lo último que le apetece.

—¿No puede venir él a Ginebra? —Sonríe y me da un beso en los labios antes de mirar la pantalla de su móvil, donde veo cómo comienzan a aparecer notificaciones sin parar. Y de pronto recuerdo que el mío también está apagado.

Dejo a Jared poniéndose al día mientras me levanto y busco mi bolso, que está tirado en el suelo de la entrada, y, tras sonreír al recordar cómo entramos en esta suite, cojo el teléfono de su interior y lo enciendo mientras me encamino al baño... y, como le ha ocurrido a él, mi móvil comienza a mostrarme un motón de llamadas perdidas, notificaciones pendientes de leer y correos de la empresa. Me llama mucho la atención que tenga tantas llamadas de Xia y Amélie de anoche.

Abro la conversación de Amélie y veo que, tras preguntar muchas veces dónde estoy, me adjunta el enlace a un vídeo titulado «¿Quién es Liv Müller?». Lo abro y lo primero que leo es el título de este: «La no tan desconocida de la familia Stauffer».

Miro hacia el espejo y veo la mirada furiosa de Jared, que ha entrado de repente, y me quedo unos segundos observándola mientras ambos escuchamos todo lo que ese maldito vídeo está diciendo de mí, mentira tras mentira y tergiversando la verdad.

—¡La voy a matar, te juro que la mataré! —Está iracundo, más de lo que lo había visto hasta ahora.

—Jared, es lo que quiere, espectáculo, ¿no lo ves?

Lo sigo fuera del baño y lo agarro del brazo, pero no logro detenerlo hasta que llegamos a la cristalera, donde veo cómo pierde la mirada en el horizonte, con semblante de preocupación, de decepción.

—Todo esto es por mi culpa, y no voy a dejar que te dejen en evidencia delante de millones de personas.

—Pasará. —Me encojo de hombros y, sin ser capaz de contenerme, las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas; intento retirarlas a toda prisa para evitar que las vea, pero no lo logro, y entonces me abraza con todas sus fuerzas.

—No pienso quedarme de brazos cruzados, Heidi no va a destruirnos por culpa de sus malditos celos. —Me agarra la barbilla y me besa, y yo no puedo parar de llorar por la impotencia que siento. ¿Cómo he sido tan estúpida de no estar prevenida? Me lo advirtió, me dijo muy claro que, si no dejaba a Jared, iba a considerarme su enemiga... y lo único que he hecho desde entonces es pasearme por la calle de su mano para darle más contenido para ese maldito vídeo—. Voy a hacer una llamada.

Me da un beso en la frente y veo que busca un número de teléfono de su agenda y espera varios tonos a que le respondan, pero nada, y vuelve a llamar sin éxito de nuevo.

—Jared, necesito una ducha y ponerme a trabajar. Tengo demasiado que hacer como para que esto afecte a la empresa.

—Ve —me contesta con el móvil pegado a la oreja, y yo me alejo de él, consciente de que Heidi me va a destrozarse la vida si sigo con Jared.

Me meto en el baño y, tras mirarme unos segundos al espejo y ver mi desnudez, recuerdo lo feliz que fui ayer con él durante todo el día. Por ello, asiento con la cabeza ante el espejo; tengo claro que no voy a permitir que gane esta batalla, no a ella. Abro el monomando de la ducha y comienzo a lavarme cuando capto su voz, a los lejos. Cierro el paso del agua para oír mejor y miro hacia la puerta, aunque lo único que puedo ver es el vaho que estoy produciendo por el calor del agua. Está gritándole a alguien muy enfurecido, tanto que no me gustaría estar

en el lugar de esa persona. Suspiro y vuelvo a abrir el paso del agua para terminar de ducharme.

—Tienes ropa en el armario. —Me lo señala y asiento en silencio mientras, envuelta en una toalla que apenas cubre mi cuerpo, me dirijo hasta el mueble.

—Nada ha cambiado, mis sentimientos siguen ahí y no voy a dejar que Heidi nos separe. —Noto el dolor en sus ojos—. Si nos separa algo en esta vida, no va a ser ella —sentencio, y le arranco una media sonrisa y volvemos a besarnos—.

Date una ducha rápida, quiero desayunar con mi chico antes de comenzar a trabajar y no poder dedicarle mi tiempo.

—Eres un regalo caído del cielo que no merezco. —Me abraza con sus fornidos brazos y, a regañadientes, termina separándose de mí para dirigirse al baño, y no puedo evitar mirar su cuerpo desnudo al tiempo que reconozco mentalmente que soy yo la que no merezco este regalo.

Jared es guapo, musculoso, un empresario de éxito y con mucho dinero y el heredero de una compañía millonaria; un hombre oscuro para muchos, incluso para mí en nuestros inicios, pero

tierno y protector cuando quiere algo, y eso es algo que Heidi no ha obtenido y por eso le molesta tanto que conmigo sea así.

Ella fue sexo y pasión, pero no deseo y amor.

—¡Hola! —respondo a una nueva llamada de Amélie.

—¿Dónde te habías metido? Ya me estaba preocupando.

—Pues visitando casas fabulosas, cenando con un hombre increíble para celebrar que habíamos hecho una oferta por una de ellas, la de la montaña, y terminando la noche entre sus brazos.

—Y con el móvil apagado —me regaña como haría mi madre—. Supongo que ya lo has visto.

—Amélie, nunca he sido tan feliz como lo soy ahora mismo con él, así que lo que haga Heidi para dañarme no va a ser suficiente como para que lo deje.

—¿Cómo sabes que es ella?

—Me amenazó, me exigió que lo dejara o me convertiría en su enemiga... y de pronto soy carne de cañón de la prensa rosa.

Respira profundamente y la imagino asintiendo con la cabeza.

—Ser la pareja de Jared no es fácil, es el soltero de oro —me recuerda Amélie

—. Sé muy bien de lo que hablo. —Emre fue el soltero de oro de Estambul durante mucho tiempo. Aun siendo una gran ciudad, las habladurías corrieron como la pólvora cuando decidió no asumir el control de la empresa de su padre y mudarse por amor con una mujer que no era de su país ni de su religión.

—¿Y te arrepientes de algo ahora?

—No —me responde muy segura.

—Jared ha dejado atrás el odio hacia su padre, también su odio hacia mí, y puede que esto no tenga futuro, o sí, pero no estoy dispuesta a rendirme a la primera de cambio y mucho menos por otra mujer. Soy humilde, sí, mis padres murieron, también, Max se encargó de mi educación durante parte de mi infancia y adolescencia, lo asumo, y nada de ello tiene que ser objeto de burla, para mí no lo es. Estoy muy orgullosa de mi trabajo y de haber logrado todas mis metas luchando día a día. Y si piensan que me he fijado en él por su dinero, te aseguro que el tiempo demostrará que no es así.

Siento que me rodea la cintura con fuerza, no tengo duda de que ha oído mis palabras.

—Y de que estoy perdidamente enamorado de ti, es así —dice, y mi amiga suelta un «ooooh» que dura varios segundos—. Y de que nos vamos a desayunar los dos para celebrar que comenzamos un futuro juntos. —Activo el altavoz del teléfono para que la podamos oír ambos.

—Os gustó la casa de la montaña, ¿verdad?

—Es impresionante. —Sonríe en cuanto respondo y él asiente con la cabeza—.

Necesita unas reformas para que Jared se sienta a gusto, pero creo que será perfecta.

—Me alegro mucho por los dos... aunque, por mi amiga, más. Lo siento por ti, Jared, pero sabes que siempre va a ser así.

—Te entiendo.

—Amélie, hablamos más tarde, y gracias por avisarme y por preocuparte. —Si estuviera sola, hablaría de mil cosas más, o le detallaría la casa que visitamos estancia por estancia, pero ahora lo único que me apetece es estar con él.

—Os quiero mucho. Espero vuestra invitación a la inauguración de la casa.

—Eso está hecho —contesta Jared y finalizo la llamada y, todavía con el teléfono en la mano, acaricio su torso, que sigue desnudo—. ¿Desayunamos?

Quiero explicarte unas ideas para nuestro nuevo hogar.

—¿De verdad? —Esto sí que me sorprende; me encanta verlo tan participativo y, sobre todo, que me haga a mí parte de ello—. Vamos a vestarnos y me lo vas contando.

Ambos nos encaminamos al armario, donde veo toda la ropa que me compró en Alemania y lo miro feliz por haberse encargado de que la lavasen y esté lista para poder cambiarme de ropa hoy.

—Este me encanta. —Me señala un vestido que no reconozco, un midi de canalé, ajustado y corto, de manga larga y con cuello halter, y no dudo en cogerlo y ponérmelo mientras no pierde detalle de mí—. Sabía que te quedaría así.

—¿Lo has comprado tú? —Asiente, y me asombra porque no tenía ni idea de que lo haría—. Es muy bonito, gracias.

Me miro al espejo y me sorprendo de lo sencillo que es para que lo haya elegido él.

—Quiero hacer de los tres terrenos una única propiedad —me explica sorprendiéndome mientras ambos nos vestimos para luego desayunar—. Quiero ampliar la casa con una zona anexa, pero separada, de trabajo, y otra zona de invitados, donde tengan todo lo disponible para que nadie tenga que pisar nuestro hogar.

—¿Para fiestas? —Creo que sé lo que quiere—. Un lugar con entrada independiente para muchas personas...

—Y que nuestra casa sea solo nuestra... y de nuestros amigos más íntimos. —

Me gusta la idea. Separar las cosas en esta vida a veces es lo mejor, así nos evitamos problemas

en el futuro—. ¿Qué te parece la idea?

—¿Y ampliar el jardín a las zonas anexas? —planteo y me muerdo el labio inferior, ladina e ilusionada, porque me encantaría que toda la finca tuviera el mismo estilo.

—Es tu casa, y tus deseos son órdenes. Ampliaremos el jardín.

—¿Te he dicho que te quiero? —Finge estar pensando y finalmente niega con la cabeza—. Te quiero, Jared Kohler.

—Te amo, Liv Müller.

Me coge en volandas y gira conmigo varias veces, provocando que riamos a gusto, como si no hubiera pasado nada, como si lo que hemos descubierto que ha hecho Heidi nos diera absolutamente igual, y en realidad es como debe ser.

—¿Desayunamos?

—¿Seguro? ¿No prefieres que volvamos a...? —Me señala la cama para tentarme y, aunque me muera de ganas por volver a ella y sentirlo en mi interior, no se me olvida que tenemos responsabilidades que no podemos ni obviar ni posponer.

—Venga, que se nos hace tarde.

A regañadientes consigo sacarlo de la suite de su hotel y bajamos al restaurante de este para comer algo antes de ir a Stauffer.

* * *

—¡Por fin llegas! —Xia se alegra al verme, pero la verdad es que llevo toda la mañana liada. Casi no me ha dado tiempo ni a comer, y lo he hecho porque Jared me ha traído al despacho una ensalada que he devorado mientras he estado con

el orfebre, explicándole y comprobando que haya entendido la idea que necesito para los colgantes de Johan. Creo que va a ser algo increíble, aunque hemos tenido que modificar la idea inicial, ya que corríamos el riesgo de que alguien se hiciera daño en la barbilla. Hemos terminado diseñando ramas trenzadas que bajan elegantemente hacia la espalda, donde estarán cada uno de los diamantes formando las piezas principales. Y llegar a ello no ha sido nada sencillo, sobre todo cuando la persona que la debe crear no sabe la finalidad de la obra.

—¡Vaya día llevo! Casi no he podido ni ir al baño. —Me siento a su lado y por primera vez en todo el día me relajo—. ¡¿Cómo los llevas?!

—Pues tengo varios diseños comenzados, estoy deseando saber qué tipo de brillantes extraemos para poder hacer los bocetos finales.

—¿Te ha llegado el encargo de Covadonga?

—Sí, pero tendré que darle unas vueltas a esa creación... y por fortuna tengo mucho tiempo para

eso. Sé lo que quiere ella, pero no está siendo consecuente con lo que quiere su nieta. —Me encanta cómo Xia se involucra con el cliente, llegando más allá de lo habitual—. ¿Y qué sabemos de la arpía? No conozco a mujer más mala que ella. Deberías grabar un vídeo y desmentir todas las mentiras que dice sobre ti.

—¿Y darle más protagonismo? Eso es lo que quiere, así que... no. Es lo último que va a conseguir de nosotros.

—Ignorarla es tu plan, entonces. —Asiento con la cabeza, convencida—. Y

como veo que no me necesitas, me voy a la sala de juntas, que en nada nos conectamos con la mina de Venetia.

—¿Vais a ir al final?

—Me encantaría, ya lo sabes.

—Qué envidia.

—Si todo sale bien, le pediré a Max a ver si podemos ir con todo el grupo la próxima vez. —Abre la boca, ilusionada, y es que sé lo importante que es para todos nosotros este proyecto.

—En plan excursión... —Comienza a reírse de mí.

—De vez en cuando no va mal una reunión de equipo fuera de estas oficinas.

Piénsalo. —Me levanto de la silla y la dejo a solas en su estudio sabiendo que mi jornada va a ser más larga de lo que me gustaría. Tengo un montón de cosas que preparar, demasiadas.

Camino por el pasillo y veo cómo algunos de los trabajadores están recogiendo sus cosas para terminar su trabajo por hoy, y el edificio empieza a vaciarse poco a poco, bajando el ritmo frenético que suele haber por cada uno de los rincones de este lugar.

Veo a través del cristal que Max ya está sentado en la sala de reuniones mientras trabaja. Cuando me dispongo a entrar, Emilia me sujeta de un brazo para detener mi avance.

—Ven a mi despacho un momento. —Su tono es muy serio, y por eso mismo la sigo por el pasillo hasta que nos adentramos en esa estancia y cierra la puerta tras de sí.

—Tú dirás.

—Esta empresa no necesita escándalos. No sé a qué estáis jugando Jared y tú, pero no voy a tolerar que esto afecte a la compañía, a su imagen.

No me gusta nada su tono, y mi expresión se endurece de repente.

—Para empezar, no estamos jugando a nada: tenemos una relación, igual que tú la tienes con Max.

—¿Y tiene que hablar la prensa de Stauffer por vuestra relación? Eso es lo que siempre hemos evitado, y no vais a destruir la imagen por la que tanto hemos luchado por una aventura.

—Creo que esta conversación ha terminado... por el bien de nuestra relación profesional.

Sin pensarlo dos veces, salgo de su despacho dejándola con la palabra en la boca y sin cerrar la puerta para volver a dirigirme hacia la sala de juntas, donde me encuentro a Max y Jared charlando. Me paro antes de entrar y me alegra ver que

están manteniendo una conversación cordial y con mucho respeto.

Capítulo 6

Liv

—A Liv le encantó una e hice una oferta.

Max se recuesta sobre la silla y lo mira orgulloso.

—Me alegro mucho por los dos. Sabía que profesionalmente ibais a encajar y, si personalmente también, pues mejor que mejor.

—¿Puedo? —Jared se gira y sonrío al ver que estoy parada frente a la puerta hasta que ambos me invitan a entrar y me siento frente a él, quedando Max a mi izquierda, que preside la mesa—. ¿Ya se lo has explicado?

—Algo sé, y estoy muy contento por vosotros... y me tranquiliza saber que vais a estar tan cerca.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Emilia nada más entrar en la sala de reuniones y la miro... o más bien la reto, esperando a que alguien hable.

—Liv y Jared se van a vivir juntos, muy cerca de aquí. —Max es el que anuncia las novedades mientras yo la analizo cruzada de brazos y sin dejar de fijarme en su rostro.

—¿Vivir juntos? Pero ¿cuánto lleváis saliendo? —Se le escapa una sonrisa que ni a Jared ni a mí nos gusta un pelo y, por la negación que Max hace con la cabeza y que ni se ha dado cuenta de que muestra, a él tampoco—. Ahora todo va muy rápido.

—Por lo menos nosotros no tenemos que dar explicaciones a nadie ni hemos destruido una familia. —Jared lo dice como si nada, pero todos sabemos que lo ha hecho con toda la malicia del mundo, y es que es algo que tiene guardado y

que necesita sacar para sanar.

—Mejor vamos a iniciar la conexión. —Max enciende el monitor y todos esperamos en silencio a que se conecten desde la mina.

Nos ponemos al día con todo lo que ha ocurrido durante estas últimas horas y hablamos de los siguientes pasos y plazos a cumplir. Parece que todo va viento en popa, y que la única

incertidumbre que nos queda es saber qué tipo de diamantes hallaremos al final. Y aunque ninguno de nosotros tengamos la certeza, trabajamos muy duro con la ilusión de que el resultado sea el óptimo.

Cuando terminamos la conexión, Max empieza a explicarnos el plan que tiene para nosotros, pero de pronto el teléfono de Jared empieza a sonar y todos guardamos silencio mientras él mira la pantalla y nos pide permiso para atender la llamada fuera.

—Max, ¿estás seguro de que no quieres ir tú? Llevas muchos años soñando con este momento, deberías estar presente allí.

—Hija, yo ya estoy mayor, y Jared y tú sois el futuro de esta empresa: es hora de asumirlo y dejar que vosotros aprendáis a dirigirla.

—¿Crees que vas a jubilarte y te quedarás en el jardín de tu casa sin hacer nada?

—Se me escapa la risa y se la contagio, y es que ambos tenemos claro que no va a ser capaz de hacerlo.

—Tendré que buscar un hobby, y podréis contar conmigo siempre que lo necesitéis.

—¿Y Emilia también se jubilará entonces? —Oímos la voz de Jared y ella lo mira con desdén, aunque intenta fingir con todas sus ganas para que Max no descubra lo mucho que le molesta la presencia de su hijo.

—Ella es libre de decidir cuándo acaba su vida profesional. —La mira con cariño y ella hace lo mismo con él.

—De momento no me veo en el jardín cuidando de las flores —suelta, dejándome claro que lo que acabo de decirle a Max no es el plan que ella tiene en mente para sí misma—. Tengo muchos años por delante para seguir poniendo a esta empresa en el lugar que merece.

—Claro... —Si no conociera a Jared creería que es una muestra de que está de acuerdo con ella, pero, conociéndolo como lo conozco, sé que no lo es, y me temo que ella también lo sabe—. Bueno, si ya hemos acabado con esto, Liv y yo tenemos una reunión en mi despacho.

Frunzo el ceño porque no tengo ni idea de a lo que se refiere, son las seis de la tarde y en principio todas las convocatorias que tenía marcadas en la agenda las he cumplido.

—Nosotros nos marchamos ya. —Max se dirige a Emilia y ella asiente mientras todos nos ponemos en pie y Jared, sonriente, deja que ambos salgan y me espera.

—¿Qué te pasa? Estás demasiado contento.

—Ven, vamos. —Me agarra con fuerza de la mano y caminamos sin soltarnos, consiguiendo captar las miradas de las pocas personas que aún siguen en las oficinas.

Me paro de repente cuando llego a la puerta de su despacho y veo a Yara sentada junto a tres

hombres que nos miran al percibir nuestra presencia.

—Buenas tardes. Gracias por venir tan deprisa, soy consciente de mi premura.

—Tranquilo, señor Kohler. —Yara le sonríe y yo los miro intentando no parecer sorprendida, aunque en realidad es mi estado actual—. Si estáis seguros, procedemos —nos dice después de presentarme al tipo que va a vender sus propiedades, al notario y a Markus, un contratista de confianza de ella.

—¿Lo estamos? —Me pregunta a mí, y al ver que no respondo y que no tengo sitio donde sentarme, no duda en acercarse dos sillas, una para mí y una para él, y luego me coge de la mano para guiarme hasta una de ellas... y, casi sin darme cuenta, me encuentro escuchando cómo el notario lee toda la documentación previa a la firma de la adquisición de los tres inmuebles. Una vez que el propietario de la casa y los terrenos ya lo ha hecho, Jared me mira y me señala el bolígrafo antes de firmar los documentos que tiene frente a él; está esperando a que yo se lo confirme y, aunque pueda parecer una locura, lo hago... y entonces veo cómo, muy sonriente, firma uno a uno todos los documentos.

—¡Mi más sincera enhorabuena, espero que sean muy felices en esta finca! —El notario y el expropietario ya nos estrechan la mano y se despiden de la agente

inmobiliaria. Tan solo quedamos nosotros, Markus y Yara, esta última más que contenta porque no solo ha vendido una finca, sino que al final ha añadido dos terrenos a la ecuación... y seguramente la comisión que se lleva de esas tres ventas es muy jugosa.

—Como os he dicho, Markus es el mejor contratista de esta zona y hará realidad vuestros deseos. —Lo de Jared no es precipitarse, sino que es lanzarse al vacío sin paracaídas, aunque supongo que su intención es dejar el hotel lo antes posible.

—Necesito saber qué es lo que queréis, para poder entenderlo y así satisfaceros completamente.

—Primero, necesito que firmes este documento. —Jared abre un cajón de su escritorio y saca una carpeta roja de donde extrae dos copias exactas de un documento que imagino que es un contrato de confidencialidad. Markus, tras echarle una hojeada, lo firma sin pensarlo mucho—. Gracias.

—Chicos, como mi trabajo ya ha terminado, si no os importa, me voy a ir —dice Yara. La miro agradecida por todo lo que ha hecho por nosotros mientras se pone de pie.

—Yara, muchas gracias por todo. Nos has proporcionado una casa preciosa. —

Me sonríe satisfecha por haberlo conseguido y, tras despedirse, nos quedamos con el contratista.

—El color de la fachada —suelta a bocajarro y yo comienzo a reírme provocando que los dos me miren— de toda la casa, y la valla verde que circunda la finca. En realidad, tendrá que circundar todo el perímetro, con los dos terrenos nuevos.

—Odia ambas cosas —aclaro para que Markus sepa a lo que se va a tener que atener si acepta

trabajar con nosotros.

—Yo también lo odiaría, está muy anticuado. —Markus tiene unas fotografías que supongo que se las ha entregado Yara cuando le ha hablado de la reforma—.

¿Blanco?

—¿Y dejar un poco de piedra vista? —Me muerdo el labio inferior, vergonzosa, y Jared asiente con la cabeza—. En la entrada podría estar muy bien, y en la

parte de la piscina una pared de la misma piedra.

—Eso es muy rápido de hacer, color de la fachada, piedra en esas zonas y cambiar la valle verde por un muro con arbustos que englobe toda la finca. —

Markus parece muy seguro y eso me tranquiliza—. Y del interior, salvo el color de las paredes, que lo solucionaremos lo primero, ¿queréis algún cambio más?

—Para mí es perfecto. —Miro a Jared, quien, tras pensar un poco, asiente. Y es que la distribución, teniendo en cuenta el tamaño de la casa, es ideal tal y como está.

—Quiero unir los terrenos a la casa. En este, que es un poco más estrecho, quiero que construyas un anexo destinado a un despacho y un estudio.

—¿Con acceso directo a la casa? —Nos miramos y ambos asentimos; sí, porque es una zona donde estaremos muchas horas y no me hace falta ir saliendo y entrando desde el exterior en pleno invierno para ir a la cocina a por un vaso de agua. Se detiene a mirar los planos y veo cómo piensa durante unos segundos; supongo que querer no es lo mismo que poder—. No habrá problema. ¿Y en el terreno del otro extremo?

—Queremos una casa de invitados, y una gran sala para fiestas. —Jared no es explícito, hecho que agradezco; sabe muy bien cómo conseguir que Markus se haga una idea sin necesidad de detallar lo que realmente se va a hacer en esa sala.

—Tiene desnivel. Podemos aprovechar para hacer una sala de juegos y un sótano multiuso abierto a un jardín trasero con vistas a la montaña.

—Me gustaría que el jardín de la casa principal se integre en los restantes, que todos parezcan uno solo. —Mi voz denota ilusión, y es que ese jardín es algo que me tiene enamorada.

—Ese punto es clave —le recalca Jared mientras pasa su brazo por mis hombros y me lleva hasta él para abrazarme—. Y lo más importante es que nos queremos mudar allí en dos semanas.

Markus se paraliza, supongo que yo también lo he hecho, y es que Jared pide imposibles a veces; ni todo el dinero del mundo podría hacer que se construya a esa velocidad.

—Las mejoras de la vivienda principal no deben ser difíciles de llevar a cabo,

¿no? Y después ya podríais encargáros del resto... —intervengo intentando poner un poco de

cordura a la situación—. ¿Estás dispuesto a vivir entre dos obras simultáneas?

—Vamos a tener que hacerlo. Quiero instalarme cuanto antes y dejar el hotel.

—En quince días sí puedo terminar las mejoras de la casa principal; en sí es pintura y remozar la fachada. Me preocupa el acceso a los despachos, se me ocurre abrir el acceso a la casa lo último; de ese modo, podríamos aprovechar un viaje de empresa que hagáis para hacerlo durante unos días que no estéis.

—Es buena idea. —Jared me mira convencido y yo asiento pensando en que el viaje a la mina puede ser una ocasión ideal; estaremos varios días fuera y, cuando regresemos, ya habrán terminado.

—Pues dejadme que me ponga manos a la obra. Os mandaré un plano en 3D

para que podáis ver el resultado antes de empezar y, si le dais vuestro visto bueno, nos pondremos en marcha.

—Perfecto.

—Muchas gracias por todo. —Le estrechamos la mano y, tras ser avisada por Jared, aparece Olivia para acompañarlo al ascensor—. ¡Estás loco!

—¿Por qué?, ¿por querer amanecer contigo cada día lo antes posible?

—Podríamos hacerlo de momento en mi casa. No es un palacio, pero tiene techo y lo básico para vivir.

—Lo sé, pero no sonreirías tanto como lo hiciste en esa cocina mirando al jardín.

—Perdonad. —Oímos la voz de Benjamin y miramos hacia la puerta, donde lo encuentro con cara de compromiso—. ¿Tenéis dos minutos?

—Claro. —Jared pone mala cara y yo lo agarro de la mano para que me siga tras Benja, que nos lleva al taller.

—Ya lo tenemos.

Laura me mira sonriente; es ella la que ha encastado uno a uno los brillantes en forma de corazón para crear un anillo de compromiso que, al verlo, me deja boquiabierto.

—Es precioso... —Muevo la luz para ver cómo brilla y lo cojo de la base para estudiarlo con detenimiento—. A Irma le va a encantar.

—Sí que le va a gustar, estoy seguro. Es muy elegante.

—Tienes que avisar a Enok de que ya está listo —lo apremio emocionada, y él, sin dudarlo, llama a su amigo por FaceTime mientras yo cojo una de las cajas de la compañía y lo coloco en su interior, tal como ella lo recibirá.

—Ey, tío, ¿ya me echas de menos?

—Ya te gustaría a ti. —Suelta una risotada y noto cómo Benjamin se sorprende al verlo tan relajado y no me extraña, Jared no es una persona que suela mostrarse tan amistoso y cercano con nadie, sino todo lo contrario: suele ser demasiado imponente hacia el resto—. Liv se ha encargado de que no puedas arrepentirte de tu decisión, y para ello ha engrasado toda la maquinaria de esta empresa.

—¿Ya lo tenéis?

—¡Que te lo diga ella! —Me ofrece su teléfono, como si lo conociera de toda la vida, y veo cómo aparece en la pantalla su cara. Por lo poco que veo, diría que va vestido de traje y está en una sala de reuniones, nada que ver con el chico de vaqueros estrafalarios que conocí en Gotland.

—¡Hola! —conforme lo saludo le muestro la caja cerrada y veo cómo sonríe impaciente—. ¿Quieres verlo? A mí me encanta cómo ha quedado y sé que a Irma también le chiflará; con este anillo no te puede decir que no.

—Me estás poniendo nervioso. ¡Ábrelo ya!

Los tres nos reímos y Jared me ayuda a abrir la caja mientras yo la enfoco con la cámara de su teléfono.

—Te mandaré fotos en condiciones, pero quería que lo vieras en primicia —le comento mientras acerco la cámara al anillo... pero no oigo nada—. ¿Lo ves?

—Sí, es increíble, más incluso de cómo lo había imaginado —suena emocionado

—. No sé cómo lo has hecho, pero no me cabe duda de que le va a encantar.

—Pues, cuando quieras, aquí lo tienes. Solo tienes que venir a por él.

—De eso nada... Tengo otro plan en mente.

Jared me coge el teléfono y me hace un gesto para que lo siga.

—Un segundo, Benja. Gran trabajo a ambos, el resultado es inmejorable —los felicito, y es que realmente han logrado una maravilla en tiempo récord.

Sigo a Jared hasta su despacho y cierro la puerta tras de mí para sentarme frente a él.

—No pienso ir a Ginebra. Vais a venir este fin de semana a Berlín y vais a ser parte de la petición de mano. —Alzo ambas cejas, sorprendida y emocionada.

Ver la cara de Irma cuando se lo proponga es algo que me hace muchísima ilusión.

Jared me mira en busca de una confirmación y yo asiento con la cabeza, convencida de que quiero ir.

—Allí estaremos.

—Tendrá lugar el sábado en mi casa. Será algo íntimo y familiar. —Suspira nervioso, y es que, aunque lleven tantos años juntos, darle tal sorpresa debe de ser un paso muy importante para ellos—. Os espero... y que no se os ocurra olvidaros el anillo.

—¿El qué? —Jared se hace el tonto y yo le doy un golpe a la mesa para que no bromea con algo así.

—Ni caso. Elegiré la caja más bonita de toda la marca para esta joya tan especial.

—Liv, espero que estés preparada para aguantarlo. —Ahora somos Enok y yo los que reímos y Jared niega con la cabeza, haciéndose el ofendido por lo que su amigo piensa de él.

—He comprado una casa. —Me mira directamente y Enok suelta una carcajada bien sonora aunque Jared lo ignora por completo—. Voy a vivir con una persona que parece que me soporta.

—De momento... —interviene, y yo me río sin poder evitarlo.

—Ya lo veremos —responde ignorando por completo a su amigo y dedicándome toda su atención en mí—. Nos vemos el sábado.

Apenas le da tiempo a decir adiós cuando ya ha finalizado la llamada y se pone de pie para rodear su escritorio y venir hasta mí.

—¿Te has enfadado?

—¿Crees que soy insoportable? —Niega con la cabeza, pero se me escapa la risa

—. Lo crees.

—¿Difícil... frío... duro...?

—¿Y eso no te gusta? —Tira de mi mano para que me ponga de pie y me lleva hasta él para abrazarme—. Porque, después de este día tan largo, había pensado compensártelo con una cena íntima.

—¿En tu hotel? —Niega muy seguro con una sonrisa cargada de lascivia que no hace más que provocar que me excite y comience a perder el control de mi cuerpo—. ¿En un restaurante? —Vuelve a negar y yo frunzo el ceño, confusa—.

¿Me lo vas a contar ya? —Por tercera vez niega con la cabeza, frustrándome aún más de lo que ya lo estaba.

—Quiero que lo veas por ti misma.

Capítulo 7

Liv

Jared detiene el coche frente a la nueva casa y yo lo miro sonriente al tiempo que emocionada. No tenía ni idea de dónde pretendía llevarme, así que me ha sorprendido mucho que hayamos venido aquí.

—Quiero que tengas la mente abierta —me pide y yo rio divertida al oír esas palabras muy mías—. Pintura blanca, piedra gris..., un camino que nos lleva hasta la puerta.

Coge mi mano con fuerza y veo faroles que iluminan nuestro camino; ya ha oscurecido, y la luz de las velas colocadas en su interior nos dan una acogida cálida, tanto que creo que esos faroles se van a quedar ahí para los restos.

—Pero ¿cómo...? —Comienza a reírse a carcajadas ante mi sorpresa. No me puedo creer lo que veo, en tan solo un día ha comprado la casa y se ha encargado de que esté libre de muebles. No hay ninguno—. ¿Hoy se lo han llevado todo?

—Asiente con la cabeza, orgulloso, y yo niego con la mía—. ¿Y pretendes cenar en el suelo?

Me lleva consigo hasta la cocina, donde me quedo, de nuevo, embobada con el jardín y veo que el cenador de verano, que cuando vinimos estaba abierto al exterior, ahora está cerrado con un grueso cristal que da la sensación de ser parte de fuera; cuando lo diseñaron supieron cómo integrarlo perfectamente tanto para verano como para invierno. Y me fijo en las velas que hay en el suelo junto a una manta y decenas de cojines.

—¿Te gusta? Es lo que se me ha ocurrido, teniendo en cuenta que no tenemos muebles, para que sea un poco más especial que cenar en la isla de la cocina.

—Es perfecto. —Conforme lo digo me quito los zapatos, los dejo a un lado y

camino hasta llegar al pícnic improvisado, donde me siento y me acomodo—.

¿Una copa? —Abro la cesta de mimbre que hay en medio y saco dos, y le ofrezco la botella de champán que está en una cubitera, muy fría, para que la abra.

Veo cómo comienza a sacarse los zapatos y no puedo dejar de mirarlo mientras continúa con la americana, que deja sobre la isla de la cocina. Luego se desabrocha los primeros botones del cuello de la camisa y viene hasta mí para coger la botella y descorcharla justo antes de sentarse a mi lado.

—¿Has hecho muchos pícnicos? —No me responde, solo me mira con la ceja elevada—. Vale, no, lo suponía.

—A mi padre le encantaban. Cuando era niño —explica mientras llena nuestras copas—, muchos domingos Max cogía todo lo necesario y se plantaba en el jardín. Mi madre lo odiaba, pero yo la convencía para que se sentara con nosotros y disfrutara de deliciosas ensaladas sobre el césped. Cuando mis padres se separaron, todo eso se terminó.

—Pues deberías haber seguido tú.

—¿Con mi madre, que odiaba cualquier recuerdo que tuviera que ver con mi padre? Ella no se dio ni cuenta de cómo le afectó la separación. Dejó de sonreír, incluso de prestarme atención. Era tan infeliz que no era capaz de hacer un esfuerzo por mí. —Imagino lo duro que debió de ser para él; sus padres se separaron de repente, se vio obligado a mudarse de ciudad y de país y, además, su madre no fue capaz de darle el cariño que él necesitaba en aquel momento—.

Todo eso me hizo ser como soy.

—Como eras —aclaro para que se dé cuenta de lo mucho que ha cambiado desde que me conoce—. El Jared que entró en la empresa hace poco dispuesto a retar a su padre no habría preparado una velada como esta. —No dice nada, durante unos segundos piensa en silencio, supongo que asumiendo lo que acabo de comentar, porque puede que ni él mismo se hubiera dado cuenta de ello—.

Pues quiero un pícnic una vez al mes como mínimo, podemos invitar a amigos también.

—No veo yo a Amélie tirada en el suelo.

—Se tendrá que acostumbrar. —Niega sorprendido ante mi seguridad y se acerca hasta mí para chocar su copa con la mía—. Por muchas más.

Le guiño un ojo y, tras dar un pequeño sorbo, se acerca hasta besarme. Disfruto de que me abraza, de que me estreche contra él.

—Ahora mismo siento una tranquilidad que hacía años que no experimentaba — confiesa, y le acaricio la barba que apenas empieza a ensombrecer su mandíbula.

—Sin duda, cuando te sientes de ese modo, es porque estás en paz.

—Quién me iba a decir que tú ibas a ser la que me ofreciera todo esto.

—No me conocías —respondo ladina, sabedora de a qué se refiere exactamente

—, pero ahora sí y tu vida ya no va a ser como era.

—De eso ya me estoy dando cuenta... —Mira a nuestro alrededor y, lejos de ver confusión en sus ojos, detecto ilusión; en pocas ocasiones he visto sus ojos brillar como lo están haciendo ahora mismo—. ¿Tienes hambre?

Asiento, y es que sí la tengo; a decir verdad, mucha.

* * *

Parpadeo varias veces porque oigo un sonido estridente que no reconozco. Tengo frío y me tapo con la manta... cuando de pronto el sonido vuelve a captar mi atención y me siento tapándome los pechos mientras me froto los ojos con la otra mano y lo veo dormido a mi lado. De repente, su teléfono comienza a sonar; está sobre la isla, así que no dudo en levantarme para ver de quién

se trata y qué hora es.

—¡Jared! ¡Son las ocho! —Hacía tiempo que no me despertaba tan tarde, y creo que él igual, porque ha pegado un brinco y se ha puesto de pie con cara de susto

—. ¿Quién llama a la puerta?

—El contratista y su equipo. Vístete, rápido. —No doy crédito y la verdad es que, en vez de hacerle caso, me quedo inmóvil—. ¡Liv! Vístete, tengo que

abrirles la puerta ya.

Reacciono de repente y corro hasta el pícnic improvisado de anoche, donde está mi ropa por el suelo, y voy pillando cada una de las prendas y me las pongo a toda prisa. No sé ni cómo no pierdo el equilibrio, pero en un abrir y cerrar de ojos ya estoy vestida y oigo la voz de Jared a lo lejos, imagino que intentando ganar tiempo, hecho que agradezco. Consigo recoger todo lo que hay en el suelo e intentar disimular un poco frente a los trabajadores y no dar que hablar.

—Buenos días —me saludan al entrar y veo cómo Jared observa las mantas dobladas y los cojines sobre la isla al lado de la cesta, y no puede evitar sonreír pícaro.

—Buenos días, a todos —respondo intentando no mirarlo, porque sé que voy a sonreír sin poder disimular y no quiero hacerlo—. ¿Empezáis a trabajar hoy? —

No sé ni por qué lo pregunto si Jared le indicó a Markus que en quince días tenía que estar lista la casa principal.

—Sí, en eso quedamos ayer. —Se gira para buscar la confirmación de Jared y él se la da con un movimiento de cabeza—. La idea es pintar todo el interior esta semana y luego comenzar con el exterior, para que podáis mudaros lo antes posible.

—Genial. —Miro el reloj nerviosa—. Jared, tenemos que irnos, se nos está haciendo muy tarde. —Y es que tengo que salir cuanto antes.

—Ahora mismo nos vamos. Para cualquier duda, o si necesitáis algo, llámame.

Tengo varias reuniones, pero estaré disponible.

—Id tranquilos, nosotros nos encargamos de todo.

Jared me agarra con fuerza la mano y salimos de la cocina dejando a media docena de hombres listos para cambiar por completo una casa anticuada de colores chillones por una moderna acogedora.

—¿Qué piensas?

—No quieras saberlo —bromeo, y él entrecierra los ojos al tiempo que rodea mi cintura y me obliga a mirarlo a los ojos—. Llegamos tarde... y necesito cambiarme de ropa.

—Yo también, pero no quiero volver a ver dudas en esos ojos tan preciosos.

—No tengo dudas.

—Sí las tienes.

—¿Y tú no?

—No —sentencia más rotundo de lo que esperaba—. Cuando tomo una decisión es porque realmente estoy convencido, es lo que quiero, y no suelo incumplir mis palabras.

—Y Heidi, ¿crees que nos va a dejar en paz?

—Ni por asomo...

—Eso es algo que me preocupa realmente, y también el hecho de vivir juntos; sin duda está bien, me hace ilusión y es algo más cómodo, pero puede que nos muestre cómo somos en realidad y alguno de los dos no encuentre lo que busca y eso nos separe.

—Si el destino nos quiere separar, lo hará, es así de fácil.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo. —Sonríe seductor y me besa, y no puedo evitar que mi cuerpo reaccione como siempre me ocurre con él. Nuestros labios se reconocen al momento. Y aunque mi cuerpo en este instante me pide a gritos que me deje llevar, las voces de los operarios nos anclan a la realidad.

—Será mejor que nos marchemos ya —le digo en cuanto nos separamos y, a regañadientes, asiente y salimos de la casa cogidos de la mano—. Puedo cambiarme en tu hotel. —Alzo una ceja y veo cómo sus ojos se tiñen de oscuro por la excitación—. Rápido.

—No he dicho nada.

—Y lo has dicho todo. —Le guiño un ojo antes de montarme en el asiento del copiloto y él lo mismo tras el volante—. Me encanta este jardín, tiene algo que me atrapa.

No dice nada, lo mira como yo y después a mí antes de arrancar el motor y salir de la que será nuestra casa para dirigirse a su hotel, donde ambos tenemos lo necesario para cambiarnos e irnos corriendo a la oficina.

* * *

—Jared es muy tarde, se me va a acumular el trabajo.

Estoy terminando de calzarme cuando me quejo en voz alta para que pueda oírme y entonces lo veo salir del baño con un traje azul oscuro. Me impacta tanto que no soy capaz de pronunciar ninguna palabra más, no puedo dejar de mirarlo.

—¿Voy mal? —Niego con la cabeza, y sonrío satisfecho al ser consciente de lo que provoca en mí, y, ¡joder!, me molesta mucho que lo sepa. Pero es que no soy capaz de contener mis emociones cuando lo tengo tan cerca; su físico, su carácter, todo lo que engloba su persona consigue atraparme de un modo que me hace sentir indefensa—. Este fin de semana tenemos que ir a la pedida de Enok, pero en nada voy a tener que viajar a Vancouver. Podrías venir conmigo.

—¿Ahora? Es importante que avance todo el trabajo que tenemos en marcha, porque en cuanto regresemos de la mina estaremos centrados en una nueva colección.

—Lo sé. —Noto la desidia en su tono de voz. Y le diría mil cosas; una de ellas, que me muero por irme con él, pero soy consciente de mi trabajo, y no puedo dejarlo de lado por algo personal, no sería lo correcto. Por eso mismo no digo nada y me limito a terminar de arreglarme para salir cuanto antes—. ¿Lo tienes todo?

—Creo que sí. —Me da un beso en los labios y me estrecha con fuerza contra su cuerpo cuando de pronto oímos que alguien da unos golpes en la puerta de la suite—. ¿Esperas a alguien?

—No, será algún empleado del hotel.

Se adelanta para abrir y entonces oigo la voz de Heidi. Él está delante de ella y le tapa mi visión por completo.

—¿Podemos hablar?

—No tengo tiempo, ya nos vamos. —Conforme lo dice, se aparta para que me pueda ver y me coge de la mano, dejándola sin habla—. Si nos permites. —Le hace un ademán con la mano para que se aparte de la puerta.

—Jared, por favor.

—Mira, Heidi —se frota los ojos, exasperado—, tengo muy claro que lo nuestro estuvo bien; no quería nada serio y nos divertimos durante mucho tiempo sin complicaciones, pero se ha terminado, y asume que no quiero casarme contigo, que con quien quiero estar es con la mujer de la que realmente estoy enamorado.

—¿Enamorado? —se pregunta en medio de una carcajada de nervios y confusión.

—Enamorado, ¿sabes lo que significa? Dudo que lo hayas estado alguna vez.

—En eso nos parecemos.

—Te equivocas, Heidi. Ahora sé que lo estoy y ni tú ni nadie va a destruir algo que realmente quiero. Olvídate de mí, tienes a decenas de millonarios babeando por ti. De verdad, no pierdas más el tiempo.

—Me dejas, ¿por ella? —Me mira de arriba abajo con todo el desprecio que siente por mi persona y yo la ignoro, porque en realidad lo que opine de mí no me afecta. Solo quiero que nos

deje tranquilos.

—Liv, ella se llama Liv. Y, sí, por Liv te he dejado, por una mujer que consigue que tiemblen mis cimientos como nunca has logrado hacer tú.

—Me alegro por ti. —Se da media vuelta, ofendida, y camina delante de nosotros hasta el ascensor mientras permanecemos parados sin cerrar la puerta, viendo cómo lo espera impaciente y se adentra en él cuando llega sin volver a mirarnos más.

—Lo siento —me dice y yo me lanzo a besarlo excitada. Sus palabras me han demostrado más de lo que se pueda imaginar. Oír cómo se ha encarado a ella y

cómo ha defendido lo que siente por mí es más de lo que esperaba.

Me abraza con ganas y me lleva hacia atrás hasta que topo con la puerta y ambos nos besamos con fiereza.

—Como vuelvas a besarme de este modo, no seré capaz de parar. —Estamos haciendo un esfuerzo por separarnos, por no seguir lo que acabo de iniciar.

—Tengo que ir ya a la oficina —pronuncio en voz alta, y puede parecer que se lo esté diciendo a él; sin embargo, es a mí misma. Me estoy obligando a dejar de besarlo y cumplir con mis obligaciones.

—Yo también. —Acerca sus labios a mi frente y me da un casto beso con tanta ternura que casi me es imposible resistirme, pero lo logro.

Suspiro con fuerza y, sonrientes, salimos de la suite de su hotel para dirigirnos en su coche a toda prisa hacia las instalaciones de Stauffer, donde nos espera una larga jornada laboral.

* * *

Nada más abrirse la puerta del ascensor de las oficinas veo a Emilia de brazos cruzados y negando con la cabeza al vernos aparecer. Podría darle mil excusas de por qué llegamos tarde, pero a estas alturas creo que ya no son necesarias.

—Buenos días. —Jared saluda cuando pasamos por su lado y hago lo propio al tiempo que me encamino hacia mi despacho, para, una a una, cumplir con todas mis obligaciones, al igual que lo hace él.

* * *

—¿Cómo va el día? Me encantaría almorzar contigo —me dice Max desde la

puerta y yo asiento; hace mucho que no voy con él y la verdad es que me apetece un montón—. ¿Nos vamos ya? —Asiento con la cabeza al tiempo que cierro los archivos que tenía abiertos en mi ordenador; luego cojo mi bolso para seguirlo.

Cuando pasamos por delante del despacho de Jared veo que está vacío—. Tenía unas reuniones

fuera de aquí, estar en Ginebra no le va a resultar fácil.

—¿Por qué dices eso? —Me llama la atención su tono de voz; es muy comprensivo, como si supiera exactamente su situación y la entendiera a la perfección.

—Jared tiene grandes negocios, se ha pasado la vida viajando de ciudad en ciudad y de país en país y, aunque es cierto que, tras la pandemia, todo ha cambiado mucho y hay reuniones que se pueden hacer a distancia, otras son tan importantes que hay que hacerlas en persona, por lo que deberá viajar.

—Y si a eso añadimos la dirección de Stauffer...

—Exacto. Esta empresa para él es pan comido, tenemos clientes fieles y los proyectos salen adelante, pero sé que a Jared esto no es lo que le gusta. Él llevará esta empresa donde se merece, tiene los contactos, los conocimientos y las herramientas para lograrlo, pero no puede dejar de lado el resto de sus negocios.

—No lo está haciendo, ¿no? —le pregunto, porque en realidad no tengo ni idea de si es así o no, si estar conmigo está afectando a todos esos negocios—. Hoy tenía varias reuniones.

—Y está comiendo fuera de la ciudad.

Le doy a entender que lo sé, aunque realmente no es así. No he tenido tiempo de pasarme por su despacho, ni él se ha acercado al mío para comentarme a dónde iba. Y aunque me encantaría que al menos me hubiera enviado un mensaje diciéndome que se marchaba, no estoy molesta, no porque sé cómo es y lo que está acostumbrado a hacer.

Capítulo 8

Liv

Creo que hacía muchísimo tiempo que no comía tanto. Miro a mi alrededor y me fijo en que la mayoría de los comensales son hombres y mujeres de negocios, e imagino a Jared sentado a una de las mesas disfrutando del almuerzo como todos ellos están haciendo.

No he sabido nada de él y, la verdad, aunque he estado tentada de enviarle un mensaje, no lo he hecho porque no quiero ser pesada ni que sienta que estoy controlando sus movimientos. Me he limitado a ojear mi teléfono de vez en cuando entre conversación y conversación, intentando que Max no se diera cuenta mientras él me explicaba emocionado los nuevos pasos que tiene previstos para la compañía.

—Me ha encantado almorzar contigo, pero debemos dejarlo aquí, tengo una reunión —se excusa al tiempo que mira el reloj Stauffer de su muñeca para comprobar la hora—. Si estás lista, podemos irnos ya a la oficina.

—Claro.

Nos ponemos en pie y caminamos por el salón del restaurante hasta llegar a la puerta, donde Max

ha aparcado su coche al llegar. Salimos, nos montamos y nos encaminamos a las oficinas.

* * *

—¡Por fin te veo! —Nada más abrirse las puertas del ascensor me topo con Xia

—. Iba a fundición a buscarte.

—Llevo toda la tarde liada abajo, ha habido un problema con el sistema y hemos tenido que paralizar la fundición durante unas horas —le explico con cara de agobio—. ¿Cómo vas?

—Emilia me ha aprobado los últimos bocetos, pero te buscaba porque he quedado con Amélie para ir a cenar a un restaurante nuevo. Te apuntas, ¿no? —

Me quedo paralizada porque aún no sé nada de Jared, y supongo que a este paso ya no tendré noticias de él—. No nos puedes decir que no, hace mucho que no salimos juntas.

—Estoy agotada, pero vamos, por qué no. —Me guiña un ojo satisfecha por haber logrado convencerme—. Necesito un poco de diversión.

—Eso es lo que quería oír. ¿A las ocho allí?

—Envíame la ubicación y allí estaré.

—Ponte muy sexy, que la noche es joven.

Niego divertida con la cabeza mientras veo cómo se marcha hacia su estudio, y yo sigo mi camino hacia mi despacho cuando me cruzo con Emilia. Como no tengo nada que decirle, y lo que menos me apetece en este momento es tener que oír algo que no me guste, sin detenerme continuo mis pasos hasta llegar a mi destino, donde recojo mis cosas... y me quedo paralizada al ser consciente de que he llegado a la oficina con él y no en moto, como acostumbro, así que, sin dudar, cojo mi teléfono y llamo a un taxi. Durante unos segundos espero a que me respondan y, enseguida oigo la voz de una chica muy dulce que confirma mi dirección, pues me tienen fichada de otros servicios, y me manda el coche.

Mientras llega, me pongo la chaqueta y me cuelgo el bolso para ir a la puerta, donde apenas tengo que esperar unos cinco minutos.

Miro mi teléfono y no veo llamada ni mensaje alguno de él, y tengo que reconocer que me molesta. Vale que tenga compromisos, pero al menos me podría haber dicho qué es lo que tiene que hacer, de ese modo no estaría pendiente del móvil. Niego con la cabeza, cabreada, lo dejo sobre el asiento, a mi lado, y decido mirar por la ventanilla hasta que llegamos frente a mi edificio y, tras pagarle la carrera, salgo a toda prisa bastante enfadada conmigo misma, pero convencida de que salir me irá genial para desconectar de lo que en este

momento siento.

No me entretengo en cuanto subo, ya que me doy una ducha rápida, me maquillo y me visto. Mi

primera opción era un look discreto, pero al final decido arreglarme un poco más, lo suficiente para captar alguna que otra mirada y de paso demostrarle a uno que yo me sé que yo también puedo hacer lo que me dé la gana. De repente oigo el timbre de la puerta y, confusa, miro por la mirilla, y entonces veo cómo Amélie pone el ojo al otro lado de la puerta y no puedo evitar morirme de la risa.

—¡Estás loca!

—¿Por qué no respondes al teléfono? —Frunzo el ceño. No lo he oído en ningún momento—. Da igual, venga... —Me mira de arriba abajo—. Oye, estás increíble esta noche.

—Esa era la intención. —Mi amiga se ríe y me hace un gesto para que salga a toda prisa. Me miro al espejo y veo que estoy perfecta—. Espera que coja mi bolso. —No entra, está deseando irse, así que a toda leche cojo un pequeño bolso de ante y guardo el monedero, las llaves y... Miro por todas partes, no sé dónde he dejado el teléfono.

—¿Por qué tardas tanto?

—No encuentro el móvil. —Ni la miro, estoy centrada en encontrarlo—. He tenido que dejarlo por aquí.

—Liv, tenemos una reserva y es tarde.

—¡Ya voy! Un segundo, por favor. Necesito el teléfono.

—¿Para qué? ¿Esperas una llamada, pillina? —Amélie se burla de mí, pero yo no le veo la gracia—. Ya lo encontrarás mañana, no lo necesitas y, si él te quiere llamar, ya lo hará al mío. Emre sabe que cenamos juntas. —Dudo pero finalmente me digo que tiene razón, y además, después de no haberme escrito en todo el día, ahora es mi momento de hacerme de rogar un poco.

—¿Sabes qué? ¡Vámonos!

—¡Esa es mi chica! —Las dos sonreímos y me cuelgo el bolso al hombro para salir de mi piso—. Xia irá directamente.

—¿Has venido en coche? —Niega conforme termino la pregunta y sé cuál es su plan—. Ya veo, ya...

—No te puedes imaginar cuánto me aburro.

—Necesitas hacer algo, algo que te guste y realmente te haga feliz. Está muy bien ser la mujer de la casa, preocuparte de que todo esté listo, de que los empleados del hogar cumplan con su trabajo, pero, amiga, nosotras no hemos nacido para estar todo el día haciendo eso y luego salir de compras e ir a centros de belleza.

—Lo sé, pero Emre cree...

—¿Has dejado de hacer algo alguna vez por alguien? —Detiene sus pasos y me mira muy seria

—. Mi amiga no es conformista, lucha por sus sueños, y, sí, Emre es sin duda un marido que cualquiera querría, pero, si te quiere, debe comprender que esta vida no te hace feliz, que necesitas sentirte realizada como persona, aunque sin dejar de lado tu matrimonio.

—Llevo mucho tiempo pensándolo, pero siento que Emre ha dejado muchas cosas de lado por mí y no es justo que yo no sea capaz de hacerlo del mismo modo.

—¡Trabajar no es algo malo! Sé perfectamente todo lo que ha dejado atrás por estar contigo, pero ¿de qué sirve si no eres del todo feliz? Puede que un día solo quieras salir corriendo de tu vida actual. ¿No es mejor luchar por lo que te hace feliz y adaptarlo a vuestra vida?

—No cambies nunca, por favor. —Se lanza a darme un abrazo y yo la recibo con todo mi amor —. Y prométeme que esta noche nos vamos a emborrachar.

—Mañana trabajo —le recuerdo, pero no le importa en absoluto—. Venga, vámonos, que Xia nos va a matar como tardemos mucho más.

—O llegaremos y estará piripi. —Niego con la cabeza, riéndome, mientras salgo, cierro la puerta con llave y comenzamos a bajar los escalones—. ¿A que no vas a echar de menos esta escalera? —Me quedo callada porque no lo había pensado; no volveré a mi casa, donde me he criado y en la que tengo tantos

recuerdos... y no sé si estoy preparada para irme definitivamente de aquí—.

Oye, oye, ¿y esa cara? ¿Tienes dudas?

—No sé nada de él desde hace muchas horas. Se ha ido de la oficina antes de la hora del almuerzo sin decirme nada.

—¿Cómo que no sabes nada de él? —Se detiene en un descansillo de la escalera y yo cojo aire para llenar mis pulmones antes de confesar algo que necesito decir en voz alta.

—Nada. Max me ha comentado que tenía una reunión fuera de la ciudad, eso es todo. —Bajo hasta ponerme a su lado.

—¿Lo has llamado? —Niego con la cabeza—. ¿Enviado un mensaje? —Vuelvo a negar y esta vez ella también lo hace—. ¿Por qué no?

—No quiero ir detrás de nadie.

—Liv, por favor, te acabas de comprar una casa con él. Lo más normal es que haya comunicación.

—Se ha comprado una casa —le aclaro rápidamente, y mi amiga comienza a bajar sin querer decir nada más—. ¡Amélie! No pases de mí.

—¿Crees que, si no fuera por ti, la habría comprado? ¡Eres ciega o quieres serlo!

Te aseguro que Jared no estaría aquí por otros motivos. Si ha tomado esa decisión es solo porque

realmente quiere estar contigo. Acéptalo de una vez y deja de pensar que no te mereces lo que está ocurriendo, porque te lo mereces más que nadie.

—Yo ya no sé qué creer. ¿Y por qué se ha ido sin decirme una palabra?

—Porque a veces los hombres son idiotas. —Termina la frase en una carcajada que me contagia y acabamos de bajar la escalera entre risas—. Mira, un taxi.

Páralo, corre.

—¡Eh, aquí, hooooolaaaaa! —Doy saltitos mientras corremos hasta la plaza desde donde el taxista nos mira serio, supongo que estará acostumbrado a que unas locas salten, griten y corran hacia él como si fuera el único taxi de esta ciudad—. ¡Gracias! —Me coloco los mechones de pelo que han salido de su

sitio y recobro la respiración.

—Casi lo perdemos. Por favor, llévenos a... ¿Cómo se llama el local? —me pregunta a mí y yo abro los ojos exageradamente porque la verdad es que ahora mismo no me acuerdo—. ¡Ay, ese que inauguran hoy, en el que hay cena y espectáculo! Lo han anunciado por todas partes...

—¿A Sublime?

—Ahí, ese es el lugar, sí. ¡Gracias! —Menos mal que el hombre ha sabido dónde queremos ir y en nada estamos en marcha—. ¿Quieres mandarle un mensaje?

Me tienta hacerlo, pero francamente creo que no debo.

—No, cuando regrese ya lo llamaré.

—¿Estás segura? Si lo prefieres, llamo a Emre e indago un poco... —Niego muy segura con la cabeza. No quiero que crea que lo espío—. Tú misma.

Apenas en unos minutos llegamos al restaurante y vemos a Xia en la puerta esperándonos. Amélie se encarga de pagar la carrera al taxista que tan amablemente nos ha salvado la vida al traernos y yo salgo y me acerco a mi amiga, que al verme sonrío.

—Esto está muy animado. Menos mal que hemos reservado mesa, mira la cola que hay.

—Parece que es la inauguración del año. —Miro hacia la puerta, donde el personal de seguridad intenta explicarles a las personas que están esperando que, hasta que no sepan si todas las reservas van a acudir, no pueden hacer nada.

—¡Chicas, esto va a ser la bomba! —Amélie le da un beso en la mejilla a Xia y se acerca a la puerta. Sin necesidad de decir quién es, en cuanto la ven nos dejan pasar, y yo no puedo evitar sentirme culpable por todos los que nos miran con mala cara.

—¡Qué bonito! —Miro el techo, las paredes... Este no es el típico restaurante, para nada. Parece que estemos en un castillo del siglo XV...

o en medio de una escena de burlesque más bien, gracias a las telas oscuras, lilas y verdes, y a las luces tipo discoteca que iluminan un escenario central rodeado por mesas redondas que ya están casi todas ocupadas por comensales expectantes por saber qué es lo que les va a deparar la velada.

—Tenemos reservada mesa para tres —le dice Amélie al chico tras darle su nombre y apellido, y este nos guía hasta la mesa más cercana al escenario, que es para seis.

El chico revisa su tablet, y veo cómo se la muestra a Amélie.

—Pone «Amélie más cuatro» —oigo que le dice asombrada, y él se encoge de hombros sin comprender nada, pero no le importa mucho; al contrario, tiene tanto trabajo que está deseando que nos sentemos para así poder ir a acomodar a otros clientes.

—Pues nada, si alguien se apunta, tenemos sitio —comenta y nos instalamos y miramos a nuestro alrededor. La verdad es que el lugar ya es todo un espectáculo

—. ¿Tomamos una copa primero?

—Estaba deseando que alguna lo propusiera —suelta Xia de pronto y consigue que nos carcajeemos cuando pasa por su lado un camarero con una bandeja llena de copas de champagne y adivino qué es lo que va a hacer—. ¡Aquí, por favor!

—El empleado se detiene casi cuando ya pasaba de largo y está a punto de derramar alguna de ellas—. Mejor deja dos para cada una, así no te molestaremos tanto.

—¡Comienzas fuerte! —Amélie se burla de ella, pero no se queja—. Yo diría que tu jefa debería darte un respiro.

—Creo que también necesito uno —intervengo rápidamente obviando que lo dice por mí—. Cada día odio más a Emilia.

—¿Tú sola? Nos tiene a todos hartos —secunda Xia y levanta su copa—. Por olvidar a esas Emilias que nos amargan los días.

—Brindo por ello. —Levanto la mía y chocamos las tres antes de darles un buen trago.

—Y por una noche de chicas como Dios manda. —Amélie vuelve a levantar la

copa y, tras brindar de nuevo, me bebo lo poco que quedaba en la mía—. ¡Y por vosotras, porque os quiero! —Cogemos la segunda copa y volvemos a beber mientras se acerca un camarero con diferentes platos que va dejando sobre la mesa.

—Hoy es todo una sorpresa. No sabremos ni qué comeremos ni qué veremos hasta que lo tengamos frente a nuestros ojos.

Había oído hablar muchísimo sobre lo que organizarían en el nuevo local, muchos rumores de los cuales seguramente ni la mitad son ciertos, pero no hay duda de que han conseguido

despertar la curiosidad de multitud de personas.

Las luces se apagan de repente y quedamos sumidas en una oscuridad absoluta.

Solo se oyen algunas risas y algún que otro grito de alguien para asustar a sus acompañantes... hasta que una luz roja muy eléctrica ilumina un poco el ambiente, lo suficiente para que podamos vernos los unos a los otros y los platos que tenemos delante.

—¡Me encanta este sitio! ¡Si aparece un camarero sobre la mesa, es para mí! —

Xia espera nuestra confirmación y, tras mirarnos un segundo, asentimos y levantamos la copa.

—Por el camarero de Xia —interviene Amélie y nos acabamos la segunda copa..., detalle que no le pasa desapercibido al camarero, pues se acerca y, tras dejar tres copas vacías, comienza a servirnos algo. Y digo «algo» porque, con la escasa iluminación del local y que todo lo veo rojo, no logro saber si es vino, champagne o vete tú a saber.

—¿Tú vienes con el menú? —No me puedo creer lo envalentonada que está Xia, pero no hay duda de que esta mujer necesita a un hombre que le haga tocar las estrellas—. Lástima —le responde cuando él, amablemente, niega con una sonrisa en la cara, divertido por la atención de mi amiga. Y juraría que, si no estuviera trabajando, se pondría a coquetear con ella.

No dudo un segundo y pruebo uno de los platos. Descubro que es pescado en salsa; tiene una textura exquisita y el conjunto es muy sabroso, tanto que no dudo en coger otro trozo y las animo a que comiencen a comer.

Las luces se vuelven a apagar y de pronto una luz verde ilumina toda la sala de nuevo. Oigo voces y todos miran hacia uno de los laterales de la sala, donde

dirijo la vista y veo a un drag queen con un vestido bien ceñido a su esbelto cuerpo, de lentejuelas negro, que destella con cada paso que da. Lleva puesta una larga peluca de color verde, del mismo tono que las luces que ambientan ahora el lugar. Y de repente me quedo alucinada cuando empieza a cantar con voz de soprano y a pleno pulmón.

Si ahora mismo cerrará los ojos, diría que frente a nosotras hay una mujer, y es que su voz es fina y delicada... Ya lo he dicho, de soprano, la voz femenina más alta... aunque cuando fuerza los tonos graves muestra su gran potencial.

Todos los presentes nos movemos al ritmo de su voz mientras vemos cómo camina hacia el centro del espacio, donde está el escenario redondo. En cuanto se sube a él, este comienza a girar muy lentamente. Un espectáculo de trescientos sesenta grados, bien cuidado y estudiado para que cada uno de los presentes pueda disfrutar del show sin que nadie interfiera.

—Mira quién me llama... —Amélie me muestra el teléfono y leo en la pantalla su nombre. Jared—. ¿Contesto?

Capítulo 9

Liv

—¡Es nuestra noche de chicas! —nos recuerda Xia, y yo le cojo el móvil de la mano y finalizo la llamada sin haberla respondido.

—Esto se va a poner emocionante. —Amélie me mira sorprendida y ahora soy yo la que paro al camarero y le pido que nos deje otras copas sobre la mesa—.

¡Esta es mi amiga!

Xia da un grito de emoción y bebemos ese par de copas mientras no dejamos de buscar excusas para brindar al tiempo que vemos una tras otra las actuaciones.

La verdad es que son la mar de entretenidas y con una música tan pegadiza que no dudamos en bailar sentadas en la silla mientras seguimos comiendo los ricos platos que nos traen de tanto en tanto.

—¡Necesito una voluntaria!

—¡Ella, ella, ella! —Me señalan las dos y no dejan de repetir a gritos que me elijan a mí, a lo que yo niego con la cabeza y siento un calor que empieza a subirme a la cara hasta sonrojar por completo mis mejillas, tanto que soy la presa perfecta.

—¡Ven por aquí! No puedes decir que no, te están mirando todos.

«¡Dios mío, ¿por qué tengo dos amigas tan majas?!»

—En serio, no, ya saldrá otra...

—¿Alguna voluntaria más? —pregunta micro en mano mientras mira alrededor y sonríe... al tiempo que agarra mi mano y casi me obliga a salir al centro del escenario... donde, no sé cuándo ni cómo, porque no me he dado cuenta, ha

aparecido una silla vacía y yo miro a mis amigas con los ojos achinados, provocando que se mueran de la risa a mi costa—. Siéntate ahí —me susurra y ya, llegados a este punto, obedezco, puesto que todo el mundo está mirándome y no quiero pasar más vergüenza de la necesaria.

De repente se apaga la luz y no veo absolutamente nada, solo oigo murmullos de la gente... y de pronto una suave voz comienza a cantarme muy cerca del oído.

No encienden las luces y, no sé si es porque he bebido más de la cuenta o por los nervios, no dejo de reír.

De repente las luces se encienden de nuevo, pero esta vez de color púrpura intenso, y veo al hombre cambiado por completo; lleva un vestido blanco y una peluca del mismo tono que las luces. Me guiña un ojo mientras me canta al oído, me acaricia un brazo y me anima a cantar con él... y lo hago, ¡vaya que si lo hago!, pero sin ser consciente de que toda la sala está oyendo mis gallos, pero en este momento estoy tan animada que no me importa nada; simplemente disfruto de algo que nunca había vivido.

Acepto su mano y bailo agarrada a él, nos cantamos uno al otro y, entre carcajadas, termina la canción y las luces se apagan y me agarra de la mano con fuerza para bajar del escenario sin que me caiga..., algo que me parece casi imposible, así que me sorprende su habilidad, porque yo no soy capaz de ver nada y, si no fuera por él, estoy segura de que caería rodando.

—Un broche de oro a mi espectáculo. Muchas gracias, reina.

—A ti, ha estado genial.

—Ve con tu chico, que seguro que se está impacientando al no verte. —Asiento con la cabeza obligándome a no ponerme seria y me doy media vuelta para salir hacia mi sitio entre las mesas cuando me quedo paralizada a medio camino cuando veo a Amélie dándole un beso a Emre y, frente a mí, mirándome directamente a los ojos, a Jared.

Retomo mis pasos con la mala suerte de que tropiezo con algo y, si no llega a haber una mesa a

mi lado donde poder apoyarme, me habría caído de bruces.

Vuelvo a sentir calor. Y ya no sé si es por la vergüenza de que las personas que estaban sentadas en la mesa se han asombrado al verme casi caer o es que su mera presencia me altera de tal forma que no soy capaz de controlarme.

—Perdonad —me disculpo.

—Tranquila. ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo me he tropezado, gracias —respondo y, lo más rápido posible pero con todo el cuidado del mundo, voy hasta nuestra mesa sin volver a mirarlo a los ojos.

—¡Toma, te la has ganado! —Xia me ofrece una copa y me la bebo de un trago, intentando encontrar un poco de calma, que me baje la temperatura o simplemente terminar de emborracharme para superar este día—. ¡Hala, hala, así se bebe! —Xia se carcajea con muestras evidentes de que ha bebido más de la cuenta, al igual que Amélie, a quien le entra la risa tonta que me contagia y tanto Emre como Jared se miran muy serios.

—Veo que te lo estás pasando genial. —Me fijo en su voz, en su mirada... y noto un calor más potente, más insoportable.

—Pues sí. No tenía planes y, oye, me ha salido este y es uno de los mejores que me podían proponer.

—De los mejores. —Asiente mientras lo dice. No hay duda de que su tono denota molestia, cabreo, hasta juraría que tiene ganas de levantarse e irse, pero no lo hace, permanece inmóvil.

—Y tu día, ¿qué tal ha ido?

—Por lo que parece, no tan bien como el tuyo. —Veo que pasa un camarero y le hago un gesto con la mano para que se detenga—. ¿No crees que has bebido demasiado?

—No, aún puedo tomarme una más.

—Liv...

—Jared, por favor —le advierto muy seria y no responde, simplemente me mira fijamente mientras cojo la copa que el camarero me ofrece y no dudo en darle un sorbo—. Este lugar es increíble.

—Porque está el jefe aquí al lado —suelta Xia entre risas—, sino diría que

mañana no sé cómo narices voy a llegar a la oficina. —Jared la mira cabreado, mucho, y hasta ella lo nota porque endurece sus facciones de golpe—. Era una broma, estoy perfectamente. ¿Verdad?

—Claro. —Amélie y yo le damos la razón entre risas.

—Necesito ir al baño. —Me pongo de pie y pierdo el equilibrio; menos mal que Jared se percata de ello y me sujeta con fuerza para que no me caiga—. Gracias.

—No puedo evitar reírme.

—¡Vámonos ya!

—Oye, ¿no habrás aparecido aquí para fastidiarme la fiesta? Porque, si es así, ya puedes irte por donde has venido. —Mi tono de voz es demasiado elevado, y me percato de eso por cómo me mira el resto—. Tengo pis. —Jared no me contesta nada, supongo que tiene claro que, diga lo que diga, va a provocar una discusión y no es lo adecuado en este momento.

Por eso aprovecho para seguir mi camino y, con cuidado de no caer, mientras no dejo de sonreír sola, logro hallar la puerta del baño y me adentro en él a toda prisa sin fijarme en nada más; simplemente la abro y la cierro para hacer mis necesidades, con el riesgo de perder el equilibrio y caer sobre mi propio pis o vete tú a saber el de quién...

—Lo logré —me felicito a mí misma cuando me pongo en pie y, tras colocarme la ropa en su sitio, voy hasta el espejo. Entonces me miro y soy consciente de que no estoy bien, de que he bebido en exceso. Abro el grifo y me mojo la nuca y, con las palmas de las manos, me humedezco las mejillas un poco para aliviar el calor que siento. A pesar de eso no logro que se me pase el mareo, así que me resigno y me dispongo a salir del baño cuando me detengo de repente al verlo parado frente a la puerta.

—¡No necesito niñera! —lo reprendo al tiempo que me alejo de él, pero me coge del codo para que no siga avanzando.

—Liv, lo sé, tendría que haberte avisado. Sé que estás enfadada conmigo.

—¿Debería estarlo? —Finjo que no me importa en absoluto, pero ambos sabemos que no es así—. Puedes hacer lo que quieras, pero después no te quejes si yo hago lo mismo.

—Lo siento. —Sus ojos se clavan en los míos, y juro que pretendo seguir enfadada, pero es que no puedo, no cuando me mira de este modo—. He ido a tu despacho a avisarte de que me iba, pero no estabas.

—Podrías haberme enviado un mensaje.

—Debería, y no tengo excusa. Te aseguro que no volverá a pasar. —No lo miro, por lo que me agarra de la barbilla para que lo haga—. Te he llamado hace un rato, pero no me has respondido.

—No llevo el móvil, me lo he dejado en casa.

—¿Nos vamos? —Niego con la cabeza, no quiero hacerlo, y mucho menos porque él haya venido, mis amigas no se lo merecen—. Xia ya se ha ido en un taxi y Amélie está esperándote para marcharnos juntos.

Me coge de la mano y me guía hasta la mesa, donde Amélie está muy acaramelada con Emre y él

nos mira con cara de alivio. Ella no está mejor que yo, y es que tengo que reconocer que hemos bebido una pasada.

—Vámonos de una vez —le pide Jared y él ayuda a mi amiga y, agarradas a ellos, salimos del local y vemos el coche de Emre justo delante de la puerta—.

¿Nos llevas a mi hotel?

—Yo me voy a mi casa —intervengo como si nada mientras me instalo en el asiento trasero del todoterreno de mi amigo.

—A su casa. —Su voz no suena muy alegre, pero me alivia saber que respeta mi decisión. Ahora mismo no quiero ir a su hotel, prefiero ir a mi piso y dormir en mi cama, esa que tantas noches me ha soportado.

—Pero ¿cuánto habéis bebido? —Emre se queja cuando logra abrocharle el cinturón a su mujer.

—Cariño, no soy feliz, me siento una inútil... Estoy harta de dar vueltas por casa sin saber qué hacer mientras mis amigas están trabajando en algo que les entusiasma. —El alcohol ha ayudado a Amélie a sincerarse, a bocajarro, sin miedos, simplemente lo ha soltado tal y como me lo ha dicho a mí. Si no estuviera en este estado, sé que no lo habría hecho.

—No digas tonterías. —Emre acciona el coche y, molesto, niega con la cabeza al tiempo que se adentra en la calle.

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo y, si no eres capaz de ver lo desdichada que soy llevando esta vida, lo mejor será que mañana pidamos el divorcio. —Abro la boca exageradamente y miro a Jared, que a su vez me mira a mí furioso—. No me mires así, y por una vez escucha lo que intento explicarte.

—Amélie, no es el momento ni el lugar.

—Nunca lo es. Tú siempre estás viajando, trabajando, tan ocupado que ni tan siquiera ves lo sola que estoy. Liv, piénsate muy bien unir tu vida a un hombre así, porque siempre antepondrán su trabajo al amor. Nosotras somos un complemento más que, cuando quieren, tienen a su disposición.

—Amélie...

—Emre. —Jared llama su atención y hace un gesto con la cabeza para que se temple.

Puede que mi amiga no haya elegido la mejor de las maneras de decirlo, pero está siendo muy sincera y consecuente con lo que siente.

Un silencio nos invade a todos, ninguno dice palabra alguna. Emre conduce muy serio sin dejar de estar pendiente de la calzada; Amélie mira por la ventanilla mientras con el dorso de una mano retira sus lágrimas, intentando que no veamos que está llorando, pero todos lo estamos viendo, aunque simulemos que lo logra.

Jared aprieta la mandíbula mientras mira alternativamente de la ventana a mí, y yo... yo pienso en las palabras de mi amiga, reconociendo que lo que me ha pasado hoy es la tónica habitual en su forma de ser y actuar, y es algo que no me gusta.

—Buenas noches. —Abro la puerta tras apretarle con fuerza la mano a mi amiga y así transmitirle todas las fuerzas que necesita, sin necesidad de decirnos nada con palabras, simplemente un gesto que lo ha dicho todo—. Puedes irte a tu hotel.

—No pienso dejarte sola. —No me hace ni caso, rodea el coche y, con los brazos en jarra, espera a que cierre mi puerta y, para mi mala fortuna, el suelo empedrado no me ayuda y mis tobillos se tuercen una y otra vez hasta que él se

acerca y me sujeta de la cintura para ayudarme a andar.

—Podía sola —habla mi orgullo por mí.

—Lo sé.

Coge las llaves de mi mano y no rechisto, no tengo fuerzas para hacerlo. Me limito a ver cómo abre el portal y me invita a pasar, pero, antes de mirar la escalera, me paro para quitarme los zapatos de tacón y, descalza, me dispongo a subir cuando siento que mis pies dejan de tocar el suelo y sus manos agarran mi espalda y por detrás de mis rodillas para subirme a cuestras.

Huele muy bien.

Su jersey es muy cómodo.

Cierro los ojos para sentirlo mejor y suspiro segura.

Sé que estoy donde debo de estar.

Capítulo 10

Liv

Abro los ojos y me llevo las manos a la cabeza porque me estalla. Creo que hacía años que no bebía tanto; es más, entre semana no acostumbro a hacerlo porque me limito a trabajar. Oigo la voz de Jared e intuyo por lo que dice que está trabajando desde mi salón. No sé ni qué hora es, pero de lo que sí estoy segura es de que voy a tener una buena bronca con él.

Salgo de la cama y voy hasta mi cómoda, donde cojo una camiseta de manga corta bastante larga y, sin más, medio zombi, voy hasta el salón y me siento en el otro extremo del sofá, donde sé que no aparezco en la videollamada, aunque parece que a él no le importa porque ignora al hombre que le está hablando en inglés desde la pantalla.

—La semana que viene lo discutimos en persona. —Zanja la conversación en un perfecto inglés, sin dejar de mirarme—. Tengo un asunto muy importante que no puede esperar. —Ni siquiera espera respuesta, se limita a finalizar la conexión y cierra la tapa del ordenador portátil.

—No tendrías que haber terminado por mí, no soy muy buena compañía en este momento.

—Buenos días. —Su tono es calmado, incluso dulce para ser él, así que esto sí que me pilla por sorpresa—. ¿Has descansado? —Y se preocupa por mí... Me pellizco y me quejo en voz alta, y me doy cuenta de que estoy despierta, que no es un sueño.

—¿No estás enfadado? —le planteo sin contemplaciones, consciente de que no puedo eludir esta conversación, aunque no me apetezca en absoluto llegar a discutir.

—Sé que ayer me comporté como un capullo. Debería haberte dicho que me había surgido una reunión, pero estaba tan cabreado que no me di ni cuenta. No estoy acostumbrado a...

—¿Contar con alguien más?

—No te voy a mentir, nunca he tenido que dar cuentas de lo que hago a nadie. —

No me habla enfadado, sino intentando entenderme y poniéndose en mi lugar—.

Y, francamente, pensaba que no tendría que hacerlo hasta que te vi sobre aquel escenario. —
Frunzo el ceño sin comprender qué tiene que ver eso en todo esto

—. Había decenas de hombres en ese restaurante y yo solo quería darles un puñetazo a todos los que tenían sus puñeteros ojos puestos en ti, que eran la mayoría de ellos. Y cuando noté que te enfurecías al verme, no fui capaz de comprender el porqué. Esperaba alegría en tu rostro, brillo en tus ojos, y no encontré nada de eso.

—No me molesta que te tengas que ir de viaje por reuniones o que pases el día fuera de la oficina, como si te vas un mes. —Alza ambas cejas confuso—. Lo que me molesta es no saber si, cuando termine mi jornada, voy a cenar contigo o puedo quedar con mis amigas, o simplemente irme a mi casa a leer un libro.

—Ahora lo entiendo.

—Jared, vivir juntos no es lo mismo que una relación de novios, y mucho menos que una amiga con derecho a roce cuando te apetece. Si me pides que me mude a vivir contigo, no puedes pretender que no sepa nada de ti y me pase las horas esperando noticias tuyas... igual que yo haré lo propio contigo. A eso se le llama comunicación, y sin ella nunca funcionará esta relación.

—Te prometo que cambiaré, solo te pido paciencia. Lo mío nunca ha sido dar explicaciones, y mucho menos que alguien me esté esperando. Pero quiero cambiar, necesito hacerlo. —Se calla de repente al oír su móvil y le hago un gesto para que responda—. Dime, Olivia. —Me mira muy serio—. ¿Quién es?

—pregunta y lo observo atenta porque no logro oír a su secretaria y no sé a qué se refiere—. Un hombre quiere devolverte algo.

—¿A mí? —Asiente con la cabeza—. ¿Quién y qué quiere devolverme?

—Te importa si se pone él y así lo habláis —me pide a mí y supongo que a Olivia, para que se lo comente a la persona en cuestión.

—Claro —contesto, y espero unos segundos en los que oigo que Olivia le comunica que estoy al otro lado de la línea telefónica.

—¿Hola?

—Buenos días, soy Liv Müller. ¿Con quién hablo? —Jared me mira atento, igual que he estado yo cuando era Olivia la que le hablaba a él.

—Soy el taxista que la llevó ayer a su casa. Se dejó el móvil en el asiento trasero. —Me llevo una mano a la frente—. El caso es que no quiero entregárselo a nadie que no sea el dueño... Compréndame, es algo muy goloso.

—Lo entiendo, es razonable. ¿Podría traérmelo a la misma dirección donde me dejó? Por supuesto que le pagaré la carrera, por eso no se preocupe.

—De acuerdo, ahora mismo salgo hacia allí.

—No sabe cuánto se lo agradezco. —No puedo creer que ayer no pensara en que cabía la posibilidad de que lo hubiera perdido.

—No es nada, la veo en unos minutos.

—Hasta ahora.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando finalizo la llamada, agradecida y aliviada

—. ¿Con quién has quedado?

—Ayer me dejé el teléfono en el taxi que me trajo a casa, no me había dado cuenta. Cuando llegó Amélie a recogerme comenzó a meterme prisa y pensé que lo dejaba en casa, pero no.

—Así que, si te hubiera llamado mucho antes de lo que lo hice o te hubiera mandado mensajes, no lo habrías visto... —Achino los ojos molesta, porque que no llevara móvil no lo exime de su pasotismo—. No es excusa —se responde a sí mismo y asiento para que entienda que lo que hizo no está nada bien.

—Necesito un café y algo para este dolor de cabeza; si no, no seré capaz de trabajar. —Me dispongo a ponerme de pie y me agarra de la mano, tira de ella y caigo sobre él sin capacidad de reacción.

—Llevo toda la puta noche mirándote, pensando en que no soporto verte como te vi ayer. Cualquiera podría haberte hecho daño y no... Joder, si te pasara algo, no lo soportaría.

—Vale, bebí de más, pero estás exagerando un poco. Nadie nos iba a hacer nada.

—Eso no lo sabes, y me enfurece que hayas sido tan ingenua... y mucho más que yo fuera el

culpable de tu estado.

—Necesitaba evadirme del mundo.

—Poniendo en riesgo tu seguridad.

—Venga, que no soy ni la primera ni la última que se emborracha un poco. —No dice nada, pero, por lo serio que está, mis palabras no le están convenciendo en absoluto—. Por cierto, ¿sabes algo de Emre? Amélie también había bebido demasiado. —Desvió el tema a ver si de este modo consigo suavizar la tensión que hay entre nosotros en este momento.

—Dijo cosas que a Emre le molestaron.

—Puede que el alcohol le diera la valentía que le faltaba para ser sincera con él.

—No recuerdo exactamente lo que pasó, pero sí cómo mi amiga hablaba sin parar mientras Emre intentaba evitarlo sin éxito. Jared y yo fuimos testigos de los problemas que tienen en su matrimonio, y es que, de puertas hacia dentro, ninguna relación es perfecta—. A veces tenemos miedo a decir la verdad por las consecuencias que eso puede acarrear.

—¿Tú necesitas decirme algo? Prefiero saberlo antes de que un día sueltes una bomba delante de todo el mundo y descubra algo de lo que no tenía ni idea.

—Jared, lo nuestro acaba de empezar, y me alegra saber que quieres que haya comunicación, porque tendremos problemas, como cualquier pareja, pero está en nuestras manos solucionarlos o dejar que nos estallen en las narices. Y ayer de verdad que me molestó muchísimo enterarme por Max de que te habías ido de la ciudad.

—Fui a tu despacho a contártelo y no estabas —vuelve a repetir, y yo elevo ambas cejas para que se dé cuenta de que eso no era suficiente—. La próxima vez te enviaré un mensaje o te llamaré.

—Como si me envías un email, pero al menos sabré que no puedo contar contigo y hacer planes con libertad. —Frunce el ceño, como si lo que acabara de decirle no le entusiasmara, y pongo los ojos en blanco—. No vas a encerrarme mientras tú estás reunido con vete a saber quién, hombre o mujer —recalco con muy mala intención esa última palabra y es cuando me agarra de la mano para que no me mueva y se abalanza sobre mi cuerpo—. ¡Me haces daño! —protesto, pero parece no importarle porque no hace el amago de moverse en ningún momento.

—Prométeme que, cuando algo te moleste, me lo vas a decir.

Tengo sus labios muy cerca y vuelvo a ver esa oscuridad que me paraliza por completo.

—Prométeme que vas a contar conmigo para todo —consigo rebatirle para que le quede clara mi posición.

Ambos asentimos con la cabeza sin poder dejar de mirarnos y entonces se acerca lentamente y el calor funde mis sentidos cuando sus labios pasean por los míos.

Y ya no puedo resistirme; juro que lo haría si fuera capaz, pero no soy tan fuerte y nos besamos.

Sin decirlo, me estoy rindiendo, le estoy perdonando el mal rato que me hizo pasar el día anterior, y supongo que él me está perdonando el haberme encontrado en un bar borracha. Oigo su gruñido cuando llaman al timbre y yo comienzo a reírme al tiempo que lo saco de encima de mí para dirigirme a la puerta, no sin antes coger de camino mi monedero.

—Buenos días. Muchísimas gracias —saludo al taxista de unos sesenta años que tan amablemente me está devolviendo el teléfono.

—Sé lo que es perder uno, y no es agradable.

Sonríó mientras se lo cojo y le enseño un billete de los grandes. Aunque niega con la cabeza, insisto porque es lo mínimo que puedo hacer por él.

—Por favor, es como señal de agradecimiento.

—De verdad que no es necesario, págume solo la carrera hasta aquí. —Sin embargo, vuelvo a ofrecerle el billete, segura de que quiero dárselo—. Bueno, muchas gracias. ¡Que tenga un buen día!

—Igualmente.

Cierro la puerta y regreso al salón, donde lo veo mirando la pantalla muy concentrado. Supongo que está hasta arriba de trabajo, y yo debería estar haciendo lo mismo. Así que, tras buscar el cable para cargar el móvil y conectarlo a la corriente, cojo mi ordenador portátil y me siento en el sillón individual que hay justo delante del sofá donde está él cruzando las piernas, consciente de que la camiseta que llevo puesta deja ver mi ropa interior.

—¿Te importa si me pongo aquí?

—Diría que, si no te mueves, no voy a ser capaz de trabajar. —Se toca la entrepierna, intentando serenarla... o más bien colocarla en otra posición, pero no creo que lo esté consiguiendo por su cara de frustración—. Joder, Liv.

Se pone en pie, pillá mi ordenador, que deja sobre la mesa de centro, y después me coge de la mano y tira de mí para levantarme del sillón y sus manos se clavan en mi cintura.

—¿Ya no estás enfadado? —Mi sonrisa maliciosa consigue que él me imite.

—¿Y tú? —Me encojo de hombros al tiempo que ladeo la cabeza en señal de un

«bueno»—. Ayer me pasé todo el maldito día rodeado de ancianos, hombres casposos que se creen que dominan el mundo y no se dan cuenta de que su poder mengua al igual que su agilidad.

—Qué plan más divertido —ironizo y es cuando lleva una de sus manos a mi nuca.

—Hubiera preferido mil veces estar como estoy ahora.

—Pues no me dio esa impresión. —Alza las cejas mientras pega su cara a mi camiseta, justo entre mis pechos, y siento que inhala profundamente—. Es más, yo te hacía comiendo con varias ejecutivas de culo y tetas firmes de esas que parpadean y sonríen sin parar con el único propósito de que les hagas un poco de caso.

—Ya me hubiera gustado —me muerde el pezón y grito porque me ha hecho daño—, pero no fue así, creo que tienes demasiada imaginación. ¡Espera, espera!

Estabas celosa... —Rompe a reír y baja hasta mi sexo y clava sus dientes con

fuerza sobre la tela, consiguiendo que me yerga y me humedezca—. Reconoce que lo estabas. —Da un tirón a la fina tela de las braguitas para bajarlas hasta mis rodillas al tiempo que pasa su lengua por encima de los labios y cierro los ojos, me muerdo el labio inferior e intento permanecer inmóvil.

—No lo estaba —miento, porque claro que lo estaba. Mucho. Creo que es la primera vez en mi vida que experimento esos pensamientos tan poco razonables y tóxicos que tuve ayer mientras comía con Max.

—No mientas. —Con sus dedos facilita a su lengua llegar a mi clítoris y no puedo evitar gemir—. No seguiré hasta que digas la verdad. —Su aliento topa contra mi sexo y ahora mismo lo único que necesito es que siga, que continúe con lo que ha comenzado y que se deje de tonterías.

—Jared, por favor.

—Liv, reconócelo. —Bajo la mirada hasta clavarla en sus ojos—. No volveré a repetirlo.

La ansiedad crece de un modo que apenas me deja pensar con claridad; necesito que continúe y estoy dispuesta a admitir lo que sea con tal de conseguir mi fin.

—Por favor... —Mis palabras son un débil susurro, pero lo suficientemente alto como para que lo oiga a la perfección—. Lo estaba. —Apenas me sale la voz cuando sus dedos me rozan tan suavemente que, en vez de aliviarme, me tortura aún más. Y parece que no me ha oído, porque no hace ni el amago de proseguir

—. Estaba muy celosa, tanto que me emborraché para dejar de pensar en ti.

—¿Y lograste olvidarme?

—No —respondo y pone cara de satisfacción y sus dedos se adentran muy rápido en mi interior y comienza a moverlos en círculos, entrando y saliendo. Su lengua pasea por mis labios hasta que sus dientes atrapan mi clítoris y siento una oleada de calor tal que no soy capaz de mantenerme de pie. Y como si Jared hubiera leído mis pensamientos, me guía hasta el sofá, donde me acomoda al tiempo que abre mis muslos con una mirada lasciva clavada en mí.

Está igual de excitado que yo.

—Deberíamos estar trabajando.

—Puede. —Me agarra con fuerza, tira de mis muslos hacia él, se desabrocha el botón de los pantalones chinos y se los baja muy despacio, provocando que mi sexo palpite incesantemente.

No se demora, esta vez está igual de cachondo y ansioso que yo. Lo miro de arriba abajo y veo cómo lanza su camiseta sobre el sillón en el que estaba sentada hasta hace escasos segundos. Termina de quitarse los pantalones y los calzoncillos y es cuando, frente a él, sin dejar de mirarlo, cuelo uno de mis dedos para atrapar la goma de mis braguitas y las deslizo poco a poco hacia abajo, consiguiendo captar toda su atención.

—¿Más? —Le hago un gesto que significa una pregunta, si quiere que me quite la camiseta, y asiente muy seguro para, en cuanto ve que estoy completamente desnuda, abalanzarse sobre mis pechos para morderlos—. Jared... —apenas gimo de placer cuando siento la punta de su miembro topar contra mi vagina.

Y me humedezco; no quiero más preliminares ni juegos estúpidos, ahora mismo lo único que quiero es sentirlo en lo más profundo de mi ser.

—¡Joder, eres perfecta! —ruge mientras se cuela en mi sexo—. No quiero volver a sentirte alejada de mí. Nunca más. —Se introduce más con fuerza y no puedo ni contestar.

Sus embestidas son intensas, se acopla a mi interior a la perfección, y en estos momentos no recuerdo el dolor de cabeza y mucho menos que deberíamos estar trabajando.

Ahora mismo lo único que necesito es a él. Rodeo su nuca y, con ímpetu, lo acerco a mis labios para devorar los suyos. No puedo dejar de besarlo, de tocarlo, al tiempo que mis caderas enloquecen con el vaivén de las suyas.

—No quiero volver a sentirme abandonada.

Mi susurro lo paraliza y, tras mirarnos unos segundos a los ojos, niega muy seguro y elevo las caderas para que sepa que necesito seguir sintiéndolo.

Y vuelve a penetrarme con todas sus ganas, arrancándome un gemido gutural que deben de oír todos y cada uno de los vecinos de este edificio.

Capítulo 11

Liv

Inclino la cabeza hacia atrás y dejo que el agua caiga directamente en mi cara, y entonces siento sus manos sujetar mi cintura desde atrás y atrapar mi barriga al tiempo que besa mi espalda.

—Hummm... —Apoyo la cabeza en su pecho y sus labios pasean por todo mi cuello, de arriba abajo, poniéndome la piel de gallina—. No quiero que se termine este momento.

—Ni yo...

—No lo digas, por favor, déjame soñar unos segundos. —Sigo con los ojos cerrados, pero sé

perfectamente que está sonriendo—. Gracias. —Me aprieta con más fuerza mientras el chorro de agua cae sobre nuestros cuerpos.

—Liv...

—No, no lo estropees —le ruego al tiempo que me doy media vuelta y con ambas palmas le acaricio dulcemente el pecho—. Tengo claro que debería estar ya en la oficina, y juro que no saldría de esta ducha, pero el tiempo nos pisa los talones y...

—Lo sé, e irás después de comer, pero ahora tenemos una reunión; es más, nos están esperando.

—¿Una reunión? —Me da un beso en los labios que se alarga más de lo que pretendía, pero no lo podemos evitar ninguno de los dos, es superior a nosotros

—. Olivia lo había anulado todo, ¿verdad?

—Todo... todo, no. —Da unos pasos para atrás alejándose de mi cuerpo y siento

un gran vacío aun estando a menos de dos metros—. Te espero en el salón. Los iré entreteniendo, pero no tardes.

—Pero ¿con quién es? ¿Debo arreglarme mucho y maquillarme? —Supongo que mi cara de incertidumbre es lo que le hace gracia por cómo sonrío.

—Con que te pongas una camiseta será suficiente. Es informal, ni siquiera te seques el pelo.

Frunzo el ceño todavía más confusa de lo que ya estaba mientras él se carcajea al tiempo que se enrolla una toalla a la cintura y sale del baño dejándome paralizada.

* * *

Cierro el monomando del agua y, tal como acaba de hacer él, me envuelvo en una toalla de baño. Tras secarme y mirarme al espejo, decido desenredarme la melena y luego me la atuso un poco para que gane volumen. Después me dirijo a mi habitación, donde cojo unos vaqueros y una camiseta negra lisa, sin dibujo alguno, pero con un pequeño escote en pico... y de pronto oigo su carcajada. Es tan larga que me llama muchísimo la atención y, aún descalza, salgo hacia el salón; al verme aparecer me mira de arriba abajo, ignorando a la persona que lo está mirando a través de la pantalla, y me hace un gesto para que me aproxime a él.

—Liv, te presento a Valeria. Es la mejor diseñadora de interiores.

—No seas adulator, conmigo no tienes que ser así —interviene ella demostrando la buena relación que tienen entre ambos—. Encantada, Liv.

—Igualmente, Valeria. —Sonrío, pero no puedo evitar mirarlo a él directamente, quien no ha dejado de observarme en ningún momento.

—Valeria nos va a ayudar a amueblar la casa en tiempo exprés. —Justo cuando dice esas dos últimas palabras dirige toda su atención a la pantalla, donde ella está negando con la cabeza, y es

que supongo que una de las exigencias de Jared es que todo sea para ya—. Nos ha preparado unas propuestas según los planos que le hice llegar.

—Lo tienes todo controlado. —Mi tono de voz es plano, algo que lo confunde por cómo me mira—. Pues vamos a ver esas opciones, ¿no?

Valeria no es tonta y se da cuenta de que no me ha hecho ni pizca de gracia que no me haya pedido mi opinión al respecto. Esto es una de las cosas que me sacan de quicio de él, y que con el tiempo nos traerá cientos de problemas si no cambia su necesidad de organizarlo todo sin contar con nadie más.

—Claro, comienzo con el salón. —Nos proyecta el plano de la estancia vacía y después una recreación de esta con una nueva distribución de muebles—. Creo que es la que más se adecúa al exterior. Tenéis un jardín precioso que debe ser la pieza principal de esta casa. —No puedo evitar sonreír al oírla y él también lo hace al verme a mí—. Podemos elegir un diseño moderno y minimalista —

conforme lo dice nos enseña una simulación en 3D de cómo quedaría el lugar, y sinceramente no me gusta en absoluto—, pero esa no es la opción por la que me decantaría, ni tampoco por una decoración clásica, sino que me decidiría por una mezcla de piezas modernas y otras que mantengan la esencia de esta propiedad.

—Cuando nos muestra la siguiente simulación abro mucho los ojos, sorprendida con lo que estoy viendo. Es exactamente lo que ha dicho, con un aire moderno que respeta la idiosincrasia clásica de la casa original; es una fusión tan perfecta que me enamora a primera vista.

—Creo que esta es la opción ganadora —le confirma Jared por mí y lo miro fascinada por lo que he visto y sonrío al tiempo que se lanza a besarme a los labios, sin importarle que esté esa mujer al otro lado de la pantalla observando todos nuestros movimientos.

—Jared me ha insistido en cómo quiere la cocina, pero, de verdad, contrata a otra diseñadora si quieres destruir la imagen de esa fantástica pieza. —Jared niega, y no me cabe duda de que se ha puesto intransigente en ese asunto—.

Modernizaré los muebles, los electrodomésticos serán de la mejor calidad, pero no pienso tocar un centímetro de la disposición actual. Es perfecta tal y como está.

—A mí me chifla tal como es —le confirmo a ella, que me sonrío satisfecha porque piense igual—. Es más, ni siquiera le cambiaría los muebles.

—No, está muy anticuada. —Jared alza una ceja pidiéndome que cambie de opinión, pero yo no me muevo ni intento convencerlo.

—Sabía que llegaríamos a este momento, mirad esta simulación. —Conforme la miro, no logro hallar diferencias con la original. Los muebles son muy similares, la distribución es una copia exacta de la que hay y los electrodomésticos de acero le otorgan un toque moderno—. ¿Qué os parece?

—A mí me gusta.

—No era lo que esperaba, pero vista así...

—Te gusta. ¿Tan difícil es reconocer que estabas equivocado? —No puedo evitar reírme mientras lo digo y ambos terminan haciendo lo mismo.

Durante un rato continuamos aprobando cómo va a ser cada una de las estancias hasta que llegamos al jardín, y aquí soy yo la más complicada, porque el plan actual y tan moderno no me convence, así que Valeria acaba improvisando sobre la marcha hasta que todos estamos satisfechos con el resultado.

—Necesito un par de semanas para tener todos los muebles y poder...

—Tienes hasta el lunes de la semana que viene.

—¡Jared!

—Valeria.

Los observo alucinada. Se supone que lo que el cliente diga es lo que se debe llevar a cabo, en este caso lo que Jared diga, pero ambas sabemos que es imposible que lo consiga todo en tres días.

—Si supiera que no puedes conseguirlo, no te lo estaría pidiendo a ti.

—Jared, ¡por el amor de Dios! Lo normal son tres semanas de espera en las entregas, ten en cuenta que no son medidas estándar, y me va a ser muy complicado que el lunes estén en Ginebra.

—El lunes tiene que estar todo aquí, porque el martes tengo previsto regresar y quiero poder entrar a vivir en nuestra casa. Valeria, no pienso dormir ni una noche más en ese hotel a partir de entonces.

—Puedes venirte unos días a... aquí, a mi piso. —Observo a mi alrededor en

busca de algo tan horrible como para que no quiera pasar unas pocas semanas aquí.

—El martes estaremos instalados en nuestra casa, y deberás haber preparado todas tus cosas para que el servicio de mudanza pueda recogerlas ese mismo día por la mañana.

—Jared...

—Valeria, puedes hacerlo, no voy a volver a repetirlo. —Ella asiente, aunque no logra borrar su cara de preocupación en ningún momento—. Para cualquier imprevisto, que desde ya te digo que espero que no los haya, me llamas.

—Está bien, así será. Nos vemos pronto.

Terminamos de despedirnos y luego Jared se recuesta en el sofá, pensativo.

—Eres un cliente insoportable —suelto como si nada llamando su atención, y se cruza de brazos simulando estar molesto—. ¿El lunes? ¿Tú sabes lo que cuesta conseguir esa barbaridad de muebles?

—Le pago una buena suma de dinero para ello —contesta tan tranquilo—.

Valeria puede lograrlo, la conozco perfectamente.

—¿De qué la conoces?

—¿Celosa de nuevo? —Resoplo al oírlo y voy a levantarme del sofá cuando me agarra para detenerme y me lleva hasta él—. ¿Te he dicho que estás preciosa?

—Pues no, no lo has dicho. —Me cruzo de brazos y me coge de la barbilla para levantar mi mentón y lo miro a los ojos.

—Estás preciosa, tanto que quiero despertarme a tu lado todos los días.

—Eso suena demasiado formal para ti. —El silencio se instala entre nosotros durante unos segundos, que parecen eternizarse—. ¿Me vas a explicar de qué conoces a Valeria?

—Si quieres saber si me he acostado con ella, no, no lo he hecho. Es más, a Valeria no le van los hombres. En todo caso tendría que preocuparme cuando yo

esté de viaje y tú estés a solas con ella.

—¿De viaje? —Me separo de él de repente y me mira preocupado—. Es cierto, has dicho que regresas el martes... ¿A dónde y cuándo te vas?

—Después de Berlín debo ir a Vancouver. No puedo retrasarlo más, ya te lo comenté.

—Sí, lo recuerdo. —Lo sabía, pero la verdad es que volver a separarme de él no es que me haga especial ilusión—. ¿Cuántos días estarás fuera?

—En principio solo tres, por eso he dicho que regreso el martes... aunque no lo sé seguro, no depende exclusivamente de mí, pero quiero que sea lo mínimo posible. —Me parece bastante extraño que no lo tenga todo programado ya—.

Esta vez sabrás de mí, te lo prometo. Aunque la verdad es que prefiero que vengas conmigo.

—Jared, tengo mucho trabajo. En nada tendremos que ir a la mina, y suficiente trabajo estoy demorando ya... Debería estar en la oficina en este momento.

—Y yo no puedo anular este viaje. Estar en Stauffer...

—... está afectando a tus negocios —acabo la frase por él, y asiente serio, aunque no necesitaba que lo hiciera, porque cuando comí con Max me quedó muy claro—. Sé que tu vida es ir de un

lado a otro en tu avión, es a lo que me tendré que acostumbrar, pero lo que no quiero es que estar conmigo pueda afectarte tanto.

—No quiero estar todos los días montado en el puto avión, quiero estar a tu lado... o que tú lo estés conmigo.

—¿Novia florero? —Pongo cara de horror y se muere de la risa—. Sabes que no soy de ese tipo de mujeres.

—Lo sé, y sé lo mucho que te gusta tu profesión, pero, si delegaras un poco en alguien, tal vez podríamos...

—Para que todo funcione —no lo dejo continuar y soy yo la que prosigue con el discurso— tengo que estar encima de cada uno de los procesos y de todos los que forman parte de él. ¿En quién delego? —Suspira de frustración, y lo

comprendo; si no fuera como soy, dejaría mi trabajo y me convertiría en su sombra, pero yo no lo soportaría, tal como le está ocurriendo a mi mejor amiga

—. Mira a Amélie y Emre, no quiero sentirme encerrada en una jaula de oro como le pasa a ella. Yo necesito tener la mente ocupada, mis diseños, a mi abuela...

—Y te juro que no quiero que dejes nada de lo que te hace feliz. No soportaría verte triste como vi ayer a Amélie. Sin embargo, necesito estar seguro de que encontraremos el equilibrio, y con lo que ocurrió anoche...

—Jared, lo de anoche es muy diferente, no supe nada de ti en todo el día excepto lo que me explicó Max, y te aseguro que no fue mucho. Para hallar ese equilibrio que mencionas debemos tener confianza y ser sinceros siempre el uno con el otro. Pero si desapareces sin más, es normal que pienses en lo peor.

—Necesito que confíes en mí. Estoy convencido de que quiero estar contigo, y te puedo asegurar que, cuando tengo clara una relación, no existe mujer que pueda distraerme o hacerme caer.

—No puedo hacer nada más que confiar en tus palabras. No te conozco tanto como para poner la mano en el fuego, pero, si no confío en ti, esto sí que no funcionará.

—Jamás te fallaré, y te lo demostraré día a día.

—¿A cuántas les has dicho estas palabras? —Alzo ambas cejas expectante, y finge que no ha oído mi pregunta hasta que al final me mira muy serio—.

Respóndeme.

—Solamente a una persona. —Está siendo sincero, no me cabe duda, y me duele ver el dolor tiñendo su expresión—. Y no ha sido fácil asumir que la vida me ha dado una segunda oportunidad y que merezco ser feliz.

—Te quiero. —No lo dudo un segundo y me lanzo a sus brazos para estrecharlo contra mí—. Empaquetaré mis cosas para el martes, aunque creo que no me merezco...

—No lo digas, porque te mereces más de lo que te estoy ofreciendo. Quiero amanecer a tu lado, que seas lo último que vea cada noche cuando cierre los ojos y saber que, cuando yo esté de viaje, tú estarás a salvo.

—No corro peligro.

—Lo sé, y así quiero que siga siendo.

Su teléfono comienza a sonar interrumpiendo nuestra conversación. Y aunque no tiene intención de hacerle ni caso al que está llamando, soy yo la que, sin mirar la pantalla, lo cojo de la mesa de centro donde también tiene su ordenador y se lo muestro. Al ver que de repente su rostro se ensombrece de preocupación, giro la mano para ver de quién se trata. Es Emre.

—Buenos días, ¿cómo estás? —Su voz es templada, sin mostrar ningún tipo de sentimiento.

—La he cagado, tío —le responde. Estoy tan cerca que soy capaz de oír todas sus palabras, y Jared lo sabe porque me mira y no lo evita.

—A ver, no será para tanto...

—Le he pedido a Amélie un tiempo, nos vamos a separar.

Abro la boca exageradamente. No me lo puedo creer. Mis amigos, la pareja más sólida que conozco, no puede estar tan mal como para que tomen una decisión tan drástica.

—¡Emre! Pero ¿por qué le has pedido eso? —Noto a Jared cabreado—. ¿Quieres estar separado de ella?

—¡No, joder, claro que no! La amo con toda mi alma, pero no es feliz. Anoche lo viste tú mismo, no he sido capaz de cuidar a mi mujer como debería... y lo mejor es que me aparte de ella.

—No tomes decisiones precipitadas. —Esas palabras me muestran a un Jared que hasta ahora no conocía; uno sereno, que es sincero e intenta ayudar a los demás—. Amélie necesita trabajar, se aburre y se siente sola cuando tú no estás.

Sé que no es lo que te gustaría, que en tu círculo social y cultural las mujeres de tu país no lo hacen, pero tú en el fondo tampoco piensas así. Tenéis una vida juntos envidiable y, si el problema principal es que ella necesita sentirse realizada, ¿por qué no lo aceptas?

—Necesito pensar. Me voy a Estambul a cerrar unos negocios.

Le diría que no lo hiciera, que distanciarse ahora es el peor error del mundo; sin embargo, estoy paralizada porque lo que estoy escuchando me supera... y además Emre no sabe que lo estoy oyendo todo.

—Si necesitas algo, aquí estoy.

—Gracias, eres un amigo de verdad. Espero que tú hayas resuelto tus problemas con Liv.

—Sí, todo está bien —dice justo antes de despedirse y terminar la llamada.

—Tengo que llamar a Amélie.

Capítulo 12

Liv

Voy corriendo hasta mi teléfono, cuya batería ya se ha cargado, busco en las últimas llamadas para pulsar sobre su nombre y oigo el primer tono, el segundo... el tercero... pero nada, no contesta. Vuelvo a probar y lo mismo.

—¿No responde? —Niego con la cabeza muy preocupada. Amélie siempre está pegada a su móvil, son pocas las veces en las que no contesta. Jared se frota la frente, está igual de inquieto que yo—. Vamos a su casa —suelta de repente y asiento varias veces con la cabeza.

—¡No! —exclamo, y se detiene de pronto y me mira confuso—. Será mejor que vaya sola. Sé cómo estará Amélie y no querrá que estés tú delante. De verdad, es lo mejor para ella.

Acepta tras sopesarlo unos segundos y le doy un abrazo.

—Te quiero, Liv. —Alzo la cabeza para mirarlo a los ojos y me pierdo en los suyos azul cielo. Me transmite paz, serenidad, y sonrío de un modo que me transporta a un lugar seguro, uno en el que jamás me podría pasar nada malo—.

¿Nos vemos para comer?

—Después de comer; hoy tengo que estar con ella. Iré directa a la oficina luego.

—Está bien. ¿Te acerco? —Niego y él tuerce el gesto, consiguiendo que sonría

—. Lo sé, eres independiente, pero ten cuidado con esa moto.

—Lo tendré.

—Me voy a la empresa, tengo una reunión con un inversor y la haré desde mi despacho en Stauffer. Si al final decides venir antes de la hora del almuerzo,

sigue en pie mi proposición, te estaré esperando.

—Gracias.

Entro en mi habitación y me miro al espejo. No llevo el atuendo más adecuado para ir después directa a la oficina, así que, sin más demora, me cambio de ropa.

Opto por un traje de chaqueta con pantalón de color morado, una blusa blanca y unos zapatos de tacón. No me peino y me maquillo ligeramente; no me veo bien si voy demasiado arreglada,

nunca me ha gustado aparentar o llamar mucho la atención.

—Estás preciosa. —Me guiña un ojo a través del espejo y me giro para ver cómo él lleva puesto el mismo traje del día anterior.

—¿No pasarás por el hotel a cambiarte? —Se encoge de hombros y niega con la cabeza—. Van a pensar que has pasado la noche por ahí con alguien.

—Que piensen lo que les dé la gana. ¿Ya estás? —Asiento y salimos al salón, donde tenemos nuestros ordenadores portátiles y los teléfonos. Una vez que lo hemos recogido todo, salimos de mi pequeño piso para ir escaleras abajo hasta llegar a la puerta de la calle, donde nos encontramos con el ajetreo de un día de diario.

Mi moto está aparcada en la plaza, como siempre, y Jared me acompaña hasta ella.

—Si quieres, te lo llevo en el coche. —Me señala la funda del portátil—. Lo dejaré en tu despacho para cuando llegues.

—No te digo que no. —Se lo entrego al tiempo que rodea mi cintura con la otra mano y me besa para despedirnos—. En cuanto sepa algo, te informo.

—Por favor.

Me pongo el casco y bajo la visera de este justo después de guiñarle un ojo y veo cómo no se mueve hasta que arranco el motor y, para su desdicha, salgo a toda prisa dejándolo atrás. Lo observo por el retrovisor y compruebo que permanece plantado en el mismo sitio hasta que giro por una calle y lo pierdo de vista.

Sonrío cautivada mientras me dirijo hacia la mansión de mi amiga y me siento un poco culpable porque era yo la que anoche estaba muy enfadada con Jared, la

que quería olvidarme de él a toda costa... y ahora, en cambio, es ella la que debe de estar llorando a moco tendido.

—Menos mal que ha venido, no he conseguido que coma nada, y el señor... se ha marchado. —Noto la preocupación de su asistenta; la pobre mujer no deja de estrujarse una mano con la otra mientras niega con la cabeza y chasquea la lengua una y otra vez—. Liv, está derrotada.

—¿Dónde está?

—En la piscina. —Elevo las cejas sorprendida, no puedo creer que se esté dando un baño—. Deme sus cosas. —Me coge de la mano el casco y la acompaño por el interior de la gran casa hasta que llego a la escalinata que me lleva a la piscina climatizada en forma de riñón, donde veo a Amélie tumbada sobre un hinchable y con las gafas de sol puestas.

—¿No pensabas responderme en todo el día? —Niega con la cabeza al tiempo que se gira para observarme—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido.

—Eso ya lo sé. —Se levanta las gafas para verme mejor y me fijo en que sus ojos están inflamados—. Estaba con Jared cuando han hablado —le aclaro, aunque era muy evidente cómo me había enterado—. Pero lo que quiero saber es cómo estás. Sal y tomemos algo.

—No tengo hambre. —Comienza a mover las manos para acercarse hasta el borde y le tiendo una mía para tirar de ella y que salga.

—¿Quieren que les prepare un brunch?

—Por favor, estoy hambrienta. —Le guiño un ojo a la asistenta y nos entendemos a la perfección—. ¿No tienes resaca? —Intento iniciar una charla cualquiera para no empezar un interrogatorio, aunque las dos sabemos que acabará siéndolo—. Me he tenido que tomar una pastilla.

—Imagino que Jared debía de estar cabreado como una mona.

—Pues no; para mi sorpresa, no lo estaba. Es más, se sentía culpable por haber provocado esa situación.

—Se lo merece y ha hecho bien en disculparse, pero no es muy propio de él asumir sus errores.
—Conforme lo va diciendo me doy cuenta de que lo está pensando en voz alta.

—Pues sí, se lo merece, así que he aprovechado para decirle todo lo que pienso.

—Hazlo porque, después, todo irá a peor. Como aceptes algo de lo que tengas dudas, la habrás cagado, ya no habrá vuelta atrás y tu vida se verá ensombrecida sin ni siquiera darte cuenta... hasta que acabes sumida en algo que no te hará feliz y todo se esfumará de un instante a otro.

—Sabes que eso no es verdad. Déjale un poco de espacio a Emre, que piense...

Para él no debe de ser nada fácil, y no sabe vivir sin ti.

—Él mismo me ha dicho que quiere espacio y se ha largado a Estambul. —No digo nada, solo la escucho, porque ya sabía que se había ido—. Puede que su familia se salga con la suya y lo «guíen» por el buen camino. Se buscará a una mujer que piense como ellos y acepte sus costumbres sin rechistar.

—Deja de decir tonterías, por favor.

—Tú no sabes lo frío que ha sido conmigo, como si estos años no hubieran existido. Estaba deseando librarse de mí. —Estas últimas palabras son las que la rompen y comienza a llorar, incapaz de contenerse—. ¿Tan mala mujer soy? Te juro... —Le tiemblan los labios y se calla para reunir la fuerza que necesita para seguir hablando—. Liv, me ha dicho tan fríamente que ahora no puede estar conmigo que lo mejor es que se quede allí una temporada.

—¿Así sin más? Emre no actúa de este modo, estará frustrado porque queréis cosas distintas. De verdad, en breve estará aquí de nuevo y todo esto se quedará en una pesadilla.

—¿Y si no es así? ¿Y si no vuelve nunca más?

Se quita las gafas de sol, dejando ver todo su dolor. Sus lágrimas brotan sin control alguno, del mismo modo que sus labios tiemblan y se empapan de ellas una y otra vez. Da igual las veces que se limpie con el reverso de la mano, porque en segundos vuelven a estar mojados y no se puede imaginar lo que me afecta verla en este estado.

—Llora, sácalo. Es mejor desahogarse y para eso he venido.

Nos abrazamos e hipea sin poder frenarlo mientras sus lágrimas mojan mi hombro y permanecemos en silencio un buen rato, el suficiente para que Ivette aparezca con una gran fuente repleta de comida, y Amélie la mira de reojo.

—Tú has dicho que no tenías hambre, ¿no? Ni se te ocurra tocar nada...

—¿Te vas a comer todo eso? —Alza ambas cejas y rompo a reír al tiempo que la asistente se aleja de nosotras mucho más tranquila que cuando he llegado—.

Sabes que no, así que dame un poco, que no he comido nada desde la cena de ayer.

—Lo pasamos bien.

—Estuvo bien, pero no terminó como esperaba.

—Creo que bebimos demasiado. —Doy un mordisco a un pedazo de queso y cojo uno de los bastones de pan que lo acompañan—. Esto está riquísimo. —

Vuelvo a darle otro bocado y animo a mi amiga a acompañarme a comer un poco.

—¿Dónde está Jared?

—En la empresa. Yo iré en un rato, que ya me he escaqueado toda la mañana.

—Eres la jefa del taller y la novia del hijo del dueño. —Achino los ojos, molesta por cómo ha sonado eso—. Deberías aprovecharte algo más de la situación, cualquiera en tu lugar lo haría.

—Será que yo no soy cualquiera, porque no me he aprovechado en el pasado ni pienso hacerlo en el futuro.

—Pues con el cuerpo de Jared y cómo folla, yo sí me aprovecharía un poco de él.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, tonta, y estoy orgullosa de ti. Eres una persona íntegra que no se deja llevar por la avaricia ni los favoritismos.

—Tengo todo lo que necesito.

—¡Por cierto! —Da un grito tan inesperado que pego un brinco sobre la silla—.

Uy, perdona, no te quería asustar. —Ríe y ríe sin poder parar de hacerlo y, aunque no me hace especial ilusión que se rían de mí, esta vez, con tal de no verla llorando como ha estado haciendo hasta ahora, no protesto y acepto que lo haga sin quejarme—. Me muero por ver la casa. ¿Podemos ir?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —Miro el reloj de pulsera y veo que es la una del mediodía—.

Va, hazlo por mí. Estoy fatal y necesito desconectar un poco.

—Pero después me voy a trabajar.

—¡Ivette, por favor, prepara esta comida para llevar!

No sé dónde estaba metida la mujer, pero sin duda muy cerca, porque no tarda en salir y comenzar a llevárselo todo a la cocina de nuevo mientras Amélie va hasta su dormitorio para cambiarse.

* * *

—Madre mía, madre mía... es supertarde. —Me muevo inquieta mientras el ascensor de Stauffer sube hasta la segunda planta—. ¡Joder! —me quejo cuando las puertas se abren y veo a Emilia de espaldas, hablando con Nora; es la última persona a la que me quería encontrar. Estoy a punto de no salir del cubículo, pero al final doy un par de pasos e intento pasar por su lado sigilosamente.

—Dichosos los ojos. —Oigo su voz y me detengo al instante cogiendo todo el aire que puedo para girar sobre mis talones y sonreír de la forma más falsa que sé—. Ya pensaba que no vendrías.

—Fíjate que sí. Esta tarde tengo que hacer unas cosas que me era imposible hacer desde casa.

—Creía que el teletrabajo se había terminado cuando acabó la pandemia.

—¿Algún problema, Emilia? —pregunta Jared. Sonríe. Puede que no esté mostrando del todo lo mucho que me alegra que le esté parando los pies, pero, en mi interior, la Liv niña está dando saltitos de alegría y gritando «chúpate esa»—. Pensaba —añade, y ella, tras mover la cabeza de lado a lado, negando muy cabreada, sale con paso firme y sonoro.

—Gracias. —Me giro y me quedo prendada de sus ojos, que están muy cerca.

No me había dado cuenta de que estaba apenas a unos centímetros de mí hasta que me he dado la vuelta.

—Va a ser la primera que se largue en cuanto...

—Chissst, será mejor que no lo digas aquí. —Miro hacia un lado y veo a Nora, una de las chicas de contabilidad que estaba hablando con Emilia antes de que me viera llegar—. Vamos a mi

despacho.

Me invita a pasar y camino por delante hasta que llegamos y dejo el casco dentro del armario, junto al bolso.

—¿Cómo está Amélie?

Suspiro al tiempo que me giro y me siento en una de las sillas que hay frente a mi escritorio, y él hace lo mismo en la de al lado.

—Fatal, muy segura de que Emre quiere separarse de ella, que no tiene intención de volver. Y te juro que, si no conociera a su marido, podría entenderla, pero él la adora, se desvive por ella. No me puedo creer que la haya dejado... ¿por querer trabajar?

—Creo que esa no es la pregunta correcta.

—¿Y cuál es? —Quizá él sepa algo que yo desconozco y, si me lo explica, tal vez pueda comprenderlo mejor—. No me lo vas a contar —doy por hecho cuando veo que duda. Puedo ver cómo los engranajes de su cerebro giran y giran una y otra vez en busca de una excusa decente para no hacerlo.

—No es algo fácil, ni que yo deba compartir si él no se lo ha dicho a su mujer.

—Me estás asustando, Jared.

—Es simplemente que Emre tiene una lucha interna muy grande.

Puede que crea que con esta frase me va a tranquilizar y no voy a insistir, pero no es así en absoluto; ha conseguido despertar mucho más mi curiosidad.

—¿Por qué sois tan herméticos? —Eleva las cejas sorprendido, hasta que sonríe

—. ¿No es más sencillo compartir los problemas y buscar soluciones en común?

El día que asumáis que no necesitamos vuestra protección y que somos capaces de resolver problemas igual que vosotros, el mundo irá mucho mejor y las relaciones serán mucho más fáciles. En fin... Por cierto, hemos ido a ver tu casa.

—Nuestra casa. —Asiento para no discutir. Puede que algún día me acostumbre a oír eso, pero de momento me cuesta.

—La pintura está muy avanzada, en breve terminarán. —Sonríe satisfecho, obviamente se ha encargado de que todo esté listo lo antes posible—. A Amélie le ha encantado, creo que ha sido el único momento en que ha dejado de llorar.

—Distraerse le irá bien. —De repente comienza a sonar el teléfono y me muestra la pantalla, en la que aparece el nombre de Enok y los dos sonreímos—. ¿Qué hay? —Me encanta verlo cuando habla con sus personas de confianza; su actitud es muy relajada, tanto que no se da ni cuenta de lo mucho que sonríe—. A ver,

¿te quieres calmar? —Frunzo el ceño porque no sé qué le pasa, pero parece que algo no va bien —. Estoy con Liv y voy a activar el manos libres.

—Hola, Enok.

—¡Liv! Todo se ha jodido. —Miro a Jared sorprendida y él se frota la frente entre frustrado y concentrado—. La organizadora de la fiesta de pedida se ha roto la tibia y el peroné y pretende encargarse de todo a distancia.

—Pero, a ver, tendrá gente de su equipo que pueda hacer el trabajo, ¿no?

—¡Esto es algo muy especial, no quiero a cualquiera! —Su voz de tristeza y de estar superado me llega al alma—. Voy a anularlo todo, será lo mejor.

Capítulo 13

Liv

—¿Quieres esperarte un poco? —Jared le habla demasiado borde, tanto que le doy un golpe en la pierna para que se relaje con él—. Tenemos una amiga, que ahora mismo tiene tiempo, y te aseguro que es la mejor organizadora. —

Conforme lo va diciendo se me dibuja una gran sonrisa en la cara—. Amélie te va a salvar la vida.

—Te lo aseguro, es mi mejor amiga y jamás me ha fallado.

—¿Puede volar hoy? La necesito aquí cuanto antes.

—Allí estará. —Me acerco un poco más al teléfono para asegurárselo y que me oiga bien, y me muerdo el labio inferior mientras pienso en contárselo a Amélie.

Sé que esto es lo que necesita para no encerrarse en su casa.

—Te debo una más, colega. —Jared sonrío y a mí me encanta ver al hombre que escondía bajo esa fachada autoritaria e inalcanzable—. Dale mi número y que me llame cuando esté aquí. Y nosotros nos vemos el sábado.

Tal y como finaliza la llamada, sonrío abiertamente, porque sé que esta oportunidad es algo que hará muy feliz a mi amiga. Si algo le gusta es organizar eventos, y me encantaría que Emre lo viera, que fuese consciente de cuánto lo necesita y no pusiera problemas en ello.

—Cuando se entere Emre voy a tener un problema.

—Uno más... —suelto como si nada, y él sonrío mientras yo me llevo mi móvil a la oreja—. Hola, de nuevo. —Oigo un hipido y me queda claro que, en cuanto ha llegado a su casa, se ha puesto a llorar otra vez—. Esto no puede ser, no quiero verte llorar. Eres la amiga fuerte, la que siempre está bromeando y para

quien la vida todo es un paraíso, me niego a verte mal.

—Liv, no puedo vivir sin él...

—Mira, no me vuelvas a decir una estupidez como esa. —Jared oscurece la mirada, preocupado al presenciar mi regañina—. Has vivido muchos años sin Emre, así que sabes vivir perfectamente sin él. Ahora mismo quiero que metas en la maleta ropa para este fin de semana. Hay un buen amigo que necesita un favor y tú puedes salvarle el culo, tienes que organizarle una fiesta de pedida.

—No soy capaz de salvar a nadie en este momento.

—Y tanto que lo eres. Es el momento más especial y bonito de su vida, y tú vas a encargarte de que así sea.

—Liv...

—¡Amélie, cállate, ¿quieres?! Haz la maleta ahora mismo, no quiero excusas. —

Capto un suspiro a través de la línea y, cuando creo que va a replicar algo, me adelanto para que no lo haga—. Te mandaré un mensaje con las instrucciones, y quiero que seas puntual. Esto es serio, es trabajo.

—A veces te odio mucho.

—Sabes que no es verdad. Te quiero.

Jared comienza a hacer llamadas y organiza que su jet privado esté disponible para llevar a Amélie esta misma tarde. También se encarga de que preparen la habitación de invitados en su ático de Berlín. Luego, tras mandarle un mensaje de texto a ella, sabemos que todo está en orden.

—Listo, Enok ya puede respirar tranquilo, tendrá su pedida de mano como esperaba. Por cierto, te buscaba Benja.

—¿Estarán listos los diseños de Johan? —Por un lado me emociono al pensarlo, pero por otro estoy preocupada; son demasiadas cosas en tan poco tiempo y no sé si va a ser más de lo que podemos asumir.

—Están casi listos, el equipo ha hecho un gran trabajo.

—Necesito comprobarlo, y ya es hora de comenzar a trabajar.

Me pongo de pie y, tras guiñarle un ojo, me dirijo hacia el taller. Allí paso un buen rato, comprobando todos los detalles de cada una de las joyas que están en proceso, y casi sin darme ni cuenta la empresa comienza a vaciarse y la luz del sol cae cuando apenas quedamos tres personas en el taller.

—Liv, lo siento, pero me tengo que marchar —se disculpa Benja..

—Sí, claro, es tarde. Gracias por todo el trabajo de hoy.

Me recuesto en la silla y veo las luces de casi todas las salas apagadas, y eso me recuerda que no he vuelto a ver a Jared.

Salgo del taller dejando a los pocos que quedan recogiendo sus cosas y me dirijo a su despacho; de lejos puedo ver las luces apagadas y la mesa de Olivia completamente recogida, así que doy por hecho que, otra vez, se ha ido sin avisarme. Decepcionada, dejo caer los hombros y entro en su despacho... y entonces veo su americana colgada del perchero y su ordenador portátil sobre la mesa. No se ha marchado. Me doy la vuelta, pero no lo veo, no sé dónde puede estar. Voy hasta el ascensor y, en cuanto me meto en el cubículo, sopeso durante unos segundos qué botón presionar, y finalmente decido ir al sótano, puede que esté con Kurtz.

Abro la puerta y veo la luz encendida, pero no oigo sus voces, así que me adentro hasta que lo veo manipulando la fundidora. Me quedo parada mientras observo cómo mete el material en el fondo del crisol para introducirlo en el horno que está a mil sesenta y cuatro grados de temperatura y fundirlo. Jamás hubiera imaginado que tuviera tal destreza, pero veo cómo, una vez fundido, lo extrae y vierte en los moldes como si lo hiciera cada día, como si en vez de Kurtz fuese él el encargado de este trabajo diariamente. No lo interrumpo porque está muy concentrado, seguro de lo que hace, del proceso que debe seguir para conseguir la pureza que Stauffer necesita en su mineral. Contemplo cómo lo enfría con agua y de este modo cristaliza las barras, y las pasa por la laminadora que dará a la aleación su dureza.

—¿Puedes dejar de espíarme? —Se me escapa una risa y me acerco para comprobar que la pieza que acaba de crear esté a la altura de lo que necesita nuestra empresa—. ¿Aprobado?

—Es perfecta. —Mi voz suena a asombro, pero es que estoy francamente sorprendida. Cuando lo vi en la empresa por primera vez pensé que sería el típico hombre de negocios rollo inversor al que no le interesan ni los procesos ni los detalles de la compañía, y que, una vez validadas las cuentas y obtenido su beneficio, se marcharía; sin embargo, aquí está, como uno más del equipo.

—Me relaja este proceso. Me ayuda a dejar la mente en blanco, y en pocas ocasiones logro conseguirlo.

—¿Kurtz te ha dejado su fundidora? —bromeo porque sé lo exigente que es nuestro fundidor, no permite a nadie que traspase sus puertas sin permiso—. Si lo ha hecho es porque confía mucho en ti, sin duda.

—¿Y tú no? —Se gira al tiempo que se quita los guantes y me fijo en cómo las gotas de sudor caen de su frente. Hace mucho calor en este lugar, tanto que comienzo a transpirar yo también—. Hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Me encantaría que me las enseñaras. —Me retira el sudor de la frente y lleva sus dedos a mi pelo para acariciarlo y luego comienza a enrollar mi melena en una mano y, con la otra, me gira, me agarra con fuerza y siento cómo su erección topa con mi trasero—. Puede venir Kurtz... —le recuerdo en un intento de parar esta locura. Estoy muy excitada, pero no puedo olvidar que estamos en las instalaciones de la compañía.

Tira un poco más de mi pelo y me obliga a levantar la cabeza hasta que veo la oscuridad de sus ojos, está muy cachondo.

—Kurtz está en su casa, así que estamos tú y yo solos. —Tal y como lo dice me suelta del pelo y baja ambas manos hasta la cintura de mis pantalones para desabrochar el botón—. Deberías llevar siempre vestidos, todo es más sencillo con ellos.

—Lo tendré en cuenta cuando tenga que comprarme ropa nueva.

—Solo vestidos... —repite mientras se agacha al mismo tiempo que mis pantalones caen por mis piernas, y se encarga de quitarme los zapatos para poder deshacerse de esa prenda y mis braguitas, y después vuelvo a subir sobre mis tacones—. Puede que sea la próxima norma que imponga a esta empresa.

—¿A todas las mujeres? —Lo miro ladina y arruga la nariz de una forma que me

divierte, y creo que a él también porque, tras negar con la cabeza, sonrío—. Lo imaginaba. —Acabo la frase en un gemido cuando sus dedos se cuelan entre mis muslos—. Hace mucho calor...

—¿Quieres que pare? —Me da unos golpes en las piernas para que las abra y niego rotunda, claro que no quiero; necesito que continúe, que me haga perder la razón aun sabiendo dónde estamos—. Solo tienes que decirlo y pararé. —Sonríe pícaro, sabe muy bien que ahora mismo no soy capaz de detenerlo.

Lame mis piernas al tiempo que sus dedos atrapan mi clítoris y comienzan a estrecharlo de un modo que solo él sabe hacer; nadie había logrado excitarme tanto como lo hace él. Apoyo las palmas de ambas manos sobre la mesa recogida de Kurtz y las deslizo hacia delante, inclinando la espalda hasta que apoyo una mejilla en la vieja madera veteada, dejando mi culo a su merced.

Sus dedos se adentran en mi interior y salen para humedecer un poco más mi sexo mientras la otra mano la cuele en mi blusa y la sube todo lo que puede mientras yo comienzo a sentir que apenas soy capaz de respirar. Muevo las caderas hacia atrás, en señal de petición, de reclamo a más acción por su parte.

—¿Estás segura?

—Jared, ya —le exijo.

Mi pecho sube y baja, las gotas de sudor de mi frente caen sobre la superficie de madera sin poder evitarlo, pero es que estoy muy excitada y el calor de esta sala no ayuda para nada.

Dirige su miembro a la puerta de mi sexo y cierro los ojos mientras mi cuerpo se abre a él, se acopla a la perfección y termina atrapándolo cuando siento que quiere volver a escaparse; no quiero que se libere, y lo sabe. Por ello se introduce más rápido y certero, arrancándome un grito.

—No te reprimas, nadie nos va a oír. —Asiento con la cabeza mientras mis caderas retroceden en su busca y vuelve a embestirme con todas sus fuerzas—.

Dámelo, cariño.

Oír esa última palabra me paraliza, creo que es la primera vez que me llama así y me viene grande. Sin embargo, parece que él no se ha dado cuenta porque continúa clavándose en mí con ímpetu, intensificando sus movimientos y

consiguiendo poco a poco que se me olvide por completo.

Sale de repente y me coge de la cintura para girarme y nos abrazamos como dos auténticos animales que se besan como si fuera la primera vez que lo hacen.

Nuestras lenguas se reconocen, nuestros dientes chocan unos con otros, y me sube a sus caderas para apoyarme sobre la mesa y esta vez, mirándome a los ojos fijamente, me penetra.

—Mírame, no dejes de hacerlo. —Abro la boca cuando está en mi interior y ambos nos movemos con pasión, buscando el placer de cada uno, el de los dos, y nos olvidamos por completo de si alguien puede bajar en cualquier momento.

Solo estamos nosotros, nuestros gemidos y jadeos, que no cesan hasta que llego al orgasmo y él sale de mi interior y se corre sobre su mano—. ¡Jodeeeeeeeer!

Estoy sudada, creo que nunca lo había hecho tanto como hoy. Me dirijo hacia el grifo que hay en un extremo y donde siempre hay un rollo de papel, del que cojo un trozo y me limpio un poco. Luego cojo otro poco para él y se lo doy; lo acepta agradecido mientras, sin dejar de apretarse la punta, me da un beso en los labios que se alarga. Ninguno de los dos queremos separarnos, pero el calor en este momento es insoportable.

Me pongo la ropa interior y voy hasta el horno de fundición para apagarlo.

Cuando siento sus manos rodear mis caderas y me pilla tan por sorpresa que, al moverme, me rozo con la barra de sujeción del oro, que aún está muy caliente, y suelto un pequeño grito al quemarme la piel del antebrazo.

—¿Te has quemado?

—Sí... —Mi voz es un gemido de dolor. No quiero ser exagerada, pero me arde esa parte del brazo.

—Espera. —Sale corriendo hacia el fondo y trae una crema que siempre hay preparada para estos casos. Kurtz se quema a menudo, aunque para él es como si no ocurriera nada—. Te aliviará.

—No es nada. —Finjo que no me molesta, aunque ambos sabemos que no es así.

Es muy cuidadoso mientras extiende la crema sobre mi piel—. Necesito salir de aquí. —Me retiro el sudor de la frente y, mientras él guarda el bote donde estaba, me pongo los pantalones y, aunque me cuesta subirlos debido al sudor, consigo hacerlo y luego salimos fuera de la sala, donde respiro profundamente.

—Tenemos que ir al médico.

—Es solo una quemadura superficial —le resto importancia. Ahora mismo es lo último que me apetece.

—Liv...

—Jared, por favor, se caerá la piel y se regenerará —replico, pero por su forma de mirarme sé que no lo estoy convenciendo en absoluto—. Está bien, pero después quiero que nos traigan algo de cenar a casa y no moverme del sofá.

Me abraza y me da un beso en la frente al tiempo que caminamos hasta el ascensor. Cuando llegamos a la segunda planta, en la que están nuestros despachos, vemos que ya no hay nadie. El silencio es algo inusual en esta oficina, y ahora mismo es lo único que se puede oír. Ambos vamos a nuestros respectivos despachos a recoger las cosas y me miro la quemadura con más detenimiento; es bastante amplia, así que, aunque no me apetezca para nada, lo mejor es que un médico le eche un vistazo para asegurarme de que no se vaya a infectar.

—¿Ya estás? —Me giro ya con el casco en la mano y frunce el ceño al verme—.

No vas a ir en moto —me advierte muy seguro y vuelvo a dejar el casco en el armario, porque, si ponerme la chaqueta con la herida ya no es buena idea, no quiero ni pensar en lo mucho que me puede doler si tengo que conducir.

—De acuerdo, pero porque estoy cansada y no me apetece discutir.

—Y porque te duele aunque no lo vas a admitir.

—Un poquito. —Achino los ojos conforme lo digo y lo hago reír. Su teléfono comienza a sonar y suspira decepcionado al ver de quién se trata—. ¿Quién es?

—Max.

—Cógelo.

—No, vámonos ya, antes de que se haga más tarde. —Guarda el móvil en el bolsillo de sus pantalones y salimos de mi despacho en dirección al garaje para montarnos en su deportivo. Sin más dilación nos dirigimos hacia la clínica privada más cercana, donde nada más entrar nos atienden y en apenas una media

hora ya me han curado la quemadura, me han vendado el antebrazo y estamos de nuevo en su coche para ir a mi casa.

—Coge ropa, esta noche dormiremos en el hotel —dice nada más acceder a mi calle, y no hace el amago de bajarse cuando nos detenemos frente a mi portal.

—¿No podemos quedarnos aquí?

—Llevo la misma ropa que ayer. —Se mira la camisa y yo pongo cara de horror para burlarme

de él—. Con esa misma cara llevan mirándome todo el día en la oficina, no querrás que mañana ocurra lo mismo.

—Yo creo que te miraban por otro motivo. —Le guiño un ojo y salgo disparada antes de que pueda replicar nada.

Subo la escalera de mi edificio al galope y cuando entro me quedo mirando el pasillo consciente que dentro de unos días esta no será mi casa. Me invaden mil recuerdos de cuando era pequeña, y suspiro emocionada por lo que en este momento siento. En este piso ha transcurrido toda mi vida, es parte de lo que soy, y supongo que arraigarme a él no es algo bueno. Estoy en un momento de mi vida muy dulce, uno en el que los cambios han llegado sin avisar, pero no puedo quejarme.

Cierro la puerta y camino hacia mi habitación, donde cojo una pequeña maleta de mano del armario y la lleno con ropa interior y tres mudas completas. Luego voy al baño y acabo metiendo en un neceser mis imprescindibles para unos días.

No creo que esté cogiendo en exceso. Además, en pocos días una empresa de mudanza vendrá a recoger el resto y, aunque saberlo me parte el alma, sé que es el momento de hacerlo... de vivir mi vida y buscar mi felicidad, cosa que no he hecho durante muchos años porque he vivido a la sombra de mis padres, con su perenne presencia, e inmersa en el trabajo que tanto me recuerda a papá.

Jamás me he planteado qué habría sido de mí si hubiera elegido otra profesión, un oficio que no tuviera que ver nada con ellos. Sin duda mi vida hubiese sido diferente, tal vez más apasionada, más divertida. Y aunque no me arrepiento de la decisión que tomé al aceptar el puesto en Stauffer, tengo la sensación de que me falta algo...

Capítulo 14

Liv

La luz de mi teléfono me distrae de la serie que hemos decidido ver... muy a su pesar, porque cuando le he comentado que me apetecía una serie de chicas ha puesto los ojos en blanco y se ha dejado caer sobre la cama como si lo hubieran matado de un disparo.

—Jared, es Max. No suele llamar si no es algo importante. —No le doy tiempo a contestar, porque sé que me va a pedir que lo ignore y me dirá que mañana ya nos contará lo que sea que le ocurre cuando lleguemos a la oficina, así que pulso sobre la opción de responder—. ¿Qué pasa, Max?

—Siento molestarte tan tarde, pero tengo algo esencial que comunicaros y Jared no coge mis llamadas. —Lo está oyendo porque está muy cerca de mí, aunque no ha dejado de mirar la serie que se supone que no le gusta en absoluto.

—Tranquilo, dime.

—Tenéis que viajar a la mina. ¡Liv, ya llegamos! —Jared se sienta de repente en la cama y noto

cómo su rostro se tensa—. Después de tanto esfuerzo, de esa enorme inversión, por fin podremos extraer los diamantes.

—Pero ¿cuándo? —le pregunto sobrepasada y emocionada al mismo tiempo.

Llevamos meses hablando de este momento y no me puedo creer que al final vaya a suceder—. Recuerda que tenemos que entregar...

—Liv, esto es lo más importante, pasa por delante de todo.

—No pienso viajar ahora —suelta de repente Jared y tanto Max como yo nos quedamos en silencio. Sin duda lo ha oído.

—¿Estás con Jared? —Me quedo callada porque en el fondo me da vergüenza—.

Sé que hay asuntos importantes, pero esto también lo es. Nos vemos en la empresa a las ocho de la mañana para organizarlo todo para que viajéis lo antes posible.

—Está bien, mañana hablamos.

Jared sale de la cama y comienza a pasear por la gran suite. La verdad es que no entiendo por qué está tan nervioso, seguro que podemos hallar la forma de que pueda asistir a todas las reuniones que tenía programadas. Me dispongo a decirle algo cuando me pide un segundo y sale hacia la sala con el móvil en la mano.

Sigo viendo la serie mientras oigo de lejos que habla con alguien en alemán; no soy capaz de entender nada desde aquí, pero imagino que necesitará reorganizar su agenda... y no es que esté muy contento en este momento; su tono de voz es alto, seco, por lo que no me gustaría ser la persona que está en este instante al otro lado de la línea telefónica.

Tengo la tentación de salir y preguntarle si todo va bien, si lo puedo ayudar en algo, pero, por la discusión que oigo desde aquí, decido no hacerlo y espero en la cama durante bastante rato... tanto que poco a poco me vence el sueño.

* * *

Abro los ojos y veo que sale del baño ya duchado.

—Buenos días. —Me siento al tiempo que me desperezo—. Anoche me quedé dormida...

—¿Has descansado bien? —me pregunta mientras veo cómo se seca el pelo con una toalla y fijo mi mirada en sus brazos, pectorales y abdominales, que es la única parte que tengo a la vista, ya que sobre su cintura tiene enrollada otra toalla. Apoya las rodillas en el colchón y se estira hasta llegar a mis labios y darme un beso—. ¿Te duele? —Me señala el antebrazo que llevo vendado y niego sonriente al tiempo que tiro de su cuello y consigo que caiga sobre mi cuerpo para besarlo de nuevo y sentirlo mejor.

—Podría haber dormido mejor si hubieras regresado a la habitación antes.

Suspira y veo cómo deja caer los hombros.

—No puedo ir a Venetia contigo. Tengo que ir a Vancouver sin falta. Joder, ¡Max siempre me complica la vida!

—Jared, esto es esencial para Stauffer, y para mí también. —Me mira fijamente, extremadamente serio—. Llevamos muchos años soñando con encontrar esos diamantes, hemos hecho una gran apuesta económica en ese sentido, y yo soy la primera que está de acuerdo en coger el primer avión para llegar lo antes posible a esa mina.

—¿Y si no los encontráis? —Su pregunta me llama la atención, pero sonrío segura de que eso no va a pasar—. ¿Y si ese sueño es irreal y la empresa se va a pique por una ilusión de mi padre?

—Aunque no diéramos con ellos, la compañía tampoco llegaría a su fin.

—Liv, sabes muy bien que se ha invertido toda la liquidez en esto. Si no sale bien, habrá despidos, incluso se podría tener que cerrar la compañía.

—No va a pasar. —Me pongo intransigente y hasta incómoda, tanto que salgo de debajo de su cuerpo y me dirijo hacia el baño.

—Necesito que estés preparada para cualquier final, no quiero verte sufrir. —Me ha seguido sin que lo haya notado.

—Deja de ser tan cenizo, ¿quieres? Los diamantes están, llevamos muchos años estudiando la zona, la roca, y te aseguro que están.

—Eso espero.

Me fastidia oírlo hablar de este modo, porque se nota que para él esto es una locura de su padre y mía.

—¿Acaso, cuando inviertes millones, tienes la certeza de que vas a recuperarlos?

—Lo miro a través del espejo mientras me cepillo los dientes—. ¿Nunca has perdido nada?

—Yo no me lo juego todo a una carta; mi padre, sí.

—A veces, quien no arriesga, no gana. —Escupo la pasta de dientes y me enjuago la boca mientras él me mira detenidamente a través del espejo—. La empresa será tuya, supongo que ya tienes otra baraja por si la nuestra la perdemos.

Tuerce los labios en una media sonrisa. Me doy la vuelta y me cruzo de brazos teniéndolo de frente muy cerca, más de lo que cualquiera podría resistir teniendo en cuenta que sigue con esa toalla enrollada en la cintura y nada más.

—Si no te hubiera conocido, no tendría un plan B. Stauffer se hubiese ido a la mierda y la habría disuelto sin más. —Alzo ambas cejas, perpleja por lo frío que puede llegar a ser cuando algo no le importa—. Pero, sabiendo lo feliz que eres en este sector, cuando no se encuentren esos

diamantes mi padre tendrá que asumir su derrota y tanto él como Stauffer desaparecerán del mundo de la alta joyería... y tú y yo seremos los fundadores de una nueva marca; una más estable y fiable, que será conocida en cada rincón de este planeta, porque logrará ser la más prestigiosa.

—Quieres decir que yo pondría los conocimientos...

—... y yo los contactos —suelta como si nada, y la idea no es que no me guste, sino que me parece una aberración. Se lo debo todo a Stauffer, así que ni por asomo pienso en que quepa esa posibilidad.

—Pues que sepas que nada de eso va a ocurrir, y vas a tener que aprender a convivir con Stauffer, porque le quedan muchos años de vida. Y ahora voy a darme una ducha. Esperaba que me acompañaras, pero veo que no has podido esperar. —Mientras lo digo dejo caer mi ropa al suelo, con su mirada clavada en cada centímetro de mi piel desnuda—. ¿Puedes salir?

—No pienso irme; es más, voy a volver a ducharme. —Tira de su toalla y me muestra su potente erección. Luego pasa por delante de mí para meterse en la ducha y lo sigo.

—¿Puedo? —le pregunto mientras veo cómo el agua cae en cascada por su espalda.

Lentamente se gira con esa mirada feroz de estar a punto de atacar a su presa; en este caso, yo.

* * *

—Esta maleta es la que tengo que llevarme esta noche. —Estoy frente a la cama, donde he colocado todas mis cosas y las estoy metiendo dentro.

—Pensaba que saldríamos directos de la oficina antes de la hora del almuerzo.

—Lo miro con los ojos entornados—. Janis... Lo siento, no lo recordaba.

—Necesito ir a verla. Te prometo que no me alargaré demasiado, pero antes de irme quiero estar un rato con ella, hacerle compañía.

—Yo me encargo de que lleven tu equipaje al avión y te pasaré a buscar por su casa sobre las seis, ¿te parece bien? —Espera mi respuesta—. A las siete, entendido...

—Gracias. —Me acerco, lo estiro del cuello para captar toda su atención y le doy un casto beso en los labios—. Estás muy guapo hoy.

—Ah, ¿sí? Pues debo decir que tú lo estás demasiado.

—¿Demasiado?

—Tanto que no saldría de esta suite en todo el día. Recorrería cada centímetro de esta piel... — Conforme lo dice pasa su dedo por mi brazo hasta subir al cuello y tengo que hacer un enorme

esfuerzo por no dejarme llevar.

—Tenemos una reunión —le recuerdo y responde con un suspiro pesaroso—.

Piensa que el día va a volar y que en nada estamos en Berlín celebrando que Enok e Irma estarán prometidos.

—Lo sé.

Agarra mi barbilla y la gira con sumo cuidado para darme un beso en los labios que ninguno de los dos somos capaces de acortar.

—Venga, vamos o llegaremos tarde.

—Que nos esperen.

—Jared...

—Odio que te lleves tan bien con mi padre. —Achina los ojos mirándome fijamente y yo rompo el silencio con una carcajada al tiempo que me encojo de hombros a modo de disculpa—. Pero conseguiré que estés de mi lado y no del suyo.

—Tienes mucho trabajo por delante, entonces. —Sonríe ladina mientras cierro la cremallera de la maleta y la dejo sobre la cama para que alguien, nunca sé quién es el que se encarga de esos asuntos, la lleve al avión.

* * *

Salimos de la suite del hotel agarrados de la mano, en dirección al ascensor.

Jared está muy serio, pensativo, y tengo claro el motivo: tener que adelantar el viaje a la mina lo cabrea mucho, así que soy consciente de lo tensa que va a ser la reunión a la que vamos en este momento. Sin embargo, al mismo tiempo estoy muy emocionada. Llevo tantos meses oyendo a Max hablar de estos diamantes que no me creo que el día esté tan cerca, y yo sí que lo estoy deseando, porque tengo mil ideas que desarrollar en cuanto sepamos el peso, el color, la pureza y la talla de estos.

Llegamos al garaje del hotel y nos montamos en su deportivo para plantarnos en unos minutos en Stauffer, donde imagino que Max ya nos está esperando. El teléfono de Jared comienza a sonar por los altavoces del coche y me pide que no hable antes de responder.

—¿Cómo vas, tío?

—¿Tienes dos minutos?

Reconozco esa voz al instante, es Emre. No digo nada, Jared me mira y leo en sus ojos la súplica de que, lo que oiga, no debo compartirlo con Amélie.

—Sí, voy camino de Stauffer, pero puedo hablar unos minutos.

—Mi padre se muere. —Abro la boca exageradamente, no tenía ni idea. Ya sabía que mi amigo tenía problemas en Estambul, pero no que fueran de ese tipo ni tan graves—. Y, joder, aquí tengo toda una familia que depende de mí.

—Pero no puedes vivir sin Amélie... —lo dice sin dejar de mirar la calzada, muy concentrado, como si estuviera en este instante dentro de su cabeza—... y no le has explicado lo que sucede.

—¿Cómo le voy a contar que tengo que mudarme a Turquía para poder gestionar la fortuna de mi familia? —Me froto la frente nerviosa, pero permanezco en silencio. No es justo que mi amiga no sepa nada de todo esto—. No puedo joderle la vida de esta manera, no se lo merece.

—No le estás dando la oportunidad de decidir. Puede que prefiera vivir en Estambul a quedarse sin ti.

Me alegra que Jared le diga exactamente lo que yo le diría en este momento.

—Amélie jamás viviría aquí; mi familia no la acepta y no quiero que sufra por culpa de ellos. Sé perfectamente que la dejarían de lado y ella aquí no tiene nada.

Lo mejor es que nos separemos, que ella rehaga su vida y sea feliz.

—¿Estás dispuesto a pedirle el divorcio?

—¿Por su felicidad? Sí. —Niego con la cabeza y Jared ve que estoy empezando a ponerme nerviosa, porque no puedo creer que mi amigo esté dispuesto a tirar por la borda todos estos años, todo por lo que han luchado para estar juntos—.

Debo hacerlo y, cuanto antes, mejor.

—Emre, colega, no te precipites. Baraja todas las opciones y, hazme caso, habla con ella. Coge un avión y explícale la situación antes de tomar una decisión unilateral. Ella lo entenderá.

—Y será una desdichada porque vendrá conmigo. Sé lo que va a ocurrir, y es precisamente lo que pretendo evitar. Oye, te tengo que dejar. No le cuentes a Liv que me voy a separar antes de que yo hable con Amélie.

—Tranquilo —le miente descaradamente, y se termina la llamada, dejándome una sensación de inquietud y nervios.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué no es sincero con ella? —pienso en voz alta mientras miro por la ventanilla y busco el teléfono.

—Liv, por favor, se supone que no sabes nada de todo esto.

—Es mi amiga, y Emre lo va a joder todo. Amélie lo ama como a nadie en este mundo. Su vida gira en torno a él. Vale que se asfixia estando sola en casa sin nada que hacer en todo el día, pero haría cualquier cosa por él, hasta mudarse a Estambul.

—¿Crees que renunciar al amor es fácil? —Lo dice como si supiera perfectamente lo que se siente al hacerlo—. Y pienso como tú, debería hablar con ella, pero sé que está primando la felicidad de su esposa por encima de la suya propia, por encima de cualquier otra cosa. Emre no le haría daño así porque sí.

—Amélie tiene derecho a saber la verdad. Ella es libre de irse con él o quedarse en su casa sin necesidad de que ni Emre ni nadie tomen esa vital decisión por ella. Desde luego, este rol de caballero con armadura que protege a la mujer por encima de todo no va conmigo... y te aseguro que ella es como yo.

—Es complicado, difícil.

—No lo es. No si hay comunicación y, por lo que veo, ellos no tienen ninguna cuando se trata de temas relevantes, esenciales.

Dejo caer el teléfono dentro del bolso y me cruzo de brazos, molesta por estar en medio de esta situación. Habría sido mejor que Jared no hubiera hablado por el altavoz, porque saber lo que está ocurriendo sin poder decírselo a mi amiga no es justo; no cuando sé que van a sufrir ambos de un modo innecesario.

—Todo se solucionará. —Lleva su mano a mi muslo y lo acaricia con cariño.

Pero yo no puedo quitarme a mi amiga de la cabeza y, en cuanto tenga un momento, hablaré con ella. No le diré lo que sé, pero sí tengo claro que he de hacer algo para cambiar el rumbo que están tomando las cosas entre ellos.

—Eso espero.

Reduce la velocidad justo cuando entramos en los terrenos de Stauffer y ahora es él el que cambia por completo su expresión.

Salimos del coche, que hemos aparcado justo en la puerta; esta vez no lo ha dejado en el garaje situado en la planta subterránea de las oficinas.

—Buenos días. —Sonrío a Xia, que nos saluda risueña y actúa como si no tuviera confianza con nosotros. Y eso es algo que sé que a Jared lo tranquiliza.

No quiere dar una imagen de cercanía con sus trabajadores, al contrario que yo, que suelo ser una más del equipo, sobre todo cuando hay problemas. Me involucro de principio a fin y, si tengo que ayudar a alguno de los empleados en algo, lo hago sin siquiera planteármelo.

La puerta del ascensor se abre y entramos los tres.

—¿Cómo está Amélie? —Niego con la cabeza mientras mis ojos se empañan de lágrimas; estoy muy triste por ella y no sé qué narices hacer para ayudarla—.

Esta tarde iré a su casa. Si te apetece venir, dímelo.

—Amélie está fuera de Ginebra, preparando un evento, y yo me voy a Berlín a última hora de la tarde. Además, me da que nos iremos a la mina muy pronto...

—Observo a Jared, que asiente con la cabeza sin mirarnos a ninguna de las dos

—. En cuanto sepa las fechas exactas, te aviso. Pero te pido un favor: tendremos que estar muy pendientes de ella a partir de ahora, no dejes que pase sola todo el fin de semana...

—Cuenta con ello. —Justo cuando termina la frase se abren las puertas del ascensor y sale en la primera planta. Nosotros esperamos, ya que nos dirigimos hacia la segunda, para ir directamente a la sala de juntas, donde Max nos debe de estar esperando ya.

—Has hecho bien. —Me acaricia la mejilla y por instinto luego la apoyo en su americana mientras el ascensor sigue su camino, ya que en este momento nadie nos ve.

Capítulo 15

Liv

—¡Buenos días! —Oímos la voz de Emilia y miro a Jared alucinada.

Si no la conociera de nada, diría que está feliz de vernos. Sin embargo, ambos sabemos que eso no es así, supongo que por ello ninguno de los dos baja la guardia y, tras contestar un escueto «buenos días» al unísono, nos dirigimos hacia la sala, donde está Max frente a unos planos esparcidos por la gran mesa, mirándolos con cara de contento.

—¿Se puede? —Mi voz suena feliz y, en cuanto la oye, sonrío abiertamente al tiempo que nos hace un gesto con una mano para que pasemos y nos acomodemos.

—Tengo un día muy complicado, así que no nos demoremos más de lo necesario. —Su tono de voz y su mandíbula apretada denotan lo cabreado que está Jared. Y es que, si fuera por él, haría desaparecer la mina de Venetia en un santiamén.

—Estamos a treinta metros de llegar a la meta. Si todo va bien, este próximo lunes llegaremos a esos cuatrocientos ochenta metros que nos faltaban la última vez que hablamos de esto.

—¿El lunes ya? Se ha acelerado muchísimo.

—La última capa de rocas que encontramos resultó ser la más dura y nuestra maquinaria se vio afectada, recordad que incluso se estropeó la perforadora, pero con la inversión que se hizo en el nuevo equipo en lugar de arreglarla...

—¿Inversión adicional? ¿Quieres arruinar esta empresa?

Max suspira frustrado, y lo entiendo. Jared solo ve los gastos que conlleva esta explotación, pero resulta muy insoportable cuando se pone en este plan.

—Era la única forma de llegar rápido, y está funcionando. Ahora podemos penetrar a buen ritmo y por eso tenéis que salir hoy mismo hacia allí.

—Esta tarde y mañana tenemos unas reuniones en Alemania, y son inamovibles.

—Me muerdo el labio para no replicar, porque sé que para Jared la fiesta de pedida de Irma y Enok de mañana es muy importante, pero esto también lo es. Y

debería decirlo, pero no entiendo por qué no lo hago, pues continúo mirando los planos, donde, entre las capas de tierra dibujadas, con un bolígrafo de color verde Max ha ido trazando una líneas conforme le iban informando de la profundidad alcanzada.

—El lunes haremos la extracción. Jared, ¿sabes lo esencial que es esto? Creo que no te haces una idea...

—El sábado por la noche podremos volar hacia la mina. Antes es imposible. —

Veo que está cediendo y no puedo evitar sonreírle cuando cruza su mirada con la mía. Y supongo que Max piensa del mismo modo por cómo ha relajado los hombros—. La pedida de mano es el sábado al mediodía; por tanto, nos dará tiempo a llegar y ver cómo son los primeros diamantes... si es que están ahí abajo.

—Creo que es la mejor opción para todos. —Deja los planos a un lado y nos mira a uno y otro muy orgulloso, obviando el último comentario de su hijo.

—Eso es relativo, pues tendré que posponer reuniones muy importantes y retrasar mi viaje a Canadá; espero que valga la pena.

—¿Aún tienes dudas? Jared, te aseguro que esos diamantes van a ser la salvación de esta compañía... y no solo eso: van a llevarla a la cima, situándola por delante de firmas que ni se imaginan lo que está ocurriendo y lo que vamos a presentar.

—Bueno, si eso es todo, tengo que irme ya. —Se pone de pie y, sin más, abandona la sala de reuniones.

—Necesito que vea con sus propios ojos esas piedras, es el único modo de que crea en Stauffer y se involucre de verdad —suspira Max, y le acaricio la mano por encima de la mesa con todo mi cariño.

Jared, cuando quiere, es tan frío que no se da cuenta del daño que hace a las otras personas.

—Lo verá, y tendrá que reconocer que estaba equivocado. —Me quedo pensativa unos segundos porque realmente esto es muy emocionante para mí.

Aún recuerdo el primer día que Max me explicó que existía una mina en la que los diamantes eran grandes y puros y que íbamos a invertir en su extracción. Me dijo que eran tan extraordinarios que, cuando los tuviéramos en el taller, crearíamos joyas increíbles. Desde entonces hemos estado todos bastante obsesionados con este asunto.

—Voy a pedir que se encarguen de buscaros vuelos y compren los billetes para salir desde Berlín el sábado por la tarde o por la noche.

Alzo las cejas y Max frunce el ceño.

—¿Jared en avión comercial? —replico, y suelta una risotada—. Yo me encargo de que tenga su avión listo, aunque, conociéndolo, en estos momentos ya estará todo previsto y el plan de vuelo se habrá modificado.

—Es como su madre.

—¿De verdad? ¿Cómo es ella? —Me gustaría saber más cosas; lo poco que vi en Berlín no es que me diera pistas... Lo único que me quedó claro fue lo poco que le entusiasmaba que Jared estuviera a mi lado. Y eso es algo de lo que una no se puede olvidar porque, me guste o no, puede llegar a ser un problema en el futuro.

—Su madre es una mujer muy tranquila, y también muy calculadora. —Se le escapa la sonrisa mientras sin duda recuerda algunos hechos que lo hacen evadirse de esta sala en la que estamos, obviando que espero más información—.

Siempre fue muy soñadora, pero eran otros tiempos.

—Cuando fui a Alemania, creo que no le hizo ninguna gracia verme con Jared.

—Supongo que le sorprendió, también me pasó a mí, pero, solo con que te conozca un poquito —hace un gesto con los dedos, juntando el pulgar y el índice, mostrándome a qué se refiere—, estará encantada de que formes parte de su vida.

Francamente espero que sea así, porque la verdad es que lo último que quiero es lidiar con conflictos familiares; me sobra y me basta con tener a Emilia en mi contra.

—Max, ¿puedes salir? —De repente la puerta se abre y Emilia nos interrumpe sin previo aviso, como acostumbra a actuar.

—Dame cinco minutos —le pide muy serio sin moverse y sin tan siquiera hacer el amago de mirarla—. Cambia la cara, sé que no os lleváis muy bien mi mujer y tú.

—Eh... yo... —Creo que es la primera vez que Max me comenta algo referente a ella y no sé cómo reaccionar.

—Liv, te conozco desde antes de que ella llegara a mi vida y sé perfectamente quién está a mi lado, cómo es y cuáles son sus metas.

—Entonces, ¿por qué sigues con Emilia? —me envalentono, porque en circunstancias normales no sería capaz de soltar algo así, pero hoy siento que Max está tan cercano a mí que no se va a molestar.

—Porque me enamoré ciegamente, y en la intimidad no es como tú la ves.

—Eso espero... —farfullo en voz baja y comienza a reírse a carcajadas—. Lo siento... Max, de verdad, no soy nadie para decir estas cosas.

—¿Cómo que no eres nadie? Para mí eres una hija desde el momento en que tu padre falleció. Le prometí que así sería en su lecho de muerte, y creo que te he demostrado que te quiero como tal. Le digo mil veces a Emilia que no sea tan exigente contigo, pero ella es así. Quiere lo mejor para esta empresa y no permite que nadie se relaje. Sin embargo, te valora muchísimo, sobre todo tu trabajo; sabe que eres la mejor.

—Pues parece que me odie.

—Para nada. —Se recuesta en la silla—. Quiere lo mejor para todos. Y está trabajando mucho para que los nuevos diamantes lleguen a lo más alto. Y, ahora, pongámonos manos a la obra, que tenemos muchas cosas que hacer.

—Por la mina no te preocupes, te informaré de todo.

—Disfruta, porque vas a ser una de las pocas afortunadas que va a vivir esto.

—Tendrías que estar tú allí. —Lo miro fijamente, y es que sé lo que representa este proyecto para él.

—Yo ya estoy viejo y necesito que seáis vosotros los que continuéis con mi legado. Además, sabes que confío plenamente en ti.

Veo que sale de la sala y me deja a solas mientras mi cabeza le da vueltas a todo lo que me ha dicho de Emilia, y es que no me cuadra con nada de lo que yo percibo. Desde el primer momento me dio la impresión de que a ella lo único que le movía era la fortuna de Max, y que por ello se involucró en la empresa, para comprobar de primera mano que todo funcionaba como era debido y, de paso, ganar una notoriedad pública con personas influyentes de este país. En todo caso, parece que Max vive en una nube y no quiere verlo; está cegado por ella.

* * *

—¡Hola! —pego un chillido a modo de saludo cuando mi abuela abre la puerta y se lleva la mano al corazón como si mi susto le hubiera producido un infarto.

—¡Niña, que soy un vejestorio ya, no me des esos gritos! —La abrazo mientras me regaña y dejo que se alargue este momento porque no hay nada que me guste más que estar entre sus brazos—. Pasa, que ya tengo la comida en la mesa.

—Tengo mucha hambre. —Me acaricia la mejilla y camino hasta su salón, donde María me saluda con la mano al verme pasar y se va a buscar algo a la cocina—. Qué bien huele.

—Siéntate, que ya es muy tarde. Más que un almuerzo parece una merienda.

—Lo siento, abuela, he tenido mucho trabajo hoy. Debía asegurarme de que todo seguiría su curso mientras yo voy a la mina de Venetia.

—¿Vas ya? No me lo habías comentado.... ¡Ay, si tu padre estuviera aquí!

Cuántas veces me habló de los famosos diamantes de Sudáfrica. Espero que estén ahí y que sean tal y como esperáis.

—Abuela, no me seas como Jared, por favor.

No quiero tener a mi lado a otra pesimista en este momento, lo único que quiero es alegría e ilusión; eso es lo que me ha movido durante todo el día, porque, aunque estuviera centrada en mi trabajo, no he podido dejar de darle vueltas a la cabeza en ese aspecto.

—Vaya, seguro que están... pero debéis tener en cuenta que existe una...

remota... —intenta arreglar sus palabras y yo tuerzo el gesto en una media sonrisa y regañina— ... muy remota posibilidad de que no haya nada. Jared seguro que piensa como yo.

—Pues Max, como hubiese hecho mi padre, muchos expertos y yo misma creemos que están ahí, y no pueden estar equivocadas tantas personas, así que...

—Cierto, y no sabes cuánto me alegro de que vayas en persona a la mina. Es un regalo de Max, otro. —Mi abuela lo dice con tanto cariño que ambas sonreímos al pensar en él.

María aparece con una fuente llena de ensalada de huevo, tomate y salmón que tiene una pinta increíble y ambas dejamos de hablar para comenzar a comer. Son casi las cuatro de la tarde; quería venir sobre la una, pero me ha sido imposible.

—¿Cómo va la mudanza? —Aún recuerdo cuando llamé a mi abuela en medio de la noche y le pregunté qué le parecía. La pobre pensó que me había pasado algo grave y, tras tranquilizarla, me dijo que esta vida estaba hecha para vivirla y no para dejarla pasar sin más. Esas palabras me templaron y me hicieron reflexionar acerca de que todo ocurre por algo, por lo que, aunque sin duda es precipitado, todo puede ir bien.

—Pues ahora que lo dices... Tenía que empaquetar mis cosas antes del martes, pero con el viaje a la mina... no me dará tiempo. Hablaré con Jared esta tarde, a ver cómo nos organizamos.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! Por fin has dejado que alguien acceda a tu corazón y vuelves a sonreír, solo hay que verte en este instante.

Conforme lo dice me doy cuenta de que tiene razón, estoy sonriendo mucho y me gusta sentirme así. Porque puede que Jared y yo no seamos la pareja perfecta, y mucho menos la más tradicional, pero la pasión que fluye entre nosotros pocas personas logran tenerla, y los sentimientos que nos despertamos el uno al otro son verdaderos, profundos.

—Me gusta, abuela. Mucho.

—Pues disfruta del momento y vive el día a día sin pensar en el mañana. —Su rostro se sonroja un poco y percibo que está recordando a mi abuelo—. Cuando lo vi por primera vez, supe que era el hombre de mi vida. Todo mi interior tembló de un modo increíble, nadie había conseguido lo mismo antes.

Eso es exactamente lo que me ocurrió cuando lo vi en las escalinatas de la mansión de Amélie; me quedé paralizada, mi cuerpo se agitó de pronto y no fui capaz de controlarme, y volví a sentirme así cuando lo vi en el baño turco de la fiesta de Amélie. No pude dejar de admirarlo cuando entró en una de las piscinas y, mientras mi amiga Lea besaba su pecho, él no dejó de mirarme a mí. Mi mente me transporta a ese momento y siento el calor de la sauna, el de mi interior, y cómo me excitó su mirada mientras mi amiga hacía todo lo posible por llamar su atención.

—¡Liv! —oigo la voz de mi abuela, que no sé cuándo se ha terminado ya su plato mientras yo lo tengo todavía a medias, al tiempo que noto que mi sexo está empapado, y eso se debe a rememorar la escena en que mi amiga estaba sobre él mientras Jared no dejaba de mirarme a mí... Eso me ha puesto cachonda; ese recuerdo me ha devuelto la pasión que sentí por primera vez cuando follamos, cuando, sin saber que era él, se introdujo en mi cuerpo una y otra vez, despertando un placer que nadie había logrado darme.

—Voy a la cocina a por el postre.

Asiento con la cabeza, pero mi mente no está en este momento en el comedor de mi abuela, sino en él, y en lo que me apetece ahora mismo.

Cojo mi teléfono y no lo dudo, le escribo un mensaje.

Ahora mismo me gustaría estar observándote desde la distancia mientras otras

manos rodearan mi cuerpo y el tuyo... deseando que fueran las mías sobre ti y las tuyas sobre mí, y que el pene que paseara por mi sexo fuera el tuyo... pero tú no te acercarías. Estarías analizándolo todo a unos metros, con excitación, con hambre, pero sabiendo que tu momento llegaría más tarde. Y te follarían, me follarían, hasta que tú y yo termináramos luego follando como locos. Solos tú y yo.

Leo el mensaje y me asombro de lo caliente que estoy, de lo mucho que me gusta jugar y lo poco que lo estoy haciendo últimamente, y eso es algo en lo que no quiero caer, no con él. De repente leo «En línea» y me muerdo el labio inferior, impaciente por saber qué me responde. Aparece el color azul que indica que lo ha leído y mi corazón late con más fuerza, y se acelera mucho más cuando veo que está escribiendo algo.

Joder, me he atragantado frente a dos vejestorios. Casi consigues que me hagan el boca a boca... y no voy a permitir que nadie ponga sus labios sobre los míos sin que estés presente.

Lo que daría porque estuvieras en la mesa de al lado. Te miraría mientras alguien colocase sus labios sobre los tuyos y yo llevaría mis dedos a mi sexo para conseguir aliviarme de algún modo.

¿Te están mirando?

Más bien me están hablando, pero no soy capaz de hacerles ni puto caso.

Se me ocurre una idea mucho más perversa que los mensajes que ya he enviado.

Miro hacia el pasillo y oigo que mi abuela trastea en su cocina, así que tengo unos segundos para llevar a cabo mi plan.

Me bajo la camiseta lo suficiente para mostrar mi sujetador de encaje y presiono mi piel con una uña entre mis pechos, como si estuviera rasgándola, y ni corta ni perezosa le mando la imagen junto al texto «Estoy deseando que vengas a buscarme».

Capítulo 16

Liv

—Pero ¿qué te pasa hoy? No estás comiendo nada, y solo te faltaba eso para estar más delgada.

—No seas exagerada. —Me río al tiempo que bloqueo el teléfono y lo dejo al lado del plato para darle un nuevo bocado al salmón de la ensalada—. Yo como mucho... y no estoy tan delgada, soy normalita.

—¿Normalita? —Niega con la cabeza mientras se sienta a la mesa—. Cómetelo todo, que quiero verte hermosa. —Frunzo el ceño y me da un manotazo en una mano, consiguiendo que las dos riamos.

—¿Cuántos días vas a estar fuera?

—Esta tarde vuelo a Berlín con Jared. Su mejor amigo le va a pedir matrimonio a su novia mañana y le hace mucha ilusión que estemos presentes...

—A Berlín —repite como acostumbra a hacer cuando quiere decir algo sin llegar a mencionarlo.

—A Berlín, sí. ¿Qué pasa?

—Yo no he dicho nada.

—¡Abuela! Será un viaje rápido, ya que el sábado noche nos vamos a Sudáfrica.

No sé cuántos días estaremos allí, ya te iré llamando, así que, por favor, estate atenta al móvil.

En ese momento María aparece para retirar los platos.

—Vas muy en serio con Jared, ¿no?

Suspiro y la miro un poco aterrada, porque es lo que me ocurre cuando me paro a pensarlo, y es que todo está yendo tan deprisa que no sé si será un desastre o es que simplemente debía ocurrir así.

—No sé por qué, pero, cuando estoy con él, soy capaz de tomar cualquier decisión.

—No hace falta que lo jures, porque para que te vayas a vivir con él tan pronto...

—Él necesitaba una casa y... —No me deja terminar la frase.

—No tienes que darme explicaciones, ya te dije lo que opinaba al respecto. Yo solo quiero que seas feliz y, si Jared es capaz de lograrlo, no hay que hablar de nada más, pero, por favor, no te olvides de ti... de lo que quieres y de quién eres.

Jared lo tiene todo y, si no, se lo compra cuando le apetece, pero el dinero y las posesiones no hacen la felicidad. Tu corazón es puro, generoso, y no quiero que, por nada ni nadie, eso cambie.

—Nunca cambiaré, por nada ni nadie —le aseguro.

—Esa es mi nieta. —De repente suena el timbre y mi abuela me mira confusa antes de ponerse de pie—. Qué raro, no espero a nadie...

Camina hacia la puerta y voy detrás de ella. No suele venir gente a casa de mi abuela, así que de una manera inconsciente sigo sus pasos hasta que abre la puerta y los tres nos quedamos paralizados. Es Jared. Me atraviesa con la mirada, y sé muy bien el motivo. Mi abuela lo mira y, tras unos segundos en los que se da cuenta de que no le presta atención, me mira a mí, que tampoco soy capaz de prestarle atención.

Tiene los dos botones superiores de la camisa desabrochados e imagino que la corbata la ha dejado en el coche, pero de lo que estoy segura es de que, desde donde ha aparcado hasta aquí, ha caminado muy deprisa.

—¿No estabas en una sobremesa de trabajo? —le pregunto ladina.

—Sí, estaba.

—Pasa, hijo, no te quedes ahí fuera. —Mi abuela lo deja entrar y se dirige a la cocina, por lo que Jared lleva sus manos hasta mi cintura para apretarla con fuerza, lo suficiente como para dejarme colorada la piel. Sus ojos se clavan en los míos y siento fuego. Puedo ver la excitación que he provocado con mi foto.

Y no puedo dejar de respirar profundamente, subiendo y bajando el pecho incapaz de controlar el latido de mi corazón mientras su mirada pasea por mis labios... hasta que lentamente los roza y me entrega un tierno beso, que podríamos alargar de otro modo si no estuviéramos al lado de mi abuela.

—¿No tenías que venir a las siete? —le susurro, y él se muerde el labio inferior.

—Ese era mi plan hasta que he visto esto. —Me muestra mi foto y la frase que lo acompaña. «Estoy deseando que vengas a buscarme»—. Me ha sido imposible permanecer más tiempo sentado a esa mesa sintiendo esta presión. —Lleva mi mano a su entrepierna y noto que está duro como una piedra.

—¿Quién quiere un poco de tarta? —oímos que dice mi abuela y pongo cara de pena mientras él se retira el sudor de la frente al tiempo que pone los ojos en blanco.

—No me hagas esto, Liv —me ruega, y yo me muero por irme, pero me parece de muy mala educación dejar el postre y marcharme antes de tiempo después del trabajo que dedica mi abuela

a preparar nuestras comidas.

No para de mirarme, y yo estoy paralizada cuando mi abuela regresa a la entrada y nos observa durante unos instantes.

—Os la pondré para llevar, seguro que tenéis cosas que hacer.

—Mil gracias, Janis. El avión sale dentro de muy poco y tengo que hacer unos recados antes de que nos dirijamos al aeropuerto.

—Me sabe muy mal, abuela. —Jared aprieta mi cintura un poco más mientras sonrío de forma inocente, como si no estuviera haciendo nada—. ¿De verdad que no te importa? —Lo miro abriendo más los ojos.

—Tendremos días para vernos —suelta como si nada mientras se encamina a la cocina y Jared me mira con una sonrisa pícaro, consciente de que se ha salido con la suya.

—La próxima vez no me mandes ese tipo de fotos si no quieres que aparezca y cambie tus planes —me advierte lujurioso—. Además, llevo un buen rato sufriendo dolor de huevos —susurra bajito mientras se aprieta el puente de la nariz y me aguanto como puedo para que no se me escape la carcajada que estoy a punto de soltar—. No creas que esto te va a salir barato.

—Tomad. No la tiréis, ¿eh? —Mi abuela nos ofrece un táper de plástico que Jared coge con una dulce sonrisa en los labios y luego le planta un beso en la mejilla.

—Te aseguro que no sobrá ni una miga.

—Así se habla.

Jared asiente con la cabeza al tiempo que abre la puerta.

—Voy a coger mis cosas —comento, y siento que sus dedos dejan de apretarme la cintura, lo que de inmediato hace que baje la temperatura de mi cuerpo, que sin darme cuenta estaba por las nubes.

Me dirijo hasta la mesa y pillo rápido mi móvil para después coger el bolso que había dejado sobre el sillón de la sala de estar. Entonces vuelvo al recibidor, donde mi abuela está riendo a carcajadas.

—¿Vamos? —lo apremio, y él asiente con la cabeza.

—Tened mucho cuidado, y sobre todo llámame para saber que habéis llegado bien.

—Cuando regresemos del viaje, vendrás a ver la casa. Ya te he dicho que tienes una habitación allí para cuando quieras venir. —Oírle decir eso me emociona, porque sabe lo importante que es ella para mí—. No, no lo repitas. Nuestra casa es la tuya.

—Yo ya tengo la mía, y la verdad es que no salgo mucho ya.

—Pues mira, motivo de más para hacerlo. Te vendrá de lujo respirar aire puro.

—Ya veremos. Venga, marchaos ya, que se os hace tarde.

Salimos del piso y pulso el botón del ascensor para que suba mientras lo veo con el táper en la mano... y estoy segura de que en pocas ocasiones ha tenido uno de esos consigo.

—Estás muy sexy. —Le señalo la mano y niega en silencio—. ¿No piensas hablarme después de sacarme literalmente de casa de mi abuela?

—No vas a probar ni una miga de esta tarta. —Abro la boca exageradamente—.

Y me voy a vengar como nunca he hecho por enviarme esa foto.

—He pensado que te gustaría.

—Y me ha gustado. —Me muerdo el labio inferior mientras doy un paso hacia atrás para que mi trasero roce sus pantalones—. Liv, no juegues con fuego que te quemarás.

—No era broma, estaba deseando que llegaras. He recordado cómo comenzamos... y la verdad es que he extrañado jugar un poco.

—¿Quieres jugar? —Asiento al tiempo que me muerdo de nuevo el labio, y entonces las puertas del ascensor se abren y me hace un ademán con una mano para que pase al interior.

Accedo al cubículo, me doy la vuelta y me lanzo a sus brazos para besarlo, sorprendiéndolo. Me coge en volandas al tiempo que oigo un golpe fuerte, parece que algo ha impactado contra el suelo, pero no me preocupo. Necesito sentir sus labios, recorrerlos con mi lengua, que mis dientes choquen con los suyos mientras bajamos los pisos, uno tras otro, sin que se pare en ninguno, hasta que llega a la planta baja y la campanilla del ascensor nos anuncia que están a punto de abrirse las puertas, momento en el que nos separamos de inmediato sin dejar de mirarnos a los ojos.

—Joder, hoy me estás haciendo sufrir de verdad. —Se mira los pantalones y no puedo evitar reírme cuando, al bajar la vista, veo el táper de mi abuela en el suelo. Por suerte no se ha abierto. Me agacho mientras él pulsa el botón para que las puertas del ascensor no se cierren solas y me fijo en que la tarta está un poco espachurrada dentro del recipiente pero ha sobrevivido.

—Si ve esto mi abuela, nos mata.

—Si vuelves a besarme de ese modo, correrás el riesgo de que lo haga.

Aprovechando que las puertas no se cierran y parece que no hay nadie en el vestíbulo del edificio, vuelvo a acercarme para darle un casto beso que alargamos durante unos segundos.

—¿A qué hora has dicho que sale el avión?

—A la que yo quiera. —Sonríe lascivo y esta vez sí que salimos del ascensor.

Allí nos encontramos con la portera, quien, al vernos, sonríe, aunque más bien le sonríe a él... y, lejos de molestarme, me divierte.

—¿Dónde has dejado el coche? —pregunto al poner el primer pie en la acera y abro mucho los ojos al verlo sobre esta, molestando a todo el que quiere pasar—.

¡Estás loco!

Me sonríe como si nada, como si fuera el dueño de las calles, y por mucho dinero que tenga la multa que le están poniendo ahora mismo no se la va a quitar nadie.

—¿Es suyo?

—Sí. ¿Algún problema, agente? —No doy crédito, todo el mundo nos mira, y es que, si el deportivo ya es de por sí admirable, si a eso añades a un policía multándolo porque está en medio del paso, se convierte en un espectáculo para todo el que está a nuestro lado.

—Pues sí. El vehículo está mal estacionado y molesta a todos los transeúntes que circulan por esta calle.

—Disculpe, ahora lo mismo lo retiro, he tenido una emergencia.

—Tome. —Le entrega de muy malas maneras el papel de la multa y Jared se lo pone dentro del bolsillo de la americana sin tan siquiera mirarlo al tiempo que pulsa el botón del mando de apertura y las luces parpadean—. La próxima vez, por favor, lo mete en un parking, no creo que para usted suponga un problema pagarlo, por caro que sea.

Jared no le hace el menor caso y me indica con un gesto de la cabeza que me siente en el coche; lo hago rápido para así lograr que todos los que nos están

mirando dejen de hacerlo. Él también entra y arranca el motor, provocando un estruendo que lo deben de estar oyendo a varias manzanas de donde nos encontramos.

—Cómo se te ocurre...

—Tenía prisa.

—Jared, vámonos ya de aquí, por favor. —Pisa el acelerador y el ruido hace que unos niños que están muy cerca se rían y, con sus móviles, comiencen a grabar la escena—. Por favor...

Sonríe divertido y al fin, con mucho cuidado, baja de la acera y se une al tráfico, y al verme en el espejo retrovisor de mi lado de forma fortuita me doy cuenta de la sonrisa que tengo dibujada en este momento en el rostro. No puedo creer lo que estoy viviendo, cómo han cambiado mis días desde que estoy con él sin ni siquiera darme cuenta... pero en realidad me gusta, creo que hacía años que no me divertía tanto.

—El avión saldrá en quince minutos. —Capta toda mi atención y lo miro expectante—. Querías jugar un poco, ¿no? Pues vamos a jugar, pero con mis reglas.

La verdad es que no sé qué esperar de este hombre, pero no voy a quejarme; yo he sido la que lo ha provocado, así que ahora mismo lo único que puedo hacer es dejarme llevar por el momento y gozarlo al máximo.

—Tengo que llamar a Amélie antes de subir al avión.

—Aprovecha ahora, después no podrás. —Cojo el bolso que acababa de dejar entre mis pies y, tras buscar el teléfono, pulso su número y espero a que me responda.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Todo está listo. Ha sido muy fácil organizarlo... y ahora estoy utilizando mi tarjeta mágica. —Miro a Jared y río en silencio, igual que hace él—. Ahogar las penas comprando ropa es mi mejor opción. Puede que, cuando vea los cargos, decida regresar y quitármela.

—Más bien la bloquearé, y para eso no tiene por qué ir a casa.

—Gracias, amiga, por tu sinceridad..., esa que ya conocía pero con la que no me quería encontrar. —Amélie está fatal—. Xia vendrá a buscarme al aeropuerto. Le he dicho que no era necesario, pero ha insistido, y sé que tú tienes algo que ver con eso...

—No quiero que estés sola, y yo no puedo ir.

—No necesito una niñera, ¿queréis disfrutar de vuestras vidas sin preocuparos por mí! Estoy comprando, ahora en Carolina Herrera, y ya he pasado por tres webs más. No te imaginas la de novedades que hay esta temporada.

—Me hago una idea, pero no es preciso que arruines a Emre.

—Aunque me pasara un mes comprando como una loca, no lo arruinaría, tranquila.

Lo sé perfectamente. Emre tiene una fortuna por la que unas compras, por desmesuradas que estas sean, no lo van a afectar en absoluto.

—Llámallo, habla con él, no tires la toalla. Nunca lo has hecho, no entiendo por qué esta vez sí.

—No responde, suspira fuerte y puedo suponer que está llorando de nuevo—. Te quiero y, aunque te cueste entenderlo y te duela, te digo esto por tu bien: a veces las cosas no son lo que parecen; en ocasiones nos hacemos películas sobre algo que dista mucho de la realidad.

Jared me mira serio. No quiere que le diga nada de lo que ambos sabemos. Estoy ante un dilema: debería ser sincera con mi amiga de una vez, pero estaría traicionando la confianza que él ha depositado en mí.

—Ya veré. ¿Queréis venir ya? Hasta que no lleguéis no puedo volver a casa.

—En este momento vamos de camino al aeropuerto. —Sonrío, espero al menos poder verla unos segundos.

Finaliza la llamada, y miro por la ventanilla, preocupada. No puedo evitar sentirme culpable de

su estado de ánimo. Jared parece leerme la mente, porque posa su mano sobre mi muslo y lo acaricia con cariño al tiempo que intermitentemente me mira.

—Estará bien.

—¿Lo crees de verdad? Me parece muy injusto por parte de Emre. Y llegará el día que se lo echará en cara.

Capítulo 17

Liv

No he sido consciente de cuando me dormía, pero parece que hayan pasado decenas de horas desde que me monté en el jet privado de Jared y despegamos en dirección a Alemania, aunque tengo claro que es imposible, porque el viaje dura apenas dos.

No lo veo sentado delante de mí, así que me incorporo para buscarlo y la azafata que nos acompaña en todos los vuelos, por lo que me pregunto si tiene disponibilidad total para cuando a Jared se le ocurre volar, me sonrío.

—¿Quiere que avise al señor? Está en la cabina.

—No, tranquila.

En el asiento de al lado veo que está el táper con la tarta de mi abuela y mi estómago me aprieta con fuerza, tanto que no lo dudo, lo abro y cojo un pedazo, dejándome invadir por su aroma. Me llevo ese trozo a la boca, para luego degustar lo rica que está y salivar con los ojos cerrados mientras me recuesto en el asiento y la mastico con gusto.

No hay nada más bueno que la tarta de manzana de mi abuela... y está tan deliciosa que me abalanzo sobre el asiento de delante de nuevo, donde he dejado el táper, cuando de pronto me topo con sus ojos.

—No te he dado permiso para comértela.

—No tienes que autorizarme, soy libre de comer cuando quiera; además, es de mi abuela.

Niega con la cabeza y yo pongo los ojos en blanco.

—Vamos a aterrizar y nos vamos a cenar en cuanto toquemos tierra.

—Solo un trocito. Pruébala, te aseguro que me darás la razón. —Coge un pedazo y se lo lleva a la boca mientras agarra el recipiente con la otra mano y se encarga de que yo no llegue a coger más.

—Está deliciosa, mucho. —Habla con la boca llena y me sorprende que lo haga

—. ¿Quieres uno? —Asiento pero el responde con una negativa—. No te lo mereces, por tu culpa hoy he tenido un gran dolor de huevos.

—Esa no era mi intención. —El tono de mi voz es de niña buena arrepentida, pero parece que no lo estoy convenciendo en absoluto—. De verdad... He pensado en ti y me ha parecido que sería divertido jugar un poco por mensajes, pero ya veo que no te ha gustado y no volverá a ocurrir.

—¿Quién te ha dicho que no me haya gustado? —Atrapa mi codo y tira de mí hasta que me dejo caer sobre él—. No hay nada en el mundo que me guste más que tener este dolor de huevos.

Se me escapa la risa y él me sujeta de la barbilla para darme un beso.

—Entonces, he triunfado —comento, y él asiente con la cabeza y se lleva mi mano con la suya hasta su miembro—. Necesitas un poco de ayuda. —Levanto la cabeza por encima de su asiento y veo que la azafata nos está mirando bastante nerviosa.

—Disculpe, señor, pero deben sentarse cada uno en su sitio y abrocharse los cinturones inmediatamente, vamos a aterrizar.

Suspiro fuerte, al igual que él, del que me alejo dejándole una vez más una erección que, como siga en este nivel, le va a provocar un colapso.

—Gracias, ahora mismo lo hacemos. —Jared le responde sin mirarla, y es que ella, por educación, tampoco lo ha hecho directamente, sin duda por no inmiscuirse en un instante tan íntimo.

El avión tiembla justo cuando me estoy sentando y me abrocho a toda prisa el cinturón. Normalmente los aviones comerciales ya me dan miedo por el simple hecho de pensar que pueden caerse en cualquier momento, así que, en este que es como un juguete comparado con los que acostumbro a coger, me siento

aterrada.

—No pasa nada.

—Cuando hayamos tocado pista, me lo dices. —Consigo que se ría, pero yo no lo estoy haciendo en absoluto, y mucho menos al ver cómo la azafata se abrocha el cinturón y mira hacia el techo intentando mantener la calma. Así que, no, no estoy tranquila, solo quiero que este trasto aterrice de una maldita vez y volver a respirar.

—Hay una buena tormenta justo encima de Berlín en este instante, por eso estaba en la cabina, barajando la posibilidad de desviarnos. —Menos mal que me lo cuenta cuando ya hemos tocado tierra, porque, si me lo llega a explicar cuando han comenzado las turbulencias, estaría muerta de miedo—. Pero, como te he comentado, al final no ha pasado nada.

—¿Podemos bajar ya? —le suplico, y él asiente al tiempo que coge todas sus cosas y el táper de mi abuela—. ¡Qué frío! —me quejo al tiempo que encojo los hombros cuando abren la puerta y un golpe de aire alemán helado choca contra mi rostro.

Los truenos rompen sobre nuestras cabezas, como si el cielo se estuviera haciendo añicos, los relámpagos iluminan la tarde noche, y el agua, de forma torrencial, lo empapa todo.

—¿Te ayudo a bajar? —Jared se asoma apoyando su barbilla en mi hombro, y yo, sin dejar de mirar al frente, niego al tiempo que doy el primer paso por las escalerillas. Me estoy calando, aunque una de las azafatas sigue intentando cubrirme con un paraguas, pero que no sirve de nada con el fuerte viento que sopla en cualquier dirección a bandadas.

Cuando ya estoy a punto de pisar suelo en lo único que pienso es en llegar al todoterreno negro que tengo delante, a apenas dos metros de la escalerilla del avión, mientras los truenos no cesan y los relámpagos hacen de farolas momentáneas.

—¡Liv! —oigo mi nombre en el instante en el que noto que trastabillo y me precipito hacia delante sin poder evitarlo para acabar en el suelo, dándome un mamporro contra el asfalto de la pista de aterrizaje completamente encharcada

—. ¿Estás bien? —No soy capaz de responderle, me duele la rodilla, pero oigo

tantas voces de personas que vienen corriendo hacia nosotros que por vergüenza me agarro con fuerza a su mano y me pongo en pie—. ¿Dónde te has hecho daño?

—Estoy bien, no te preocupes. Ha sido solo un golpe.

—Señorita, ¿llamamos a emergencias? —me pregunta una voz de hombre y me yergo abochornada por el espectáculo que estoy dando.

—No, no, de verdad que no es nada. —Miro a Jared como pidiéndole auxilio y es él quien le hace un gesto al resto para que no se preocupen, y sin dudarlo me coge en volandas y me lleva hasta el coche, donde me ayuda a sentarme—.

Gracias, ¡qué vergüenza! —Justo cuando lo digo, un trueno suena tan fuerte que los dos nos quedamos en silencio.

—Debemos irnos. —Asiento, y veo cómo cierra la puerta y, empapándose debido al agua torrencial que cae, rodea el todoterreno para sentarse a mi lado—.

Joder con la tormenta, pensaba que sería menos.

Lo oigo sin hacerle mucho caso porque estoy preocupada. Me duele mucho la rodilla y, aunque sé que no es nada grave porque puedo flexionarla, tengo claro que el golpetazo que me he dado me va a doler varios días.

Jared le pide al chófer que salga de la pista mientras yo muevo la pierna discretamente.

—Necesitas un médico. Voy a anular lo que tenía en mente.

—No. Lo que necesito es un buen baño y después estaré lista para lo que habías planeado.

Me llevo las manos al pelo cuando veo mi reflejo en el cristal al tiempo que nos alejamos del avión que nos ha traído.

—Estás preciosa. —Lo miro con cara de pocos amigos, y él se ríe—. Estás sexy hasta con el pelo

empapado. Dime la verdad, ¿te duele?

—Un poco... —Niega molesto con la cabeza, como si tuviera la culpa de que yo sea una torpe que se ha resbalado en el último escalón—. Y creo que nunca había pasado tanta vergüenza, Dios mío. Y estoy chorreando. —Me toco los

pantalones y niego cabreada por mi torpeza y, sobre todo, por la condenada lluvia.

—¡Es Amélie! —Me señala el coche—. Pare un momento. —Jared avisa al chófer, que hace luces al todoterreno donde está mi amiga y entonces este se detiene y ella queda frente a su ventana.

—¡Tía, cómo llueve! —es lo primero que me dice y yo me fijo en cómo tiene las bolsas de debajo de los ojos inflamadas de llorar; ni tan siquiera estar inmersa en la organización de la pedida ha conseguido aliviarla un poco—. ¡Estás como si hubieras salido de la ducha! —Suelta una carcajada y yo niego porque no tengo ganas de explicarle lo ocurrido.

—¿Podrá volar con este tiempo? —le pregunto a Jared y las dos lo miramos bastante preocupadas.

—No habrá problema, podrás despegar.

—Avísame cuando llegues, por favor —le pido, y mi amiga asiente.

En otras circunstancias me bajaría del coche y le daría un abrazo, pero nos limitamos a hablarnos a través de las ventanillas para evitar mojarnos más.

—Y cuando lo hagas tú, te espero en casa, una noche de chicas. —Mira a Jared sonriendo y este asiente seguro, consciente de que lo necesita y no va a poner ninguna pega.

—Mañana por la noche viajamos a la mina de Venetia, así que tardaré unos días en regresar a Ginebra —la aviso, porque todo ha sido tan precipitado que casi no he podido compartir mis planes con nadie—. Pero, en cuanto lo haga, te llamaré.

—Ya sabes dónde estaré. —Se encoge de hombros y me muero de rabia de que esté así.

—Vigila a Xia, que ya sabes lo loca que es —bromeo para que no sienta que es ella la que estará vigilada constantemente. No quiero que se pase los días sola en su mansión llorando por Emre. No es justo que no sepa el motivo real, porque, si lo hiciera, seguramente su actitud sería muy distinta—. Te quiero, Amélie.

—Disfrutad por mí, va a ser una pedida muy bonita y especial. Enok está muy

enamorado. —Sus ojos brillan y está claro que ver el amor en otras personas cuando tú no estás en tu mejor momento no es fácil—. Nos vemos pronto.

—Adiós —respondemos ambos al unísono y los coches continúan su camino en direcciones opuestas.

—¿Crees que nos equivocamos al pedirle que organizara la pedida de mano? —

Lo miro preocupada por mi amiga y él encoge los hombros igual de confuso que yo—. Joder.

—Estás empapada, vas a coger frío. —Pulsa el botón que sube el cristal de la ventanilla al tiempo que vuelve a sonar un trueno y miro al avión por la luna trasera, al que mi amiga está subiendo cubierta por un paraguas que sostiene su chófer—. Llegaremos enseguida y podrás darte una ducha caliente.

La luz del día ya ha caído y las luces de la ciudad de Berlín me reciben como lo hicieron la última vez que estuve, y siento la misma paz de esa vez anterior.

Me recuesto en su pecho mientras él acaricia mi hombro. No hablamos, simplemente observamos el recorrido, hasta que casi sin darnos cuenta el todoterreno se adentra en el garaje del edificio y respiro aliviada, porque por fin podré quitarme esta ropa empapada que se me pega al cuerpo.

* * *

Salgo de la ducha envuelta por dos toallas, una en el pelo y la segunda en el cuerpo. Al llegar a la habitación no veo la ropa que me había preparado sobre la cama. Me paro delante unos segundos y miro por todos lados hasta que descubro una caja sobre la cómoda. Es negra y tiene un lazo del mismo color. Me acerco hasta el paquete y lo acaricio.

—¿Confías en mí? —oigo su voz ronca, y me giro. Está apoyado en el quicio de la puerta, sin camiseta, mostrándome ese perfecto cuerpo esculpido, digno de cualquier escultura griega, el pelo revuelto aún mojado y esos ojos azules clavados en la toalla que me cubre, como si fuese capaz de ver más allá de ella

—. ¿Confías en mí? —vuelve a preguntar al ver que no respondo—. Ábrelo.

Mi corazón está acelerado, y es que no imagino qué puede haber dentro de la caja; no es muy grande, a decir verdad es más bien pequeña.

—¿Qué es?

—Algo que necesitas para esta noche. —Frunzo el ceño confundida—. Querías jugar, ¿no? —Mi estómago se encoge conforme lo dice, y es que la emoción corre por mis venas como si fuera una niña pequeña la mañana de Navidad a punto de descubrir mi regalo—. Deberías abrirlo ya, llegamos tarde.

«¿A dónde?», pienso para mis adentros cuando mis dedos consiguen deshacerse del lazo y abro la caja para encontrarme con un body de cuero. Lo saco de la caja y se lo muestro riéndome.

—Me lo tengo que poner —afirmo en voz alta.

—Tienes el abrigo y los zapatos ahí. —Me muestra un gran abrigo de piel negro y unos Christian Louboutin de suela colorada.

—¿Y qué más me pongo? ¿A dónde vamos?

—Solo esas tres cosas. —Abro los ojos divertida al tiempo que mi sexo se humedece de inmediato por mi gran excitación.

Se ha tomado en serio mis ganas de jugar, y ahora mismo estoy deseando saber qué es lo que tiene planeado para esta noche... pero lejos de contármelo sale de la habitación y me deja a solas para darme tiempo a asimilar lo que va a ocurrir esta noche.

Dejo la toalla que cubría mi cuerpo sobre la butaca y me visto tan solo con el body, que se ajusta a mi cuerpo a la perfección. Mis pechos se elevan de un modo que parecen el doble de grandes y el cuello halter da opción a mil perversiones.

Me miro al espejo y me sorprendo de la imagen que me devuelve de mí. Estoy muy sexy, y con el pelo todavía húmedo se me ocurre ponerme gomina para dejar el efecto mojado que tanto me gusta con este look.

Voy al baño y busco en todos los armarios y cajones hasta que encuentro un bote de gomina y me cepillo con el gel hasta que consigo el efecto mojado perfecto.

Me maquillo muy extremada, va a ser la primera vez que Jared me vea de este modo, y salgo a la habitación de nuevo, donde me subo a los tacones de diez centímetros de aguja y me coloco el abrigo de piel sintética que me cubre por debajo de las rodillas... y se me ocurre completar el atuendo con un cinturón, con la esperanza de no mostrar más de lo debido antes de hora.

Una vez lista, salgo por el pasillo siguiendo su voz. Está hablando con alguien por teléfono muy relajado, tanto que de vez en cuando, entre las palabras, deja ir alguna que otra carcajada, hasta que nota que estoy detrás de él y al girarse endurece el rostro mientras me mira de arriba abajo.

—Heather, nos vemos en nada. —Finaliza la llamada sin dejar a la otra persona que se despida, sin darse cuenta de que acaba de decirme que con quien reía tan amigablemente era con una mujer—. Estás... —No es capaz de terminar la frase, da unas grandes zancadas hasta que llega a mí y clava sus manos sobre el cinturón que aprieta el abrigo de piel en esa zona y me mira a los ojos a apenas unos centímetros de mi rostro.

—¿No te gusta?

—Más que eso. —Coge mi mano y la lleva hasta su miembro para que vea lo duro que lo tiene—. Aunque no estoy seguro de si quiero que alguien más te vea de este modo.

—¿Tiene miedo, señor Kohler? —le susurro muy cerca del oído, rozando su oreja con los labios mientras se lo digo, y se muerde el labio un instante antes de cogerme en volandas y besarme con premura, con desesperación. Y yo me dejo llevar... Siento sus labios pasear por los míos, por el lóbulo de mi oreja, hasta que llega a mi cuello y me da un mordisco bien fuerte. Y grito de dolor, grito de excitación.

—Joder, Liv, ¿dónde estabas metida? —Se pone de rodillas y abre el abrigo mostrando mis piernas, ya que de cintura para arriba, al llevar el cinturón, no me descubre—. Tenemos que

irnos, pero te juro que cuando regresemos voy a recorrrerte hasta que me supliques porque no puedas más.

—¿Seguro que no quieres hacerlo ahora? —lo tiento, y lo sabe.

Estoy segura de que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse, pero a mí ya no me apetece que lo haga. Puede que su plan sea increíble, pero,

como ahora mismo lo desconozco, lo que tengo a mis pies me parece mucho más atractivo.

—Tenemos que irnos. —Tal y como lo dice, mi sexo se contrae, y es que tenerlo tan cerca pero a la vez tan lejos consigue excitarme como nunca lo ha hecho—.

Estás perfecta. —Agarra mi mano con fuerza y vuelve a besarme.

—Tengo que coger mi bolso.

—No es necesario. —Pilla su teléfono y su cartera de encima de la mesa y, tras apagar las luces de su ático, salimos al ascensor, donde esperamos que llegue para bajar al garaje para meternos en el deportivo.

—¿No me vas a dar una pista acerca de a dónde vamos? —Duda durante unos segundos al tiempo que me mira de arriba abajo—. Venga, estoy muy intrigada.

No me harías vestirme así para ir a cenar a cualquier lugar.

—Ya es hora de que me conozcas de verdad. —Estudio sus gestos y percibo nerviosismo por su parte. Ha quedado claro que quiere mostrarme algo de él que hasta este momento no he conocido, y eso me encanta—. Verás lo que me gusta y cómo me gusta. —Sonrío lasciva, porque ya sé hacia dónde nos dirigimos, y me entusiasma porque nuestras vidas se cruzaron en una fiesta de intercambio y, por mucho que quisiéramos cambiarlo, ni él ni yo somos de otro modo, así que debemos conocernos en la realidad de nuestras vidas—. ¿Qué te preocupa?

—Nada...

—Liv, por favor, sinceridad. Eso es lo que querías en nuestra relación. —Tiene razón, pero no quiero ser la novia que busca problemas donde no los hay—.

Habla o no arranco el coche.

—¿Estará... Hei...?

—No. —No tengo ni que terminar la frase, él me responde sin un ápice de duda.

Entonces mi pecho se infla al tiempo que mi espalda se acomoda en el asiento mucho más relajada, y es que, después de todo lo ocurrido, no me gustaría encontrármela por nada del mundo.

—La fiesta la organiza una de mis amigas, y ya sabe todo lo que ha pasado con

ella; se lo expliqué y me aseguró que no era bien recibida en su casa desde ese momento. Así que puedes estar tranquila.

—Gracias.

—Comenzaremos juntos...

—... y terminaremos juntos —concluyo su frase recordando lo que pactamos cuando decidimos seguir adelante con nuestra relación, cuando ambos supimos que ninguno quería cambiar al otro, sino buscar un equilibrio necesario para que, algo que a los dos nos gusta, funcione.

Capítulo 18

Liv

Arranca el motor y salimos de su distrito para dirigirnos a una zona de las afueras, donde solo se ven casas; seguramente la propietaria de una de ellas sea Heather, la mujer con la que hablaba cuando he salido de la habitación.

—Menos mal que ha dejado de llover. —Lleva su mano hacia mi rodilla y la aprieta un poco, pero lo suficiente como para que me resienta del dolor y dé un pequeño respingo que no he podido disimular—. Eres una cabezota —se queja, recordando nuestra conversación poco después de llegar a su piso.

* * *

—Liv, ¿quieres que llame a un médico y te mire la rodilla? —Ha colado la cabeza por la puerta y no ha dejado de mirarme de arriba abajo, clavando sus ojos en mi rodilla magullada, que en ese momento ya estaba bastante inflamada y en la que había empezado a salirme un gran moratón.

—Solo es un golpe. No es necesario, de verdad.

—Será mejor qué...

—¡Jared, por favor! Confía en mí. —He salido de debajo del chorro de agua para que pudiera mirarme a los ojos directamente—. Me duele un poco, sí, pero un médico te va a decir que es un golpe sin más. No hay herida que curar y puedo moverla, por lo que no hay rotura. Solo es un golpe.

—¿Estás segura? —Él era el único que no lo estaba y los dos lo hemos sabido.

—Sí. ¿No quieres ducharte? —lo he invitado a acompañarme, y no lo ha dudado un segundo. Desde el interior de la ducha he visto cómo dejaba caer su ropa al suelo y, una vez desnudo, ha llegado hasta mí y me ha estrechado por la cintura con ambas manos.

—No podemos demorarnos.

—¿Seguro?

Ha asentido con la cabeza al tiempo que tragaba saliva. Y es que ambos estábamos muy excitados.

* * *

—Apresúrate, por favor. Quiero saber más de ti.

Sus labios se tuercen en una media sonrisa que me muestra mucho de él, de lo que tiene en mente, y yo estoy deseando volver a sentir lo mismo que el primer día que lo vi desnudo.

No tardamos mucho en llegar. En cuanto lo hacemos veo una entrada adoquinada en la que hay una decena de coches aparcados a los lados de una gran puerta, todos de gama alta: deportivos y todoterrenos que no tienen nada que envidiar al que Jared conduce.

—¿Estás lista? —Me mira divertido y yo asiento igual o más emocionada que él, no se puede imaginar las ganas que tenía de volver a una fiesta de estas. Es algo que me pone muchísimo, sobre todo cuando puedo disfrutarlo con alguien que me importa. Atrapa mi barbilla y se acerca para besarme los labios—. Estás increíble hoy. —Suspira excitado al tiempo que apaga el motor. Baja del vehículo y lo rodea para abrirme la puerta y ofrecerme su mano para acompañarlo por el camino de adoquines hasta la escalinata que nos dirige a la puerta principal.

—Buenas noches, querido. —Una chica pelirroja, muy sexy, se alegra mucho de verlo... No tengo duda alguna por cómo le sonrío y lo mira de arriba abajo. Jared se acerca y apenas a unos centímetros de mí se besan en los labios, un beso que se alarga hasta que él le muerde el inferior y ella, entre risas, niega con la cabeza y se separan de nuevo—. Siempre igual de juguetón.

—Heather, quiero presentarte a mi novia, Liv.

Ella eleva ambas cejas, sorprendida.

—Ya me has comentado que venías acompañado, pero... —Me mira de pies a cabeza antes de acercarse y, mientras se muerde el labio, me desabrocha el cinturón que mantiene el abrigo en su sitio. Lejos de sentirme ofendida, o incómoda, lo miro a él antes de acercarme a los labios de ella y besarla del mismo modo que ha hecho Jared—. Creo que has encontrado la horma de tu zapato —suelta entre risas alejándose de mí al tiempo que lo mira a los ojos—.

Ahora lo entiendo todo. Bienvenida a la familia, Liv.

—Gracias por invitarme. —Conforme termino de decirlo, Jared rodea mi cintura por dentro del abrigo, y percibo que respira forzado y sus ojos se clavan en los míos mostrándome la pasión que lo invade en este instante—. ¿Entramos? —Me agarra la mano con fuerza para acceder a la casa de Heather, donde dos chicos muy amables nos recogen el abrigo y dejo al descubierto el body de cuero que me ha comprado Jared para esta ocasión.

No veo a nadie, solo a Heather dando indicaciones a un tercer hombre, y me fijo en sus finas piernas, que apenas se intuyen bajo la gabardina verde botella que cubre su cuerpo. Supongo que bajo esa gruesa tela también esconde un look sensual como el mío.

—Podéis pasar, ya sabes dónde es. —Le guiña un ojo—. Liv, estás en tu casa. Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. —En ese instante aparece un tipo vestido con unos vaqueros verde botella, del mismo tono que la gabardina de Heather, y ella se gira para, con una mirada de amor, sonreírle—. Otto, ven. —Le hace un gesto y se acerca despreocupado; diría que tiene unos diez años más que nosotros.

Conforme se acerca me fijo en que entre el cabello rubio se vislumbran mechones plateados. Sin embargo, no se lo ve mayor; al contrario, es un hombre muy sexy, atlético.

—Jared, ¿qué tal? —Se chocan la mano muy amistosamente.

—Te presento a Liv, su novia. —Heather recalca la última palabra, y por lo que veo para ellos no es habitual que Jared presente a una mujer de ese modo—. Sí, sí, su novia.

—Bienvenida. Soy Otto, su esposo. —Me dedica una sonrisa pícara y siento cómo Jared nos observa desde un segundo plano—. Nos vemos dentro.

Agarrados de la mano, comienzan a descender una escalera y miro a Jared curiosa; me encantaría estar en su cabeza para saber lo que está pensando en este momento.

—Así que este es tu ambiente..., personas adineradas y guapas.

—¿Guapas? ¿Crees que Otto es guapo? —Simulo meditarlo hasta que, con la cabeza, asiento torciendo el gesto y consiguiendo molestarlo.

—¿Celoso? —Tanteo el terreno para encontrar una mínima respuesta, aunque sea sin palabras—. Tú me has invitado. Y para mí es muy importante que esto funcione.

—Liv, he venido con decenas de mujeres a esta casa y te juro que jamás he sentido lo que siento ahora mismo. —Lleva una de mis manos a su corazón y percibo que está acelerado, mucho. Su respiración es forzada—. Me muero por observarte mientras estás en brazos de otros, pero al mismo tiempo desearía matar a todo el que ponga sus manos sobre tu piel.

Conforme lo dice lleva la yema de su índice por encima de mi pecho y entonces es mi corazón el que se acelera sin que pueda controlarlo, sintiendo un calor insoportable.

—Comenzamos juntos y terminamos juntos porque para mí eres mi principio y mi final, con la persona que quiero llegar de la mano y con la que quiero irme entre sus brazos. Eres la primera persona a la que quiero ver al despertarme y la última a la que quiero ver cuando mis ojos se dejen llevar por Morfeo.

—Eso es con lo que llevo soñando todos estos años, encontrar a alguien que quiera lo mismo que yo. —Oigo mis palabras en su boca y sé que es él. Es la persona que tanto he buscado.

—Aquí estoy y, pase lo que pase en esta sala, con quien querré volver a estar una vez haya acabado todo será contigo.

Mientras lo digo se lanza a mis labios al tiempo que coloca una de mis piernas alrededor de su cadera y, entre besos apasionados en medio del pasillo, topamos contra la pared para dejarnos llevar por la pasión que ambos sentimos en este momento.

—Deberíamos entrar, somos los últimos en llegar... —Su voz ronca entra por mi oído conectando mis sentidos al tiempo que, con el corazón acelerado, asiento y noto cómo aprieta mi mano para encaminarnos escaleras abajo, a la planta inferior. A medida que lo hacemos la luz va disminuyendo al tiempo que mi curiosidad aumenta con cada paso que doy.

Heather tiene muy buen gusto a juzgar por la moderna decoración de su casa, todo en tonos blancos y diferentes grises. Acaricio la pared con los dedos mientras desciendo y lo miro a él, que parece estar nervioso. Y lo entiendo, es la primera vez que lo voy a ver acostándose con otra mujer desde que estamos juntos y, aunque la idea me excita, es algo extraño después de tantos días.

Abren la puerta justo cuando llegamos y veo que la planta es una especie de mazmorra de paredes rojas, con cruces de san Andrés en ellas, en las que ya están atados hombres y mujeres que están disfrutando del sexo. Veo a Heather rodeando con fuerza el cuerpo de su marido con una cuerda, muy gruesa, tanto que conforme aprieta su piel se deforma... y apuesto a que incluso cambia de color.

—Esto soy yo —me susurra al oído al tiempo que rodea mi cintura y lleva su mano a mi vagina, que está completamente mojada.

—Quiero saber qué es lo que más te excita, lo que transforma al Jared de piedra en una persona de fuego.

—No me gustan los grandes grupos —me dice señalándome al fondo, donde hay una gran sala acolchada en la que varias personas están disfrutando de una orgía con muchos participantes.

Entonces, sin saber por qué, vuelvo a prestar atención a Heather y Otto. Ella sigue con maestría rodeándole el cuerpo con las cuerdas.

—¿Te gusta que te aten? —indago—. Me has traído tú para enseñarme quién eres —le recuerdo para que no olvide el objetivo.

—Yo no soy como Otto, no soy capaz de dejarme a merced de nadie, perder el control no lo es

mío. —Me gusta saberlo porque, en realidad, yo soy todo lo contrario; veo a Otto y me excita imaginarme a mí en su situación—. Liv... —

Me gira y veo el fuego en sus ojos, y yo respondo con una afirmación sin que me haya preguntado absolutamente nada.

Caminamos hasta ellos y Heather me mira de arriba abajo mordiendo el labio inferior al tiempo que obliga a su marido a ponerse una bola en la boca que ata en su nuca para tenerlo callado.

—Tus reglas son mis reglas —le dice Heather a Jared llevando su mano a su pecho ya desnudo, y este se la agarra con fuerza antes de que llegue a tocar su piel.

—Comenzamos nosotros y terminamos nosotros. —Heather me mira pensativa y excitada a partes iguales, y yo observo cómo Otto, que no puede hablar porque tiene una bola roja en la boca, me guiña un ojo, dándome a entender que a él también le parece bien.

—Hoy va a ser diferente, amor. —Heather le acaricia el pecho a su marido y le exige en tono autoritario que eleve las manos por encima de la cabeza. Conforme lo pide, este obedece sin pensarlo, y siento que son una pareja de verdad... y no solo por cómo él acata lo que ella dice, sino por cómo sus gestos y miradas de amor se cuelan en la sexualidad de este momento. Lo cuelga por las muñecas y se asegura de que esté bien sujeto antes de suspenderlo unos centímetros del suelo, los suficientes para que él no pueda apoyar los pies y de este modo no pueda hacer fuerza alguna.

—¿Estás lista? —Abro la cremallera de mi body y dejo al aire mi piel. Los tres me observan, y me gusta sentirme así. Jared me da un tierno beso en los labios antes de rodear mi cuerpo con la cuerda. No cabe duda de que esto no es la primera vez que lo hace.

Sus dedos rozan mi piel al tiempo que aprieta los nudos con fuerza, consiguiendo excitarme mucho más... tanto que en este instante solo estamos él y yo, hemos dejado de ver que, a tan solo unos centímetros, Heather ha comenzado a darle placer a su marido. Sus jadeos y la voz de ella se han

silenciado para nosotros sin darme ni cuenta. Solo capto sus murmullos calientes, siento el calor de sus dedos al pasar por mi piel justo antes de que la fría cuerda casi la desgare, pero lejos de sentirme atacada me siento amada.

Amada por sus ojos, que me demuestran lo mucho que le importo; querida por sus palabras, que en todo momento me susurran para transportarme a un valle repleto de flores y sonidos de aves que me evocan paz, porque eso es lo que es su voz en este momento para mí: mi paz, mi tranquilidad y mi seguridad.

—Voy a elevarte y no bajarás hasta que te corras para mí. —Me atrapa la mandíbula con fuerza para besarme al tiempo que sus manos tiran de la cuerda, separándose de sus labios.

Se aleja y me mira serio antes de dejar sobre un mueble que tiene al lado una bola como la de Otto; Jared parece que no quiere usarla por ahora.

—No puedes hablar —me advierte con voz profunda—, pero quiero oír cómo gritas. Si no cumples con esta regla, te pondré la mordaza. —Me señala, asiento con la cabeza y veo cómo Heather se acerca a él. Ambos se ponen frente a nosotros y nos miran, orgullosos de su trabajo. Y tengo que reconocer que, al sentirme atada, al ver cómo otra mujer comienza a tocar a mi hombre, que entreabre la boca de placer sin dejar de mirarme y comprobar que todo está bien, me excita más de lo que hasta ahora lo había sentido. No tiene nada que ver con mis relaciones anteriores, en esta ocasión todo es diferente. Yo lo siento así porque, aunque haya otras manos en su cuerpo, sé que su cabeza es mía, que se excita al ver mi sexo empapado y experimenta la necesidad de tocarme, de que las cuerdas rocen el punto exacto para darme placer, ese que él me está prohibiendo y, aun así, estoy consiguiéndolo porque él lo ha querido. Jared ha anudado la cuerda en el punto exacto para que yo me vuelva loca poco a poco.

Y mi estómago se contrae porque necesito más, mucho más. Mi corazón late desbocado cuando veo que los labios de Jared chupan un sexo que no es el mío, acariciando su piel con desespero y provocando que Heather grite excitada mientras ella solo presta atención a Otto, que ha liberado una de sus manos, también porque ella se lo ha permitido, y se está acariciando el miembro enfurecido por tener a su mujer tan cerca y no poder tocarla... pero ella lo calma con la mirada, igual que Jared hace conmigo. Me pide paciencia, me ruega calma... y entonces Otto emite un sonido, una señal para Heather, y esta decide que es hora de que él participe. Le lame el miembro con pasión al tiempo que Jared la penetra por detrás con fuerza, y su marido, con la única mano libre,

enreda su cabello entre sus dedos para forzarla a que su mamada sea más profunda.

Otto grita, Heather gime casi sin respiración, Jared ruge de placer al penetrarla una y otra vez como una bestia mientras su mano se adentra en mi sexo y yo jadeo de éxtasis.

Y los cuatro llegamos al límite; por más que lo queramos alargar, no somos capaces. Otto se corre en la boca de su mujer, yo empapo la mano de Jared, quien, satisfecho, se la lleva a la boca y la saborea. Heather moja el suelo al tiempo que Jared deja que su semen salga disparado tras salir del ano de ella. Y

permanecemos inmóviles durante unos instantes, los necesarios para recobrar energías, hasta que siento que los nudos de las cuerdas comienzan a aflojarse al tiempo que Jared rodea mi cuerpo con sus brazos antes de darme la vuelta y posicionarme frente a Otto, que me mira excitado, y a ambos se nos permite participar activamente al soltar los nudos que nos tenían sujetos.

Otto no me mira a los ojos, y eso me llama mucho la atención, me da la vuelta y, sin medias tintas, me penetra una y otra vez. Heather se cuela entre mis brazos, que están apoyados a la pared, y comienza a besarme mientras Jared debe de permanecer a mi espalda observándonos, porque no logro verlo. Los labios de ella recorren mis pechos, mi vientre, hasta que se pone de rodillas y comienza a lamer mi sexo, que la golpea una y otra vez por los embistes de Otto, que está empalándome la vagina con todas sus ganas, arrancándome gemidos, y siento un calor que apenas puedo controlar... y sobre todo una oleada de placer que me deja sin fuerzas pero que a Otto parece no importarle, porque él no se detiene.

—Otto, por favor. —Jared solo tiene que tocarle un hombro para que el marido de Heather de

pronto se aparte y se dirija hacia su mujer para continuar en el otro extremo de la habitación—. ¿Terminamos juntos?

—Por favor. —Apenas tengo aliento, pero sí el suficiente como para poder responderle.

—Hueles a ella, y a él.

—Y ahora solo quiero oler a ti. —Me agarra de la mano con ímpetu para llevarme hasta detrás de una cortina que hay al fondo. La abre y me muestra una cama redonda rodeada de cristales; puedo intuir que tras ellos hay varias decenas de ojos mirándonos, y dirijo mi atención a Jared, quien, al igual que yo, está

observando los espejos—. ¿Todo bien? —le pregunto y consigo captar toda su atención. Rodea mi cintura con garra y agacha la cabeza para apoyar su frente en la mía.

—Demasiado bien, mi amor. —Sus palabras salen de lo más profundo de su ser, tanto que lo obligo a mirarme a los ojos y veo un brillo extraño en ellos.

—Eres lo que estaba esperando en mi vida. —Soy yo la que me atrevo a decir lo que siento, y él sonríe al tiempo que aprieta más mi cintura y nos lanza a la cama para besarme con auténtica pasión.

—Necesito sentir que eres mía, que en este instante toda tú eres para mí.

Acto seguido comenzamos a besarnos y a acariciarnos sobre las sábanas de satén negras, sin importarnos lo que esperan de nosotros los que están tras los cristales, simplemente disfrutando el uno del otro como si estuviéramos en nuestra casa y nadie nos pudiera ver.

Capítulo 19

Liv

Estoy agotada. Me miro al espejo mientras me seco el pelo con la toalla que habían dejado preparada en el cuarto de baño y me fijo en mis labios; están hinchados, al igual que mis ojeras. Ahora desearía tener mi bolso y poder retocarme un poco, pero Jared no me ha dejado traer nada. Niego con la cabeza ante mi reflejo y me encojo de hombros, resignada a salir con esta cara. Tras abrir la puerta para salir oigo la voz de Heather.

—¡Me has creado un problema y lo sabes! —se queja ella muy molesta con Jared—. Heidi es mi amiga y he tenido que mentirle por tu culpa. Sabes que se enterará y no me perdonará que no la haya invitado.

—Lo sé, y siento que puedas tener problemas con ella, pero Heidi se ha comportado muy mal con Liv.

—¿Y desde cuándo te preocupas por alguien? Siempre has sido un egoísta... Tú, tú y después tú. Jamás has pensado en si tu actitud o la de tu alrededor le hacía daño a otro. Pero hoy... Joder, Jared, os he visto follar en la circular y te aseguro que nunca te había visto de este modo.

—¿De qué modo? Heather, tengo que irme —oigo cómo él intenta evitar esta conversación.

—Jared, estás implicándote mucho con ella... y no sé si será bueno para ti.

—¿Ahora sabes lo que es mejor para mí? —Suelta una risotada mientras le responde—. Porque te recuerdo que metiste en mi cama a Heidi y no me la he sacado de encima desde entonces.

Escucho atenta apoyada en la pared del pasillo en silencio; lo último que quiero es que me descubran y crean que soy una curiosa.

—Eso no es así. Tú eres libre de mandarla a la mierda, pero siempre te ha gustado cómo folla, además de poder tener a una mujer cuando chasqueas los dedos. Eso es Heidi para ti, un animal doméstico para cuando te apetece meterla en caliente.

—Y nunca le he demostrado lo contrario, pero he conocido a Liv y todo ha cambiado. Yo he cambiado.

—Tu pasado nunca va a cambiar, y ella es parte de él. ¿Y sabes lo que más me joroba? Que me gusta para ti, mucho. Esa chica podría ser tu mujer, la única que te hiciera feliz, pero estás tan sumido en eso —recalca esa última palabra y yo frunzo el ceño porque no sé a lo que se refiere— que la vas a destrozar y tú irás detrás.

—¿Ya has dicho todo lo que tenías que decir?

—Vete al carajo, Jared. —Sus pasos suenan en mi dirección y yo corro hasta la puerta del baño, de donde simulo estar saliendo—. Liv, hola. Jared te está esperando, y yo no lo haría esperar mucho, que aquí hay demasiada mujer suelta.

—Me guiña un ojo y, tras darme un beso en la mejilla, se adentra en el baño.

—¿Ya estás?

—Sí... —le respondo a él mientras las palabras de ella retumban en bucle en mi cabeza. «Tu pasado nunca va a cambiar, y ella es parte de él. Tu pasado nunca va a cambiar, y ella es parte de él»—. ¿Estás bien?

—Más que eso, pero vámonos a casa ya. —Me agarra de la mano con fuerza y nos encaminamos hacia la entrada, donde veo a Otto a lo lejos—. Otto, despídeme de Heather, por favor, tenemos que irnos ya.

—Liv, encantado de haberte conocido. Espero que nos volvamos a ver. —

Mientras lo dice me da un beso en la mejilla sin dejar de mirarme fijamente, hecho que no le pasa desapercibido a Jared, que me aprieta de la mano con más ímpetu y mira con semblante serio a su amigo, quien finge no darse cuenta de nada... pero durante unos segundos el aire que respiramos se ha cristalizado, y puedo sentir la tensión de ambos hombres, que se miran el uno al otro.

—Ya nos veremos. —Jared es el que da el paso y me guía hacia la puerta, donde al llegar un chico me entrega mi abrigo, que me pongo rápidamente antes de alcanzar el exterior, para no morirme de frío... literalmente, porque hace un viento que cala mis huesos aun llevando el abrigo de piel.

Bajamos la escalinata cogidos de la mano y avanzamos así por los adoquines para que no me tropiece hasta que llegamos a su deportivo. Me siento sin dejar de observar la seriedad de su rostro.

—¿Pasa algo? ¿He hecho algo que no te haya gustado? —No menciono que he escuchado la conversación con Heather y tampoco, por supuesto, el momento tan incómodo que he vivido al despedirnos de Otto, porque seguramente es eso lo que lo tiene tan desconcertado en este momento.

—No pasa nada. —Me pilla de la barbilla al tiempo que me mira con ojos oscuros y se acerca a mis labios sin llegar a tocarlos—. ¿Qué estás haciendo conmigo? Verte con Otto ha sido excitante, joder, mucho.

Siento cómo sus labios se clavan en los míos y ambos nos fundimos en un beso que nos pone cachondos de nuevo.

—Entonces tendremos que repetir. —Sonrío pícara y él también lo hace al tiempo que asiente con la cabeza y arranca el motor del coche para salir de la mansión de sus amigos sin mencionarle todas esas preguntas que ruedan por mi cabeza una y otra vez.

Ya es de madrugada, no sé cómo pero las horas han pasado volando sin darme cuenta, tanto que he olvidado que tenemos que asistir a la pedida de mano de Enok e Irma y debemos descansar un poco para estar presentables.

Veo que pasa de largo una salida en la autopista y miro hacia atrás confusa porque esa es justo la que nos lleva a su casa, pero parece que no le importa.

—Jared, ¿no tenías que salir por la anterior?

—¿Tienes prisa? —Se me escapa una media sonrisa y veo cómo sus ojos se clavan en mis piernas desnudas y ahora mismo no tengo ninguna; es más, no me apetece volver a su ático aún—. Además, con que lleguemos a media mañana será suficiente, Enok lo comprenderá.

—¡Jared, qué mal amigo eres! —me quejo, porque en realidad no se lo merecen.

—Al contrario: cuando llegue Irma, tendrá un enorme ramo de flores que he encargado esperándola.

—¿Siempre lo tienes todo planeado? —Niega con la cabeza y lo miro atenta, dándole la posibilidad de que se explique—. Dime tu secreto.

—Pagar una buena pasta a personas que están disponibles las veinticuatro horas para cuando necesito algo.

—Así sin más, y da igual la hora.

—Veo que lo has pillado a la primera. —Se ríe de mí y le doy un manotazo en el brazo para amonestarlo por su burla—. Cuando estoy en otro país no tengo estas facilidades, pero, aquí, sí.

—Entonces, ¿preferirías vivir en Berlín? —Su expresión se oscurece y lo último que quiero es que piense algo que no es—. Me refiero a que, si lo hicieras, todo sería más fácil para ti.

Lo piensa durante unos segundos y cruza su mirada un instante con la mía.

—Quizá, pero aquí no me ata nada tan importante como para anclarme a esta ciudad. —Sonrío, porque el mero hecho de saber que yo podría ser lo que realmente lo ata a Ginebra me halaga de una forma increíble—. Antes odiaba ir a Stauffer, durante años me negué a poner un pie en esa empresa porque me traía malos recuerdos, pero ahora parece que estos se han esfumado... y que solo veo por allí una melena castaña que, conforme su propietaria camina, se mece al ritmo de sus pasos... y eso solo ya consigue desbaratar mi mundo entero.

—Si al final va a resultar que eres un romántico y todo.

—Romántico, ¿yo? No. —Consigue que me ría todavía más.

No entiendo por qué los hombres no quieren reconocer que necesitan lo mismo que nosotras, que el romanticismo es una muestra de amor y que este puede ser lo más maravilloso del mundo.

—No me parece que sea algo malo, al contrario.

—Liv, nuestra relación no es convencional, mira de dónde venimos... —me recuerda como si eso cambiara algo entre nosotros.

—Durante muchos años he tenido claro que tener una relación y seguir en este ambiente no era una opción para mí, pero debes reconocer que ha sido muy excitante. Me he sentido libre y atada al mismo tiempo, observada y querida a la vez; no he visto furia en tus ojos, sino lujuria... y eso no es fácil. Tienes muchos amigos que demuestran que se puede encontrar el equilibrio: Johan, Otto, Em...

—No termino la palabra, porque en este momento mencionar a Emre y Amélie no es muy buen ejemplo... o sí que lo es, porque todo lo que está pasando entre ellos no tiene nada que ver con su forma de vivir la sexualidad, sino con las creencias de él. Amélie está frustrada porque no la deja trabajar, y él no le explica lo que está sucediendo porque sabe que ella se mudará y no será feliz—.

Emre también... Ese gilipollas, como siga así, va a perder mucho. —Al fin he dicho su nombre y Jared me mira alucinado por cómo lo he insultado, pero es que es la verdad: si confiara un poco más en su mujer, no estaría pasando todo esto.

—Será mejor que por ahora nos olvidemos de ellos. —Asiento con la cabeza porque, sí, en este momento, en lo único en lo que quiero pensar es en nosotros.

* * *

Abro los ojos para ver por dónde vamos, y me fijo en su rostro de cansancio, igual o peor que el mío... y es que al final amaneció cuando entrábamos por la puerta de su casa, y hemos dormido unas horas, pero no las suficientes; sin embargo, este agotamiento ha merecido la pena y sonrío mientras pienso en el día tan bonito y especial que he vivido junto a Enok e Irma. No es que haya ido a muchas pedidas de mano, pero puedo decir que esta ha sido la más emotiva de todas por la situación que está viviendo la familia de ella en estos momentos, debido a la enfermedad de su padre. Todos, del primero al último, hemos soltado alguna lagrimilla al ver cómo Irma le decía que sí tan emocionada que apenas podía hablar. Y no he podido evitar pensar que es muy afortunada: tiene una pareja que la ama con locura, una familia que la quiere y que ha podido vivir junto a ellos este momento tan especial, Yo no tendré esa suerte. Mi sonrisa se

tuerce y mis ojos se empañan porque el dolor no desaparece, no disminuye, está ahí... y de vez en cuando hace acto de presencia para recordarme quién soy y todo lo que he tenido que vivir.

Suspiro con fuerza y me obligo a sonreír.

—¿Estás bien? —Me acaricia la mejilla justo cuando entramos en el hangar y entonces me llega el rugido del motor del jet privado, que ya está listo para recibirnos. Y de repente mi estómago se encoge. No me creo que esté a punto de volar hacia la mina de Venetia, por fin veré con mis propios ojos los diamantes, esos de los que muchos han dudado de su existencia, Jared incluido, pero que Max y yo hemos sabido siempre que existen, que están ahí, esperando a que lleguemos.

Jared me mira paciente, me da el tiempo que necesito para seguirlo. Y es que estoy aterrada a partes iguales que emocionada, tanto que no me muevo del interior del coche, al contrario que él, que ya ha salido y se ha dirigido hacia la parte trasera, donde habla con dos personas.

Miro por el espejo retrovisor y veo cómo, mientras conversa con ellas, tiene toda su atención puesta en mí, y vuelvo a recordar cómo Heather le echó en cara el trato que me dispensó anoche, al parecer muy diferente al de sus anteriores conquistas, y todo lo que siento por él se dimensiona porque lo asumo: él y yo juntos somos especiales, y se me encoge el alma de un modo que hasta ahora jamás había experimentado.

—Ya está todo listo, ¿vamos? —me dice en cuanto abre la puerta del deportivo y me ofrece su mano para que salga.

La agarro sin poder dejar de mirarlo y ya fuera estrecho su nuca con ambas manos y lo beso con premura. Mis labios pasean por los suyos, que durante unas décimas de segundos se han quedado paralizados, aunque enseguida me han respondido y ambos nos hemos dejado llevar sin importarnos que alguien nos pueda estar viendo. Su mano aprieta con ímpetu mi cintura al tiempo que su lengua se adentra en busca de la mía, que está deseando jugar. Nos lamemos, nos besamos y rozamos mientras torpemente jadeamos uno frente a otro, hasta que nos separamos para mirarnos, conscientes de que no podemos continuar, que no es el momento ni el lugar, aunque los dos no deseemos nada más en este instante.

—Te quiero. —No me da miedo decirlo—. Te quiero mucho, Jared. —Mi pecho sube y baja descontrolado, estoy muy excitada.

—Te quiero, Liv, como no he querido a nadie más. —Que me diga eso es muy importante, porque sé que yo no he sido la primera, que hubo un gran amor en su pasado, uno que fue muy especial para él.

—Señor Kohler. —Apenas oímos la voz del hombre que lo está llamando. No nos mira ni vuelve a repetirlo, simplemente hace un gesto con la mano pidiéndonos, por favor, que accedamos al avión.

—Debemos... —Asiento antes de que Jared termine la frase y cojo su mano con cariño para comenzar a caminar sobre los tacones en dirección a las escalerillas del jet que nos espera con los motores encendidos—. Buenas noches. —Jared saluda cordialmente cuando accedemos al interior y la azafata que nos acompañará en este vuelo, que es la de siempre, nos sonríe muy amablemente.

—Buenas noches, señor Kohler y señorita Müller.

Le sonrío y camino, aún agarrada de su mano, hasta nuestros asientos. Nos instalamos uno frente al otro, sin dejar de mirarnos, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Tienen que abrocharse los cinturones, vamos a despegar ya.

Tal y como nos informa, me lo abrocho pero sin apartar la vista de él. Ahora mismo lo único que me apetece es que desaparezca todo el mundo y poder tumbarme sobre Jared, acariciar su cuerpo y sentir que él hace lo mismo.

El avión despegue y miro por la ventanilla sin poder retener un bostezo; estoy agotada. Siento que los ojos me pesan... tanto que acabo dando una cabezada que no sé cuánto dura hasta que abro los ojos y veo que Jared está tumbado en su asiento, las luces están apagadas y el avión prosigue su viaje de forma suave.

—Descansa un poco, es un viaje largo y necesitas dormir. —Dicho esto, me da un beso en la frente y coge la manta que la azafata le ofrece y me tapa con ella.

Suspiro agradecida al tiempo que me acomodo y me desabrocho el cinturón, que me apretaba la cintura, y me estiro, agarro la manta con ambas manos y me arrebujó en el asiento para volver a cerrar los ojos y dormir, esta vez

profundamente.

* * *

No sé cuántas horas han pasado cuando comienzo a desperezarme y, al levantar la mirada, veo que Jared está durmiendo en el asiento de delante. Me enderezo y distingo que la azafata viene rauda hacia mí desde el fondo del avión, y le hago un gesto con el dedo para que no se acerque más y mantenga silencio. Luego me pongo de pie con cuidado de no despertarlo y me dirijo al baño.

Me sorprende encontrarlo levantado al regresar, pero sonrío embozada antes de sentarme frente a

él y, tras enmarcarme la cara, me da un tierno beso en los labios.

—Estás preciosa.

—Buenos días. —Sonríe bobalicona justo cuando nuestros labios se despegan unos centímetros, sin dejar de mirarnos.

—Buenos días, espero que hayas podido descansar.

—Es la primera vez que duermo tan bien en un avión, creo que estaba exhausta.

—Sonríe ladino, sabe perfectamente que lo estaba, al igual que él. Miro por la ventanilla—. Será de noche cuando lleguemos a Sudáfrica, ¿verdad? —le pregunto torciendo el gesto, porque creo que será así y no podremos ir directamente a la mina, tal como me gustaría.

—Sí. —Mira su reloj—. Deberíamos llegar en una media hora. Mañana temprano estaremos en Venetia y tendrás tiempo de conocer la mina por completo —añade.

Me conformo porque no tengo elección y disfruto de los últimos minutos de viaje tomando el café que tan amablemente nos ofrece la azafata.

Capítulo 20

Liv

Miro a mi alrededor, pero apenas diviso el horizonte. El sol ha caído hace unas horas y no se vislumbra nada a pocos metros de nosotros. Lejos han quedado las luces de las grandes ciudades, el ruido ensordecedor de las noches de Alemania o Suiza; aquí hay silencio, tanto que me invade una paz que hasta este momento jamás había experimentado. El Jeep da saltos conforme nos acercamos al lugar donde nos vamos a hospedar; no he preguntado, ni tan siquiera he mirado fotos en Internet. Para mí es lo de menos, ya que donde quiero llegar es a la mina, eso es lo único que llama mi atención.

Oigo que el conductor que nos ha venido a buscar a la pista de aterrizaje le explica a Jared, que está sentado a su lado, que el día anterior llovió y que por eso el camino está embarrado, aunque no es lo habitual. La zona en la que nos encontramos es muy seca, supongo que por eso mismo el chófer lo comenta como si fuera algo mágico, y puede que para nosotros, que vivimos en Berlín o Ginebra, el agua de la lluvia sea algo insignificante, pero, para las personas que viven en esta zona del planeta, es su mayor tesoro.

Salimos del camino principal y nos metemos en otro más pequeño y mucho más pedregoso, hasta que se detiene a las puertas de unas pequeñas cabañas; la nuestra es la más alejada de todas. Me quedo mirándolas embobada; me parecen increíbles, muy típicas de donde nos encontramos por el color, los materiales de construcción... Todo respira a África.

Bajo del todoterreno después de ellos y sigo al chico que carga con ambas maletas como si no pesaran nada hacia la puerta. La abre y, tras dejarlas en un lado y decirnos que si necesitamos cualquier cosa él estará en la segunda cabaña de la derecha, nos mira y ambos asentimos con la

cabeza antes de que nos deje a solas.

—Esto es una broma. —Me giro y veo que escanea de un lado al otro la estancia, y no puedo evitar reírme a carcajadas—. No pienso dormir aquí.

—Jared, ¿qué esperabas?, ¿un cinco estrellas? Este alojamiento es lo más cercano a la mina.

—¿Me vas a decir que no había nada mejor? —No puedo evitar soltar una enorme risotada mientras me dejo caer en la cama y los muelles rechinan de un modo que provoca que me ría mucho más—. Me cago en la puta. Esto es una maldita pesadilla. No voy a dormir en eso.

—Es una cama, y no está tan mal. ¡No seas exagerado! —Clava su mirada enfurecida en mí y yo vuelvo a troncharme, cabreándolo más.

—Vale, no es todo lo lujoso a lo que estás acostumbrado, pero es un sitio que está muy bien. Es moderno, la cama es aceptable y se ve muy limpio.

—Es pequeño.

—Tienes delante de la cama unas vistas a un lago espectacular, uno que cuando amanezca será impresionante, así que no seas así.

—¿Así? ¿Cómo? —Se cruza de brazos mientras observa el lugar de nuevo.

—Jared.

—Liv —me advierte molesto.

—Así de repelente —suelto con descaro, y alza ambas cejas a modo de reproche

—. No es una cabaña de barro y paja. Jolín, Jared, este lugar es de lo mejor de esta zona, es tarde y nos espera una cena increíble bajo este manto de estrellas tan increíble.

—La próxima vez me encargaré yo de buscar alojamiento.

—Hecho. —Me levanto de la cama y me lanzo a sus brazos para besarlo. Llevo desde que nos montamos en el avión deseando estar a solas con él, y no pienso perder esta oportunidad. Le desabrocho el botón de los vaqueros y él se encarga de quitarme el chaleco y la camiseta, y yo lo ayudo a que los pantalones también desaparezcan.

—He estado cachondo todo el puto viaje. —Sonrío lasciva, porque yo he sentido la misma necesidad que él todo el rato que no he estado dormida—. Me estás volviendo loco —farfulla mientras acaricia uno de mis hombros y se detiene a observarlo, y lo besa con suma delicadeza. Pero yo en este momento no quiero caricias suaves, ni preliminares; lo que suplico es que me folle como un auténtico salvaje—. Pídeme que me aleje, por favor te lo ruego, dime que me distancie de ti, porque yo ya no soy capaz de hacerlo y te voy a hacer daño. —

Emite un suspiro al aire y niega con la cabeza, como si los pensamientos lo estuvieran atormentando ahora mismo—. Voy a destruir toda tu felicidad, y no sé si soy capaz de...

—Jared... —Atrapo su cara con ambas manos y lo obligo a mirarme a los ojos.

Veo desesperación, dolor, aunque lo que reluce por encima de todo lo demás es culpa. Y no entiendo por qué dice esas cosas, por qué cree que va a destruirme

—. A tu lado nada importa, ni el brillante más caro del mundo tiene valor frente a lo que siento por ti.

—Liv, puedo ser muy cruel. Hay algo aquí... —Se lleva mi mano a su pecho y la aprieta con fuerza—... algo que no me deja seguir adelante, que grita, y no quiero que por mi culpa salgas malherida. —Su voz suena ronca, cargada de miles de emociones.

—Deja de decir esas cosas, por favor. Soy adulta y, si estoy aquí, contigo, es porque he decidido que quiero que sea así. Y, ahora, te ruego que me folles. No quiero delicadezas ni rodeos. Jared, te necesito aquí y ahora.

Mi última frase parece que ha activado un comando que en este momento estaba en pausa, ya que su mirada se endurece, sus labios se estiran en una media sonrisa libidinosa y sus manos agarran mi cintura para darme media vuelta y apoyarme sobre el mármol de la cocina.

Aprieta con fuerza mis nalgas, suspirando; no puedo verlo, pero lo imagino mirándome fijamente y mi pecho sube y baja sin control. Estoy muy excitada, tanto que no me da tiempo a reaccionar cuando de repente noto cómo sus dedos se introducen en mi vagina y, tras masajearla unos segundos, se adentra en mi interior. Está siendo brusco, tal y como me gusta que sea, y no puedo dejar de gritar mientras intento agarrarme con ambas manos a la fría superficie y mis caderas chocan con el mueble, seguramente dejando algún que otro moratón en mi cuerpo.

* * *

Abro un ojo y veo que está de brazos cruzados, apoyado en el cristal que hay frente a nuestra cama. Me froto las cejas sin moverme y recoloco mi almohada para poder observarlo mejor. Ya está vestido; un simple Docker beige y una camiseta blanca ajustada que le marca cada uno de los músculos. Está muy serio; parece preocupado a juzgar por el modo en que aprieta la mandíbula. Gira el cuello y sonrío al cruzarnos la mirada.

—Buenos días —baluceo entre un bostezo al tiempo que estiro los brazos, desperezándome, y me siento apoyando la espalda en la almohada, dejando de mirarlo a él para contemplar las vistas —. Esto es una maravilla, ¿has visto?

Asiente en silencio, perdiendo la vista él también a través del cristal.

Salgo de la cama, vestida solamente por unas braguitas brasileñas, para dirigirme hasta él, que rodea mi espalda en cuanto nota que estoy a su lado. Le beso el pecho y apoyo mi mejilla en su hombro para observarlo.

—¿Va todo bien? —Frunzo el ceño pensativa. Y es que está muy raro, demasiado, teniendo en cuenta la noche que hemos pasado.

Cierro los ojos y recuerdo perfectamente cómo terminamos exhaustos; yo sobre el mármol de la cocina y él recobrando la respiración sobre mi espalda; pude sentir cómo su corazón latía a toda velocidad, como si quisiera escapar de su cuerpo. Entre risas llenamos la bañera y nos sumergimos en un baño de espuma, caricias, besos y miles de palabras que no podré olvidar en toda mi vida. Lejos quedó el Jared frío y parco en palabras; soñamos juntos, con nuestra casa, con la vida que íbamos a crear y los lugares que él ya conocía y que me iba a mostrar.

Sin duda alguna fue la mejor noche de todas; me olvidé del mundo por completo, del trabajo, de todos los que ya no están a mi lado... Por primera vez me sentí acompañada de verdad, arraigada a él, a la idea de formar una familia; una fuerte, dispuesta a luchar por la felicidad.

—Todo bien. —Me da un beso en la cabeza y deja de abrazarme para alejarse de mí, sin saber quizá que en este momento se está alejando a miles de kilómetros

de mí a pesar de tenerlo cerca, que se está llevando toda esa felicidad que hace unas horas latía con nosotros.

—Jared, ¿ha pasado algo?

—Te he dicho que no. —Su voz suena a enfado y la verdad es que me pilló tan de sorpresa que no soy capaz de rebatirle nada, aunque por dentro solo me apetece mandarlo a la mierda y largarme de esta cabaña—. Arréglate, en breve vendrán a buscarnos. Estaré fuera haciendo unas llamadas.

Se dirige a mí sin mirarme en ningún instante, con la frialdad con la que habla a cualquiera de sus trabajadores; de los que ni tan siquiera sabe si tienen una familia que esté esperándolos. Y me duele, me duele mucho, porque este Jared no me gusta en absoluto, más bien lo odio, y no comprendo el motivo de su comportamiento. El sexo de anoche fue increíble; más que eso, creo que ha sido el mejor hasta el momento, y todas esas palabras, que pronunció con un brillo en los ojos que me demostró que eran reales, no se quedaron atrás.

¿Se lo habrá replanteado todo cuando se ha despertado? ¿He malinterpretado la noche anterior? Me froto la frente intentando encontrar un poco de luz, de tranquilidad, sin éxito.

* * *

Respiro profundamente frente al espejo del baño tras haberme vestido, constatando que mi cara no transmite felicidad, sino todo lo contrario: estoy demasiado cabreada como para dejarlo a un lado. Y me enfado todavía más cuando pienso que en este momento debería estar dichosa y emocionada por ver la mina en persona por primera vez, por saber que hoy puede que sea el día esperado y lleguemos a los diamantes, esos por los que tanto hemos arriesgado y trabajado, pero, lejos de estar dando saltos de alegría, estoy apagada por su culpa.

Me llega una notificación al teléfono y recuerdo que desde que llegamos no le he hecho ni puñetero caso. Voy hasta mi bolso y, tras rebuscar un poco, lo encuentro al fondo. Lo saco y escucho el audio de mi compañera y amiga Xia.

¡No me puedo creer que estés allí! Más te vale que me envíes cientos de fotos y, joder, dime que

vas a follar sobre cada puta sábana de ese país.

Me río a carcajadas tras oírla, no puede ser más directa, pero Xia es así, y la quiero tal cual. Pulso sobre el icono del micrófono para responder a su mensaje.

No te imaginas cómo es esto... un sueño hecho realidad. Ahora mismo estoy frente a un paisaje que parece un lienzo recién acabado. Si en este momento estuvieras aquí, sin duda estarías pintando como una posesa.

Lo mando y suspiro deslumbrada admirando el entorno, cuando de pronto oigo que Jared grita mi nombre y doy un pequeño respingo. Esta vez suspiro de frustración, por no salir y decirle cuatro cosas, pero me comporto como un ser humano educado y termino de recoger mis cosas para salir en su busca.

—Pensaba que tenías ganas de llegar a la mina. —Tal como lo dice vuelve a mirar la pantalla de su teléfono y aprieta la mandíbula.

—Jared, ¿qué ocurre? —Esta vez me cruzo de brazos en posición altiva y, por cómo nos mantenemos la mirada, ambos sabemos que no voy a ceder en esta ocasión—. Entiendo que estés de mala leche con alguien, vete tú a saber cuántos millones te está haciendo perder, pero no voy a tolerar que la pagues conmigo.

—Se dispone a decir algo, pero levanto una mano para pedirle que no lo haga—.

Espera, por favor. No te he hecho nada para que te comportes de este modo conmigo, así que te pido que corramos un tupido velo a este mal genio y volvamos a empezar.

—Buenos días —me dedica una media sonrisa—, estás preciosa. —Mientras lo dice rodea mi cintura y me lleva hasta él para besarme en los labios. Alarga el beso, tanto que siento de nuevo ese calor que ahora vuelve a resultarme tan familiar.

—Buenos días. —No puedo evitar sonreír como una idiota, pero es que volver a tenerlo así es lo que necesitaba cuando me he despertado. Atrás ha quedado el Jared cabreado con el mundo, tengo delante de mí al mismo que anoche me decía que estaba loco por mí, que estaba dispuesto a cualquier cosa por hacerme feliz—. ¿Ya vienen a buscarnos? —Asiente sonriendo y mira hacia el cielo, porque, aunque no podemos ver más que el azul, oímos el sonido de las aspas de un helicóptero.

—¿Preparada? —Niego encantada con la cabeza, porque será la primera vez que me voy a montar en uno—. Vas a poder disfrutar de unas vistas inmejorables de este lugar desde allí arriba.

—¿Solo por las vistas?

—Claro. —Vuelve a besarme y dejo que me estreche contra su cuerpo, sintiéndome muy pequeñita—. Vamos, que nos esperan.

Caminamos agarrados de la cintura hasta llegar a una pequeña explanada muy cerca de la

carretera, donde nos aguarda el helicóptero que está en tierra pero con las hélices en marcha. Y no puedo negar que estoy nerviosa... mucho, a decir verdad; me tiemblan las manos más de lo que deberían, pero tengo que reconocer que ver este paisaje desde las alturas me hace una ilusión tremenda.

—Arriba —me indica cuando él ya ha subido y me agarra de la mano y tira de mí para ayudarme a montar. Ya sentada me dispongo a abrocharme el cinturón, pero no logro hacerlo porque él es más rápido y se encarga de hacerlo por mí—.

Ahora ya no puedes escaparte. —Me muerdo el labio inferior, excitada... y es que tenerlo tan cerca diciéndome esas palabras enciende algo en mí que no puedo controlar. Es ese mismo calor que de repente apareció cuando lo vi bajar la escalinata de la mansión de mi amiga.

Agarro la tela de su camiseta y la enrolló en mi puño al tiempo que lo obligo a acercarse mucho más a mis labios para poder soltar toda la excitación paseando por sus labios sin importarme quién pueda estar a nuestro alrededor, a lo que me responde del mismo modo. Nos besamos con ganas, buscando la lengua el uno del otro y hasta chocando con los dientes, dejando que nuestra ansiedad poco a poco se apacigüe y se calmen las aguas que en este momento están más que agitadas.

—Me vas a obligar a bajarte de este maldito cacharro y llevarte de nuevo a la

cabaña, y te aseguro que no vas a salir de ella en todo el día. —Se recoloca el miembro como puede, porque es obvio que lo tiene oprimido bajo la tela de los pantalones.

—Sé que eso te haría muy feliz, pero no; quiero llegar cuanto antes a la mina.

—¿Prefieres ver un agujero en la tierra que...? —Acaricia mi labio con su dedo pulgar y cierro los ojos en busca de toda esa fuerza de voluntad que ahora mismo necesito para negarme a lo que está proponiendo.

—Sí —logro contestar antes de que continúe con sus insinuaciones—. Ahora mismo necesito llegar cuanto antes, pero esto —me llevo su mano a mi sexo para que pueda sentir lo cachonda que estoy en este instante por su culpa—

deberás compensármelo cuando regresemos.

—Eres tú la que quieres esperar. —Clava sus dedos sobre la tela de mis shorts y una oleada de calor vuelve a subir de mi sexo a mi garganta, asfixiándome.

—Necesito un poco de agua —consigo balbucear y lo único que logro es una carcajada por su parte cuando veo que el hombre que está sentado a los mandos desde que nosotros lo hemos hecho me ofrece una botella pequeña, sin mirarme a la cara.

—Gracias.

Me siento avergonzada por la escena que acabamos de montar a sus espaldas, pero, cuando estoy con Jared, no sé lo que me pasa, estoy dispuesta a todo con tal de saciar el deseo que tanto me

desequilibra.

Capítulo 21

Liv

No puedo dejar de mirar hasta donde me alcanza la vista y ni siquiera oigo la voz del piloto que resuena por los auriculares. Estoy absorta en lo que tengo a mis pies. En este momento estamos sobrevolando una zona de la provincia de Limpopo. He visto tantas imágenes de este lugar en Stauffer y también por Internet que no puedo creer que en este instante esté por fin aquí. Nos dirigimos hacia el pueblo minero, donde viven todos los que trabajan en la mina; obviamente, sin su esfuerzo, no seríamos capaces de lograr lo que estamos a punto de conseguir.

Sin darme ni cuenta las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas, y Jared me aprieta con fuerza un muslo al darse cuenta, consciente de lo que en este momento me está sucediendo. No querría estar en otro lugar. Max me ha regalado algo que no sé cómo se lo voy a poder devolver, y no me refiero a algo que se pague con dinero... Este lugar es ilusión, son sueños y muchas horas de trabajo tras una idea en la que muy pocos han creído.

—Vamos a aterrizar. Por favor, no se desabrochen los cinturones hasta que haya apagado el motor.

Ambos asentimos con la cabeza y de repente desciende de forma brusca y me agarro a la pierna de Jared aterrorizada mientras mi estómago se cierra por completo durante los segundos que tarda en pisar tierra firme.

—Vaya aterrizaje, compañero. —Miro a Jared y veo cómo mueve la cabeza de lado a lado, y es que no he sido la única que me he asustado. A él tampoco le ha hecho mucha gracia, aun estando acostumbrado a este tipo de vuelos.

—Bienvenidos a la mina. —La voz que nos da la bienvenida me resulta muy familiar, ¡y claro que lo es! Nos está recibiendo Will, el responsable con el que

tantas veces hemos hablado a través de videollamada—. Liv, por fin nos vemos en persona. —Me estrecha la mano con una sonrisa en el rostro. No hay duda de que él también está emocionado, y es que llevamos mucho tiempo esperando este momento.

—Will, ¿nos pones al día?

—Había pensado que primero podríamos desayunar y mostraros el pueblo minero.

Asiento encantada, estoy deseando ver cómo viven y conocer a los habitantes que residen en este lugar gracias a la industria de los minerales.

Nos montamos en un Jeep como el que nos recogió en el aeropuerto anoche y nos dirigimos por un camino de arena hacia las edificaciones. Hay una calle central en la que veo casas adosadas de una planta, todas ellas muy humildes, sin duda demasiado para Jared, quien, aunque tiene las gafas de sol puestas, no puede esconder su expresión de dureza, incluso de lástima.

Paramos frente a una especie de cafetería, lo sé porque en la puerta puedo leer la palabra té. Nada más entrar, una mujer de color se acerca a nosotros con una sonrisa de fascinación que no dudo en devolverle con un abrazo que recibe con tal cariño que también me estrecha con todas sus fuerzas.

—Muchas gracias por todo, esta población vive gracias a las inversiones y el trabajo de su empresa. —Se refiere a nosotros, y me emociono. Me doy cuenta de cómo estas personas agradecen lo que tienen, que para nada son lujos; son cosas básicas que para ellos representan un mundo.

—Al contrario, somos nosotros los que tenemos que agradeceros vuestra labor.

El esfuerzo de cada uno de vosotros hace que esto siga en marcha. Gracias, de corazón.

—¿Quieren un té, un café? —La mujer se limpia las manos con el delantal y veo cómo Jared arruga el ceño.

—Claro. ¿Tiene té verde? —Asiente con la misma sonrisa con la que nos ha recibido plasmada en el rostro y mira del mismo modo a Jared—. Él querrá un café americano —añado mirándolo duramente a los ojos y él acaba asintiendo con la cabeza.

—No se preocupen, que nos han traído agua embotellada antes de su llegada.

Supongo que eso ha tranquilizado a Jared, que le ha estrechado la mano muy cariñosamente a la mujer.

—Para mí lo de siempre. —Will rodea con su brazo los hombros de ella y luego esta sale a toda prisa en dirección a una puerta, tras la que imagino que está la cocina, y entonces nos invita a sentarnos a la mesa del fondo.

No puedo dejar de observarlo todo; el techo a dos aguas de color verde, las mesas de madera maciza y las personas que en este momento parecen estar tomando un descanso. Me fijo en sus manos, duras y repletas de callos del trabajo duro. Nosotros estamos en una oficina recibiendo joyas preciosas que se alejan mucho de la realidad del lugar de donde proceden.

—Quiero conocer a todos los que intervienen en el proceso de extracción de la mina de un modo u otro. ¿Podrías convocar una reunión general con toda la plantilla?

—¿Y pararlo todo? —Will se asombra por la petición de Jared, pero, a juzgar por su expresión, no le importa que se detenga la actividad durante un tiempo; tiene claro qué es lo que quiere—. Lo que tú digas. Max me pidió que lo fuera informando de todo, así que se lo com...

—Ahora estamos Liv y yo aquí —lo interrumpe—. Por tanto, no es necesario que reportes nada, todo lo que necesites saber o aclarar lo comentas con nosotros.

Will me mira buscando mi conformidad y yo asiento con la cabeza; no soy quién para llevarle la contraria en eso. Realmente Jared es el dueño de la empresa ahora, yo nunca me interpondré en sus decisiones porque siento que no me corresponden.

Veo que ambos miran hacia el fondo y me giro para ver cómo regresa la mujer que nos ha recibido con una bandeja en las manos, con dos cafés y mi té junto con un plato con uvas y rodajas de pera, además de un buen puñado de nueces de macadamia.

Remuevo el té mientras me deleito observando cómo Jared da su primer sorbo al café y mueve la cabeza de lado a lado al tiempo que eleva las cejas sorprendido

por el sabor de este.

—Está delicioso —le comenta finalmente y ella, sonriente, agacha la cabeza al tiempo que estrecha sus manos sobre su pecho y regresa a la cocina de nuevo.

Me decido a probar el té, pero está demasiado caliente, así que, mientras espero a que se enfríe, aprovecho para coger una uva y me la llevo a la boca. Sin duda alguna el sabor es especial, muy intenso, y no dudo en comer una segunda.

—¿Cuándo crees que llegaremos a los diamantes? —Observo a Will atenta porque yo también quiero saber la respuesta; es más, estoy deseando hacerlo.

—Mañana. Hemos tenido problemas con la percutora, pero estos últimos días hemos podido adelantar mucho, así que mañana tenemos previsto alcanzar el punto exacto.

—¿Y si no hay nada? ¿Seguiremos perforando?

—¡Jared! —lo reprendo, porque cada vez que dice esa frase me pone de muy mal humor. Odio que espere lo peor de todo—. En el caso de que no estén donde los expertos nos aseguran que están, seguiremos.

—Liv, no tengo que recordarte el coste económico que supone esta extracción.

Suspiro porque, sí, sé que tiene razón, pero, cuando los encontremos, cubriremos todos los gastos de sobra.

—Jared, estamos seguros de que están donde decimos. —Will está igual de convencido que yo.

* * *

El resto de la mañana la dedicamos a conocer las edificaciones de la colonia minera, así como a gran parte de sus habitantes. Ya después de comer, llegamos a la entrada de la mina, donde Will ha reunido a todos los trabajadores, tal y como Jared ha solicitado, y el silencio nos invade, ya que la actividad se detiene por completo.

Will nos presenta y todos nos sonríen contentos por conocernos, tal y como ha sucedido a lo largo del día con las personas con las que nos hemos ido cruzando.

Luego nuestro responsable explica el motivo por el que hemos venido hasta la mina y Jared termina animando a cada uno de ellos a seguir hasta encontrar los diamantes. La emoción se palpa en el ambiente, todos están deseando que llegue ese momento.

—¿Podemos bajar a la mina? —pregunto una vez que nos hemos dirigido a la zona de control, donde Will y su equipo, rodeados de radios, dirigen los equipos de trabajo para que todo vaya adelante.

—¿Queréis bajar? —Will se sorprende y yo abro los ojos exageradamente, emocionada—. No hay ningún problema, pero normalmente esperamos aquí a que se proceda a realizar la extracción.

—Me gustaría ir al punto cero, conocer cada uno de los entresijos del proceso, así que, si puedo bajar, quiero hacerlo.

—No vamos a bajar, descarta esa idea.

—¿Por qué no? —le rebato con dureza captando su atención y despertando esa furia que no suele controlar—. Quiero hacerlo, espera tú aquí. Yo pienso plantarme ahí abajo.

—¡Liv, por favor! —Noto su desesperación, pero no tengo intención de perderme algo que me hace tanta ilusión.

—¿Es seguro? —le pregunto a Will haciendo caso omiso a la cruda mirada de Jared, que está en silencio por no decirme cuatro palabras mal dichas.

—Sí... —responde dubitativo, porque sabe que a Jared no le gusta en absoluto la idea y no quiere ponérselo en contra—. Las detonaciones ya han finalizado y se ha asegurado toda la zona; se está picando, pero está todo apuntalado para evitar cualquier peligro de derrumbe.

—¿Has oído? No vas a bajar ahí.

—Jared, es seguro y quiero hacerlo. No he venido hasta aquí para escuchar por una radio cómo hacen el hallazgo; quiero vivirlo, y espero que respetes mi

decisión. —Me cruzo de brazos y veo cómo está luchando en silencio por no cargarme sobre un hombro y sacarme a la fuerza de aquí para que no descienda, pero, por otro lado, sabe que no serviría de nada, que estoy segura de lo que quiero y lo voy a hacer—. Will, mañana a primera hora, bajaré.

Conforme lo digo Jared sale por la puerta y yo no lo sigo. No tengo intención de ceder, he venido hasta Sudáfrica para vivirlo al cien por cien. Sé que, si estuviera Max en mi lugar, haría lo mismo que yo.

—¿Estás segura? La idea no le gusta un pelo.

—Voy a hacerlo. Por favor, encárgate de todo.

Salgo pero no lo veo, parece que se lo haya tragado la tierra. Miro hacia el helicóptero y veo que este está parado, ni las hélices ni el motor están en marcha; al piloto tampoco lo veo, debe de haber ido a tomar un café mientras nosotros realizamos la visita.

Me acerco hasta el borde de la mina y me quedo asombrada por la circunferencia tan perfecta que se ha creado en la tierra. Los camiones están de nuevo a pleno rendimiento extrayendo arena y rocas que se van acumulando de la extracción de las tuberías de kimberlita. Max ha invertido mucho dinero para que se continúe con la extracción subterránea y la apuesta ha sido grande, porque los estudios avalan nuestra certeza de que la calidad de los diamantes que vamos a extraer es excepcional.

—No vas a cambiar de idea, ¿verdad? —Me giro al oír su voz y veo cómo, con las manos en los bolsillos, se coloca a mi lado y mira hacia la mina igual que estaba haciendo yo.

—Jared, llevo muchos meses soñando con este momento. No puedo quedarme en la superficie a esperar; necesito bajar, respirar ese lugar, fijarme en cada roca que me cruce en el descenso. Puede que no me entiendas, pero, para mí, un diamante no es dinero, para mí es un tesoro que vamos a hallar. Cuando finalmente tengo uno en mi mano, lo imagino con sus formas y sus luces, posado sobre un cuello, una muñeca, una oreja, un dedo... Un diamante, para mí, lo es todo. Desde que soy una niña he vivido entre joyeros, entre artesanos, y estar aquí es llegar al origen de nuestro trabajo. No puedo irme sin bajar. Entiendo que tú prefieras esperarme arriba, que no estés acostumbrado a mancharte, pero, por favor, no pretendas impedir que yo pueda vivir esta experiencia.

—No voy a hacerlo. —No está nada conforme, por lo que, que diga eso, ya es mucho para mí.

—Gracias.

—Pero no voy a dejar que descendas sola. —Alzo ambas cejas, risueña, y me rodea la espalda para llevarme hasta él—. Te quiero. —Conforme lo dice encoge los hombros, resignado a que esos son sus sentimientos reales.

—Me gusta oírlo. —Me muerdo el labio inferior y, con una caricia, lo libera para poder besarlo.

—Aún siguen con la percutora y Will me ha asegurado que hoy no habrá cambios, así que tú y yo nos vamos.

—¿A dónde? —Su sonrisa traviesa me indica que ha tramado un plan, algo que me va a gustar—. No me lo vas a decir, ¿verdad?

Niega con la cabeza y me abraza para dirigirme hacia el helicóptero. El piloto ya está sentado dentro y, al vernos llegar, arranca el motor y las hélices comienzan a girar.

Jared se encarga de nuevo de abrocharme el cinturón, consiguiendo removerme por dentro y sentir que me sobra toda la ropa que llevo puesta en este instante.

—No podíamos venir a Sudáfrica y ver solo una mina, y esto sé que te va a encantar. —Me da un beso rápido antes de ponerme los auriculares y hace lo mismo él también para poder despegar cuanto antes.

Miro por la ventanilla mientras nos elevamos y me quedo una vez más hechizada con la mina, que desde el cielo impresiona todavía más. Tras pocos minutos de vuelo comenzamos a

descender; pensaba que iríamos a algún lugar más alejado, pero no es así. Tras el aterrizaje, este más tranquilo, abandonamos el helicóptero y caminamos agarrados de la mano hasta que veo el cartel del Parque Nacional Kruger junto a la palabra safaris, y abro la boca desmesuradamente, provocando que Jared empiece a reírse de mí.

—¿De verdad?

—De verdad. Me han dicho que vale la pena.

No me lo puedo creer, y mucho menos que fuera idea de él, pero me encanta.

Nunca he visto animales salvajes en su hábitat natural y esta ocasión es perfecta.

—¿No te había comentado que soy cazador? —Me giro de golpe para mirarlo y me señala a un hombre africano que se acerca con un rifle y niega con la cabeza, aterrada. No puede ser, no me gusta nada que se maten animales—. ¿Pasa algo?

No te importará que cacemos nuestra propia cena, ¿no?

—¡¿Es una broma?! —bramo sin dejar de mirar el rifle que porta el señor que le está dando la mano a Jared. Cuando este se acerca a mí, estoy tan inmovilizada que el pobre señor retira la mano corriendo, como si hubiera hecho algo malo.

—Liv, ¿quieres ser más educada? —me riñe, y esta vez no me hace ni puñetera gracia.

—No pienso cazar nada, ni comerme nada que hayas matado tú. ¿En serio vamos a cazar?

—¿Qué pensabas? ¿Que íbamos a venir a ver animalitos? Eso solo lo hacen los extranjeros que vienen de vacaciones.

—Vete tú, yo me voy a... a descansar. —Es lo único que se me ocurre replicar, porque estoy muy nerviosa. No dejo de imaginarme a esos animales cayendo al suelo tras un disparo.

—Liv, ven. —Me detiene cuando me dispongo a dirigirme a toda prisa hacia el helicóptero—. Es una broma. —Le doy un golpe en el pecho de forma inmediata, y es que me ha puesto histérica—. En un parque nacional está prohibido cazar. Además, no me gusta la caza; es más, no descarto en el futuro hacerme vegetariano...

—Eres muy gracioso. —Achino los ojos mostrando mi descontento a su broma

—. Entonces, no vamos a cazar. —Espero su confirmación y él niega con la cabeza, divertido—. Vamos a ver animales en estado salvaje, sin molestarlos.

—Te lo prometo.

—¿Y el rifle? —Señalo al hombre, quien, al ver que lo hago, me muestra que los cartuchos no son balas, sino dardos tranquilizantes para nuestra seguridad—.

Vale...

—¿Más tranquila? ¿Podemos comenzar?

Se me escapa una risotada y me estrecha entre sus brazos para llevarme consigo hacia el Jeep.

Nos sentamos en la parte trasera y veo cómo un chico de unos dieciséis años nos dice hola muy alegre y se sienta de copiloto. Él también lleva un rifle y me asombra que, siendo tan joven, tenga permiso para utilizarlo, pero, si solo lleva sedantes, será mejor tener dos oportunidades de tiro y que no nos ataque un rinoceronte o un leopardo.

Capítulo 22

Liv

Circulamos muy lentos por una ruta ya preestablecida mientras vemos grandes explanadas repletas de diferentes manadas; la que más me ha gustado ha sido la de las jirafas, sin duda alguna han sido mis preferidas. Me han parecido que tenían una belleza singular. Y jamás voy a poder olvidarme del momento más tenso, cuando, en medio de una carretera, se ha tumbado un león; nos miraba atento, pero no se movía y no nos dejaba pasar, hasta que, al final, el chico ha bajado del vehículo y el animal ha avanzado lentamente hasta que se ha apartado por completo. Por suerte, no ha ocurrido nada y el par de horas de ruta han terminado al llegar a la tienda de souvenirs, donde hemos parado y estoy comprando varias cosas.

—¿No vas a comprar nada? —Mira a mi alrededor y niega con la cabeza, convencido; no tiene intención alguna de hacerlo.

—Aquí, no. —Frunzo el ceño, pero no le hago ni caso, sigo llenando mi cesta.

He elegido tres brazaletes iguales, uno para Xia, otro para Amélie y el último para mí; licores para Max y Emre, aunque a este segundo no estoy muy segura de si finalmente se lo daré, y también he cogido una pieza de cerámica artesana que sé que a mi abuela le va a encantar—. ¿No quieres un bolso?

—¿De piel de cocodrilo? No. Me daría pena saber que han matado a un animal para que yo lo pasee por todos lados. Si nadie los comprara, ese negocio se iría a la ruina y cerraría y, por ende, no morirían tantos.

Parece que mi contestación le ha gustado, porque lo deja como si le estuviera quemando en las manos y me hace un gesto para que vayamos hacia la caja para abonar todo lo que he elegido.

—No vas a pagar. —Me adelanto porque veo sus intenciones—. Gracias. —

Sonrío satisfecha cuando veo que vuelve a guardar la cartera en el bolsillo de los pantalones y soy yo la que saca dinero para hacerlo—. Siempre que viajo llevo un recuerdo a los más cercanos.

—Quiero esa jirafa y ese león. —Lo miro atónita cuando veo que le señala unos peluches bastante grandes a la dependienta, de unos cincuenta centímetros, y sonrío porque sé perfectamente que la jirafa es para mí, y el león, para él, ya que me ha explicado que ha sido su

animal favorito porque es el rey del lugar y todos lo temen, por eso le ha gustado tanto—. Así recordarás este viaje cada vez que la veas.

—¿Y el león es para ti?

—No, es para que recuerdes con quién viniste.

Provoca que me ría a carcajadas, pero los cojo encantada y me meto uno bajo cada brazo mientras él me lleva la bolsa con lo que yo he comprado.

—La verdad es que son muy bonitos. —Los miro y él me hace una foto sin avisar—. ¡Oye, eso se advierte!

—Las mejores son las que se sacan de improviso. Además, es imposible que salgas mal porque eres preciosa.

Sonríó ante esas palabras de halago y lo abrazo con peluches incluidos.

—Quiero una foto de los cuatro —le pido entre risas, y él sostiene el león y yo la jirafa y nos hacemos un selfie de esos que Jared jamás se habría hecho en la vida

—. Y, ahora, ¿qué plan tienes?

—Pienso llevarte a nuestra cabaña y follarte contra cada una de las paredes. —

Conforme lo dice, mi sexo se humedece por completo—. ¿Te apetece?

—Mucho.

Agarra con fuerza mi mano y nos dirigimos al helicóptero de nuevo, esta vez para que nos lleve a nuestro alojamiento, dejando atrás un rato en el que solo ha habido buenas palabras, abrazos e infinidad de descubrimientos por ambas partes, olvidando lo sucedido esta mañana antes de salir hacia la mina y el encontronazo que hemos tenido allí. Solo espero que el día siga siendo igual de

bonito como es en este momento.

—¿No tienes hambre? —Hemos picoteado algo que nos han ofrecido en mitad del recorrido del safari. Nos han preparado un pícnic, pero estábamos más pendientes de que no se acercara un animal que de disfrutar de la comida o de nosotros mismos—. Yo tengo un poco.

—Cuando lleguemos, tendremos la cena lista.

—¿En serio? Te has encargado de ello... —Asiente y me dejo caer sobre su hombro al tiempo que volvemos a ascender y, en apenas unos minutos, llegamos a nuestra cabaña.

* * *

—Cierra los ojos —me pide justo antes de entrar y veo que todas las cortinas están corridas y

que, por tanto, no se puede ver nada desde el exterior—.

Ciérralos, Liv —me ordena y lo hago, vaya si lo hago.

Me ayuda a entrar y oigo cómo abre las cortinas y luego sus pasos, que se dirigen hasta mí para agarrarme de la mano y guiarme hasta la terraza que hay en la parte posterior, y el ruido ya me da pistas... Capto el crepitar del fuego e imagino chispas volando, y el calor poco a poco se hace más intenso conforme avanzamos hasta él, igual que el olor.

—¿Ya puedo abrirlos?

—Ahora, sí. —Veo una mesa vestida con un mantel blanco y, sobre ella, platos con ensalada, y me giro para ver cómo sobre el fuego hay una parrilla llena de carne que se está cociendo en este momento—. Te prometo que no lo he cazado yo.

—Menos mal. —Lo abrazo emocionada por el detalle que ha tenido conmigo y dejo que sus fuertes brazos me rodeen con fuerza antes de besarnos durante unos segundos, hasta que se aleja de mí para coger la botella de vino blanco que hay en una cubitera con hielo y sirve dos copas—. Gracias. ¿Un brindis?

—Por nosotros. —Choco mi copa contra la suya, damos un pequeño sorbo y noto la intensidad del sabor, la maceración de este, y me doy cuenta de que los sabores en estas tierras son más intensos de lo que jamás había probado.

—¿Estás segura de querer bajar mañana?

—Jared, no estropees la velada, por favor. —Suspiro mientras lo digo porque todo iba perfecto y no quiero que por nada se esfume esta atmósfera tan sana y bonita que hemos creado.

—¿Un poco de carne? —cambia de tema de forma radical, hecho que agradezco porque no quiero entrar en la espiral de mal rollo con la que nos hemos despertado esta mañana.

—Hay mucha, ¿no? —comento al acercarme a la barbacoa y ver varios tipos de carne. No sabría decir de qué son, pero, sin duda alguna, me apetece probarla toda.

—Siéntense, yo les sirvo la comida.

Me sorprendo cuando veo cómo un chico muy joven vestido de blanco aparece con una servilleta sobre un antebrazo y le da la vuelta a la parrilla para que se haga también por el otro lado.

Regreso a la mesa, donde Jared ya se ha sentado, y vuelvo a beber un poco de vino, que, la verdad, está delicioso.

—La temperatura es perfecta, ¿no crees?

—Yo tengo un poco de calor, pero lo esperaba peor.

Cuando la carne ya está en su punto, nos sirven algunos pedazos en nuestros platos y nos dedicamos a probarla toda para descubrir los sabores de esta tierra.

El chico deja el resto de la carne ya cocida en una bandeja sobre una mesa auxiliar y, en silencio, se va para dejarnos a solas.

—¿Qué te ha parecido la gente de la mina? Yo creo que es encantadora. —Saco el tema para saber su opinión sobre lo que hemos vivido hoy.

—Si te soy sincero, me ha dado pena y...

—¿Por qué? —lo interrumpo sin permitir que se pueda explicar.

—Mira por ejemplo sus casas... y no salen de esa ciudad que se ha construido para que trabajen, no creo que eso conlleve una vida feliz.

Entiendo a lo que se refiere, pero también tengo claro que nuestro punto de vista de europeos es muy diferente al de ellos, porque nosotros conocemos un primer mundo lleno de lujos innecesarios que son parte de nuestro día a día, pero, en su caso, los habitantes de la mina se conforman con lo poco que tienen.

—Si no fuera por este trabajo, puede que sus hogares fueran aún peores. Hay zonas africanas en las que se mueren de hambre, de sed, de enfermedades...

Ellos al menos tienen médicos, medicinas, y no les faltan alimentos que llevarse a la boca. Obviamente no tienen lujos como tú y como yo, pero no por ello son desdichados. Mira cómo estaban de agradecidos, cómo sonreían... Estoy segura de que, si tuviéramos menos tonterías, seríamos más felices. Nos preocupamos en exceso por cosas y hechos absolutamente superfluos.

—Pero podríamos mejorarles un poco la calidad de vida.

—Eso es cierto, y quizá se pueda hacer una cosa mejor. Párate a pensarlo: ¿no es mejor ayudar a más personas? Ojalá todos esos poblados que viven ahora aislados tuvieran una fuente de ingresos como los habitantes de las minas, que tienen sus necesidades básicas de alimentación, vivienda y salud cubiertas. A ver, no te estoy diciendo que no invirtamos más en ese sentido, todo lo contrario: es preciso cuidarlos porque nosotros podemos. He pensado muchas veces que me encantaría crear una fundación que se dedicara en exclusiva a ello.

Conforme lo digo siento que Jared está registrando cada una de mis palabras y que esto no caerá en saco roto. Porque en este momento puedo ver la calidad de persona que es, lo que nadie suele detectar porque él solo deja entrever frialdad y distancia.

—¿Y mi padre nunca te ha dejado hacerlo?

Noto en su voz extrañeza, porque ambos sabemos que Max es una persona maravillosa en ese sentido, aunque Jared esté más que molesto con él por cuestiones personales, y que siempre piensa en los demás antes que en sí mismo.

—Digamos que Emilia es la que siempre se ha negado. Dice que es un trabajo que no nos podemos permitir en este momento.

—Cómo no... —suelta con desdén y no puedo más que darle la razón.

—Presenté un proyecto que a Max le encantó, pero que Emilia desestimó con tan solo llegar a la segunda página. Diría que, algo que no aporta beneficios a la empresa, no le interesa en absoluto. En resumen: lo dejé estar.

—Nunca abandones por completo una idea si es buena. Tienes que luchar y anteponerte a cualquiera para que esta salga adelante. —Me agarra de la mano con fuerza y me mira fijamente a los ojos, pensativo—. Stauffer va a cambiar, ya sabes que no he venido para seguir a pies juntillas la estela de mi padre. Esta compañía necesita modernización, externalización, y quiero en ella a personas como tú, que defienden sus ideales y están dispuestas a dejarse la piel por la compañía.

—Emilia no es cualquiera, es la mujer de tu padre y tiene demasiado peso en la empresa.

—Eso va a dejar de ser así, pero necesito que confíes en mí.

—Yo confío en ti, claro que lo hago.

—Por las nuevas ideas. —Levanta la copa y no dudo en brindar con él, porque creo que es una persona muy capaz para llevar adelante y con éxito esta empresa.

—Por las nuevas ideas sumadas a la experiencia. —Le guiño un ojo, dejándole claro que yo también voy a ser parte de las decisiones y que no voy a permitir que olvide la esencia de nuestra marca.

—Quiero ver esa propuesta que hiciste en su día. —Me guiña un ojo y yo cojo el teléfono que había dejado sobre la mesa, busco entre los archivos de la nube y se la reenvío a su correo electrónico—. La tengo —me confirma mirando su móvil y poniéndolo boca abajo después sobre la mesa.

—Acepto críticas constructivas y aportaciones novedosas.

—Trabajo en equipo, eso me gusta. —Se lleva un trozo de carne a la boca y gime al instante, provocando que me ría—. Si alguna vez te digo que quiero ser

vegetariano, recuérdame esta cena, por favor.

—Lo haré.

La velada es muy distendida, terminamos toda la comida que nos han servido, al igual que la botella de vino, y acabamos sentados frente al fuego tapados con una manta mientras, apoyada en su hombro, observo las estrellas.

—¿Te has dado cuenta de que no hay contaminación? Mira el cielo, en pocas ocasiones podremos ver las estrellas como se pueden ver desde este lugar. —Tal y como lo digo, él mira hacia el firmamento, igual que yo.

—Hoy estás dibujando decenas de joyas.

Recuerdo cuando mantuvimos esa conversación... La primera vez que nos acostamos juntos, exceptuando la fiesta de Amélie, pero esa no cuenta porque yo ni siquiera sabía que era él, y acabamos exhaustos en su terraza de Berlín mirando las estrellas...

* * *

—Cada una de esas estrellas es un pequeño diamante, y puedo seguirlas trazando diseños increíbles.

—¿Ves joyas en todos lados?

—Puede. —Se me escapó una leve carcajada—. ¿Me vas a decir que esta bóveda celeste no es preciosa? ¿Cuántas veces subes a esta terraza y contemplas las estrellas?

—Creo que es la primera vez.

—No puede ser cierto... —Le pellizqué un pezón y protestó, llevándose una mano a esa zona por encima de la camiseta y acariciándolo con los dedos, aun teniendo los míos sobre él—. Si tuviera una terraza como esta, pasaría las noches en ella; subiría a dibujar y a inspirarme.

* * *

—No te puedes imaginar la de veces que he diseñado en mi cabeza las joyas que conformarán la colección con esos nuevos diamantes. Si cierro los ojos, aparecen cientos de formas, brillos, engarces, materiales...

Mientras lo digo, cuela una mano bajo mi camiseta y me acaricia la espalda sin ser consciente de que está encendiendo algo en mí, algo que no puedo controlar y que llevo todo el día esperando liberar, dejándome llevar.

—Quiero diseñar una joya —suelta de repente y lo miro sorprendida, porque hasta este momento nunca lo había visto involucrado en la creación; sí en la parte económica, incluso en la fundición una vez, pero, en el diseño, no—. No pongas esa cara, yo también soy capaz de hacerlo.

—Jamás dudaría de ti, pero no te veo libreta en mano haciendo un esbozo de una pieza.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Tal y como lo dice, mira al horizonte y yo hago lo propio.

La noche comienza a caer y el naranja tiñe cada rincón del porche, consiguiendo que sea mágico, de película, y yo no puedo más que mirarlo a los ojos mientras él acaricia la piel de mi espalda con cariño al tiempo que me observa en silencio, al igual que yo a él. Puede que exista un lenguaje mudo y, en este instante, ambos nos estemos diciendo lo felices que somos por estar con el otro en este lugar sin palabras... o quizá simplemente estamos en el mismo momento, sintiendo exactamente lo mismo, sin miedo a lo que somos, a lo que nos separa.

—Estás preciosa con esta luz.

—Jared, no sé qué va a ser de nosotros, si estamos corriendo demasiado al irnos a vivir juntos... Puede que en un mes nos odiamos tanto que ni nos miremos a la cara al cruzarnos por el pasillo de la empresa, pero en este momento no quiero estar con nadie más que contigo. Hoy he sido feliz, he reído y disfrutado del presente sin pensar en todo lo que he perdido. Y, si es un sueño, quiero vivir en

él de forma permanente.

—Nada ni nadie va a cambiar lo que siento por ti. Por primera vez en mi vida estoy dejando que mi corazón hable. Liv, hacía muchos años que no sentía algo parecido por nadie, y solo quiero que seas feliz, aun echando por tierra mi orgullo, mis miedos... En este instante nada puede igualarse a lo que siento cuando te veo sonreír.

Tira de mí hasta que caigo sobre su cuerpo y nos besamos. Llevo tantas horas deseando estar así que no dudo en seguir sus besos, en acariciar su nuca, y poco a poco el deseo acumulado durante tantas horas es lo único que nos mueve a ambos. No puedo dejar de besarlo, de mover mis caderas sobre su pene en busca de su erección.

—Llevo todo el día deseando verte desnuda. —Conforme lo dice comienza a levantarme la camiseta y subo los brazos para que pueda deshacerse de ella con más facilidad—. Déjalo ahí. —Me giro y veo que el joven camarero que nos ha servido la comida antes se ha quedado parado al vernos, pero, lejos de taparnos, permanecemos atentos a su reacción.

—Perdón... —Apenas oímos su voz cuando se da la vuelta, avergonzado, y sale corriendo tras dejar una botella de champán dentro de una cubitera sobre la mesa.

—Pensaba que era otra sorpresa.

—¿No soy suficiente para ti? —Sé que está bromeando por su tono de voz—.

¿Liv Müller necesita a dos hombres para acabar satisfecha?

Capítulo 23

Liv

—¿Quieres que te conteste? —Me muerdo el labio inferior al tiempo que llevo mi mano a sus pantalones y los desabrocho con descaro—. No sé si te gustará la respuesta.

—Inténtalo —me anima y muevo la mano apretándole el miembro; subo y bajo su piel para conseguir que se ponga todavía más dura de lo que ya la tenía—.

Puede que tu respuesta me excite más.

—Creo que es la primera vez en mi vida que un hombre podría ser suficiente, pero no quiero que lo sea..., no quiero que lo seas.

—¿Tienes miedo de mí?

—¿Debo tenerlo? —En cuanto termino la frase, me coloca a horcajadas sobre él y percibo cómo posiciona su sexo en la entrada del mío... y siento la necesidad de dejarlo entrar ya.

—Tranquila —me pide paciencia, pero en este momento eso no sé lo que significa. Noto un nudo en la garganta que apenas me deja respirar.

—No me hagas esto, Jared. Te necesito, solo a ti —le recalco para que sepa lo mucho que me enciende cuando se hace el duro. Y yo debería seguirle el juego, hacerme de rogar un poco, pero, cuando lo tengo delante, me es imposible. No puedo resistirme a él.

—Puedo hacer unas llamadas para que...

—Esta noche no pienso compartirte con nadie, ni yo pienso dejar que... Aaah —

Abro la boca y cierro los ojos conforme su pene se adentra en mi interior—. Solo tú y yo...

—Solo tú y yo. Hoy te quiero toda para mí, de principio a fin —recoge mi frase y la matiza mientras me agarra con fuerza de los glúteos, se pone de pie, enrosco las piernas a su cintura y me apoya contra la pared para embestirme con más ímpetu—. Me vuelves loco, mi amor. —Oír de sus labios esas dos últimas palabras consigue que se me erice el vello de todo el cuerpo—. No me canso de ti. Quiero más, pasaría el día follándote sin parar hasta que se me cayera la polla, destrozada de tanto uso, conmigo exhausto.

Continúa embistiéndome con ganas y yo me sujeto a su espalda, consciente de que le estoy dejando las uñas marcadas por la presión con la que lo estoy agarrando. Muevo las caderas en busca de más profundidad y él resopla porque siente más intensidad, más placer, y ambos enloquecemos como acostumbra a pasarnos cuando nos dejamos llevar.

* * *

Oigo el sonido del despertador y me tapo la cabeza con la almohada. Entonces noto que el colchón se hunde a mi lado y me comienza a acariciar la barriga. No me muevo, intento volver a conciliar el sueño, pero vuelve a sonar la alarma y aparto la almohada de mi rostro para ver cómo me observa con una sonrisa en los labios, así que no dudo en cogerlo y tirar de él para que caiga sobre mí.

—Quiero ver esa sonrisa todas las mañanas de mi vida —susurro, y arquea sus labios aún más y me da un beso que alargamos, tal como hicimos anoche antes de dormir...

* * *

—Estoy agotada, te juro que no me quedan fuerzas ni para ir al baño. —Se me escapó la risa y negó con la cabeza antes de agarrar mi barbilla y volver a

besarme, pero esa vez no se trataba de sexo ni de un arretrato como los que habíamos tenido en la terraza tras cenar y estar frente al fuego, o como más tarde en el dormitorio.

—Me encanta tenerte así, no puedes huir. —Acarició la tela que rodeaba una de mis muñecas, que a su vez estaba sujeta a un extremo del cabezal de la cama—.

Estás a mi merced, y eso me gusta. Eres fuerte, cabezota, pero al mismo tiempo sumisa. Eres perfecta. —No fui capaz de rebatirle mientras sentía las pulsaciones de mi corazón, ya un poco más ralentizadas, en la garganta—. No te alejes de mí, haga lo que haga, aunque creas que soy la peor persona de este mundo... Por favor, no me dejes, tú no. —Descendió la cabeza hasta que su frente quedó contra mi pecho y mi corazón se aceleró. Me hubiese gustado abrazarlo, darle ese calor que en este instante necesitaba, pero tenía las manos inmovilizadas y no pude hacerlo.

—Suéltame, por favor —le susurré y percibí cómo cogía aire con todas sus fuerzas antes de tirar de la tela y, con maña, conseguir deshacerse del nudo de una de las muñecas, para luego, antes de hacer lo mismo con la otra, detenerse y mirarme con atención.

—¿Estás segura? —Su sonrisa apareció teñida de burla, y asentí convencida.

—Necesito ir al baño.

Ese argumento pareció convencerlo, porque sin decir nada más me liberó la otra muñeca, aunque no sin antes lanzarse a mis labios y volver a besarnos como si fuera la primera vez que lo hacíamos.

* * *

Aparto mis recuerdos de mi mente cuando soy consciente de que me está hablando, aunque no he absorbido una palabra de lo que me ha dicho.

—¡Liv! —Levanta una mano llamando mi atención y yo asiento, dándole a entender que lo he oído—. Después no me digas que llegas tarde por mi culpa.

—No quiero que vengas, es a mí a quien le hace ilusión descender a esa parte de la mina. —Clava su mirada en la mía y permanece unos segundos en silencio—.

Jared, detestas la idea de que baje, y detestas la idea de bajar tú. Al menos puedes ahorrarte eso último.

—Si tú eres feliz bajando, yo quiero estar contigo. Y no voy a discutir por esto.

Vístete, que nos vienen a buscar en breve.

—Estoy cansada... —me quejo en medio de una carcajada mientras veo cómo se aleja y se dirige a la pequeña cocina que hay a nuestra derecha—. Me estás ignorando... —añado mientras me destapo y le dejo ver mi desnudez.

—Liv, no me tientes porque no saldrás de esta cabaña. Te aseguro que aún me quedan fuerzas

para unas cuantas horas más. —Abro mucho la boca, asombrada, porque de verdad que no lo entiendo. Yo estoy bajo mínimos de energía.

Creo que, cuando regrese a Suiza, me apuntaré a un gimnasio o algo por el estilo porque, si no, me va a ser imposible seguirle el ritmo.

Me pongo en pie y me dirijo al baño, donde me miro al espejo y hago un puchero al ver lo horrible que estoy. No sé ni cómo puede tener ganas de seguir practicando sexo conmigo teniendo yo estas pintas. Abro el grifo de la ducha y, sin vacilar, me pongo bajo el chorro, aun estando el agua bastante fría. Me froto con champú la cabeza mientras imagino cómo será llegar al punto más interior de la mina... a unos metros de los diamantes, y solo de pensarlo me doy más prisa para salir cuanto antes.

Mientras me seco el pelo con la toalla decido hacerme una trenza con el pelo mojado, así iré mucho más rápida; una vez hecha, anudo el extremo con una goma que cojo del neceser que tengo sobre el mármol.

—Te he hecho un café —me anuncia justo cuando salgo del baño una vez ya me he vestido, y lo veo apoyado en el quicio de la puerta que da a la terraza—. Lo tienes en la cocina. —Miro hacia la cafetera y veo una taza humeante.

—Gracias. ¿Tú ya te lo has tomado?

Asiente con la cabeza y mira el reloj de su muñeca. Por su expresión me queda clarísimo que se está haciendo tarde; por tanto, debo espabilar si quiero llegar a la mina antes de que bajen sin mí y den con los diamantes.

Me dirijo a la cocina y doy un pequeño sorbo al café; para mi fortuna, no quema, así que me bebo todo el contenido de un trago ante la sorpresa de él, que niega divertido cuando dejo la taza en el fregadero y voy hasta la cómoda, donde dejé mi pequeño bolso y el teléfono, y le hago un gesto indicándole que ya nos podemos ir.

Cuando salimos al exterior oigo el sonido de las hélices del helicóptero, hecho que agradezco porque estoy deseando llegar cuanto antes, y esa es sin duda la forma más rápida.

—¿Estás preparada?

—Por completo. Tengo muchas ganas, hoy es el día.

—Liv, si... —Levanto el dedo índice corriendo para que se detenga, no quiero que siga diciendo lo que creo que va a decir, y en respuesta suspira—. Espero que tengáis razón.

—Eso me gusta más, y te aseguro que todo va a salir bien, confía en mí. —

Estrecho su mejilla y le doy un beso en los labios antes de que comience a abrocharme el cinturón y me ponga los auriculares, y luego hace lo mismo.

—Te quiero —justo lo dice cuando el aparato empieza a ascender y no soy capaz de responderle

porque mi estómago se encoge y no puedo articular palabra alguna. Simplemente agarro su mano con fuerza mientras disfruto desde las alturas del paisaje y al poco veo la circunferencia de la mina a lo lejos.

Justo en ese instante siento una presión en el pecho que incluso me duele; son tantas emociones las que en este momento me embargan que estoy en una nube... sobre todo cuando comenzamos a descender y veo a Will esperarnos a unos pocos metros.

—Jared, Liv, buenos días.

—Buenos días —respondemos al unísono.

—Hemos revisado las medidas de seguridad de nuevo, tal y como nos has pedido. —Se dirige a Jared y niego sonriente porque sé perfectamente cómo es, y que no me dejaría bajar a no ser que estuviera seguro de que no hay riesgo alguno.

—Gracias, Will. —Jared le aprieta un hombro en señal de agradecimiento y luego me mira con cara de no estar del todo convencido, como si tuviera mil cosas que decirme, pero se limita a asentir en silencio a las instrucciones que Will nos da.

Lo seguimos hasta la entrada y nos ponemos los cascos de seguridad.

—¿Vamos? —me pregunta una vez que se cerciora de que su casco está perfectamente abrochado y después comprueba que el mío también lo esté.

Caminamos hasta llegar al túnel, donde vemos cómo unas vagonetas están cargadas de arena, listas para ser procesadas.

—Avanzaremos hasta el elevador y bajaremos hasta el nivel inferior. Como ya sabéis, conforme descendemos, la cantidad de mineral es menor.

—Pero el que nos espera es de un valor infinitamente superior —replico.

Mientras andamos, observo los túneles que han construido, cómo los aseguran para que la roca no pueda caer sobre nuestras cabezas ni las de nadie que trabaje aquí. Me asombra cómo han podido montar una estructura tan compleja en este pequeño espacio. Subimos al elevador y descendemos de forma brusca, tanto que Jared me mira asustado y no puedo negar que yo también lo estoy, pues estamos en un sitio peligroso, en el que los trabajadores se han jugado la vida durante muchos meses para que nosotros podamos crear joyas.

—Ya hemos llegado. Al final del túnel toparemos con una pared. En principio estaremos a un metro de nuestro objetivo; solo unos centímetros nos separan de los diamantes según nuestros geólogos. Esa roca es la más valiosa de todas las extraídas hasta el momento.

—¿Podemos ir ya? —Mi voz denota impaciencia, y es que en este instante no me movería de aquí por nada ni nadie. Quiero ver cómo aparecen esas piedras ante nosotros.

—El proceso puede tardar unas horas —me explica Will, y yo pongo cara de resignación justo en

el instante en el que un ruido ensordecedor, parece una explosión, nos obligar a llevarnos las manos a los oídos y percibo que el suelo bajo nuestros mis pies comienza a temblar, la arena que flota en el aire apenas me deja respirar y Jared me agarra de la mano, pero aun así caigo al suelo y me encojo hecha una bola, incapaz de ver nada.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado? —oigo la voz de Jared—. Liv, ¿estás bien? —Muevo la cabeza afirmativamente y me dispongo a levantarme, pero entonces me doy cuenta de que no siento una pierna. Me doy un par de golpes en ella, pero no puedo moverla, aunque no experimento dolor alguno.

—¿Estáis todos bien? —Will se cerciora acercándose a cada uno de nosotros—.

¿Puedes ponerte de pie? —me pregunta a mí mientras Jared se ha ido hacia el elevador corriendo, supongo que intentando dilucidar qué está pasando—. Liv,

¿me oyes?

—No puedo levantarme.

—¿Te duele algo? —me pregunta preocupado y se agacha para hablarme mirándome a los ojos. Veo que tiene la cara completamente manchada de arena, sobre todo porque, con el sudor, esta se le está haciendo arcilla. De pronto me percató de que me tiemblan las manos—. Tranquila, ahora bajarán a por nosotros. —Coge la radio y, tras cambiar varias veces de canal, oigo una voz que grita una y otra vez si lo recibimos—. Soy Will. Necesitamos ayuda, hay un herido.

—¿Liv?! —oigo un grito de Jared y veo que vuelve corriendo hacia mí—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde te has hecho daño? —Me mira de arriba abajo y le quita la linterna a Will para alumbrarme.

—No me duele, estoy bien. —Intento volver a mover la pierna, pero no puedo.

—¡Joder, no teníamos que haber bajado! —Su voz me asusta. Jared está muy alterado y cabreado, y Will se da cuenta de ello.

—Ahora lo importante es no perder la calma, no es grave —procura tranquilizarlo, pero no lo consigue.

—¿No es grave que no pueda ponerse en pie?! —vocifera con toda su rabia, sin darse cuenta de que me está poniendo mucho más nerviosa todavía—. Tenemos que salir de este puto agujero. —Se va de nuevo hacia el elevador y Will lo sigue para que no empeore las cosas.

—¡No lo toques! —No puedo verlos porque están lejos, pero capto los golpes, los gritos y las quejas, así que no me queda duda de que se están peleando.

—¡Jared! —chillo con todas mis fuerzas y el silencio se hace por completo—.

Ven, por favor. —Rompo a llorar de lo inquieta que estoy en este momento.

Porque estoy aterrada al estar atrapada a tantos metros de profundidad sin saber si podremos salir fácilmente de esta ratonera, además de estar tirada en el suelo y no poder ponerme de pie, aunque no me duele nada y tampoco recuerdo haberme golpeado en ningún momento, ni tampoco he notado ningún impacto—. No hagas esto, por favor, tranquilízate... Así no me estás ayudando.

Mi ruego entre lágrimas consigue que reaccione y no duda en lanzarse al suelo y abrazarme con todas sus fuerzas, más calmado.

—Lo siento, cariño, lo siento. No quería asustarte más. —Lo abrazo con ganas y no puedo evitar seguir llorando mientras Will da indicaciones por la radio. Se oyen voces alejadas, golpes que intuyo que son para lograr abrir camino y llegar hasta nosotros.

—Perdóname, no tendríamos que haber bajado, todo esto es por mi culpa. Si no fuera tan cabezota...

—Chissst, nada ha sido por culpa tuya. Deja de llorar, por favor, enseguida nos sacarán de aquí.

—Permanecemos en silencio mientras los operarios siguen trabajando incesantemente para rescatarnos... y eso dura mucho rato, tanto que pierdo la noción del tiempo y no sé cuánto ha pasado, cuánto llevamos aquí atrapados, aunque lo suficiente como para que de repente comience a sentir la pierna y, con cuidado, pueda moverla en busca de alguna señal de dolor, pero no hay ninguna.

—Estoy bien —le digo y me mira sorprendido—, de verdad. Ayúdame, por favor, necesito levantarme.

—No te muevas, es mejor que no la fuerces.

—Jared, necesito ponerme de pie. —Agarro su muslo con fuerza e intento incorporarme, pero no me deja. Cierro los ojos y me rindo porque me duele la cabeza. No sé si es por el polvo de arena que estamos respirando o simplemente por el estado de nervios en el que nos hallamos.

—Will, ¿necesitas ayuda? —Procuro acercarme a él, pero Jared no me lo permite.

—¿Quieres estarte quieta? Hace unos instantes no podías siquiera mover la pierna y ahora pretendes recoger piedras.

—Si ayudamos, saldremos antes.

—Yo lo haré. Tú quédate quieta, por favor.

No me apetece iniciar una discusión, así que permanezco en el suelo de nuevo y espero paciente mientras ellos hacen todo lo posible por ayudar desde este lado a que podamos salir de aquí lo antes posible.

Capítulo 24

Liv

Cojo una de las linternas que se han caído al suelo y alumbro la pared donde se supone que están los diamantes... y descubro que el muro se ha agrietado, hay una abertura notable, tanto que puedo meter los dedos en la ranura sin problemas. Entonces me acerco para observarla mejor y veo unas piedras muy características que, al ser iluminadas con la linterna, reconozco al instante.

—¡Will, ven, corre! —chillo, consiguiendo asustarlos de nuevo, y Jared se me acerca de inmediato—. Mira, Jared... ¡están ahí!

—¿Crees que ahora mismo me importa algo aparte de salir de aquí sanos y salvos lo antes posible?

Jared se da la vuelta enfurecido y regresa hasta el elevador; sin embargo, Will coge la linterna y me mira en silencio con un brillo en los ojos de emoción.

—Si picamos un poco...

—No, ahora mismo esta zona no es segura, es muy inestable. Debemos salir y asegurarla antes de volver a avanzar en la roca. —Asiento porque lo entiendo, pero por otro lado estoy tan emocionada de estar tan cerca que me siento triste de no poder salir de este lugar con ellos en la mano—. Debo ayudarlos.

Volveremos y extraeremos hasta el último diamante.

Oigo que una piedra cae sobre la plataforma del elevador y Jared pega un grito cuando este empieza a funcionar.

—¡Vámonos de aquí! —Me coge en volandas, aunque no lo necesito, creo que ya puedo caminar, pero no puedo comprobarlo porque no me deja ponerme en pie. Me lleva hasta la plataforma, en la que nos montamos y, poco a poco,

volvemos a estar en el túnel—. No quiero que camines.

—Jared, estoy bien. Ya puedo hacerlo.

—Has estado un buen rato sin poder ponerte en pie. Hasta que no te vea un médico, no quiero que lo intentes. —Su tono de voz es tan autoritario que sé que no acepta réplica, así que, sin discutir, me subo a la vagoneta que normalmente transporta las rocas y, despacio, salimos del túnel, donde el ruido de las sirenas de las ambulancias, de los bomberos, incluso de la policía, me aturden. Me duele la cabeza, aunque no sé de qué, apenas puedo pensar con claridad, y es que aún no tengo la menor idea de lo que ha pasado, pero estoy sentada en una silla de ruedas y los técnicos de emergencias están mirándome las pupilas con una linterna mientras yo sigo absorta en todo lo que me rodea... personas corriendo, otras inmóviles llevándose las manos a la cabeza. Jared está gritando como un loco a alguien que no logro saber quién es.

—¿Le duele? —Me aprieta en varios puntos del cuerpo y yo niego sin prestarle atención alguna—. ¿Cómo se llama? ¿Me oye? —Agarra mi barbilla y me gira la cabeza para que lo mire—. Necesito saber su nombre. ¿Me entiende? —Clavo los ojos en él fijamente durante unos instantes, pero no respondo; soy incapaz de hacerlo. En cambio, me pongo de pie, aunque por

unos segundos creo que me voy a caer redonda al suelo; sin embargo, logro dar pasos inseguros, casi arrastrando mis pies y levantando una polvareda con las suelas de los zapatos, y me dirijo hacia él sin que Jared se percate de que me acerco, pues no para de vociferarle a un hombre. Intento oír lo que le dice y me detengo de repente, a su espalda, sintiendo la mirada de un tipo de unos cincuenta años que está llevándose las manos a las sienes y niega, incrédulo, antes de mirarme fijamente, por lo que Jared se da media vuelta y sus ojos se clavan en los míos y mis lágrimas comienzan a brotar sin control, sin dar crédito a lo que acabo de oír, y mis piernas flaquean de nuevo... y acabo cayendo al suelo.

—¡Liv!

—¡No me toques! —le grito apartando sus manos de mí... ante su sorpresa, y me mira aterrado.

—Nosotros la ayudamos. —Los técnicos sanitarios que me estaban atendiendo segundos antes me agarran y me llevan en brazos hasta la ambulancia, donde me tumban en la camilla.

—Necesito irme de aquí —les ruego entre lágrimas, y el médico me mira extrañado al tiempo que Jared se acerca a la puerta del vehículo—. Sola, por favor, no quiero que nadie me acompañe.

—Disculpe, pero no puede venir. Nos dirigimos al hospital.

No quiero ni mirarlo, no soy capaz de hacerlo. Jared insiste varias veces en venir conmigo, pero se resigna vociferando a pleno pulmón decenas de improperios que suelta al aire al tiempo que cierran las puertas y dan varios golpes en la puerta para que el conductor inicie la marcha.

—¿Cómo se llama?, ¿lo recuerda? —Vuelven a explorarme las pupilas mientras me preguntan, igual que han hecho antes sin éxito, pues no he contestado.

—Me llamo Liv Müller, y estoy bien; ya siento la pierna.

La muevo para que puedan verlo y fruncen el ceño, extrañados.

—¿Se ha golpeado?

—No, no me duele nada y no lo ha hecho en ningún momento.

—Tranquila, enseguida llegamos al hospital y haremos unas placas para asegurarnos de que todo está correcto.

Podría decirles que no es necesario, que sé perfectamente lo que me ha ocurrido, pero ahora mismo me es imposible hablar; solamente lloro, sin poder controlarme al recordar lo que he oído: «¡Creía que había quedado claro, joder!

Me dijiste que te encargarías y casi nos matas ahí abajo. Te especifiqué qué hacer y cuándo, y lo has jodido todo».

No puedo dejar de rememorar su mirada cuando ha sido consciente de que lo he oído, cuando he

descubierto que él ha sido el causante de la explosión, que por su culpa podríamos haber muerto sepultados bajo las rocas. ¿Por qué? ¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así? Por más que lo intento, no comprendo nada.

—Liv, ya llegamos. Muy pronto estará descansando.

Asiento al enfermero, que no ha dejado de estar pendiente de mí desde que me he tumbado en esta camilla.

* * *

No sé cuántas veces voy a tener que repetir lo mismo; no he perdido el conocimiento, no me he golpeado y, sí, cuando regrese a Ginebra iré a mi médico de cabecera para que estudie lo ocurrido y, si es preciso, me derive a un especialista, aunque no me hacen falta más pruebas. Sé perfectamente lo que ha sucedido, pero no creo que sea necesario que entre en detalles.

—Estoy bien. —Justo cuando lo digo, la puerta se abre y entra Jared como un miura, mirándome de arriba abajo y después al doctor.

—¿Qué habéis visto en las placas?

—Por favor, ya he hablado con el doctor y ya me voy, no sé qué haces aquí —

intervengo con voz de desgana, porque lo último que me apetece es estar en una habitación con él. No quiero ni verlo.

—Eso no es así. Debe pasar la noche en observación, no podemos dejarla ir sin estar seguros de que no volverá a sufrir otro episodio —lo informan a él, y suspiro frustrada, pero no creo que sirva de nada—. La mantendremos vigilada durante unas horas y, si todo sigue igual, mañana podrá marcharse —le explican a Jared, como si yo fuera una niña pequeña o como si él tuviera más autoridad que yo acerca de mi propia vida.

—Puede dirigirse a mí directamente, lo comprendo todo a la perfección —

farfullo cabreada.

El doctor me mira con cara extraña, supongo que porque las costumbres de este país no serán las mismas que las mías o simplemente porque estoy siendo un poco desagradable o incluso maleducada, pero me parece que estoy perdiendo el tiempo.

—Mañana, si todo sigue como hasta ahora, le daremos el alta. —Esta vez me lo dice mirándome a los ojos antes de salir de la habitación, y me siento en la camilla negando con la cabeza.

—Es lo más sensato. Lo que te ha pasado debe tener una explicación y debemos saber cuál es —interviene, y me cruzo de brazos mientras lo miro con cara de muy pocos amigos.

—Será mejor que te vayas, ahora mismo no quiero verte. —Tal y como se lo digo, giro la cara para no hacerlo y oigo sus pasos conforme se acerca a mí—.

No sigas, te lo pido por favor, márchate de una vez.

—Liv, yo no quería que pasara esto.

—Contéstame con sinceridad: ¿has pedido que coloquen explosivos para volar la mina? —Soy directa y sabe perfectamente que en este momento no puede mentirme porque, si lo hace, jamás lo voy a perdonar. Como se mantiene en silencio, insisto—. Es muy sencillo: sí o no.

—Sí, joder, sí, pero...

—¿Por qué? —le pregunto mirándolo a los ojos, intentando comprender el motivo que lo ha llevado a cometer semejante barbaridad, y su mutismo me supera—. Jared, vete. No quiero volver a verte. —Me pongo en pie y me dirijo hacia la ventana, donde me quedo parada hasta que oigo que se cierra la puerta y, al darme media vuelta, soy consciente de que estoy sola en la estancia... y no me alegro, ¡maldita sea!, claro que no. No puedo evitar llorar desolada por sentir que se marcha; sin embargo, lo que más me duele es que no se haya explicado, ni tan siquiera lo ha intentado. Podría haberme gritado los motivos aunque le dijera que no quería oírlos, pero los habría expuesto de un modo u otro. Sin embargo, lejos de eso, se ha largado. Me ha dejado sola, sin entender por qué ha sido capaz de hacer algo así.

—Liv, ¿cómo estás? —Me giro y me encuentro con la cara de culpabilidad de Will, y me siento fatal—. Lo siento, no debería haber permitido que bajarais. He despedido al...

—Will, estoy bien, por suerte no ha ocurrido ninguna desgracia. Todos estamos perfectamente. No quiero que despidas a nadie, vuelve a readmitir a quien sea que has echado.

—Aquí tienes mi carta de renuncia, es lo mínimo que puedo hacer. —Deja el papel sobre la cama y voy hasta él, lo cojo y lo rompo en pedazos, ante su sorpresa.

—Lo sucedido no lo podrías haber evitado. Hay miles de circunstancias que no se pueden prever ni controlar, y has hecho todo lo posible por sacarnos de esa ratonera lo antes posible. Soy yo la que te debo dar las gracias, has salvado nuestras vidas.

—Pero yo... Si hubiera pasado...

—No ha pasado. —Estrecho sus manos con las mías y noto su temblor. Imagino lo que está rondando por su cabeza en este momento, y no es justo. Debería gritar que el único culpable de lo ocurrido es Jared, pero, no sé por qué, no lo hago, lo encubro... aunque se trata de un hecho atroz, algo que no voy a poder perdonarle en la vida—. Necesito que sigas ahí, porque esos diamantes están, tú y yo los hemos visto, y Max espera que terminemos cuanto antes el trabajo.

—

Asiente con la cabeza al tiempo que suelta mis manos y se limpia el sudor de la frente con su antebrazo—. ¿Lo vamos a lograr?

—Por supuesto, claro que sí.

—Mañana a primera hora quiero que lo aseguren todo y, cuando no implique ningún riesgo para

los trabajadores, quiero que saquéis esos diamantes de una vez. Y, por favor, infórmame a mí personalmente de todos los avances, a nadie más. —No dudo en pedírselo, aunque sin intención de justificar el porqué.

Llegados a este punto, Jared no tiene nada que decir; quiera o no, voy a extraer esos diamantes.

—Descansa, Liv —me pide con dulzura, como si estuviera hablando con una de sus hijas—. Mañana hablamos.

—Gracias por todo, Will.

—Señorita, tiene que descansar —me recuerda una enfermera que aparece en la habitación, y Will me estrecha las manos con fuerza antes de salir de la estancia.

Entonces me acerco a la enfermera para coger las pastillas que sostiene en un vasito de plástico junto a un vaso de agua—. Túmbese, porque la harán dormir.

Necesitamos que esté lo más relajada posible.

—Muchas gracias por todo. —Me meto en la cama y me tapo con las sábanas mirando hacia la pared de enfrente, donde solo hay un cuadro de un paisaje africano, y veo cómo vuelve a salir y me quedo de nuevo sola en esta pequeña habitación.

No hay máquinas de última generación, ni comodidades, pero en este momento nada de eso importa; lo único que importa es que la única persona a la que me he entregado en cuerpo y alma, me ha fallado como nunca nadie lo había hecho.

* * *

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra? —Parpadeo varias veces y empiezo a ser consciente de todo lo que he dormido; no me he enterado de nada desde que me tomé los calmantes el día anterior.

—Estoy bien. —Me incorporo y la enfermera me pone en el brazo el aparato que mide la tensión—. ¿Ya puedo irme?

—En un rato pasará el doctor y, si él no dice lo contrario, podrá marcharse. —

Eso espero, solo quiero abandonar el hospital, volver a la mina y terminar mi trabajo, que para eso es para lo que he venido—. Solo tendrá que esperar su turno.

—No hay problema.

Resignada, en cuanto se va la enfermera, cojo mi teléfono y llamo a Will.

—Buenos días. Espero que hayas podido descansar.

—Creo que hacía años que no lo hacía tanto —bromeo, consiguiendo que ría.

Hoy tiene una voz diferente a la de ayer; no detecto rastro de angustia, y me alegra saber que todo vuelve a la normalidad—. Ponme al día.

—Llevamos unas horas asegurando el túnel y el elevador, y ya han comenzado a extraer la última capa. —No se imagina lo que me satisface oír eso—. Juraría que en unas horas los tendremos.

—¿Has hablado con Jared? —Mi voz transmite duda, y es que en el fondo me extraña que no me haya llamado.

—Ha venido antes de irse.

—¿Irse? —¿De verdad se ha marchado? ¿Sin ni siquiera intentar hablar conmigo? Parece que todas sus palabras eran vacías.

—Sí, me ha comentado que le ha surgido un imprevisto y que se tenía que ir inmediatamente.

Parece que a Will no le extraña en absoluto... y puede que, si yo no supiera lo que sé, tampoco encontraría rara su repentina partida.

—Está bien. En cuanto me den el alta, iré para allá.

—Te esperamos con los brazos abiertos.

Capítulo 25

Jared

«No ha querido regresar en su avión.»

Leo varias veces el mensaje y lanzo el teléfono sobre la barra y pido otro whisky.

«Vaya mierda de vida», me repito varias veces mientras el maldito camarero tarda una eternidad en llenar un puto vaso. «Sabía que era una cabezota, pero es capaz de recorrerse medio mundo caminando antes de subirse a mi jet privado.»

—Parece que no soy la única que ha tenido un mal día —oigo la voz de una mujer y miro a mi derecha para contemplar sus ojos exuberantes y sus gruesos labios. En otro momento de mi vida le sonreiría y le soltaría alguna de las mías para follármela, pero ahora mismo es lo último que me apetece—. Me llamo Zoé

—sigue hablándome, presentándose, como si me importara una mierda su nombre—. Ponme uno de estos. —Señala mi vaso y me lo bebo de un trago.

—Que sean dos. —El camarero me mira con cara de pocos amigos porque ya llevo unos cuantos, pero me importa un carajo lo que opine—. ¿Tan malo ha sido tu día? —le pregunto no sé ni por qué, ya que en realidad no me interesa lo más mínimo.

—Paso de contarlo. —Suelto una carcajada ante su evasiva. Me gusta, me recuerda mucho a ella.

Joder, claro que me recuerda a Liv. Ella me hubiera contestado algo parecido.

—Aquí estás. —Me giro y veo a otra mujer muy muy guapa, francamente—.

Vámonos, tengo el coche fuera —añade, pero parece que su amiga no tiene muchas ganas de acompañarla.

—¿Una copa, Avy?

Zoé le ofrece la suya, que justo acaba de traerle el camarero, pero queda claro que su amiga no está muy por la labor de unirse a la fiesta.

—Pensaba que hoy estaba de suerte.

La repaso con los ojos de arriba abajo, a lo que ella responde con una mirada de reproche.

—Pues juraría que no vas a tener tanta suerte —suelta muy seria Avy, y veo que alguien se aproxima a nosotros y entonces sí que me río solo, porque se une a la fiesta el capullo que me ha hecho cruzar medio mundo para nada—. Cariño, ya salíamos, ¿verdad, cielo?

Abro más los ojos, asombrado al deducir que esta mujer tan bonita, la segunda en aparecer y que tanto me ha llamado la atención, es la esposa de Sean. Menudo cabrón con suerte, parece ser que es mucho más listo que yo.

—Jared, ¿va todo bien?

—Perfectamente. Estoy celebrando que los negocios de hoy han sido todo un éxito. —Sabe perfectamente que es ironía, porque eso es todo lo contrario a lo que ha sucedido. He sido un auténtico cabronazo, tanto que no he dado mi brazo a torcer, aun sabiendo que iba a perder un negocio porque sí.

—¿Os conocéis? —Zoé se acaricia los labios, insinuándose, y su amiga entorna los ojos como si le molestara que su amiga estuviera tan contenta.

—Sí —le confirma Sean a la primera, que me mira de arriba abajo con todo el descaro del mundo—. Idos a casa, yo vendré en un rato. —Su mujer duda mirando intermitentemente de él a mí, hasta que al final asiente con la cabeza y, tras darle un beso a su marido, su amiga me dice adiós con la mano... no sin dejarme sobre la barra una tarjeta en la que leo que es agente inmobiliaria, y sonrío divertido al tiempo que la cojo y la guardo en el bolsillo interior de la americana que he dejado antes en el taburete de al lado.

—Muy guapa, tu amiga. —Por respeto no menciono para nada a su esposa, aunque me giro y no puedo evitar mirar cómo se aleja, llevándose a Zoé, que ríe a carcajadas hasta que salen del local.

—No somos amigos. En realidad, no tenemos confianza más que para hablar de

negocios. Pero no esquives el tema: está claro que te pasa algo —oigo sus palabras mientras vuelvo a beber un trago de whisky y aparece su precioso rostro en mi condenada cabeza.

Es lo único que he hecho desde que me monté en el avión, pensar en ella.

—¿Alguna vez lo has jodido todo tanto que tu vida deja de tener sentido? —

planteo, y nos miramos y noto comprensión en su expresión... Eso es algo que no esperaba.

—Ponme otro a mí —le pide al camarero, quien rápidamente coge un vaso y, tras abrir la botella de nuevo, vierte el contenido hasta llenar la mitad del recipiente—. Creo que esta noche se va a alargar —me comenta, y me quedo asombrado porque no esperaba que perdiera un minuto en mí. Es más, ha concluido nuestra reunión abruptamente, alegando que tenía algo personal que hacer que no podía esperar.

—Hace un rato tenías prisa.

—Me esperaba mi mujer, pero ya se está yendo a casa.

—Eres un cabrón con suerte —suelto a bocajarro como si nada, y él emite una risotada.

—¿Tú crees? —Señala al suelo y me fijo en cómo se sube una pernera de los pantalones del traje y me muestra la pierna biónica que esconde bajo este.

—Eso no te impide vivir. Tienes una mujer encantadora —por no decir que está buenísima y me la follaría sin dudarle un instante—, una empresa potente...

—Dos hijos, una casa de ensueño, dinero, pero para llegar a este momento he tenido que caer muy bajo, tanto que no estaba seguro de si sería capaz de superarlo. Todos tenemos problemas, y seguro que los tuyos también tienen solución.

Niego en silencio con la cabeza.

—Casi mato a mi novia y no me lo va a perdonar. —Siento que el ambiente se congela entre nosotros y al girarme me encuentro con una mirada de desaprobación, y no lo culpo—. He hecho todo lo posible por vengarme de mi

padre.

—¿Ella está bien? —se preocupa por su estado, y asiento para que sepa que sí...

por suerte, porque, si no fuera así, no sé cómo podría seguir viviendo—. ¿Qué le has hecho? — Su pregunta es directa, usando un tono de voz gélido.

—Quería destruir la mina de diamantes en la que invirtió mi padre para acabar con su empresa, la iba a volar por los aires. Lo preparé todo para que sucediera, pero luego me arrepentí, porque encontrar esas putas piedras la hacía muy feliz, pero al final... Joder, al final se produjo la explosión.

—Hostias, tío, qué susto me has pegado. Estaba pensando en llamar a la policía y todo.

—Sean, se produjo la detonación aun habiendo ordenado explícitamente que la puta dinamita no

explotara, pero lo hizo. —Me frotó la cabeza al recordar el momento, al verla en el suelo cubierta de arena y polvo y sin poder levantarse.

—A eso lo llamo accidente, y me has dicho que ella está bien.

—Si yo no hubiera pedido que pusieran esos explosivos, ella no habría estado en peligro. Te juro que si le llega a pasar algo... —Aprieto el vaso con todas mis fuerzas y él aprieta mi hombro con una mano—. La quiero de verdad, y estoy dispuesto a todo por ella.

—Entonces, ¿qué haces aquí bebiendo? Coge tu jodido avión y ve a buscarla.

Desde fuera puede parecer fácil, pero no lo es, no con Liv. Para ella he hecho algo tan grave que no me lo va a perdonar en la vida... y no merezco menos.

—No quiere tenerme cerca. Me fui porque no soportaba la idea de ver el rechazo en sus ojos. Para ella, la empresa de mi padre y esos diamantes son su vida.

—Te aseguro que, si siente la mitad que tú, ahora mismo estará igual o peor en este momento, y que te fueras no era la solución. —Pierde la mirada mientras lo dice, como si supiera muy bien de lo que habla—. Yo también me fui, la aparté de mi lado porque creía que era lo mejor para ella, pero me equivoqué. Me enfrenté solo a mis problemas y dejé que siguiera con su vida sin saber que para ella su vida era yo. Por mi culpa ambos perdimos un tiempo precioso. No seas tonto, tú estás a tiempo de solucionarlo, hazme caso.

—Es la primera vez en mi vida que me siento así por una chica. Si la conocieras... —Sonrío al volver a ver su rostro en mi mente. Está en todas partes en mi cabeza—. Tú mujer y la mía se llevarían de fábula.

—Pues deja esto. —Coge mi vaso y se lo bebe de un trago—. Ve a buscarla, arrégalo, regresa con ella. Avery y yo estaremos encantados de recibirlos en nuestra casa. Tío, hazme caso.

Se levanta, se pone el abrigo que había dejado sobre el taburete de su lado y deja billetes sobre la barra para pagar todas las copas.

—Sobre la discusión de esta tarde —escucha atento lo que comienzo a decirle—, acepta un seis por ciento, y mis disculpas por haber sido tan capullo. —Estoy arrepentido de no haber sido más benevolente con él.

—Eso es menos de lo que te ofrecía.

—Es lo razonable para el escaso riesgo que vamos a correr.

—Le pediré a mi secretaria que mañana a primera hora te envíe la documentación y zanjamos este tema.

Me ofrece su mano y la estrecho cordialmente, y no solo por el negocio que al fin hemos cerrado, sino por sus palabras, por intentar hacerme entrar en razón, algo que hasta ahora nadie se había atrevido a hacer.

—Vete ya, no quiero que tu mujer me odie sin conocerme.

—Que tengas buen viaje de regreso.

Vuelvo a quedarme solo, esta vez con el vaso vacío, y lo muevo varias veces tentado a pedirle al camarero que lo llene de nuevo, pero no lo hago. Me pongo de pie, cojo la americana y subo a la suite que tengo reservada para acostarme un rato. Mañana decidiré, con la cabeza despejada, cómo lo soluciono si es que aún se puede.

* * *

Me estalla la cabeza. Miro al techo y maldigo cada una de las copas que me bebí.

Si es que soy un capullo integral. Me siento en la cama y pillo el teléfono para ver la hora, y entonces me doy cuenta de que se ha apagado. ¡¡Joder!! Decido salir al salón de la suite para ponerlo a cargar.

Tengo el cargador sobre la mesa, al lado del ordenador, y, mientras lo conecto y el teléfono revive, abro mi correo electrónico desde el navegador al tiempo que me froto las sienes. Necesito algo para este maldito dolor o no aguantaré en pie todo el día. Nada más abrirse, con la sesión ya iniciada, veo el correo de la secretaria de Sean. Le echo un vistazo en diagonal a la documentación y no dudo en firmarla digitalmente para cerrar este asunto... y de este modo ya no tengo excusas para permanecer en Quebec. Conforme lo pienso, suspiro confuso porque no sé muy bien qué voy a hacer con mi vida.

Por fin veo cómo aparece la manzana en la pantalla de mi iPhone y, tras poner el código de seguridad, comienzan a aparecer bastantes notificaciones: llamadas de mi padre, de mi madre, mensajes de amigos... y soy consciente de que ya ha pasado una semana, hace siete días que me fui de Sudáfrica, y desde entonces no he hablado con nadie excepto con quien yo he necesitado.

Hoy no ha ido a la oficina.

Leo en la pantalla y me preocupo, porque no sé muy bien qué pensar. Ha llegado la madrugada pasada a Ginebra; puede que esté descansando o que se haya tomado un par de días libres, aunque, sabiendo que los diamantes ya están en Stauffer, dudo que no vaya corriendo a la oficina para trabajar en ellos.

De pronto aparece el nombre de mi madre en la pantalla y, tras dudar durante unos segundos, respondo.

—Dime.

—¡Por fin! —Noto alivio en su tono de voz—. ¿Dónde estás? —Intenta simular que es una pregunta casual, pero ambos sabemos que no lo es; ella nunca me

pregunta eso porque tiene claro que puedo estar en cualquier parte del planeta.

—Como de costumbre, cerrando un negocio.

—Jared, ¿qué ha ocurrido? —suelta sin más preámbulos—. Tu padre me ha llamado varias veces, pero no se lo he querido coger sin antes haber hablado contigo, y he visto las noticias, todos los canales hablan de lo sucedido.

—Estoy trabajando, ahora no puedo entretenerme —suelto con desgana al tiempo que me levanto y me dirijo hacia mi maleta, de donde cojo un par de pastillas y me las meto en la boca para luego ir en busca de la jarra de agua que hay sobre la mesa, servirme un vaso y dar un trago.

—Quedaste atrapado en la mina de Venetia debido a una explosión y ella también estuvo ahí... No me digas que... ¿Jared? —Su voz de alarma me hace deducir que mi madre ha atado cabos, y no sé si me apetece ahora mismo mantener esta conversación—. ¿Tú no habrás...?

—Mamá, me duele la cabeza, ya hablaremos.

—No me esquives, Jared. Por primera vez en esta vida, tenemos que hablar largo y tendido. Debes saber algo para poder continuar con tu vida, es hora de que sea sincera contigo. Ven a Alemania, por favor.

—Ya veremos. —Finalizo la llamada y me aprieto los párpados con fuerza para aliviar la tensión que en este momento tengo sobre ellos.

Vuelvo a sentarme delante del ordenador y abro las cámaras que graban en directo la casa. Veo cada una de las estancias; está todo pintado, ordenado y con los muebles en su sitio, pero no hay ni rastro de ella, la vivienda está vacía. Tenía la esperanza de que, cuando llegara a su piso, viera la llave que le había dejado en una caja y fuera directamente a nuestra casa, a la que he comprado para vivir un puto cuento de hadas que por mi culpa no va a ser posible.

Me cabreo conmigo mismo y decido llamar a mi amigo.

—¿Cómo va la vida de príncipe árabe?

—Sigues igual de gilipollas que siempre. —Sé que me he pasado tres pueblos, pero ninguno de los dos está pasando por un buen momento—. ¿Qué necesitas?

Si no fuera así, no me llamarías.

—No seas injusto, que el que ha soportado la ira y la depresión de tu mujer he sido yo, y solo porque no has querido ser sincero con ella.

—Jared, ¿qué necesitas? —vuelve a repetir, y me doy cuenta de que su humor es peor que el mío.

—¿Está Liv en tu casa? —Suelta una risotada y lo imagino negando en silencio con la cabeza mientras piensa en si de verdad debe o no acceder a las cámaras de su mansión de Ginebra—. Venga, no me vas a decir que no te mueres por ver cómo está Amélie.

—No sé si es una buena idea...

—Te lo pido por favor, Emre. La he cagado como nunca, solo quiero saber que está allí y bien.

—Están en la cocina desayunando —suelta para mi sorpresa a los pocos segundos, y me siento aliviado al saber que está con su mejor amiga. Eso es bueno; ambas estarán hablando de nosotros, insultándonos, pero eso no me importa; solo necesitaba saber que estaba bien—. ¿Algo más?

—¿Cómo estás? —Mi voz suena sincera, y es cuando noto que su suspiro se alarga más de lo que me gustaría—. Emre, no estás obligado a vivir una vida que no quieres.

—Hay demasiadas personas que dependen de mí, de mi trabajo; no puedo fallarles a todos.

—No lo hagas, pero cuéntale a Amélie la verdad. Puede que todo vaya diferente de lo que crees.

—No me responde, y diría que es porque la echa tanto de menos que está sopesando hacerlo—. He asumido que la he perdido, no seas igual de gilipollas que yo y recupera a tu mujer ahora que todavía estás a tiempo.

—¿Qué has hecho?

—Ya lo hablaremos cuando nos veamos, pero, amigo, hazme caso por una vez en tu vida. — Antes de que finalice la llamada oigo que alguien me está llamando. Miro la pantalla y veo que es mi padre, pero no quiero responder. No

estoy preparado para ser sincero con él, así que no contesto—. Emre, tengo que dejarte. Para cualquier cosa que necesites, llámame.

—Vuelve a Suiza —me pide, y sé por qué lo hace, pero ahora mismo no soy capaz de hacerlo, no sin saber que tengo una mínima oportunidad con ella—.

Nos vemos, amigo.

Finaliza la llamada y me quedo mirando al vacío durante unos segundos. Nunca en mi vida me había sentido tan perdido como estoy en este momento.

Me pregunto qué es lo que querrá decirme mi madre. Debe de ser algo importante para que me haya llamado y me haya pedido que regrese a Berlín...

pero solo puedo pensar en ella, recordar una y mil veces su imagen de espaldas a mí en el hospital; cómo, cruzada de brazos y muy segura de lo que decía, me pidió que me marchara, añadiendo que no quería volver a verme... y es que no me extraña. He estado a punto de destrozarle la vida por mi orgullo, sin sopesar el daño que iba a hacer, y no solo a mi padre, que francamente me importa una mierda, sino a todas las personas que viven de esa mina.

Capítulo 26

Liv

El ascensor sube y yo no dejo de frotarme las manos. Intento disimular mi nerviosismo, pero soy

incapaz cuando no tengo la certeza de si Jared ha vuelto a la oficina o no. No sé nada de él, ni una llamada, ni un mensaje; es como si se lo hubiera tragado la tierra, y puede que sea lo mejor para mí, pero siento un vacío que no me deja respirar.

Ayer, cuando llegué a mi piso tras veinte horas de vuelo y dos escalas que se me hicieron eternas y vi que todas mis cosas ya no estaban donde yo las había dejado, no pude evitarlo, me puse a llorar desconsolada. Me senté en el sofá y sentí que era una extraña en mi propia casa, algo que no me había sucedido jamás. Miraba a mi alrededor y notaba que me faltaba algo. Durante unos minutos no supe lo que era, hasta que reconocí que lo que ansiaba en ese momento era sentirlo a él; su calor, sus fuertes brazos que al abrazarme disipaban cada miedo que pudiera tener, sus labios pasear por mi cuerpo y pronunciando decenas de promesas que no ha cumplido, que ha hecho añicos sabiendo lo que hacía.

Me repitió en varias ocasiones que me alejara porque lo destruiría todo a mi alrededor, que me dañaría, pero yo no quise escucharlo; yo seguí a su lado sin dar crédito a unas advertencias que eran muy claras pero que quise obviar.

—Liv, ¿estás bien? —Vuelvo al presente al oír la voz de Max y me doy cuenta de que las puertas del ascensor ya se han abierto y está pulsando el botón para que no se cierren de nuevo mientras me observa detenidamente—. Vamos a mi despacho, por favor.

Asiento aún con la cabeza en otro sitio y, mientras caminamos, sonrío a todos los que me van felicitando por el hallazgo de los diamantes, y es que para todos los que trabajamos en esta empresa ha sido todo un éxito.

—Max, tengo una reunión con diseño, no quiero demorarme mucho —comento, pero a él no le importa en absoluto lo que le estoy diciendo, cierra la puerta y me pide que me siente. No tengo más remedio que seguir sus órdenes, ya que en definitiva es el dueño de Stauffer y mi jefe.

—No sé lo qué ha pasado entre vosotros y, francamente, no quiero saberlo —

comienza a decir y noto cómo un nudo en la garganta me aprieta con tanta fuerza que casi no puedo tragar saliva—. Jared no me responde a las llamadas, no ha vuelto y no sé siquiera si lo hará, pero esta compañía debe seguir adelante y ahora tenemos mucho trabajo, más que nunca. Los medios de comunicación continúan hablando de los diamantes extraídos, de la explosión, y la competencia nos observa muy de cerca.

—Por eso mismo he de volver al trabajo, nos jugamos demasiado en esta colección.

—Lo sé, pero también sé que no estás bien. Te conozco como si fueras mi hija...

y ayer regresaste y ni tan siquiera me llamaste, y eso no es propio de ti. Necesito saber que estás bien, y quiero que sepas que, sea lo que sea lo que te preocupa, estoy aquí para cuando lo necesites.

—Gracias. —Mis ojos se empañan, pero hago todo lo posible para que las lágrimas que están a punto de precipitarse de mis ojos no lo hagan.

—Todo se solucionará, aunque ahora te parezca imposible.

«Hay cosas que no tienen solución», pienso para mis adentros, porque no quiero preocupar a Max más de lo que ya lo está.

Sin más, salgo hacia mi despacho para respirar un poco de aire mientras pasa por mi mente todo lo sucedido...

Cuando salí del hospital, con la primera persona con la que hablé al llegar a la mina fue con Max. Noté su alivio cuando vio mi rostro a través de la videollamada y le expliqué que estaba perfectamente. Aún recuerdo su sonrisa y me sentí muy querida, a pesar de tener un sabor agri dulce cuando tuve que inventarme que a Jared le habían surgido unos problemas en los negocios y que se había tenido que marchar de improviso. Aún no sé cómo fui capaz de decirlo tan serena, y sobre todo de mantenerme firme en esa actitud tras la retahíla de preguntas de su padre, porque él no entendía por qué se había ido... y sobre todo

no entendía cómo era posible que se hubiera producido la explosión. En todo caso, lejos de confesar la verdad, me callé; a decir verdad, nadie sabe lo que ha ocurrido en realidad, porque no he sido capaz de poner al descubierto que Jared quería volar la mina y, por una extraña razón que desconozco, impedir que lográramos extraer los diamantes.

Amélie ayer se pasó todo el día vociferando en su casa que no entendía por qué se había ido, pero yo no me sentí capaz de explicarle lo sucedido, y puede que me pese llevar este secreto a cuestas, pero, si alguien debe ser sincero y confesar la verdad, es él.

—Te estamos esperando —me dice Xia con una sonrisa de oreja a oreja tras asomar la cabeza por la puerta de mi despacho, y me levanto a toda prisa, cojo mi portátil y, al llegar a ella, la abrazo con todas mis fuerzas.

—Te he echado de menos. —La estrecho contra mí mientras caminamos por el pasillo en dirección a la sala de reuniones.

—No mientas, sé perfectamente que no te ha dado tiempo a pensar en nada más que en lo que tenías al lado. —Se refiere a Jared, y sonrío, porque en este momento no quiero que perciba mi tristeza y, por tanto, me haga preguntas que no voy a responder, y no porque no pueda, sino porque no seré capaz de retener las lágrimas.

—Digamos que África es preciosa, sí. Desde la ventana de mi habitación en la cabaña tenía unas vistas impresionantes. Venga, entra.

Le cedo el paso a la sala y veo a todos los integrantes del equipo de diseño esperando.

—Como ya sabéis, hemos extraído los diamantes más puros que hasta el momento nadie haya conseguido encontrar. Son de muy diversos tamaños y tan variados que podemos hacer una colección de ensueño —arranco con mi discurso y, por primera vez desde que puse los pies en esta ciudad de nuevo, me olvido de todo lo personal para volver a ser la Liv emocionada e implicada en su trabajo.

Explico la idea de colección que tengo en mente, lo que quiero de ellos, y sopesamos los plazos para que podamos preparar tanto la artesanía como el marketing con tiempo suficiente para que todo salga perfecto y hacer una

presentación digna de esas piedras preciosas.

* * *

Me da la risa y Xia suspira al tiempo que niega con la cabeza, y es que llevamos todo el día currando sin parar y estamos exhaustas. Hemos bebido tal cantidad de café que creo que esta noche no vamos a poder pegar ojo ninguna de las dos.

Decido que ya es hora de irse, así que cierro mi portátil y comienzo a recoger los bocetos que hay esparcidos por toda la mesa ante su mirada de no poder con su vida.

—Venga, que necesito a mis amigas esta noche.

—Me vas a contar lo que ha pasado —me advierte y, tras dudarlo un segundo, asiento, y entonces ella se activa, da un brinco y me ayuda a recogerlo todo—.

Voy a por mis cosas.

—Cuando te interesa, tienes mucha energía. —Me río porque Xia es un caso—.

Te espero en el ascensor.

Mientras ella va al estudio yo me dirijo a mi despacho para coger todas mis pertenencias.

Una vez allí, me pongo la chaqueta y me quedo parada mirando por la ventana.

No sé si estoy preparada para hacerlo, pero no tengo más remedio que sincerarme. Cierro la puerta de mi despacho y salgo convencida de que nunca va a ser el momento idóneo, así que este es tan bueno como otro cualquiera.

—Te olvidas el casco de la moto.

—Viene Amélie en coche a recogernos, la dejaré aquí aparcada.

—¡Noche de chicas, al fin! Prométeme que habrá mucho vino. —Junta las palmas de las manos y pasea por delante de mí para que las pueda ver bien.

—Lo necesito, así que habrá mucho de eso y de lo que sea preciso.

Xia me analiza y se pone seria de repente porque mi voz transmite de todo menos alegría.

—No hay nadie, ¿puedes decirme de una vez qué ha pasado?

—Jared y yo lo hemos dejado. Se acabó, lo nuestro no ha funcionado y tengo que asumirlo.

Conforme lo digo intento creerme mis palabras, a ver si así realmente las asumo, lo acepto y dejo de sentir este dolor tan grande que me invade cada vez que tengo que mencionarlo.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo... Cuando estáis juntos tenéis una química de la hostia, y no solo eso: desde que comenzaste a verte con él, algo en ti cambió.

—Puede que fuera la ingenuidad, o que haya sido tan tonta de enamorarme de una persona sin escrúpulos como él—. Joder, hacía tiempo que no sonreías y estabas tan nerviosa como cuando él revoloteaba a tu alrededor.

—Pues ya no hay nada de eso. —Mientras lo digo mi garganta me aprieta, porque me duele muchísimo cuando hablo de él... aunque no se lo merece en absoluto—. Y, ahora, tú y Amélie me vais a acompañar a recuperar mis cosas. —

Frunce el ceño y veo la confusión en su cara—. Se suponía que, cuando regresáramos de Sudáfrica, empezaríamos a vivir juntos en la casa que compró.

—¿No me digas que se ha encargado de la mudanza y todo? —Asiento resignada y ella comienza a reírse—. No he conocido a nadie como él.

—Pues no te aconsejo que busques uno igual, sufrirás mucho y... no se merecen que una mujer se enamore de ellos. Al final todos tienen razón, terminan jodiéndolo todo.

—Amiga, ¿qué narices ha hecho para que estés tan resentida?

—Necesito unas cuantas copas de vino antes de contártelo. —Aunque no sé si voy a ser capaz de sincerarme, porque ignoro cómo se lo van a tomar—. ¿Te apuntas o no?

—Vino, recuperar cosas de una mudanza... ¿Dónde voy a estar mejor? —se burla y en ese instante llega el ascensor.

Bajamos a la planta principal, dónde Amélie ya nos está esperando fuera con su todoterreno. Menos mal que tiene un maletero muy grande.

* * *

Amélie me está poniendo nerviosa, pero por suerte ya veo a lo lejos la propiedad. La señalo y Xia silba alucinada con esta... nada que ver con mi mejor amiga, que está acostumbrada a este tipo de mansiones y ni se inmuta; para ella es una más.

La cancela está cerrada y paramos frente a ella mientras saco del bolso la caja negra que ayer me encontré en mi apartamento. Saco el juego de llaves junto a un mando que, al pulsarlo, me confirma que es para abrir esa puerta.

—¿Y no te puedes quedar tú a vivir aquí? Seguro que él tiene más.

Niego con la cabeza a las palabras de Xia.

—Ya tengo donde vivir, no necesito que nadie me compre una casa. —Mi tono de voz suena a

enfado, y vale que mi piso no es igual de grande ni imponente, pero es mi hogar. Allí viví con mis padres y yo me he encargado de mantenerlo porque es nuestra historia.

—Lo sé, pero vaya casoplón.

Amélie sale del coche seguida de Xia y ambas se dirigen a la puerta principal sin darse cuenta de que yo no soy capaz de descender del vehículo. Estoy paralizada porque este lugar lo elegí yo, fui la que se enamoró de esta vivienda y del jardín, y por eso Jared la adquirió. Aún recuerdo el día que vine por primera vez, y todo lo que ocurrió cuando volvimos cuando ya era suya.

Cierro los ojos y recuerdo el pícnic en el suelo de la cocina, despertar a su lado y creer que no podía existir algo mejor que ese instante.

—¡Liv! —Amélie regresa al coche, abre mi puerta y me ofrece su mano para que la siga—. ¿Estás segura de querer recoger tus cosas? Puede que lo soluciones y

no tengas que hacerlo.

—Necesito cortar por lo sano, y este es el único modo. —Me asomo a través de la luna delantera y miro hacia las ventanas—. ¿Y si está? —Me aterra la idea de coincidir con él, porque no sé cómo voy a reaccionar.

—No creo, pero llamaremos al timbre y nos aseguraremos.

—Hazlo tú. Si está, no quiero ni verlo.

Pone los ojos en blanco y, pisando con fuerza sobre sus Dolce & Gabbana, se dirige hasta la entrada principal y llama. Tras esperar unos cuantos segundos, me hace un gesto para que me acerque.

—Anda, espabila —me suelta Xia divertida y llevo una llave hasta la cerradura e intento abrir, pero no lo logro a la primera, sino a la tercera, cuando por fin doy con la llave correcta.

Empujo entonces la puerta y accedo al interior, donde reina un silencio absoluto.

—Liv, el código. —Amélie se para frente a la alarma que hay justo al lado de la puerta y me señala el aparato—. Corre, va a saltar —me apremia y yo me pongo nerviosa.

—¡No tengo ningún código! —le respondo en un grito ahogado.

—¿Cómo no vas a tenerlo? —insiste llevándose las manos al pelo mientras los segundos pasan y estamos más cerca de que comience a sonar—. ¿Te ha dejado las llaves pero no un código?

—¡Joder, joder! —chillo nerviosa mirando la caja con desesperación, pero no hay nada, ni tampoco un número grabado en las llaves, y la estridente alarma se dispara y nos miramos las tres paralizadas mientras nos tapamos los oídos porque el ruido es insoportable.

—¡Nos van a detener! ¡Va a venir la policía! —Xia comienza a reírse a carcajadas y Amélie sale corriendo hasta su coche, con el riesgo de romperse un tobillo al tropezarse con esos taconazos.

—Pulsa algo, prueba con alguna fecha, su número favorito, su talla de pie... Liv,

por favor, ¡qué vergüenza! —Xia da ideas, a cuál más estúpida, mientras sigue carcajeándose de la situación, aunque a mí no me parezca nada graciosa.

Empiezo a presionar números pensando en fechas, pero nada, ninguno detiene la alarma, hasta que al final, milagrosamente, deja de sonar y siento alivio. Apoyo la frente en mis manos, que tengo sobre la pared, y siento que mi respiración está agitada.

—Por favor, qué ruido más ensordecedor —le dice entre risas a Amélie, que ha vuelto ahora que ya ha pasado lo peor.

—¿Qué código era? —Miro a mi mejor amiga y las tres rompemos a reír a carcajadas.

—Y yo qué sé. —Me encojo de hombros y las dos me miran casi llorando de la risa y yo no puedo más que unirme a ellas porque casi me da algo—. No estoy segura ni siquiera de haber puesto un código cuando estaba sonando, estaba de los nervios.

—Necesito un vaso de agua. —Amélie entra como si conociera la casa de toda la vida, y es que se encargó de que los de la mudanza lo trajeran todo mientras no estábamos; por tanto, ha tenido tiempo suficiente para conocerla bien.

—Me habéis prometido vino —interviene Xia, aun conteniendo las carcajadas, y Amélie le hace un gesto para que la acompañe.

Yo voy tras ellas... y me siento como una intrusa, nunca mejor dicho. En este momento nadie sabe que estoy aquí, ni a qué he venido, y puede que no sea lo correcto, quizá debería haber enviado un mensaje para advertirle de que pasaría a por mis cosas, pero no estoy preparada para hablar con él.

Amélie no duda en abrir la nevera y servirse un vaso de agua mientras observa la cocina; yo, en cambio, clavo la mirada en el jardín, que, como me ocurrió el primer día, me encanta. Me fijo en los colores, en la variedad de plantas que lo hace tan especial, y no puedo evitar comenzar a llorar.

—Todo se ha ido a la mierda —pienso en voz alta mientras me acerco a la puerta corredera y la abro para dejarme embriagar por el olor de las flores—. Estas se marchitarán al igual que me está sucediendo a mí —sigo divagando.

—Liv, por Dios, cuéntanos qué ha ocurrido para que creas que no hay una mínima esperanza. —Oigo las palabras de Xia mientras se acerca y apoya su barbilla en mi hombro al tiempo que contempla, como yo, la maravilla de jardín que tenemos justo delante de nosotras.

—¿Puede alguien destruir tu vida por completo? Jared ha hecho eso con la mía, con todo lo que creía, con mis sueños, y casi se lleva por delante mucho más.

—No vuelvas a decir eso. —Amélie también se aproxima y me regaña al tiempo que me abraza —. Tienes un trabajo que te apasiona, a tu familia, a Max...

—Y a nosotras —interviene Xia consiguiendo que llore aún con más pena.

Porque esas cosas sí son importantes, pero mi ilusión de formar una familia, de amar como mi padre amó a mi madre hasta el último de sus días, todo eso se ha esfumado... y lo ha hecho para siempre porque dudo que pueda lograr confiar en nadie más.

Capítulo 27

Jared

Me duele el pecho como no me dolía desde hacía años. Verla sufrir tanto me supera, y, joder, quise evitarlo. Me levanté al alba tras la mejor noche de mi vida, la primera en África a su lado y la vez que me entregué por completo, sin importarme nada más que hacerla feliz. Llamé mil veces para que retiraran los explosivos, pero no contestaban. Recuerdo lo enfadado que estaba cuando se despertó y lo pagué con ella sin tener culpa de nada. La dejé sola en la habitación como si lo ocurrido horas atrás no hubiera significado nada para mí, pero sí, hostias, lo fue todo. Por eso mismo no paré de buscarlo hasta que al fin di con él y le dije expresamente que esa noche debía retirar hasta el último explosivo; también le expliqué que no quería que volara esa mina por nada del mundo, y decidí compensarle a Liv ese agrio despertar llevándomela a pasar el resto de día fuera, solos ella y yo, rodeados de animales y terminando con una buena cena romántica, olvidándome del odio que durante tantos años me ha acompañado y me ha movido.

Vuelvo a mirar la pantalla de mi ordenador y amplío la imagen de la cámara de la cocina para verla mejor. Sabía que estaría con sus amigas, son su refugio y me alegro de que estén ahí para ayudarla a sentirse mejor, aunque oír las palabras de Liv duele lo mismo que si me estuviera clavando un cuchillo tras otro en el corazón, con cada una de las palabras que pronuncia.

Amélie sale del campo de visión de la cámara y me fijo en Xia. Va directa a la vinoteca y comienza a leer las etiquetas de los vinos, hasta que coge el que había pedido para la primera noche que estuviéramos ella y yo en esa casa; desgraciadamente, no voy a beberlo a su lado, sino que tendré que ver cómo lo hace Liv con ellas, muy a mi pesar.

Suena el timbre y apago la pantalla antes de ponerme de pie y salir de mi despacho para ver quién ha venido. En principio no espero a nadie, así que no sé

quién puede ser.

—¿Te escondes de mí? —La miro de arriba abajo y me sorprende. Es mi madre, maquillada, muy elegante, como si estuviera a punto de irse a una fiesta—.

Cualquiera diría que has visto un fantasma.

—Tengo mucho trabajo —suelto por costumbre, y ella sonríe sin importarle en absoluto—. Puedes pasar —añado con ironía justo cuando ya se ha autoinvitado a hacerlo y ha dejado su lujoso bolso a un lado del sofá y se ha acomodado.

—No te voy a robar mucho tiempo, pero es hora de hablar.

—Tú dirás. —Me siento frente a ella y aguardo impaciente a que comience, aunque, la verdad, por lo nerviosa que se está poniendo, no sé qué esperar de esta conversación.

—Cuando tenía diecisiete años me enamoré perdidamente de un hombre siete años mayor que yo —empieza a relatarme con una sonrisa en los labios que denota añoranza de una buena época—. Era guapo, alto, le encantaba el deporte y era muy atento; siempre me decía que yo era especial, que era muy risueña y le hacía soñar alto. Comenzamos a vernos y nuestra relación se fue convirtiendo en algo más serio, algo que yo creía que podría terminar en matrimonio y ser muy feliz a su lado.

—No fue así —sentencio, pues con quien se casó fue con mi padre.

—No, no lo fue. —Aprieta los labios con pena—. Mi madre decidió que tenía edad suficiente de casarme y una tarde, justo cuando yo iba a salir para encontrarme con Samuel, no pude acudir porque tu padre entraba por la puerta, también medio obligado como yo, junto a su madre. —Jamás me habían explicado cómo se conocieron, aunque hace poco tiempo, cuando nos vimos en Berlín, sí que me dijo que los forzaron a casarse... y que ella se acabó enamorando, de ahí su posterior depresión; en todo caso, nunca tuve la curiosidad de saber mucho de su relación—. Tras estar un rato en nuestro salón, mi madre le propuso a tu padre que él y yo saliéramos a dar un paseo, con la única intención de que nos conociéramos. Y lo hicimos, pero solo charlamos un poco de tonterías porque ninguno de los dos estábamos por la labor de contraer matrimonio con el otro. Ese día supe que iba a tener muchos problemas, así que conseguí volver a ver a Samuel; yo quería explicarle lo sucedido, que me querían obligar a casarme... pero aquella tarde sucedió algo entre los dos —no necesito

saber más detalles, pues a juzgar por su cara imagino que se acostaron juntos—, y decidí plantarle cara a mi madre. Le dije que no iba a unir mi vida a la de Max, que no conocía de nada a tu padre, pero no sirvió de nada: nuestras madres ya tenían decidida la fecha para hacer oficial el compromiso e incluso habían elegido también la de la boda, y esa misma tarde tu padre volvió a aparecer en mi casa y me sinceré con él. —Sonríe recordando el momento—. Tú padre me entendió y no quiso que me viera forzada a nada. No lo dudó en ningún momento: me preguntó dónde vivía Samuel y me llevó a su casa con la única intención de que nos escapáramos y nos casáramos, para conseguir de ese modo que nuestra boda se cancelara.

—Uau, vaya pasado. Nunca me habías contado nada de esto. —No doy crédito a lo que me explica.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, por eso quiero que las oigas, porque por mi culpa tú has sido muy infeliz. —No entiendo muy bien el porqué, pero le hago un gesto para que siga relatándome lo sucedido—. Cuando llegamos a su casa y llamé a la puerta —respira profundamente antes de proseguir—, abrió una chica un poco mayor que yo. Era preciosa y amable, y con una sonrisa me preguntó qué queríamos al tiempo que se acarició la barriga y vi que estaba embarazada, muy avanzada... y de repente apareció Samuel llamándola

«cariño». —Abro los ojos como platos. Imagino a mi madre de adolescente frente a ese hombre y esa mujer, viniéndosele el mundo encima—. Llevaba anillo de casado, que antes nunca había lucido en su dedo, y estaba esperando un hijo.

—Menudo cabrón, eras su...

—Su amante, sí, pero sin saberlo, claro —me confirma ella con rabia y, aun habiendo pasado tantos años, noto cómo le duele—. Tu padre contestó por mí, disculpándose y diciendo que nos habíamos equivocado de puerta, y se pasó toda la tarde a mi lado, sin decir palabra alguna pero sin separarse de mí.

Los días pasaron y yo no superaba lo que me había sucedido y Max cada tarde venía a buscarme para dar un paseo, aunque apenas hablábamos, hasta que un día me dijo que nos íbamos a casar, que él me iba a hacer feliz, y aquel día me pareció tan gracioso que le dije que sí, consciente de que, quisiera o no, me iban a obligar a hacerlo.

—Y os casasteis sin amaros.

—Tu padre siempre ha sido una persona maravillosa conmigo y contigo. —

Recalca esa última palabra y yo aprieto la mandíbula porque no creo que sea así

—. Jared... —Rompe a llorar y me pongo a su lado agarrándole la mano sin comprender bien lo que le ocurre—. Si tienes que castigar a alguien en esta vida, es a mí. Max te crio, fuiste inmensamente feliz con él de pequeño... y yo te separé de su lado sin darme cuenta de lo que estaba pasando, siendo egoísta de nuevo. Max siempre ha velado por nosotros, pero yo nunca por él. No quiero que en unos años te arrepientas de tus actos por mi culpa.

—¿Por qué dices eso? Mamá, tú no tienes la culpa de nada. Él nos dejó por otra mujer, hizo su vida y nosotros la nuestra.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, llevo toda mi vida viéndote sumida en una depresión desde que supimos que estaba con Emilia, y no me volvió a llamar, jamás intentó mantener nuestra relación.

—Jared, hay muchas cosas que desconoces... —Conforme lo dice intenta dejar de llorar, pero no lo logra.

—¡Pues cuéntamelas! —le ruego intentando controlar mi tono de voz, pues en este momento estoy bastante alterado porque está removiendo unos sentimientos que durante mi vida no me han dejado avanzar feliz.

—Jared... yo me fui. Recibí una llamada de Samuel, me pidió perdón y me dijo que estaba arrepentido de no haber luchado por mí. Y entonces decidí marcharme y, como siempre, Max respetó mi decisión. Me ayudó a preparar mis cosas, se quedó contigo unos días, los suficientes para que yo pudiera regresar con Samuel, volver a vivir ese amor y retomar lo que dejamos a medias. No le hablé de ti, quería darle una sorpresa. Te traje conmigo a Alemania después, donde él residía, y, cuando llegamos al apartamento que había compartido con él durante esos días, encontré una nota en la que me explicaba que había regresado con su esposa, que lo nuestro no iba a funcionar porque se había dado cuenta de que a quien quería era a ella. Fuimos a su casa, y de nuevo su mujer abrió la puerta... e inmediatamente dos niñas se agarraron de su falda y yo

cogí con fuerza tu mano y pregunté por él. Cuando Samuel me vio contigo, se enfureció..., tanto que temí por nuestra integridad.

—¿Qué dices, mamá? —Intento hacer memoria, pero no recuerdo esa escena.

—Nos cerró la puerta en las narices y nos fuimos. Deambulamos por la ciudad sin saber a dónde ir, no quería volver al piso de él... así que llamé a Max. Me pidió que volviéramos, me dijo que las puertas de su casa siempre estarían abiertas para nosotros, pero no quise hacerlo. Por primera vez en mi vida estaba segura de que volver a él era volver a una casa en la que no era feliz, y necesitaba recuperarme de la traición de Samuel. Max nos compró la casa, me pasó dinero todos los meses para que no nos faltara de nada, pagó tus estudios sin dudarlo en ningún momento... y aún sigue pasándome una pensión mensual.

—¿Y por qué no hizo nada para vernos? Me sentí abandonado por mi padre.

Al parecer no se casaron obligados, sino que Max la ayudó en todo, y ahora descubro que ella nunca se enamoró de él y no entró en una depresión al ser abandonada por él, sino por otro hombre, pero eso no justifica el comportamiento de Max en relación conmigo.

—Le mentí, le dije que Samuel se había hecho cargo de ti, que eras muy feliz y que no querías verlo. —Abro los ojos muy sorprendido. Jamás pensé que mi madre fuera capaz de hacer tal cosa —. El caso es que, si te hubiera visto, le habrías contado que estábamos solos, que yo estaba muy mal, que te estaba arruinando la infancia, y entonces me hubiese obligado a volver... y no quería eso tampoco para él. Max perdió mucho casándose conmigo, y supe que había conocido a Emilia antes de que yo me marchara a Alemania, así que regresar a su lado hubiera representado negarle el amor también a él.

—¡Pero era mi padre! —No puedo evitar ponerme de pie y caminar por el salón, nervioso.

—No, Jared. —Su voz es baja, apenas pronuncia las palabras por completo y me detengo a mirarla cuando ella levanta la vista y veo cómo sus ojos se encharcan de lágrimas—. Max no es tu padre, Samuel lo es, pero no quiso saber nada de nosotros. Tras aquel día que nos cerró la puerta en la cara, le escribí una carta para explicarle que el muchacho que había ido conmigo era su hijo y me respondió que él no quería saber nada de ti ni de mí.

—¿Papá sabe que yo no soy su hijo? —Asiente sin mirarme a los ojos, avergonzada de lo sucedido—. ¿Desde cuándo?

—Antes de casarnos, en cuanto supe que estaba encinta, fui a contarle mi problema a Max, como siempre he hecho en esta vida. —No doy crédito a lo que estoy escuchando—. Y él, también como siempre, aceptó la situación, se hizo cargo de todo y mentimos a todo el mundo. Dijo que nos habíamos acostado antes del matrimonio y aceleraron la fecha del enlace para evitar habladurías.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —pienso en voz alta mientras mi corazón late con fuerza y tengo ganas de romperlo todo a mi alrededor.

—Max te crio como a su propio hijo, y siempre ha estado a nuestra disposición.

Me ha rogado durante todos estos años que le dejara hablar contigo, ha venido a Alemania mientras estabas en el colegio, pero no permití que lo vieras... porque me sentía culpable.

—Estaba en mi derecho de saber quién era mi verdadero padre y quién no. —

Voy hasta la vidriera sin dejar de darle vueltas a toda mi infancia—. He odiado a mi padre desde hace muchísimos años porque no estaba a nuestro lado, porque había preferido estar con otra mujer antes que con su propia familia. Mi odio fue tal que regresé a Suiza con el único objetivo que destruirle la vida.

—Por eso te lo estoy contando ahora, porque tu odio no debe de ser hacia él, sino hacia mí. Él siempre ha hecho todo lo posible por estar a nuestro lado, aun estando enamorado de Emilia. La hubiera dejado por nosotros.

—Mamá, por favor, vete. Necesito estar solo.

—Jared, perdóname, te lo ruego.

—Casi mato a Liv porque odiaba a la persona equivocada. —No puedo evitar llorar, y me limpio con dureza porque no quiero que mi madre lo vea—. Liv no me va a perdonar porque cree que soy un monstruo, y ahora ya sé a quién me parezco.

—Hijo, no digas eso, tú no eres malo.

—¿Y por qué fui capaz de volar una mina para destrozar la empresa de mi padre? —Cojo una cerámica que decoraba la mesa de centro y la estampo sobre el cristal, haciéndolos añicos—. Yo solo quería vengarme, quería hundirle la vida para que supiera lo que era sufrir.

—Jared, por favor, escúchame... —Intenta agarrarme del brazo, pero me suelto para que no me toque—. Nadie ha salido herido, y aún no es tarde para recuperarlo todo.

—¡¿Que no es tarde?! —La cojo del brazo y la obligo a seguir mis pasos por el pasillo hasta que regreso a mi despacho y vuelvo a encender el monitor—.

Mírala, está en la casa que compré para vivir con ella recogiendo sus cosas. —

Ambos contemplamos la imagen y vemos a Liv y Amélie metiendo toda su ropa en las maletas—. Es muy tarde, mamá, años tarde.

Mi madre llora, pero no soy capaz de consolarla ni compadecerme. ¿Cómo voy a hacerlo si lo único que siento en este instante hacia ella es reproche?

—Déjame solo, por favor.

Apago el monitor y me paro frente a la ventana para mirar el paisaje, aunque ni tan siquiera lo veo. En mi cabeza no dejan de rondar flashes de toda mi vida que me tienen aturdido.

—Lucha por ella, te lo ruego. No seas un infeliz toda tu vida como yo. Si Liv te quiere como tú a ella, no te rindas tan fácilmente.

No soy capaz de responderle, permanezco inmóvil mientras oigo sus pasos alejarse y cómo se cierra la puerta. Y entonces grito con todas mis fuerzas y comienzo a destrozar todo lo que tengo al alcance, y no paro hasta que caigo al suelo entre cristales rotos, sin fuerzas ni para tenerme en pie, y lloro como debería haber llorado durante tantos años en los que no me permití hacerlo.

* * *

—Por Dios, Jared, ¿qué haces ahí? —Irma corre hasta mí y grita para que Enok sepa dónde estamos—. Estás sangrando. ¿Qué te ha pasado?

—Joder, macho. —Apenas los puedo ver, las lágrimas me nublan la visión. No sé ni cuantas horas llevo tirado en el suelo llorando hecho una bola—. Me cago en la puta, ponte en pie. Ayúdame, Irma.

—Idos, necesito estar solo —logro balbucear.

—No pensamos irnos y dejarte en este estado. —Entre los dos me levantan y me llevan al sofá, donde Irma comienza a curarme las manos antes de vendarlas—.

Bébetelo, te irá bien.

—Prefiero un whisky —replico, pero cojo el vaso de agua que me ofrece y me lo bebo de un trago. Tengo la garganta áspera, hasta me duele al tragar—. Enok, soy un monstruo.

—¿Qué coño te has metido? ¿Qué ha pasado, tío?

Ambos se sientan en uno de los sofás, muy preocupados, pero yo no soy capaz de hablar. Me limito a sonarme los mocos con el pañuelo que Irma me ha dado y a frotarme los ojos, que siento pesados; los debo de tener inflamados.

—La he jodido, llevo toda la vida jodiéndolo todo. He hecho daño a las personas que me han querido de verdad y no sé cómo voy a poder seguir viviendo con esta carga.

Capítulo 28

Liv

Cierro los ojos en cuanto me siento en la sala de reuniones e intento relajarme unos segundos antes de que lleguen Max y Emilia y sigamos con el trabajo, pero es que estoy muy cansada. Hace un mes que regresé de la mina y mis jornadas han sido interminables; necesito estar en todo porque la presentación de la nueva colección está a la vuelta de la esquina y no quiero que nada salga mal.

—Uy, esa cara... Liv, debes descansar un poco...

—Max, no empieces otra vez. —Saco fuerzas de donde no las tengo para cortarlo; no quiero volver a oír lo mismo a pesar de que sea así, pero ya lo haré cuando termine todo.

—Debería tener ayuda de Jared. ¿Aún no sabes nada de él? —El tono de Emilia es de estar

molesta, y no puedo más que asentir con la cabeza mientras Max chasquea la lengua porque sabe que tenemos razón, pero llevamos un mes sin saber de él. Ha firmado documentos porque los he visto de casualidad gracias a algún correo electrónico, pero, lo que es venir a la oficina, ni por asomo.

—En fin, cambiemos de tema. ¿Ya tenemos el lugar? —le planteo a Emilia, porque es quien se está encargando de buscar el sitio donde presentaremos la nueva colección—. En cuanto tengamos hecha la reserva, debemos ponernos con la lista de invitados.

—¿Cómo va el diseño? —Noto la preocupación de Max, y es que nos jugamos mucho. Hemos invertido todo lo que tenemos para que esta colección salga adelante.

—El equipo está trabajando duro para terminar los bocetos. Tenemos el treinta por ciento en marcha, y un cinco por ciento a punto de finalizar.

Oigo que llaman a la puerta y me quedo paralizada al verlo a través del cristal.

No puedo retirar la mirada de él, pero parece que no existo, ya que dirige su atención a su padre exclusivamente.

—Max, necesito hablar contigo.

—Pasa, estamos tratando el tema de la nueva colección.

—Espero a que terminéis, tranquilos.

—Jared, por favor.

—Es lo mejor para todos. —Su voz suena muy diferente, y por ello lo miro extrañada. No es el hombre seguro y autoritario de siempre, tampoco el Jared que camina para que todo el mundo lo mire. Hoy siento que tengo delante de mí a un hombre totalmente nuevo.

Max nos mira a nosotras confuso y Emilia le sonríe, como si ya supiera que estaba a punto de llegar.

—¿Podéis seguir vosotras? Si hay cualquier cosa urgente, me llamáis.

—Claro. —Aprovecho para dejar de observarlo, aunque él no ha cruzado su mirada conmigo.

—Nunca comprenderé a este chico —piensa Emilia en voz alta y la miro con cara de que yo tampoco—. Sigamos con lo nuestro. Necesitamos acelerar la fase de creación de los bocetos porque el tiempo de producción sí que no se puede acelerar.

—Lo sé y por ello estoy encima.

—En cuanto haya novedades al respecto, avísame y los pasamos a aprobación.

Tenemos que aligerar.

—Estoy en ello. —Sé que ha sonado muy poco amigable, pero estoy tan cansada que no tengo paciencia y menos para que me presionen más de lo que yo ya lo hago.

Cojo mis cosas y salgo, intrigada y nerviosa, hacia la sala de diseño, donde están

reunidos los miembros del equipo. De camino veo que Max y Jared cogen el ascensor, ambos con la chaqueta puesta; imagino que lo que tienen que hablar es bastante delicado y no quieren hacerlo en la empresa.

Llego a la sala y veo que todos me miran, y no sé si eso es bueno o malo, pero hago como que no me he dado cuenta y voy hasta Xia para preguntar si tienen novedades.

—¿Lo has visto? —Me siento a su lado y suspiro fuerte con la vista perdida en el vacío. ¿Cómo no lo voy a ver? Aunque solo han sido unos segundos, he sentido el mismo tambaleo de siempre cuando está cerca de mí. Se ha dejado la barba un poco más larga, incluso el pelo, y de igual modo está impresionante... más incluso que cuando lo vi por primera vez—. Ya veo que sí. —Sonríe ladina, como si le resultara obvio lo que estoy pensando.

—Es pasado.

—¿Estás segura? —Alzo una ceja a modo de «cállate ya y trabaja»—. ¿Cómo llevas lo tuyo? —Vuelvo a sentir que mi espalda se carga por completo; ese tema tampoco es que lo gestione demasiado bien—. Tía, no eres la única de este mundo en esa situación, y ya verás que enseguida te acostumbras a ello y acabará siendo algo más en tu vida.

—Tener que pincharme, hacer dieta, deporte, controlarme continuamente... No sé yo.

—Eso es bueno hasta para mí.

Ahora bromea, pero recuerdo el día que llegué del médico y me encerré en el baño para llorar, aterrada por el diagnóstico que me había dado, hasta que entró Xia y pude sincerarme y desahogarme...

* * *

—Tras el incidente en la mina, y debo comentar que luego he sabido que ese no fue el primer síntoma, decidí ir al médico y confirmar que algo me pasaba... y,

tal y como suponía, no me equivoqué. Tras varias pruebas, resulta que he nacido con una mutación de un gen que produce proteínas irregulares. Por ese motivo, cuando hubo la explosión, una de mis piernas se paralizó. Se le llama ataxia temporal de tipo 1. —Xia me miró como si le estuviera hablando en chino, pero necesitaba decirlo en voz alta para dejar de guardarlo para mí sola—. Los episodios son breves, de segundos o minutos, y los provoca el estrés, sobresaltos o un simple movimiento repentino.

—Pero ¿tiene cura? ¿Y cómo sospechabas que tenías eso? No lo entiendo...

Negué con la cabeza y volvieron a saltarme las lágrimas.

—Hay medicamentos que pueden ayudar o simplemente desaparecerá con el tiempo, no lo saben ni los médicos. Pero así comenzó mi madre, aunque ella tenía un tipo más grave.

—Ey, ey, no te pongas en lo peor, ¿vale?

Asentí porque era lo único que podía hacer, tener la esperanza de que los episodios acabaran desapareciendo.

—Pero hay más.

—¿Más? —Esperó a que prosiguiera.

—Haciendo todas las pruebas, han descubierto que tengo diabetes.

* * *

—Ponme al día, anda. —Sonríó y ella entiende a la perfección que no quiero hablar de él ni de mi enfermedad—. Oye, y eso... —Le señalo la carpeta que hay a su lado y que deja entrever un dibujo que me llama la atención.

—No me gusta, no es nada especial. —Noto la frustración en su tono de voz y lo comprendo porque sé perfectamente lo que es trabajar y no conseguir el resultado esperado—. Es para tirar.

—¿Quieres dejarme verlo? —Ante su negativa, me pongo de pie y cojo la carpeta sabiendo que lo odia, pero por suerte tenemos demasiada confianza como para que me perdone esta intrusión—. Oye, pues... ¿Puedo? —Cojo su lápiz y espero a que me dé permiso para marcarle unos cambios que me parece que le darán un cambio radical—. Esta forma, si la modernizamos un poco, es decir, que deje de ser para la reina de Inglaterra —conforme lo digo, sonrío y ella niega con la cabeza, pero deja que continúe con los cambios—, y brillo, lo que necesita es brillo.

—Tienes razón, déjame que siga con ello.

—En cuanto haya diseños terminados, por favor, avísame, Emilia quiere aprobarlos cuanto antes. Ahora voy a mi despacho, que tengo que avanzar muchas cosas.

Los dejo trabajando y paso por delante del despacho de Max; sigue vacío, no sé a dónde han ido, y me extraña que tarden tanto. Sin embargo, me obligo a olvidarme de eso; no quiero pensar en él, tengo demasiado que hacer como para perder una pizca de energía en ese tema que ya es parte de mi pasado.

Me siento a mi mesa y al poco llaman a la puerta y veo que me traen el desayuno. Que Max haya hecho montar una pequeña cafetería en las instalaciones de la empresa es lo mejor que podía haber hecho por mí: cada mañana pido que me lo bajen al despacho y de este modo como un poco más sano y a las horas que me toca.

—Buenos días, te traigo lo que has pedido.

—No sabes el hambre que tengo ya.

Hago espacio en mi mesa y el chico de la cafetería deja mi té y mi tostada integral con aguacate, tomate y queso fresco sobre esta.

—Qué buena pinta tiene, y además puedo comerlo sin miedo.

—Max insistió mucho en que sea saludable.

Sé perfectamente que, desde que se enteró de que tenía diabetes, además de la ataxia temporal incipiente, muy a mi pesar porque no quería que lo supiera nadie, no ha dejado de preocuparse por mi estado. Creo que incluso la cafetería

la ha montado expresamente para mí. El día que lo supo fue porque me dio una bajada de azúcar y no encontrábamos nada dulce para contrarrestarla.

—Es muy importante para que todos estemos sanos y el rendimiento sea óptimo.

En cuanto me quedo sola no dudo en comenzar a comer y siento que los niveles de mi cuerpo se regulan por sí solos con cada bocado. La energía regresa a mí, y empiezo a trabajar sin parar durante muchas horas, las suficientes como para que nada de lo que tengo pendiente para hoy se demore.

Xia pasa a verme en varias ocasiones y juntas le vamos presentando bocetos a Emilia una vez que nosotras los hemos aprobado; por desgracia, ella no da su visto bueno a la totalidad, pero en todo caso logramos avanzar mucho y pasamos unos cuantos a la siguiente fase del proceso. Emilia me pregunta varias veces si sé algo de Max, pero, igual que ella, no he recibido ninguna llamada o mensaje... y no me quejo; al contrario, he tenido la cabeza centrada en lo que realmente es importante.

* * *

—Te estamos esperando. —Miro a Emilia sorprendida y después el reloj que aparece en la pantalla del ordenador, son las ocho de la noche—. ¿Quieres venir?

—No he visto ningún aviso de reunión —pienso en voz alta, pero me pongo de pie y cojo mi portátil para ir tras ella, que ya ha salido hacia la sala de juntas—.

Hola. —Mi voz suena seria, y es que entro en esa estancia sin ganas.

Max está sentado presidiendo la mesa, como acostumbra; a su lado, Jared está escribiendo algo en su teléfono, y Emilia se sienta frente a él.

—Esta reunión debía tener lugar algún día y creo que, llegados a este punto, hay que poner las cartas sobre la mesa. —Me fijo en el rostro de Max, está muy serio, y algo me indica que Jared ha sido sincero con él. Me siento justo a su lado, porque no quiero estar delante y tener la tentación de mirarlo directamente a los ojos—. Como ya sabéis, dejé en vuestras manos la empresa porque Emilia y yo ya nos estamos haciendo mayores y queremos disfrutar de la vida, ya nos

toca. —Se miran y sonríen de un modo especial; por primera vez no veo en ella interés, sino todo lo contrario. El brillo que tiene en este momento en los ojos me recuerda mucho a cómo miraba mi padre a mi madre—. Tenéis el mismo derecho a dirigir esta compañía, y quiero que hoy quede claro que ninguno de los dos es más que el otro. —Me dispongo a replicar algo cuando Max me pide con la mano que espere—. Para mí no han sido fáciles todos estos años. He sufrido mucho, pero nunca he perdido la esperanza de que todo se solucionaría.

—Max, sigo pensando que no es justo que hagas esta partición. Yo no soy tu hija.

—Yo tampoco lo soy. —Giro el cuello para mirar a Jared, que se recuesta en la silla. No me mira, pero yo no puedo dejar de hacerlo.

—¿Qué has dicho? —le pido directamente, aunque no parece que vaya a responder.

—Liv, es una larga historia, una que hemos guardado en secreto durante muchos años y que hace

muy poco que Jared ha descubierto. No soy su padre biológico, aunque lo quiero como si lo fuera.... como a ti, por eso te abrí las puertas de mi casa cuando tu padre nos dejó.

No soy capaz de decir nada, esto sí que no me lo esperaba, y no me quiero imaginar cómo lo ha pasado Jared al enterarse de la verdad. No ha debido de ser nada fácil asumir la realidad.

—Jared, quiero pedirte perdón por si algo que haya hecho te ha podido dañar. —

Emilia es sincera y Jared lo acepta moviendo la cabeza de arriba abajo, asintiendo.

—No somos una familia de sangre, pero sí de corazón, y quiero que todos los problemas se queden en esta sala. Sé perfectamente lo que ha hecho Jared y, si yo soy capaz de perdonarlo, quiero que vosotras también lo hagáis. Es evidente que no actuó de forma correcta y podría haber ocurrido una desgracia, pero la culpa no fue solo suya, yo también me siento responsable.

—Entenderé que no queráis que vuelva a la empresa y aceptaré vuestra decisión sin rechistar. Si no queréis verme por aquí, volveré a irme. —Jamás había oído a Jared tan arrepentido y franco. Está asumiendo todos sus errores... y no solo eso, también está aceptando las consecuencias.

—Creo que la decisión es de Max.

—Es de todos, Liv. Los cuatro somos los socios de Stauffer y, para que funcione como siempre lo ha hecho, debemos estar todos de acuerdo.

—Yo jamás pondré ningún impedimento. Creo que los dos son muy capaces de heredar esta empresa y, si mantienen la filosofía por la que hemos luchado tantos años, hacer grandes cosas con ella. —Max coge la mano de su mujer y la besa, encantado con lo que acaba de decir.

Y yo sigo en shock. Jared no es el hijo de Max y, por tanto, la empresa debería ser exclusivamente de ellos dos, de Emilia y Max, y en cambio están dejándola en nuestras manos porque sí. Me froto las sienes, y es que estoy muy cansada, creo que hasta me está dando una pequeña bajada de azúcar con estas noticias.

—¿Estás bien? —Max se pone de pie y se acerca a mí preocupado, provocando que sea el centro de atención.

—Sí, sí. Estoy cansada, es solo eso.

—Mira qué hora es, deberías comer algo. Te traigo...

—Max, por favor, estoy bien, de verdad. —Lo miro con cara de «te lo ruego, no digas nada más» y, como me conoce tan bien, lo respeta.

Vuelve a su sitio y veo que Jared me observa detenidamente.

—Yo no soy nadie para negarte poder volver a la compañía —me dirijo a él mirándolo a los ojos y, por primera vez desde que ha regresado, él también me mira directamente, y por unos segundos me pierdo en el azul intenso de ellos—.

Pero no pretendas que todo sea como antes. Necesito tiempo para aceptar, para perdonar... y mucho más para olvidar todo lo que ha sucedido.

—Lo entiendo. —Es escueto en palabras y se lo agradezco.

—Tenemos una nueva colección esperando, entregas de clientes particulares y tanto trabajo que será mejor que descansemos para ponernos mañana de nuevo a la tarea. —Max se pone de pie y Emilia lo sigue hasta salir de la sala. Yo, en cambio, me quedo sentada porque necesito unos segundos.

—Liv, ¿podemos hablar? Necesito...

—Aún no, no estoy preparada para saber nada más.

Acepta con un movimiento de cabeza y sale de la estancia dejándome sola. Me quedo ahí unos minutos, los suficientes para que me vea capaz de salir, dirigirme a mi despacho para coger mis cosas e irme a mi piso a descansar.

Capítulo 29

Liv

Os necesito.

Leo el mensaje que ha puesto Amélie en el grupo que compartimos con Xia y respondo de inmediato, diciendo lo que siento con franqueza.

Y yo.

¿Dónde quedamos?

Pregunta Xia rápidamente.

En mi piso, en media hora.

Salgo de la empresa y, tras montarme en la moto, me dirijo hacia mi calle, donde aparco y, al subir a mi casa, llamo al restaurante que tanto nos gusta y pido que nos traigan algo para cenar. Tengo la nevera vacía, así que, aunque quisiera, no podría prepararles nada.

Como tengo todavía unos minutos hasta que lleguen, me doy una ducha rápida y me pongo el pijama para estar lo más cómoda posible.

—Ya voy, deja de llamar así. —Abro la puerta y me encuentro con Amélie aún con el dedo en el timbre y le doy un golpe a la mano para que deje de presionarlo de una vez.

—¡No cierres, que estoy subiendo! —Miramos por el hueco de la escalera y vemos a Xia correr escaleras arriba—. Esperadme, eh.

—Que sí, que estamos aquí.

Al fin entramos las tres a mi piso. Aún sigo con el peine en la mano, que dejo sobre la consola de la entrada, y me siento en la alfombra mientras ellas dejan sus cosas en la entrada y se acomodan en el sofá.

—¡Me voy! —exclama Amélie de pronto, y Xia y yo nos miramos alucinadas—.

¿No vais a decir nada?

—¿A dónde te vas? —le pregunto para intentar comprender lo que está ocurriendo—. Mejor empieza por el principio.

Amélie asiente al tiempo que no puede dejar de moverse; no hay duda de que la tristeza que la tenía abatida ha quedado atrás, y algo me dice que Emre tiene mucho que ver en eso.

—Claro, sí... —arranca a decir mientras se quita los zapatos y se sienta como los indios en mi sofá—. Me llamó Emre y estuvimos hablando un poco. Lo noté muy serio y, aunque no quería hacerlo, al final conseguí que fuese sincero conmigo, le pedí que me explicara lo que estaba pasando.

—¿Qué le ocurre?

—Debe asumir la dirección de los negocios familiares, porque su padre está enfermo, y tiene que hacerlo desde Estambul. Eso no es lo que quería, sobre todo por mí, pero al final...

—¿Te mudas a Estambul? —Xia pregunta con morritos de pena y ella asiente, contenta pero triste a partes iguales.

—Hemos hablado mucho y serán solo unos meses al año. Viviremos en los dos países a la vez.

—Eso es muy bonito al principio, pero llegará el día que tengáis hijos y deberéis asentaros definitivamente en uno de ellos... y no será tan fácil. Además, ¿qué pasa con el tema laboral? —le pregunto, porque sé lo mucho que los ha separado este asunto.

—Emre entiende que no soy la típica ama de casa que espera a su marido con la cocina repleta de platos recién hechos, así que ha aceptado que me encargue de la organización de algunos eventos de forma freelance. Hasta me ha pedido que me encargue del próximo evento de su compañía, en el que formalmente asumirá el testigo de la gestión de la empresa.

—Eso es lo que querías. —Me alegro por ella, porque no solo recupera a su marido, sino que ha ganado esa libertad laboral.

—Nos queremos demasiado como para no seguir luchando... y llevamos una semana negociando, no creáis que ha sido sencillo, pero antepone mi felicidad a romper nuestro matrimonio.

—Y su familia, ¿qué opina? —Xia abre otro melón que apenas habíamos mencionado pero que sabemos que está ahí. Sus familiares no estuvieron nada de acuerdo con que Emre se casara con una extranjera.

—Bueno, ese es un camino lleno de espinas que tendremos que sortear, y no va a ser fácil porque somos muy diferentes. Demasiado. Pero, si él me pone en el lugar que me corresponde, creo que podremos salir ilesos.

—Te vamos a echar de menos —susurra Xia, y confirmo que va a ser así asintiendo, y es que siempre hemos estado muy unidas y a partir de ahora, tenerla tan lejos, no va a ser plato de buen gusto para nosotras.

—A ver, recordad nuestras videollamadas durante el confinamiento... Será igual, y quiero que vengáis, ¿eh? —nos advierte y las dos decimos que sí con la cabeza al tiempo que nos lanzamos sobre ella y comenzamos a reír como tontas.

—¿Habrá más turcos liberales como Emre? —Rompo a reír a carcajadas con la ocurrencia de Xia, y Amélie comienza a reír también—. No os riais de mí, son muy tradicionales. Bueno, será cuestión de buscar y encontrar dónde se

esconden.

—Por cierto, ¿y tú? —Amélie recuerda mi mensaje en el grupo de WhatsApp y me miran las dos expectantes... pero entonces suena el timbre y salgo corriendo a recoger nuestra cena.

—¿Tenéis hambre? He pedido sushi. —Les muestro la bolsa y las dos asienten mientras voy colocando los recipientes sobre la mesa de centro.

No puedo evitar mirar sus platos, todos ellos con arroz, pero yo no debo comerlo, así que me centro en mi plato, sashimi, en el que hay una variedad de pescados.

—¿Quieres un poco? —Amélie me ofrece un rollito de los suyos y niego porque sé que no debo—. No pienses que con la comida nos vamos a olvidar del tema.

¿Qué te ha pasado a ti?

—Ha vuelto Jared —suelta Xia antes de llenarse la boca lo suficiente como para no tener que hablar en un buen rato.

—¿En serio? ¿Cómo ha ido?

—Extraño. —Las dos me miran y esperan a que continúe mi relato, pero no sé ni por dónde comenzar—. No puedo perdonarlo —termino diciendo, porque es lo que siento, es lo que mi cabeza no deja de repetirme una y otra vez.

—¿Qué ha hecho que sea tan malo como para que no puedas olvidar lo qué paso? —Amélie vuelve a preguntar, y no ha dejado de hacerlo desde que regresamos de Sudáfrica, pero no he contado nada. Hasta hoy Jared no ha confesado lo que hizo, nadie más lo ha sabido—. Es que no te entiendo, de verdad.

—Jared fue el responsable de que la mina explotara, lo encargó él. —Lo digo y siento que me he quitado cinco kilos del cuerpo con ello. Creo que guardar ese secreto no me ha hecho ningún

bien.

—¿Qué?! Venga, hombre. —Amélie vuelve a llevarse otro bocado a la boca como si nada.

—Me lo advirtió muchas veces, me repitió en varias ocasiones que destruiría

todo lo que me hacía feliz... y mandó poner explosivos en la mina, de ese modo pensaba arruinar la empresa.

—¿Y qué ganaba él con eso? —me plantea Xia sin comprenderlo, igual que me he preguntado yo durante un mes cada una de las noches que han pasado desde aquel día—. Tía, no lo veo.

—Hoy lo ha reconocido abiertamente. Max lo sabe, y él lo ha perdonado.

—Tiene que haber algo que desconoces, Liv. Jared es como Emre, no está dispuesto a perder dinero alegremente y mucho menos a propósito. —Eso mismo he pensado yo muchas veces, pero esto no iba de dinero, sino de venganza, de odio—. ¿Qué te ha dicho él?

—No lo he dejado hablar. No estoy preparada para escucharlo porque no sé cuán fuerte voy a poder ser, y por suerte él ha respetado mi decisión.

—¿Jared? A ver cuánto le dura... —Amélie comienza a reírse y yo, molesta por lo que acaba de soltar, le quito una bola de arroz y me la como saboreándola como si fuera el mayor placer del mundo—. Tía, como te dé un subidón de azúcar, me sentiré culpable.

—Prometo controlarme —respondo con la boca llena y las dos me miran sonrientes—. No os podéis imaginar lo que es prescindir del azúcar, los hidratos... apenas puedo tomar las cosas que me gustan, como una Coca-Cola o un pastel. De verdad, lo estoy pasando muy mal.

—Hay mil recetas sin azúcar, ahora está de moda hacer dieta, así que, si buscas, encontrarás mogollón de ideas. —Xia, mientras lo dice, lo busca en su móvil y me enseña la pantalla—. Ya tienes el enlace.

—¿Recuerdas que yo y la cocina no nos llevamos muy bien?

Rompe a reír a carcajadas y yo niego con la cabeza, sin prestarle atención.

Continuamos cenando y charlando como siempre, y no tengo duda de que esto lo echaremos de menos, porque, aunque podamos usar aviones y videollamadas, no será lo mismo que estar tan cerca y poder vernos en cualquier momento. Sin embargo, me alegro mucho por Amélie, porque, en realidad, cuando es más feliz es cuando están juntos. Esta ha sido la vez que peor la he visto, incluso he

llegado a pensar que, si no lo solucionaban, no llegaría a salir de la depresión en la que estaba sumiéndose sin darse cuenta.

—¡Oye! —nos grita Xia de repente y la miramos medio somnolientas—.

Mañana es mi cumpleaños, no os olvidéis.

—¿Mañana? —Abro la boca desmesuradamente y miro a Amélie con cara de

«mierda, se me había pasado»—. Mañana no...

—Deja de bromear, que lo tienes incluso agendado en el calendario.

Juro que es así. En realidad, tengo varias notas. La primera, a las nueve de la mañana, en la que he reservado quince minutos, en la que puse «Felicitar a Xia»; a las seis de la tarde, la segunda, que indica «Vete a casa, que llegarás tarde», y la tercera y última es a las nueve de la noche, donde he anotado el restaurante, la hora y que tengo que llevar un regalo.

—De verdad que no lo recordaba y tengo una cena con Max y unos clientes.

—No cuela. —Noto el enfado en su tono de voz y Amélie y yo comenzamos a reír como dos locas.

—¿Cómo nos vamos a olvidar? —le grita Amélie y, aunque se ha tranquilizado, mi broma no le ha gustado nada—. Bueno, vámonos a casa que estoy muerta y esta mujer tiene que descansar porque mañana será un año más vieja y ahora debe cuidar mucho las horas de sueño —sigue con el tono de broma y Xia niega con la cabeza mientras se pone de pie y comienzan a recoger la mesa.

—Dejad eso, que ya lo hago yo. —No me hacen ni caso, siguen metiendo los envases en la bolsa.

—¿Estás bien? —me pregunta Amélie y yo asiento segura. La verdad es que, salvo el cansancio que tengo en este momento, me encuentro perfectamente.

—Mañana nos vemos, cumpleaños. —Le doy un beso en la mejilla y la abrazo con todas mis fuerzas para compensar las bromas que he estado lanzándole.

Sin más, mis amigas salen de mi piso y yo me voy al baño y luego me meto en la cama, pero, tras un rato en el que no dejo de dar vueltas, enciendo la luz de la mesilla de noche y cojo mi cuaderno para hacer dibujos... Anillos, colgantes, mi

nombre y, cuando estoy terminando el suyo, lo tacho con toda mi rabia y dejo el cuaderno en la mesilla, apago la luz y me obligo a dormirme de una vez.

* * *

Los trabajadores empiezan a llegar y se rompe el silencio que había en la empresa desde que he llegado a las siete de la mañana, y es que esta noche casi no he pegado ojo y, para colmo, me he despertado antes de la hora, así que me he arreglado y he venido sin más.

Firmo el documento que Jared me envió anoche y bloqueo el ordenador para salir al pasillo, donde sé perfectamente lo que está sucediendo.

—¡Felicidades! —no dudo en chillarle a mi amiga, que está colocando dos bizcochos sobre una

de las mesas que utilizamos para tener el material de oficina a mano—. ¿Cómo te sientes, viejuna?

Achina los ojos mucho más, casi cerrándolos durante unos segundos, hasta que rompe a reír. No hay duda de que a Xia le encanta celebrar su cumpleaños.

—Muchas felicidades, Xia. —Oigo su voz y me tenso, no puedo evitarlo, pero intento que no se me note, ya que en este instante tengo unos cuantos pares de ojos encima y lo último que pretendo es dar que hablar.

—Esto lo he traído especialmente para ti. —Xia destapa una de las bandejas y, para mi sorpresa, veo un bizcocho de chocolate —. No tiene azúcar ni harinas.

Me ha costado mucho encontrar una pastelería que lo vendan...

—¿Sin azúcar? —interviene Jared sin entendernos y las dos nos miramos de repente.

—Está a dieta, no sé qué imbécil le ha hecho creer que necesita perder peso —se saca de la manga y me río porque ha desviado tanto el tema que se lo agradezco

—. Chicos, que no sobre nada, no quiero tener que llevármelo de nuevo.

—¡Xia, cumpleaños felizzz, cumpleaños felizzzzzzzz! —Max comienza a cantar

y todos lo siguen entre risas.

No hay duda de que el ambiente de esta oficina es muy familiar, y supongo que eso es lo que me gusta tanto. Siempre me he sentido como en casa y por ello, a pesar de todo lo que ha sucedido, no se me ha pasado por la cabeza dejar este trabajo.

Jared no deja de observarme y, la verdad, comienza a incomodarme, tanto que le doy las gracias a Xia por el bizcocho y los dejo a todos charlando mientras comen y beben distendidos y me voy a mi despacho para seguir trabajando; allí pruebo el regalo que me ha traído mi amiga. Imagino que ayer les di un poco de pena cuando me sinceré sobre cómo me sentía teniéndome que cuidar más de lo que hasta ahora debía hacer.

Esto está buenísimo. ¿Estás segura de que no tiene azúcar?

Le mando este mensaje por WhatsApp, pero imagino que aún está charlando con los demás y ni lo ve.

—Liv, ¿tienes un momento? —Alzo la vista y lo veo parado frente a mi puerta

—. Es de trabajo.

—Siéntate, por favor. —Le señalo la silla que tengo delante y veo cómo, sin prisa, se aproxima, se sienta y abre su ordenador portátil, que apoya en el extremo de mi escritorio. Tras esperar unos segundos, vuelve a mirarme—.

Johan me ha pedido que confirmemos que entregaremos en fecha.

—Así es. No queda mucho para terminar el conjunto de joyas, la verdad es que han quedado increíbles. La semana pasada vino su mujer y le encantó. Puedes decirle que no habrá ningún problema con la entrega. —Conforme lo informo parece que no haya pasado el tiempo, ni nada malo entre nosotros, y eso es lo que más miedo me da, el tenerlo delante y olvidarlo todo, perdonarlo sin más.

Saca de su americana un sobre negro y me lo deja sobre la mesa.

—Johan quiere que vayas.

—Lo mejor será que te encargues tú. —Aprieta la mandíbula y noto la decepción en su rostro, pero no quiero que se confunda: que podamos trabajar juntos no significa que vaya a suceder algo más de nuevo entre nosotros.

—Como tú me digas —acepta sin rechistar y hasta me sorprende que no quiera discutirlo más—. Por otro lado, Emilia me ha enviado una lista de invitados a la presentación de la colección, pero la estoy modificando por completo. Quiero modernizar la imagen de la marca, que no solo vengan personas de renombre, sino que muevan masas a través de las redes sociales. Cuando lo tenga cerrado, lo vemos juntos si te parece.

—Esa es muy buena idea, pero no olvides que el mensaje es empoderar a las mujeres, ensalzar su libertad, su profesión y, sobre todo, dejar claro que ninguna tiene por qué esperar que le regalen una joya, sino que ella misma se la compra porque puede y quiere.

—Lo sé, leí el briefing, y no te preocupes que así será.

—¿Todo te parece bien? —Asiente convencido y yo me pongo nerviosa—. Pues añade a seis hombres en pelotas que sirvan los cócteles. —Por fin levanta la mirada en tono de desaprobación, y me doy cuenta de que el Jared que conocía no se ha ido tan lejos—. Ya sabía yo...

—¿Quieres a esos hombres?

—¡Jared, por favor!

Se pone de pie y asiente con la cabeza antes de salir de mi despacho; no intenta hablar conmigo de nada personal, ni tan siquiera saca el tema, y eso sí que no es nada propio de él. Lo normal en Jared sería que me dijera que tenía que acompañarlo a una reunión con un cliente y de ahí acabaríamos comiendo juntos y se haría de noche y seguiría añadiendo planes improvisados con tal de tenerme a su lado como hacía al principio. Tendría esa actitud autoritaria y chulesca que me sacaba de quicio, pero que a la vez me atraía como nunca nadie lo había logrado. Sin embargo, ahora es todo lo contrario, y me desespera y enciende del mismo modo.

Capítulo 30

Liv

—¡Sois las mejores amigas del mundo! —Xia está más que emocionada y nos abraza a Amélie y a mí, sentadas una a cada lado. Estamos junto con el resto de sus amigas, hermanas y primas, que han venido para celebrar su día.

Hemos regresado al restaurante de espectáculos, ese que parece un castillo medieval con cortinas lilas y en el que impera la oscuridad en todas las mesas redondas excepto en el escenario central, donde realizan los shows. En cuanto he puesto un pie en el interior he recordado la primera y única vez que estuvimos en este local. Era su estreno y, cuando llegamos, en la mesa había sitio para cinco comensales aun siendo tres, y apareció de repente con esa mirada inquietante que no dejaba de observarme.

Miro a mi alrededor y veo que el resto de las mesas están llenas de personas desconocidas, hecho que me serena.

—¿Buscas a alguien? —Niego con la cabeza, claro que no..., aunque sí lo hago, porque hoy llevo un día muy extraño, o es que ya me estoy volviendo paranoica y veo cosas que son solamente coincidencias.

El caso es que, tras salir Jared de mi despacho, me he ido a reunir con una de mis clientas más especiales a su casa. Es muy mayor, y por ello siempre me traslado a verla para enseñarle algunas novedades, que suelen encantarle y las compra sin dudarle un instante. Cuando he salido de allí, justo en la cafetería de enfrente, he visto a Jared tomando un café con un hombre. He cruzado la mirada con él unos segundos, pero Jared ha seguido charlando como si yo no estuviera en el exterior. Obviamente he pensado que era una casualidad y me he ido a la oficina a seguir con el trabajo. Más tarde, he decidido ir a comer al casco antiguo de la ciudad y luego he bajado para dar un paseo al borde del lago, y allí estaba de nuevo, comiendo con otro hombre en una terraza. Se lo estaban pasando de lujo

a juzgar por sus risas. He dicho adiós con la cabeza y he continuado de nuevo en dirección a la oficina, donde unas horas más tarde nos hemos cruzado varias veces por el pasillo.

El espectáculo comienza y, como es el cumpleaños de mi amiga, la sacan al escenario y todas, entre risas, la jaleamos, reímos y pasamos unas cuantas horas la mar de divertidas.

—Creo que no puedo beber más. —Amélie se sienta a mi lado aprovechando que Xia está haciéndose más fotos con sus primas—. Mañana vuelve Emre. —

Noto el nerviosismo en su tono de voz y no puedo más que estar muy contenta por ella.

—Me alegro mucho, porque te mereces ser feliz.

—Tú también, amiga. —Me abraza y me doy cuenta de que sí que ha bebido más de la cuenta—. De verdad, si Jared no es tu príncipe azul, espero que muy pronto lo encuentres, porque eres la mejor.

—Uy, uy, uy... —Va a dar un nuevo trago y le quito el vaso—. Es más que suficiente por hoy.

—Anda, no seas aguafiestas. —Se ríe sola—. Necesito ir a hacer pis —suelta llevándose la mano

al sexo y no dudo en acompañarla porque no quiero dejarla sola en su estado.

La sigo hasta el baño y le pregunto si quiere que la ayude, pero responde con un rotundo «no». Entonces cierra la puerta y me cruzo de brazos frente a esta para esperarla.

—¿Liv? —Miro hacia los lavamanos, donde veo a Irma cogiendo papel para secárselas y, tras tirarlo a la papelería, se acerca a mí sorprendida y feliz de volver a verme—. ¡Cuánto tiempo!

—¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿cuándo has llegado?

—Pues mira, esta misma tarde. Jared ha venido a recogerme al aeropuerto y me ha traído a cenar a este lugar, decía que me encantaría —me agarra del brazo con cariño— y es impresionante. Necesitaba desconectar. —Noto que de repente su gesto se tuerce y puedo ver una pena muy grande en sus ojos.

—¿Va todo bien? —Niega con la cabeza apretando los ojos—. ¿Tu padre? —

Asiente pero percibo que le duele hablar de ello—. ¿Has venido con Enok?

—No podía acompañarme, pero, oye, ya que estoy aquí y Jared sé que está muy liado, podríamos quedar mañana o pasado para irnos de compras.

—¿Quién ha dicho compras? —Amélie aparece tras de mí y las dos le sonreímos

—. Yo me apunto a ese plan —nos advierte.

—Irma, te presento a mi mejor amiga, Amélie. —Ambas se dan tres besos para saludarse, tal como se hace en Suiza—. Irma es una de las mejores amigas de Jared —comienzo a explicarle—. Este fue el anillo de pedida con el que estuvimos trabajando antes de volar a la mina. —Irma levanta la mano y las tres lo contemplamos embelesadas.

—¿Cuándo te casas?

—Pues en unos meses si todo va bien. —Se dirige a mí sonriente—. Oye, voy a salir, que Jared va a pensar que me ha pasado algo.

—¿Jared está aquí? —suelta Amélie abriendo mucho los ojos y dirigiéndose a mí, hecho que no le pasa desapercibido a Irma, que me mira apenada. Imagino que su amigo la ha puesto al corriente.

—Sí, estamos cenando juntos. Pues lo dicho, te llamo y quedamos. No estaré muchos días, pero me encantaría verte un ratito.

Respondo que vale, aunque no sé si es lo mejor si lo que necesito es apartarlo de mis pensamientos, pero Irma es muy maja y no se merece un desplante por mi parte.

—¿Los habías visto? —Niega con la cabeza, alucinada porque, no, he mirado varias veces a las mesas de mi alrededor y no los he visto, y creo que, si estuviera cerca, no me hubiese pasado desapercibido—. ¿Vamos a saludarlo?

—Amélie, por favor, no me apetece verlo —le ruego, y ella se encoge de hombros, entendiéndome.

—¡Chicas, que ya sacan el pastel! —La hermana de Xia nos pega un grito que me hace dar un brinco y todo; tiene la misma energía que nuestra amiga, parecen

fotocopias, y Amélie y yo, tras reírnos a carcajadas, salimos del baño para dirigirnos a las mesas, pero no sin intentar localizarlos, saber dónde están, pero no soy capaz de divisarlos en ninguna de las mesas por entre las que cruzamos ni tampoco en las que tenemos más próximas.

—¡Cumpleaños felizzzzzz, cumpleaños felizzz...! —comenzamos a cantar y Xia, más que emocionada, pide un deseo con los ojos cerrados, sopla las velas y nos ponemos a aplaudir. Todos comienzan a comer el pastel. Me ofrecen un trozo pero lo rechazo, y justo en ese instante veo los ojos de Jared clavados en mí. Me quedo paralizada mientras él camina por nuestro lado y, como si nada, se dirige hacia el baño.

—Amiga, tienes un problema muy grande.

—¿Cómo voy a perdonar lo que hizo? —Amélie y yo nos miramos durante unos segundos—. ¿Cómo fue capaz de llegar tan lejos?

—Deja que se explique, puede que así te resulte más fácil sobrellevar lo ocurrido. —Me acaricia la mejilla y asiento porque creo que tiene razón, pues, aunque no sea capaz de olvidarlo, merece poder contármelo—. A veces no todo es lo que parece y nos boicoteamos a nosotros mismos sin necesidad.

—¿Te he dicho que te quiero? —Le sonrío y nos abrazamos con fuerza—. ¡Oye, pero bueno! —Amélie le reprocha a Xia que se meta en medio de nosotras y, sentándose entre las dos, se una a nuestro abrazo—. Prometerme que, aunque esté a miles de kilómetros de vosotras, no me vais a olvidar.

—Prometido —respondemos al unísono y volvemos a abrazarnos.

—Xia, abre los regalos —la animan y nosotras la ayudamos a que se levante para que vuelva a su sitio y comience a abrirlos, uno tras otro... y a cuál más bonito, hasta que llega al nuestro. Es un paquete muy pequeño, pero cuando lo abre se lo lleva al corazón con lágrimas en los ojos. Lo gira y todas gritan

«ooohhhh» cuando enseña el lienzo con decenas de nuestras mejores fotos en blanco y negro impresas.

—Es precioso, chicas.

—Dale la vuelta al cuadro —le indico, y Amélie me aprieta el brazo, consciente de que la sorpresa viene ahora.

Me hace caso y, al girarlo, ve un sobre que abre curiosa... y pega un chillido que paraliza al resto de los presentes en la sala, y entonces comienza a saltar y nuestras risas pasan por encima de

cualquier ruido y de la música.

—¿Qué es? —le pregunta Amélie para que les diga a todas de qué se trata el regalo.

—Una escapada de tres días a París para irnos de compras. —Conforme lee la tarjeta que le hemos preparado, enseña los billetes, tres, uno para cada una, y una tarjeta monedero que eleva mientras baila al ritmo de la música—. Tías, sois lo más.

—Te queremos... te iloviu, baby —chillamos las dos, provocando que las risas se alarguen.

Y la noche continúa, y la diversión no cesa, pero Amélie y yo ya estamos agotadas y decidimos marcharnos antes que las demás, así que nos despedimos de todas y le recordamos a Xia que se apunte en la agenda las fechas, porque tenemos una cita muy importante.

—¿En serio no hay un solo taxi libre en esta ciudad? Debería haber cogido mi coche. —Amélie se queja mientras no deja de moverse para intentar entrar en calor, y es que el otoño está a punto de irse y el frío ya es muy notable por las noches, sobre todo cuando hace un viento como el de hoy.

—El camarero ha llamado para pedirnos uno, pero el primero que pase lo cogemos.

—¡No pasa ninguno! —Noto su desesperación y entonces un todoterreno se detiene frente a nosotras y me quedo parada al ver a Jared al volante. No es su coche, no al menos el que tenía hasta hace muy poco; este es enorme comparado con el deportivo que acostumbraba a llevar.

—Hace frío, subid que os acerco.

Amélie no lo duda y corre hacia la puerta, que abre y de un salto entra sin dudar, pero yo me quedo paralizada. No sé si es buena idea. Me planteo si lo mejor es que me vaya caminando, aunque me digo que con este ventarrón tendré la mala fortuna de que se me caiga un tiesto en la cabeza y me deje peor de lo que ya estoy... así que suspiro con fuerza y accedo al interior.

—¡Vaya viento se ha levantado! —Irma se gira hacia nosotras, sentada en el asiento delantero junto a él—. Menos mal que os he visto porque no podíais esperar mucho rato más.

Jared no dice nada, se limita a pisar el acelerador y comienza a dirigirse hacia la mansión de Amélie, lo sé por la salida que toma en la carretera hacia la autopista y nos alejamos poco a poco del bullicio de la ciudad para adentrarnos en la oscuridad y el silencio de las afueras de Ginebra. Podría decirle que cambiara el rumbo, que mi casa está antes, pero no lo hago... y no sé ni por qué. Puede que realmente tenga ganas de escuchar lo que tiene que decir.

—¿Mañana a qué hora llega Emre? —le pregunta Jared a Amélie conforme nos adentramos en la entrada de su propiedad, y esta, que está medio dormida, duda durante unos segundos.

—Al mediodía, más o menos.

—Ok, lo llamaré.

—Buenas noches, y gracias por traerme, Jared, eres un amor. —Amélie le acaricia un hombro y desciende del coche.

Veo cómo sube la escalera al mismo tiempo que Jared, que hasta que no entra por la puerta no se mueve del lugar.

—¿Dónde te estás quedando, Irma? —le pregunto, porque el silencio que se ha instalado me está poniendo muy nerviosa.

—En... —Lo mira a él seria—... en vuestra casa —suelta con miedo, y me fijo en cómo él tensa los hombros al tiempo que gira el volante y sale de la finca de Amélie para volver a la carretera.

—Es bonita, ¿verdad? —Intento destensar este momento porque no puedo evitar sentir dolor al pensar en lo que podría haber sido y no fue.

—Es increíblemente bonita, el jardín que da a la cocina me tiene maravillada. —

Curvo la comisura de mis labios en una sonrisa porque la entiendo perfectamente, siempre que he ido he sentido esa sensación de bienestar—. No me olvido de lo que te he dicho antes, ¿eh? — Cambia de tema, aunque la tensión que se respira en el coche permanece—. Mañana quiero irme de compras

contigo.

—Tendrá que ser al mediodía. Si quieres, comemos en la zona comercial y me escapo un par de horas de la oficina.

—¡Genial! Si es que eres increíble. —Irma sonríe al tiempo que dirige su mirada al horizonte y vuelvo a ver ese semblante serio que he visto en el baño y se me parte el alma al deducir que su padre está peor. Le preguntaría, pero no lo hago porque sé lo doloroso que puede ser y prefiero no recordarle algo que seguramente quiere aparcarse durante unas horas.

Poco a poco nos acercamos a la que debería ser nuestra casa y siento que el estómago me aprieta como nunca. Y lo hace porque el dolor no desaparece ni merma con el paso de los días, sigue ahí, incesante, recordándome todo lo que ya no tengo y me hacía feliz.

Se para frente a la cancela y necesito respirar un poco de aire, así que bajo la ventanilla y cierro los ojos mientras veo cómo el coche se adentra en el camino que nos lleva a la puerta.

—Irma, voy a llevar a Liv y regreso.

—Claro, aunque no te aseguro que esté despierta cuando llegues —bromea y me estrecha la rodilla con cariño; supongo que es muy visible que no estoy cómoda en este momento. La miro con ternura y nos despedimos hasta el día siguiente.

—Siéntate delante mejor —se dirige a mí por primera vez desde que me he montado delante del restaurante y siento una oleada de calor que me recorre de pies a cabeza, provocando que no sea capaz de pensar con claridad.

—Sí... voy... —Me tiemblan las manos y aprieto los puños con fuerza para que se detengan.

Salgo del todoterreno e Irma me da un abrazo justo antes de encaminarme hacia la puerta del copiloto y me siento al lado de él recordando tantos momentos en los que me he sentido igual que en este instante.

Da marcha atrás y nos alejamos poco a poco de la casa, y no puedo dejar de mirarla, a punto de que se me salten las lágrimas, confusa porque siento pena y, sobre todo, mucho enfado. Demasiado, a decir verdad. Y que no hable no ayuda

en absoluto porque me siento incómoda, tanto que abro un poco el cristal de la ventanilla para poder respirar.

—¿Puedo poner música? —le pregunto, y él asiente con la cabeza sin dejar de mirar la calzada, pero lo conozco demasiado bien y sé que su mente no está en blanco; tiene mil cosas que le rondan por ella, pero no encuentra el valor para hablar.

De repente suena una canción que es mundialmente conocida, Despechá, de Rosalía, y sin darme ni cuenta comienzo a tararearla.

—No sabía que te gustaba ese estilo de música.

—En realidad no me gusta, pero es que es pegadiza —reconozco y vuelvo a sentir esa armonía; no existe el reproche, sino una conversación banal que hasta agradezco y me animo a seguir tarareándola, provocando que rompa a reír en una carcajada—. Y porque estoy muerta de cansancio, sino podría hasta bailarla.

Xia se la sabe de memoria; lleva un mes intentando que grabe un reel con ella, pero me niego a salir por redes sociales haciendo la payasa.

—No eres muy de redes.

—Tú tampoco —le recuerdo, y me doy cuenta de que ese detalle también lo compartimos—. No me gusta que los demás sepan de mi vida.

—No me interesa que los demás sepan de mi vida —me responde casi con una réplica de mi frase, tan solo cambiando una palabra que le cambia el sentido por completo a la oración—. Y mucho menos cuando se trata de algo importante para mí. —Gira el cuello y clava ese par de ojos azul intenso que me penetran hasta las entrañas. No sé si se refiere a mí, pero, sea como sea, ha conseguido volver a conectar... y que el miedo tan grande que tenía se haga realidad.

Capítulo 31

Liv

Detiene el coche frente a la plaza de mi calle y miro hacia mi puerta... pero siento que este es el mejor momento, que es ahora o nunca. Tal y como Amélie me ha recomendado, debo dejar que se explique y pueda comprenderlo un poco más antes de juzgarlo solo por sus actos, aunque

estos pesen muchísimo en mi decisión.

—¿Quieres que hablemos?

—¿Damos un paseo? —propone, pero hace demasiado viento y frío para caminar.

—¿Lo dejas en un parking y tomamos un café en mi piso? —Asiente y mira que no venga nadie para dar la vuelta y dirigirse al garaje más cercano, que es en el hotel más próximo a mi edificio.

Salimos a la calle y la bofetada que me da el viento hace que me tambalee, por lo que él no duda en agarrarme del brazo para sostenerme sin darse cuenta de que notar sus manos es como si me estuvieran quemando viva. Sin embargo, no me aparto ni me retiro, sigo caminando a su lado a paso ligero hasta que llegamos a mi portal y, tras sacar las llaves, abro y acedemos al vestíbulo del inmueble.

—Madre mía, vaya tiempo —me quejo moviendo los hombros, intentando entrar en calor—. Adelante —lo invito a pasar, pero él estira el brazo para que entre yo primero, galantemente.

Subo bastante rápido los escalones, como si tuviera algún tipo de prisa, consciente de que lo único que me ocurre es que estoy muy nerviosa porque sé que esta conversación puede ser un punto y seguido o, en el peor de los casos, un punto final, uno que cerrará un capítulo muy doloroso tras unos más felices en

los que no puedo dejar de pensar en este momento.

—Tranquila, sé dónde va. —Se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero de la entrada, como ha hecho muchas veces.

—¿Cómo quieres el café? —le pregunto mientras yo dejo mis cosas y luego me dirijo a la cocina a preparar la cafetera.

—Uno solo. —Viene a la cocina y abre el armario para coger el azucarero, y frunce el ceño porque no lo encuentra—. ¿No te queda azúcar?

—No —recuerdo que lo tiré cuando llegué del médico con el diagnóstico en la mano. Entre lágrimas, abrí una bolsa de basura y comencé a tirar todo lo que a partir de ese momento no podría comer—, pero tengo un sustituto.

—¿Crees realmente que necesitas hacer dieta? —Su voz es de no dar crédito a lo que está oyendo, pero, como muchas cosas en la vida, no todo es lo que parece.

Creo que él mejor que nadie lo debería saber.

—A ver, nunca está de más cuidarse, y hay mil estudios que dicen que el azúcar no es sano para nuestro cuerpo. —Alza ambas cejas, aún más confuso por mi respuesta, pero no estoy preparada para que sepa la verdad—. Además, ¿qué más te da lo que coma o deje de comer?

—Respeto tus decisiones, claro que sí, puedes comer lo que quieras, pero no necesitas adelgazar

en absoluto. —Conforme lo dice recorre mi cuerpo con la mirada y vuelve a ponerme nerviosa, tanto que torpemente abro y cierro la nevera en busca de la leche de avena, pero no está... y es que también he dejado de comprarla porque no me sentaba muy bien, así que finalmente cojo dos tacitas pequeñas y, una vez que el café ha subido, las lleno y añado un poco de edulcorante saludable y le ofrezco el suyo—. ¿Solo? —me pregunta sorprendido, y no lo culpo: he tenido que cambiar muchos hábitos y costumbres que tenía adquiridas.

—¿Algún problema? —tal y como lo digo me llevo la taza a la boca y él levanta las manos en señal de que no lo tiene.

Coge su taza y da un trago cortito porque quema bastante. Entonces salgo de la cocina con mi taza y el plato de bizcocho que Xia me ha dado esta mañana y lo pongo en la mesa de centro.

—Veo que hay costumbres que sí que no cambian —suelta divertido cuando me siento sobre la alfombra y me quito los zapatos, estirando los dedos de los pies, que siento agarrotados por culpa de los zapatos de tacón—. No quiero, gracias

—me indica cuando le ofrezco un trozo de bizcocho, pero a mí sí que me apetece, a decir verdad, mucho, y no dudo en darle un bocado y cerrar los ojos para degustar el chocolate que llevo tantos días sin probar.

—Está buenísimo.

—Y no tiene azúcar.

—Exacto. —Vuelvo a morder un pedazo mientras él no deja de mirarme en ningún momento—. ¿Por qué lo hiciste? —suelto de repente para su sorpresa, y siento cómo su cuerpo se yergue... y es que no es un tema agradable para nadie.

—Primero de todo quiero darte las gracias por no contárselo a Max, jamás pensé que no lo harías... Podrías haberme denunciado. —Sé que no es fácil para él tener que dar gracias y mucho menos disculparse, pero ambos lo necesitábamos

—. ¿Por qué lo hice? —se plantea a sí mismo en voz alta, repitiendo mi pregunta

—. Ahora mismo nada tiene sentido, pero durante toda mi vida he creído que mi padre me había abandonado, a mí y a mi madre; que, en vez de estar con nosotros, había preferido dejarnos por su amante y que se había dedicado a levantar un imperio sin ser consciente de que un niño pequeño inocente lloraba y gritaba en silencio porque necesitaba tenerlo al lado. Conforme crecí, lo odié...

cada vez más. Pensé horas y horas en cómo vengarme de él, y justo cuando me acerqué y revisé las cuentas de Stauffer, vi la mejor opción. La inversión que había hecho para hallar esos diamantes estaba asfixiando las cuentas de la empresa y, si no se encontraban, sería devastador, la ruina... y yo pensaba que ver cómo caía en picado era lo único que se merecía. —Suelta el aire porque acaba de sincerarse por completo, sin miedo a lo que pueda pensar, como si se sacara del tirón una tirita de una herida que le ha debido de estar sangrando durante mucho mucho tiempo—. Pero apareciste tú, la mujer que había ocupado mi lugar, esa que había visto en casa de

mi amigo y que me había cautivado de tal forma que no pude evitar perseguirte, hacer todo lo posible por estar a tu lado y llamar tu atención. Joder, Liv, me lo pusiste todo patas arriba... Mi orgullo, mi objetivo, todo por lo que había luchado tantos años cada vez tenía menos sentido, porque lo que verdaderamente quería era verte feliz. Y Stauffer te hace feliz, es parte de ti, y yo solo había venido para destrozarlo, hacerlo añicos, pero con ello te rompería a ti y eso me dolía, me consumía por dentro. Y te juro que

dudé cada uno de los días que estuviste a mi lado... No me decidía, hasta que llegamos a África e irradiaste felicidad. —Sus ojos se humedecen y, por ende, a los míos les sucede lo mismo, hasta que una lágrima rueda por mi mejilla, una que divisa y seca con su dedo pulgar, consiguiendo que me rinda un poco más de lo que ya lo estaba haciendo—. Te prometo que fueron los días más bonitos de toda mi puta vida, y lo tuve claro: llamé una y otra vez para que no volaran la mina, pero no me respondían, y enloquecí. La pagué contigo sin tener culpa alguna, porque sabía que, si no lo detenía, te perdería para siempre y por nada del mundo quería que ocurriera eso. Te juro por mi vida que, cuando por fin logré hablar con ellos, pedí que la noche anterior a nuestra visita los retiraran, que no hubiera un maldito explosivo en la zona, pero... —Se le resquebraja la voz y rompe a llorar como no lo había visto hacer nunca—. Cuando te vi en el suelo, envuelta en humo y arena, creí que me moría. No soportaba la idea de que por mi culpa te hubieras lastimado.

—No sabía que decidiste no hacerlo —confieso, y de haberle dejado hablar seguramente lo habría descubierto, pero no lo dejé explicarse. Mi enfado pasó por encima de todo, por encima de la verdad.

—El caso es que pasó, y soy el único responsable. —Se retira las lágrimas de la cara con hastío, me resulta evidente que sigue cabreado consigo mismo—.

Pasaste horas atrapada en una mina por mi culpa, dejaste de caminar por mi culpa... —Me queda claro que, cada vez que se echa la culpa, internamente se está abofeteando para castigarse a sí mismo—. Y todo ese odio que fue creciendo durante años fue por una mentira.

—¿A qué te refieres? —Ahora sí que ha llamado mi atención.

—Max no era mi padre, pero me acogió como tal. Resulta que vino a verme a Alemania varias veces, pero mi madre no dejó que nos encontráramos. También me llamó, pero nunca me lo contaron... y yo fui a él en busca de venganza y lo único que encontré fueron sus brazos abiertos, que me recibieron como si fuera su hijo y me lo ofreció todo: su empresa, su fortuna y un cariño que yo me negaba a aceptar porque creía que era el malo de la película. —Todas las respuestas a mis preguntas se han contestado en este instante. Ahora todo encaja, y me duele que, para que esto haya pasado, Jared haya tenido que sufrir tanto—.

Y, para rematar mi gran actuación, le he jodido la existencia a una de las personas más importantes de mi vida... y lo siento, Liv, te juro que lo siento. He pensado mil modos de recompensarte todo el dolor que te he provocado, pero sé

que no lo hay... que perderte es el único castigo que debo recibir.

—Jared, por favor, no digas eso. Sí, te odié, pero lo hice porque no te entendía.

No encontraba una razón lógica para que actuaras de ese modo. Y yo no permití que te explicaras, que me dijeras que habías hecho todo lo posible por evitarlo, y eso no lo hacen las malas personas, el arrepentimiento dice mucho de ti. Te pido perdón por todo el dolor que te haya podido causar.

—No, por favor, no lo hagas. No soy merecedor de tu perdón, ni tan siquiera tendrías que haberme dejado subir a tu casa.

Se pone de pie, pero yo hago lo mismo y lo agarro de la mano para que no se vaya.

—Te he amado, te he odiado, pero no puedo negar lo que sucede aquí. —Me llevo su mano hasta el pecho para que sienta que mi corazón late con fuerza, indicándole lo mucho que me importa el hombre que tengo delante de mí en este momento—. Jared, te quiero, te quiero como nunca he querido a otro hombre, y odio lo que hiciste, sí, pero me quedo con lo que realmente querías hacer, con lo que intentaste evitar finalmente.

Retiro las lágrimas de sus mejillas con todo mi amor, dejando que sigan rodando, que saque todo el dolor que tiene dentro y que tantos años ha estado guardando para sí. Lo abrazo con todas mis ganas y oigo sus jadeos e hipidos, pero le dejo su espacio; dejo que el hombre autoritario, inaccesible para muchos, llore como un niño en el regazo de su madre, porque ante todo somos personas que nos rompemos, y debemos canalizar ese dolor para que aflore y podamos perdonarnos a nosotros mismos.

—Liv, no soporto la idea de perderte. Solo de imaginarme la vida sin ti...

—Estoy aquí, no me has perdido, pero necesito que me prometas que, cuando haya un problema, lo hablaremos y buscaremos la solución juntos para evitar que vuelva a ocurrir una desgracia como la que podría haber sucedido en la mina.

—Te lo prometo.

Dicho esto, nos miramos durante unos segundos, ambos con los ojos anegados en lágrimas, invadidos por el dolor que en este instante sentimos, pero sobre

todo por haber encontrado el lugar donde todo desaparece, donde ese dolor duele menos, donde la comprensión prima por encima de este, siendo conscientes de que el respeto y el amor son el motor que hace que cada uno de los engranajes funcionen a la perfección.

Me acerco hasta rozar sus labios, que me reciben rápidamente. Mis manos pasean hasta agarrar su nuca con fuerza con la intención de que nunca más vuelva a desviarse del camino, para que siga a mi lado y siendo la persona que tengo ahora entre mis brazos.

—Te quiero —me dice en cuanto se separa de mis labios—. Te amo. —Vuelve a besarme y a apartarse para continuar y dejar salir todo lo que siente por mí—. Tú consigues que sea mejor persona.

Nuestros labios sellan cada una de sus palabras y terminamos abrazados, de pie en medio de mi salón, sin importarnos nada más que el sentir al otro.

—Se va a enfriar el café —digo riéndome y él no me suelta, le importa muy poco el café—. ¿Nos sentamos? —Niega con la cabeza, pero la verdad es que mi cansancio es más que visible, así que, aunque él no quiere, a regañadientes consigo separarme de él y acabo de comerme el bizcocho que me quedaba sobre la mesa.

—Voy al baño un momento —se disculpa y yo me vuelvo a sentar, esta vez en el sofá, y doy un trago al café, pero lo escupo en la taza porque está demasiado frío. Cojo ambas tazas y las llevo a la cocina y entonces capto sus pasos tras de mí—. ¿Qué es esto? —Me quedo paralizada cuando veo que señala mis inyectables de insulina, que están en la nevera—. Liv, dime la verdad, por favor, no quiero más mentiras.

—Es insulina. —Cierro la nevera y lo suelto como si nada, contestando con la verdad al cien por cien, tal y como me ha pedido.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué está en tu cocina?

—Este mes han sucedido muchas cosas que desconoces —comienzo a decir, y se apoya en el quicio de la puerta, impaciente porque empiece a contarlas—. Tengo ataxia temporal de tipo 1, por eso se me paralizó la pierna, pero eso no es lo más preocupante. Soy diabética. Tras una serie de pruebas, me lo han confirmado y tengo que seguir un tratamiento.

—¿Te encuentras bien? —Percibo la preocupación en sus palabras y es lo que esperaba que pasara, por eso mismo lo había ocultado, porque odio ver que sienten pena por mí.

—Estoy bien. Tengo que controlarme los niveles de glucosa, hacer dieta, algo de ejercicio y pincharme cuando me toca. —Se acerca a mí y me agarra la cara entre sus manos—. De verdad, lo llevo muy bien; es cuestión de adaptarse a las circunstancias.

—Podemos ir a otro médico, buscar una solución definitiva.

—No la hay, pero no tienes de qué preocuparte. Estoy perfectamente, comiendo ricos bizcochos sin azúcar —bromeo, pero parece que no le hace mucha gracia

—. En serio, no quiero ver a nadie angustiado por mí; ya lo viví en mi infancia y te aseguro que no quiero que se repita.

—De acuerdo, pero prométeme que contarás conmigo para todo. —Me sube a sus caderas y espera mi respuesta mirándome a los ojos—. No te oigo.

No me lo puedo creer. Puede que muchos piensen que no es comprensible que lo esté perdonando tan rápido, y quizá no lo sea, pues habrá quien opine que lo que hizo fue algo tan grave que no tendría que olvidar, pero saber que hizo todo lo posible por evitarlo me reconforta. Además, descubrir todo lo que ha sufrido durante estos días y aceptar que yo también lo he hecho por no estar a su lado es suficiente para perdonarlo.

—Te lo prometo. —Me da un beso en los labios y sale de la cocina conmigo a cuestas hasta que llega a mi habitación y me deja sobre la cama, donde me acomodo y me muerdo el labio inferior mientras empieza a quitarse la ropa.

—Te he echado de menos, mucho. —Me lanza la camiseta a la cara y me río—.

No sabes lo que han sido tantos días sin ver ese cuerpo desnudo. —Mientras lo dice yo no dejo de escanear el suyo, está tal y como lo recordaba.

—Seguro que has visto otros y mejores que el mío —lo tiento para saber un poco más de lo que ha hecho durante este largo mes de ausencia.

—Te aseguro que no he tenido cabeza ni cuerpo para ver ninguno, y eso sí que es raro en mí. —Me agarra de los pies y, tras tirar de ellos, comienza bajarme los pantalones para deshacerse de ellos, pero no puede porque el botón, que aún está

abrochado, no se lo permite—. ¿Me ayudas? —lo señala y lentamente llevo mis dedos a este y lo desabrocho para que pueda conseguir su fin, desnudarme.

—Jared... —suspiro cuando su aliento topa contra mi sexo y creo que voy a desmayarme.

Cierro los ojos y él abre mis muslos para colarse mejor, me los aprieta con fuerza y lleva su lengua hasta mi sexo, que se humedece por completo. Levanto las caderas en busca de más placer y él me pide calma, pero ahora mismo no la tengo, llevo demasiados días castigada a no sentirlo y ahora lo necesito ya.

Sube las manos hasta mi vientre y comienza a acariciarlo al tiempo que me lame, y no puedo evitar gemir como respuesta. Noto su lengua recorrer mi vagina, subir a mi barriga al tiempo que sus dedos pasean por mi sexo, atrapando mi clítoris, adentrándose en mi interior robándome gritos de placer, preparando mi cuerpo para recibirlo... y eso es lo único que necesito, que me penetre, que su miembro pasee por mi cuerpo como tanto he extrañado estos días.

—Fóllame, Jared —le ruego.

—¿Eso es lo que quieres? —Se detiene y coloca la punta de su pene a las puertas de mi sexo y siento que este se abre para invitarlo a entrar—. Repítelo —me ordena.

Capítulo 32

Liv

—Fóllame.

—¿Así? —De una estocada, se cuela en mi interior y topa contra las paredes de mi vagina, generando una oleada de placer en mí incontrolable—. No me has contestado. —Vuelve a salir de mi cuerpo y mi pecho sube y baja rápido al respirar forzado—. ¿Esto es lo que quieres?

—Sí, y no pares, aunque grite de dolor, aunque me desgarras por dentro, no pares, por favor. —Su sonrisa lasciva tiñe su rostro y, tal y como le he pedido, de la forma más agresiva que sabe, entra y sale, aprieta mis glúteos para profundizar el empuje y gritamos como dos bestias desoladas de dolor, de placer, de lujuria. Mi sexo está empapado y él se desliza con facilidad. Elevo las piernas y las aprieta con fuerza mientras entra y sale y sé que no voy a poder resistir

mucho más, no después de tantos días en los que he soñado con este momento.

Y, como si de una explosión de mariposas se tratara, mi cuerpo, tras unos cuantos espasmos, se rinde, al igual que el de Jared, que deja caer todo su cuerpo sobre el mío; mordiéndome el hombro y yo acariciándole la espalda, permanecemos así unos segundos, los suficientes para recobrar el aliento.

—No te separes de mí nunca más —me ruega en un susurro, aún con los ojos cerrados y la respiración entrecortada—. No lo soportaría.

—Ni yo. —Sé que nuestra relación nunca va a ser un camino de rosas, que siempre chocaremos en algo, y que mi enfermedad me hará plantearme en muchas ocasiones si lo correcto es estar a su lado o dejarlo ir para que sea feliz, pero en este instante no quiero estar en otro sitio que no sea entre sus brazos.

—¡Vamos! —Me coge en volandas, para mi sorpresa, y me lleva hasta el baño, donde me deja apoyar las puntas de los pies en las baldosas del suelo de la ducha

y abre el agua de repente, dejando que el primer chorro de agua fría apague ese calor que hasta ahora emanábamos los dos—. No te imaginas las ganas que tengo de hacer esto cada día, de ducharme contigo, acostarnos en la cama juntos, despertarme a tu lado.

—Jared —pongo las manos en su pecho y lo aparto un poco para que me preste atención—, no voy a irme a vivir contigo, no de momento. —Noto su confusión, pero permanece en silencio—. Necesito tiempo. Quiero estar contigo, pero también quiero estar segura de que lo hacemos bien, de que ambos tenemos nuestro espacio, y sobre todo quiero estar convencida de que no nos vamos a dañar.

—Eso no va a volver a ocurrir.

—Lo sé, y el tiempo lo pondrá todo en su lugar, pero te pido que respetes esta decisión, que no fuerces algo que, si debe pasar, pasará de manera natural, sin ni siquiera darnos cuenta. —Asiente convencido, o al menos respeta mi petición—.

No quiero correr tanto, quiero disfrutar de todo..., de cuando estoy contigo, de cuando estoy a solas, de cuando me quedaría pero debo irme.

—Está bien, lo comprendo y jamás te forzaría a algo que no te hiciera feliz.

* * *

Se me cierran los ojos sin poder controlarlos, y más al sentir sus caricias en mi hombro. No me puedo creer que esto esté pasando, que sea real, que Jared haya vuelto para recuperar lo que dejamos parado en tierras africanas. Ha regresado para respetarme, para aceptar decisiones que he tomado libremente y, aunque para él no sean lo ideal, las consiente y, sin darse cuenta, con eso me está demostrando lo mucho que le importo.

Noto que el colchón se mueve y me giro para ver cómo se levanta.

—¿A dónde vas? —Mi voz suena perezosa.

—Creo que ya es hora de volver a... —va a decir algo, pero se queda callado—

... a mi casa —termina la frase, y sé perfectamente lo que iba a decir.

—¡Quédate, por favor! —Estiro mi brazo y me agarra la mano—. Hoy te necesito.

—¿Estás segura? —Tiro de él y cae de nuevo a la cama, donde me abraza con todas sus fuerzas y me acomodo de espaldas a él mientras dejo que el sueño me venza entre sus brazos.

* * *

Me estiro y toco la cama, y descubro que estoy sola. Abro los ojos de repente y pienso en si lo he soñado o realmente Jared pasó la noche conmigo. Me froto lo ojos y me miro. Estoy desnuda, tan solo con unas braguitas, así que, sí, fue real lo sucedido ayer. Y entonces sonrío embelesada al recordarlo todo mientras me voy vistiendo y salgo al salón, donde tampoco está. Me dirijo a la cocina y veo una nota.

Buenos días, cariño.

Desearía ver cómo abres los ojos y te estiras entre las sábanas que anoche fueron testigos de nuestra reconciliación, de nuestro amor, pero sé que necesitas tu espacio, tu momento de reflexión, y por ello me he ido a casa.

Tienes un té listo (sin azúcar) y el último trozo de bizcocho de Xia que sé que tanto te gusta.

Nos vemos en la oficina.

Te quiero,

Jared

P. D.: Espero que echas de menos despertar a mi lado.

Sonrío mientras leo su escrito y doy un trago al té; aún sigue caliente, así que no hace mucho que se ha ido, muy a su pesar, pero entregándome todo lo que le pedí la noche anterior. Ese espacio que para mí es tan importante, ese en el que sonrío sola y en el que me doy cuenta de lo mucho que quiero estar con él, aun habiendo cometido errores que parecían imperdonables, pero nada de eso parece ensombrecer lo que en este momento estoy sintiendo por él.

Y de pronto me entran unas ganas tremendas de llegar a la oficina, tantas que, a buen ritmo, termino de desayunar, de arreglarme y de coger todas mis cosas, entre ellas, mi nueva nevera de viaje, donde llevo mi salvación: la insulina que debo inyectarme y que tiene que ir conmigo siempre que pase muchas horas fuera de casa.

* * *

—¿Qué es esto? —le pregunto a Olivia, que ha entrado en mi despacho a toda prisa tras de mí.

—Perdona, Liv. Jared me ha pedido a primera hora que estuviera todo listo para cuando tú llegaras, pero creía que tardarías un poco más en aparecer. —Se me escapa una sonrisa. Cómo no, Jared. Imagino que ha hecho lo mismo que hice yo: leer y leer decenas de webs sobre la diabetes y el día a día. Y una de las cosas más importantes es la de tener la medicina en frío, así que se ha encargado de que tenga mi propia nevera en el despacho.

—Te ayudo, entre las dos terminaremos antes. —Me mira sorprendida—. Venga, mujer, que tengo mucho trabajo. —Entre las dos desembalamos el pequeño frigorífico y lo ponemos bajo el escritorio como si fuera una cajonera más, aprovechando que hay bastantes enchufes disponibles.

—Buenos días. —Asomo la cabeza por encima de la mesa desde abajo, igual que hace Olivia, y vemos cómo entra a mi despacho—. Creo que es muy

importante que lo tengas a mano.

—Gracias. —No puedo hacer otra cosa que agradecerle el detalle que ha tenido

—. En todo caso, dudo que lo llene. Olivia, ya puedes irte tranquila.

—Me llevo todo esto para tirarlo. —Deprisa, recoge los embalajes y mi despacho vuelve a parecer el mismo de siempre.

Jared me ofrece su mano y me pongo en pie para darle un beso de buenos días, ese que me ha faltado esta mañana y que alargamos más de lo que deberíamos estando en la oficina, pero en este instante ninguno de los dos somos capaces de pensar en eso.

—Vaya, sí que son buenos días para algunos. —Xia sonríe y vuelve a cerrar la puerta tras ese comentario que a ambos nos hace reír.

—Voy a guardar mi medicina en mi nueva nevera. Es muy cuca, por cierto.

—Me alegra que te guste.

Camino hasta el armario donde guardo mis cosas y cojo la nevera de tela que me lleva acompañando un mes y le doy a Jared los dos inyectables para que los guarde él, ya que ha sido a quien se le ha ocurrido la brillante idea.

—Listo, ahora ya estoy más tranquilo.

No puedo evitar sentirme querida, y no imaginé, cuando me diagnosticaron, que me pudiera llegar a sentir tan especial por ese motivo. En realidad me planteé que la culpabilidad sería la que teñiría mis relaciones, sin darme cuenta de que, cuando quieres a una persona de verdad, no importan los problemas, los factores externos ni el tiempo que vayas a pasar junto a ella o el dolor tan infinito que provoca cualquier enfermedad; el cuidar al otro es lo único relevante.

—Este mediodía me iré con Irma —le recuerdo, y él asiente; supongo que han hablado esta mañana cuando él ha regresado a su casa—. ¿Cómo está su padre?

—le pregunto directamente porque quiero ser consciente de la situación antes de verla en persona.

—Le queda muy poco. —Noto la preocupación y el dolor en el rostro de Jared.

Sé que la familia de Irma es muy importante para él—. Irma lo lleva muy mal,

no lo acepta y le costará mucho asumirlo. Enok y yo tuvimos que insistir muchísimo para que viniera a pasar tres o cuatro días aquí y desconectara un poco, porque ahora vendrá lo peor... así que un día de distracción con otra chica le irá de lujo, yo no creo que fuera un buen acompañante.

—Será mejor que me encargue yo, pero necesito pedirte un favor.

—Dime.

—Tienes que estar aquí y, cuando Xia tenga un boceto acabado, necesito que Emilia y tú los aprobéis. Eso es vital, no quiero que se retrase nada. Tenemos el tiempo justo para llegar a la fecha.

—Por supuesto, yo me encargo de todo.

—Y si...

—Y si hay algún problema o alguna urgencia, te llamaré. —Cualquiera diría que me ha leído la mente, y me parece hasta gracioso—. Te dejo, que tengo mucho trabajo.

—Jared... —lo llamo cuando está a punto de abrir la puerta para irse, camino hasta él y acaricio su corbata mientras pienso en cómo formular la pregunta—.

¿Estás seguro de querer ser parte de Stauffer?

—Sí, tengo que enmendar cada uno de mis errores, y llevar a esta empresa a lo más alto es lo mínimo que puedo hacer por Max y por todos los que lleváis años luchando por esta marca. —Oír eso me alivia, me hace inmensamente feliz.

—Te quiero —digo vocalizando mucho para que, además de oírlo, pueda leerlo en mis labios.

—Te amo.

Nos damos un tierno beso, uno muy corto pero muy especial, y, ahora sí, sale de mi despacho y comienzo a adelantar todo el trabajo que puedo hasta la hora del almuerzo.

* * *

Como siempre, llego tarde y me sabe fatal. Intento correr todo lo que puedo por las calles de la zona comercial, pero los tacones no me dejan ir más deprisa de lo que ya lo hago. He llamado a Irma y le he pedido que me espere en una cafetería muy mona para que no esté deambulando por las calles pasando frío, pero me siento culpable, así que, a pesar de que siento que me falta el

aliento, no desacelero.

—Lo siento, lo siento, mil disculpas... —Me dejo caer sobre la silla y saco la lengua ante su diversión, pues al verme no puede evitar reírse—. Hace frío, pero estoy sudando.

—No tenías que correr. No tengo nada más que hacer, podía esperar. —Me agarra la mano y nos damos un beso en la mejilla—. Por cierto —comienza a decir con esa mirada de confianza—, ¡estoy muy feliz por vosotros! —No puedo evitar sonreír porque sé que es sincera y que realmente se alegra—. Jared es muy buena persona... cuando deja que llegues al Jared de verdad que muy pocos conocemos.

—Me ha costado. Lo que hizo, Irma, no estaba dispuesta a perdonárselo, no era capaz de hacerlo... hasta que se ha explicado. —Soy muy sincera con ella, porque sé a la perfección que lo sabe todo. Jared lo comparte todo con Irma y Enok.

—Te aseguro, porque lo he visto, que estaba muy arrepentido. No lo ha pasado nada bien. —Me acaricia la mano—. Seguro que tú también lo habrás pasado fatal. Sin embargo, eso ha quedado atrás y ahora solo quiero ver cómo los corazones flotan en el ambiente.

—Eso me gusta más. ¿Dónde has dejado a tu futuro marido? —Ahora mi tono es juguetón, a lo que me responde con un parpadeo de pestañas—. Ains, a eso lo llamo amor.

—Debo decir que, después de tantos años, estoy mucho más enamorada de él. —

Me hincha el corazón saber que aún existen relaciones duraderas; esas que, a pesar del paso de los años, continúan fuertes e igual de llenas de amor que al principio—. Enok lo es todo para mí, y sabe cómo hacerme feliz.

—Irma, qué bonito. Ojalá yo pueda decir eso dentro de muchos años.

—Cuando seamos unas maduritas sexis, tú y yo tomaremos el té viendo a nuestros maridos y recordando esta conversación. —Las dos nos reímos—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto, no podemos perder tiempo —bromeo, y nos ponemos en pie para salir de la cafetería y comenzar a ver tiendas.

Decido no preguntarle por su padre porque no quiero que desaparezca esa sonrisa tan chula que tiene en el rostro.

Irma es una máquina de las compras, jamás había visto a una mujer así de rápida; entra, echa un vistazo a todo, se llena el brazo de prendas y, sin ni siquiera probárselas, se dirige a pagar..., así que en menos de un par de horas recorremos todas las tiendas de la zona y terminamos buscando otra cafetería.

—Allí junto a la ventana, por favor. Me encanta este lugar, es precioso. —Irma me señala la única mesa que hay frente a la ventana y nos sentamos.

—¿Qué les pongo? —nos pregunta una joven muy amablemente.

—Un café con leche sería perfecto.

—¿Y a usted?

—Un café solo. —Me muero por uno, porque necesito cafeína en este momento; ahora que me he sentado, me ha entrado un agotamiento que no sabía que tenía.

—¿No estás cansada? Parece que me hayan dado una paliza —me comenta y asiento dándole a entender que estoy igual, y es que no hemos parado de caminar y estar de pie todo el rato.

—Aquí tienen. —Nos deja los cafés sobre la mesa y le ofrezco un billete para que se cobre, así podremos irnos cuando nos apetezca.

Abro mi bolso y saco el edulcorante que ahora me acompaña en mi día a día, y lo vierto dentro del café para conseguir endulzarlo.

—¿Cómo lo llevas? —Me encojo de hombros—. Es lo que hay, ¿no? Tienes que asumirlo —añade sabedora de que, por mucho que quiera, no tengo más opción

—. Salvando las distancias, me gustaría poder hacer lo mismo con mi padre. Sé que no hay nada que hacer, pero no asumo que dentro de poco dejaré de verlo.

—Sé muy bien lo que es, vi a mi madre sufrir hasta el final... y luego vi partir a mi padre. Ese dolor no desaparece, pero sí que aprenderás a vivir con él, y abrazarás su recuerdo, sus consejos, y formarás una familia preciosa inculcándole todos los valores que él te ha ido transmitiendo durante todos estos años. No es fácil —le acaricio la mano con mucho cariño, intentando transmitirle mi comprensión y mi afecto— y, si necesitas hablar, llorar o simplemente gritar, aquí estoy. Te lo digo de corazón.

—Eres la primera que me dice algo tan duro y bonito a la vez. Estoy harta de oír que es lo mejor para él porque está sufriendo, que dejaré de sentirme mal con el tiempo. Nadie me había dicho que el dolor no desaparecerá, sino que aprenderé a vivir con él.

—Supongo que las personas que te lo han dicho no han vivido algo como nosotras; seguro que lo hacen con todas sus buenas intenciones, pero no saben realmente lo que se siente.

—Gracias por aparecer en mi vida, de verdad. Jared no podría haberse enamorado de otra mujer.

—No seas exagerada.

—Liv, no lo soy, es lo que pienso. Y juntos hacéis un tándem perfecto. No te imaginas lo diferente que es Jared desde que apareciste en su vida. Ojalá lo hubieras hecho mucho antes. — Pierde la vista por la ventana y me fijo en que se queda embobada con un vestido de novia que se ve en el escaparate de la tienda de enfrente.

—¿Te gusta? —Me mira alucinada y me río—. ¿Tienes ya el vestido? —Niega con la cabeza y se me ocurre una loca idea—. Tómate el café con leche deprisa, vamos a probártelo.

—¿Cómo? Mi madre me mata —suelta en una risotada, y yo me bebo el mío de un trago para que vea que voy muy en serio—. El vestido se busca en familia y con amigas.

—¿Y yo qué soy?

—Sí, una amiga, pero solo una. Te aseguro que me matan. —Me pongo de pie y me mira a mí riendo de lo confusa que está en este instante—. ¿En serio, Liv?

—No te he dicho que lo compres, pero ¿por qué no una prueba secreta con tu amiga de Ginebra? Será divertido.

—¡Con una condición! —La miro atenta porque no sé qué es lo que va a decir

—. Me acompañas, tú también te probarás uno.

—¿Yo? Pero si no me voy a casar. —Siento que me queda una eternidad para eso... si es que llega algún día—. Venga, vale, ¿qué más da? No creo que ponerme un vestido pueda hacer daño a nadie.

Capítulo 33

Liv

—¡Irma! —Me llevo las manos a la boca y no puedo evitar llorar de la emoción, y es que ese vestido es perfecto.

—Tía, ¿y ahora qué hago? —Se mira al espejo y comienza a llorar como una Magdalena, sin dar crédito a lo que refleja el espejo—. Me encanta, ¿has visto esta falda? —Hunde los dedos en el tejido y da la sensación de algodón de azúcar—. Liv... —Vuelve a llorar, ahora más fuerte, tanto que la chica que está esforzándose en que encontremos un vestido y así asegurarse la venta se queda paralizada.

—Parece que no te quieras casar. —Se sienta en el suelo de la plataforma y agarro el tul de mi vestido y me siento con ella, mirándonos a través del espejo.

—Claro que quiero casarme, pero... —No es capaz de seguir hablando—.

Quiero hacerlo con este vestido y antes de que mi padre muera. —Cuando lo dice, la pobre dependienta sale corriendo y regresa enseguida con un vaso de agua—. ¿Y si fallece antes?

—¿Y por qué esperáis? Si de verdad quieres que tu padre esté a tu lado ese día, no lo alargues. Da igual el lugar, las personas que estén... si están las que de verdad te hacen feliz.

—Necesito mi teléfono. —Me pongo de pie y, vestida de novia, salgo corriendo hasta la entrada, donde la chica me ofrece el bolso de Irma, y vuelvo hasta ella para dárselo. Saca el móvil, lo desbloquea y veo que llama—. Enok. —Se le nota que está llorando e imagino a su novio preocupado por lo que está pasando—.

Necesito que mi padre sea testigo de mi boda, necesito casarme ya. —No puedo oír lo que le

contesta Enok, aunque supongo que se ha quedado en blanco, y no lo culpo. Oír a tu futura esposa llorando mientras te dice que necesita casarse

antes de que muera su padre no debe de ser nada fácil, porque es algo que él no puede controlar.

—Pues nos casamos ya —oigo que le dice finalmente, y sonrío emocionada porque el amor que se tienen es tan grande que hasta los envidio—. Regresa cuanto antes y vemos cómo lo vamos a hacer.

—Te quiero. —Dicho esto rompe en un sollozo y se me parte el alma al verla así, porque sé perfectamente lo que está sintiendo en este instante—. Vuelvo de inmediato, cogeré el primer avión.

Finaliza la llamada y la chica le ofrece unos pañuelos con los ojos vidriosos.

Está claro que su situación emociona a cualquiera.

—¿Es el vestido? —le pregunta, y ella, aún en el suelo, rodeada de un tul esponjoso que casi parece que se la va a tragar, asiente ante el espejo, convencida de que así es—. ¿Quieres que pongamos un velo?

—Por favor —le pido yo para que Irma pueda tener unos segundos de privacidad

—. ¿Me dejas ayudarte? Quiero estar a vuestro lado y hacer todo lo posible para que vuestro día sea todo lo especial que os merecéis.

—Te necesito a mi lado. —Apenas nos conocemos como aquel que dice, pero nuestra conexión ha sido tan fuerte y pura que me parece que la conozco de toda la vida.

—Pues déjame que me quite este horrible vestido. —Doy unos golpes al tul de flores que la chica casi me ha obligado a probarme y que he detestado nada más verlo.

—Es muy bonito.

—No lo es, míralo bien. —Me pongo de pie y ella se baja de la plataforma para que suba yo y hago unas poses mostrándole lo espantoso que me parece—.

Mejor me cambio ya.

Voy hasta el probador y muy rápidamente vuelvo a estar vestida con mi ropa.

Entonces salgo para ver cómo le colocan el velo, y el vestido se ve completo—.

Estás preciosa, te aseguro que a Enok lo vas a volver a enamorar.

—¿Me lo puedo llevar ya? —le pregunta a la chica y esta asiente, ya que no hay que hacer ningún arreglo, parece que esté hecho para ella—. Estoy loca —se dirige a mí tapándose los ojos y comienza a reír a carcajadas aun cayéndosele alguna lágrima.

—¿Y la vida no está para hacer locuras? Si no, sería muy aburrida.

—Pues tienes razón. —Se da media vuelta para verse la espalda en el espejo y, tras sonreír, suspira con fuerza y se baja de camino al probador. Y yo no dejo de darle vueltas a la cabeza y se me ocurre una idea. Cojo mi teléfono y llamo a Jared.

—¿Cómo va esa tarde de compras? —Es lo primero que dice y me encanta su tono de voz—. ¿Te dará tiempo a cenar conmigo?

—Te necesito —suelto sin contemplaciones, y se calla para que pueda seguir con mi petición—. Irma debe volar a Berlín ya, ¿puedes dejarle tu avión?

—Por eso no hay problema, ahora mismo hago una llamada y lo tendremos disponible. ¿Ha pasado algo?

—Nada malo —lo tranquilizo, porque supongo que se ha temido lo peor—. Y necesito otra cosa, pero ahora no puedo decírtela.

—Liv, me estás poniendo de los nervios.

—Es algo bueno, y te aseguro que te gustará, es mi regalo de bodas a Enok e Irma. —No lo estoy viendo, pero puedo imaginarlo con una sonrisa plasmada en sus atractivos labios—. Me vas a ayudar, ¿verdad?

—Liv, ¿lo dudas? —Sé que mi pregunta era muy absurda, pero quería estar segura de ello, porque, sin él, mi idea no sería posible—. ¿Cuándo vienes?

—Salimos de la tienda y nos dirigimos a tu casa para que Irma recoja sus cosas.

¿Te esperamos allí? —Me contesta que sí y terminamos la conversación telefónica, porque no quiero que Irma se lo espere, quiero de verdad que su boda sea especial aun siendo algo improvisado y sin tiempo debido a las circunstancias.

Pienso en Amélie y le envío un mensaje a toda prisa:

Necesito un favor para algo muy importante. ¿Puedes venir a casa de Jared a las nueve de la noche? Sé que Emre acaba de llegar, puedes venir con él, pero te necesito.

Emre me va a matar, pero si me lo pides así es porque es importante. Allí nos vemos.

Sabía que mi amiga no me fallaría y, de este modo, entre los cuatro conseguiremos algo especial, tanto que Irma se va a sentir la novia más afortunada del mundo.

* * *

Abro la boca muerta de sueño, y es que no hemos dormido en toda la noche.

Hace tan solo una hora que Amélie y Emre se han marchado a su casa, y son las siete de la

mañana. Pero creo que lo tenemos todo, que no nos hemos olvidado de nada. Jared se ha encargado del lugar y del sacerdote que oficiará la ceremonia y, sobre todo, de todo lo que necesita su padre. Amélie ha sido la responsable de la decoración y el pastel, y Emre, por suerte, tiene un amigo dueño de una empresa de catering y han encendido todos los fogones para hacernos el favor. También llamamos a Enok para decirle que hoy busque con Irma un lugar para celebrar el enlace, pero que no concreten nada y que nos hagan llegar los contactos de los invitados, a los que a las seis y media de la mañana les hemos enviado un mensaje con la invitación, indicando el lugar y el día... que es mañana. Solo espero que todo salga tal y como lo hemos imaginado, porque nos hemos esforzado muchísimo por conseguirlo.

—¡Vamos, no me jodas! —oigo gritar a Jared y voy hasta la cocina, donde pasea de un lado al otro mientras habla—. ¿Y quién es la fuente? No me digas que es anónima, porque nos conocemos muy bien y soy capaz de todo por descubrirlo.

—No se ha dado cuenta de que estoy detrás y espero a ver qué está ocurriendo antes de hacer patente mi presencia; no tengo ni idea de qué ocurre, pero no tiene pinta de que sea algo bueno —. Lo sabía. Se lo inventa y lo publicas. ¡Eres un carroñero, pero no te preocupes que esta vida pone a cada uno en su lugar! —

Finaliza la llamada y niega con la cabeza, con cara de incredulidad.

—¿Qué pasa? —Se gira para mirarme y me fijo en la seriedad de su rostro—.

Jared, ¿qué sucede? —Vuelve a negar al tiempo que busca algo en su teléfono y me muestra la pantalla, donde leo un titular: «El heredero millonario de Stauffer traicionado por una cazafortunas». Abro los ojos como platos al ver las imágenes que hay bajo el titular: Jared, en un bar, bebiendo, y yo probándome el vestido de novia... y, justo encima de mi foto, una imagen de Dario dentro de un círculo—.

¿Dario? ¡Pero si no lo veo desde la fiesta de Emre!

—Ya no sabe cómo hacernos daño, pero esta vez no va a lograr que pierda ni un minuto en ella.

—¿Heidi? —pregunto dando por hecho quién ha podido idear esta noticia. No se me ocurre otra cuya vida sea tan aburrida como para que tenga que estar inventando y malmetiendo sobre nosotros.

—¿Quién va a ser? —suelta con desgana—. La foto en la que sales vestida de novia es de ayer, ¿verdad?

Asiento, claro que es de ayer. Justo anoche les expliqué a ellos que del vestido no teníamos que preocuparnos y les conté nuestra locura de probárnoslos.

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme, así que no voy a perder ni un segundo en esa mujer. —Es la verdad. Ahora mismo la empresa va al trescientos por cien, y debemos solucionar unos temas antes de irnos hacia Alemania—. ¿Has hablado con Max?

—Solucionado, nos cubrirán dos días, pero tendremos que estar disponibles en todo momento.

Oigo una notificación de un mensaje en mi teléfono y le muestro la pantalla.

Ya nos han jodido la sorpresa. Y ahora nuestra boda va a estar gafada, no tendría que haber visto el traje.

Siento que te hayan mencionado.

¿Crees que me importa? Hacía tiempo que no me reía tanto, la verdad. Solo espero que estéis bien.

Le envío un audio confirmándole que estoy perfectamente y Jared lo saluda de fondo, consiguiendo que Dario me responda con una serie de iconos que me hacen reír a carcajadas.

* * *

Miro a Jared emocionada al tiempo que acaricio su traje azul marino, que combina con una corbata del mismo tono y camisa blanca, lo que hace que sus ojos y su traje se fundan en uno. Lo agarro con fuerza del brazo cuando veo que aparece el coche de Irma y, justo detrás, una ambulancia, en la que viaja su padre junto con un camillero y una enfermera que estarán a su lado todo el día velando por su salud.

—Ni se te ocurra llorar —le advierto levantando el dedo cuando se dirige a nosotros con los labios encogidos de lo emocionada que está—. Estás preciosa.

—Estrechamos las manos, y Jared le da un beso en la cabeza, más que ilusionado.

Y es que debo decir que no ha descansado en ningún momento desde ayer.

Pasamos por la oficina, cerramos varios temas y cogimos el avión para llegar a este lugar que tanto me ha impactado, donde ellos pasaron muchos años de su juventud, en el que se formaron y aprendieron a ser unos chicos con un futuro prometedor por delante. Jared recordó que Enok se declaró a Irma aquí por

primera vez, rodilla en el suelo en la capilla de su internado, y, tras varias llamadas y una jugosa donación, ha conseguido tener la capilla y el salón disponibles para nosotros.

—No sé cómo os voy a poder agradecer todo lo que habéis hecho por mí.

—Siendo feliz, por vosotros y por todos los que estamos aquí. —Jared la estrecha entre sus brazos y se funden en un gran abrazo hasta que las puertas de la ambulancia se abren y nos dirigimos hasta su padre, a quien bajan con sumo cuidado por la rampa.

—¿Estás bien, papá? —No puedo evitar llorar, y es que su padre está haciéndolo sin poder reprimirse. Supongo que poder acompañar a su hija al altar era algo que ya había dado por perdido—. Si estás feliz, llora, pero quiero que sonrías. —

Irma lo abraza con cuidado y le ofrece la mano que su padre, en un sollozo, acepta y, lentamente, seguidos a unos metros de distancia por la enfermera y con el celador empujando la silla, ambos

vestidos para la ocasión, los acompañan por la alfombra que Amélie ha hecho colocar para que las ruedas de la silla puedan deslizarse perfectamente.

Nosotros, cogidos de la mano, nos adelantamos para avisar de que conecten la música, y veo a Enok junto al altar, con los ojos rojos... y es que creo que hoy no va a haber ninguna persona que sea capaz de retener las lágrimas.

Todo el mundo se pone en pie cuando Irma aparece sosteniendo la mano de su padre y el ramo de calas blancas en la otra y, paso a paso, avanzan en medio de todos los invitados, quienes, aun habiendo sido avisados a última hora, han comprendido las circunstancias y no ha faltado ninguno.

—Está preciosa —pienso en voz alta, y Jared asiente a mis palabras sin dejar de mirarlos hasta que llegan a Enok y el padre de Irma, con muy pocas fuerzas, le entrega la mano de su hija. Esta se agacha para darle un beso y es cuando le dice algo y todo el mundo comienza a llorar porque podemos imaginar las palabras de ese hombre que está a punto de dejarnos y está confiando a su hija al hombre a quien ama y que espera que la cuide como si se tratara de él mismo.

—Cada uno de mis días —le dice nuestro amigo, y vemos cómo el celador coloca la silla al lado de su esposa, que lo estrecha entre sus brazos mientras el sacerdote empieza a leer unos pasajes de la Biblia que hablan del amor, del respeto y de la vida del más allá.

La iglesia está teñida de blanco gracias a los centenares de arreglos florales que se comenzaron a poner anoche y que bien entrada la mañana seguían colocando.

Los bancos están adornados con increíbles lazos de tela blanca que seguramente tapan alguna inscripción que alguno de los alumnos, a lo largo de los años, ha ido grabando.

—Estás impresionante. —Me mira el vestido y sonrío mientras doy gracias a mi amiga Amélie, porque yo ni me había acordado de él. Tenía tantas cosas en la cabeza que se me había pasado por completo mi ropa. Ella llegó al avión cargada con dos bolsas de vestidos, uno para ella y otro para mí, así que de nuevo me ha salvado la vida.

—Tú tampoco estás nada mal. —Apoyo la cabeza en su hombro, sonriente, y me estrecha contra su cuerpo para seguir viendo la ceremonia juntos.

* * *

—¡Ahora! —Le hago un gesto a Jared, que está al otro lado de la puerta, y, cuando salen, explotamos el tubo de pétalos de rosa, sorprendiendo a la feliz pareja que acaba de salir al exterior ya como marido y mujer. Y se besan de nuevo para que todos podamos verlos—. ¡Qué bonito! —no puedo evitar suspirar—. Gracias por todo lo que has hecho, Amélie, creo que ha sido perfecto.

—Tía, apenas los conozco y ya no tengo ni rímel... Por favor, qué familia tan especial. Se ve que van a ser muy felices, y su padre... —A ambas se nos encoge el corazón cuando miramos hacia el hombre de no más de sesenta años que llora en silencio en uno de los extremos.

Los invitados van pasando hacia el comedor de la residencia, donde se va a llevar a cabo el convite y una gran fiesta para celebrarlo, cuando vemos que Irma y Enok hablan con sus padres. Jared me pide un momento y se acerca a ellos para saber qué ocurre. Durante unos minutos, hablan, Irma de rodillas abrazando las piernas de su padre y llorando, al igual que su madre, que no puede evitar sentir una pena terrible al saber que el hombre al que ama está a punto de dejarlas.

Jared me hace un gesto para que me acerque y su padre me mira directamente.

—Gracias a ti ya me puedo morir en paz. —Cuando lo dice me quedo paralizada, y todos me dan las gracias.

—No, por favor, solo quería que fuera algo especial.

—Le has hecho el regalo más grande a mi hija —comienza a toser y la enfermera se acerca para ponerle la mascarilla de oxígeno, y entonces comentan que se lo llevarán al hospital porque han sido demasiadas emociones para él.

Vemos cómo nos dice adiós con la mano y, aunque su madre se iría con él, no lo hace porque su hija necesita tenerla en este momento a su lado.

—Siempre soñé con que Jared encontrara una buena mujer, una que le diera todo lo que su familia no supo darle, y ahora sé que la ha encontrado, y me alegra mucho, porque para nosotros es como un hijo desde que lo conocimos —nos dice la madre de Irma entre lágrimas—. No sé cómo poder devolveros toda la felicidad que hoy nos habéis regalado a nosotros. —Se funde en un abrazo con Jared y yo acaricio su brazo, dándole mi calor y comprensión en este momento tan duro.

—Tu padre está en muy buenas manos y ahora necesita descansar —oigo la voz de mi amiga Amélie—, así que te pido que vivas este día a tope, que seas feliz y disfrutes por él, porque te aseguro que es lo que más le puede hacer feliz. —Irma asiente retirándose las lágrimas de las mejillas, y Enok la abraza y la besa con todo el amor que siente por ella—. Venga, vamos a maquillarte de nuevo.

—Creo que nos hace buena falta a todas —suelto y consigo que se rían, y Amélie saca una caja de pañuelos que ofrece a todo el que quiera.

—Espera un momento, Liv —me pide Jared, y yo me quedo con él mientras todos entran, incluidos los novios, que se van a una sala anexa para volver a acicalarse como deben—. Cuando me dijiste anteayer lo que pretendías hacer, supe lo especial que eras —comienza a decirme al tiempo que estrecha mis manos—. Apenas los conoces, son mis amigos en realidad, pero quisiste ayudarlos como si fueran tu familia. Doy gracias a la vida por haberte encontrado, y te juro que voy a luchar cada día de mi vida por hacerte feliz. —

Sus palabras me emocionan, y más hoy que tengo las lágrimas flojas—. Sé que seré un pesado porque me preocuparé en exceso por ti, que no soy un romántico como Enok, que le dice cosas preciosas cada día a Irma, pero estoy dispuesto a

todo por hacerte feliz.

—A todo, no —le recuerdo, y tras soltar un suspiro de frustración y diversión a partes iguales, me responde.

—A todo lo que esté en mis manos sin hacer daño a nada ni a nadie —aclara, y yo sonrío agradecida por ello—. Y ahora, joder, clavaría mi puta rodilla en el suelo, aquí, donde he pasado mi infancia y mi juventud, pero no me ha dado tiempo a prepararlo... así que de momento solo puedo prometerte que voy a estar a tu lado cuidándote y amándote todo el tiempo que tú me lo permitas.

—Jared, por favor, esto es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás. Y sé que seré una cabezota, una testaruda cuando quiera algo y no lo logre, que pagaré contigo mis malos días o simplemente mi malestar... y por eso mismo te pido perdón por todo ese sufrimiento que voy a ocasionarte, aunque te prometo que, si puedo evitarlo, lo haré. Desde que supe lo de mi enfermedad, pensé que lo mejor era estar sola para que nadie sufriera por mí, pero hoy... hoy he visto en sus caras que el amor es mucho más.

—Cuando amas con todas tus fuerzas, nada ni nadie puede borrar ese sentimiento, aunque duela, pero el amor siempre estará por encima de todo.

—Te quiero.

Me agarra de la cintura y me eleva unos centímetros del suelo al tiempo que me besa y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas antes de volver a entrar, comer, beber y disfrutar de lo que queda del día junto a nuestros amigos.

Capítulo 34

Liv

—¿Qué tal va la vida, tío? —Dario se pone de pie cuando Jared llega y estrecha su mano con la de él.

—¿Me habéis esperado para el café? —nos pregunta y se agacha para darme un beso en los labios.

—Tenía que haberlo immortalizado y sacarme un pastizal por vuestra reconciliación —suelta entre risas, y yo lo miro con cara de muy pocos amigos

—. Sabes que nunca lo haría —se defiende porque estoy a punto de lanzarle a la cabeza el único trozo de pan que queda en la bandeja de la comida—. ¿Qué ha pasado con eso?

—Dos días en todos los medios y listo, porque de pronto la reina ha acaparado las portadas de la prensa de todos los colores —se pitorrea Jared y yo le pongo cara de «no hagas bromas con eso», ya que la pobre mujer ha fallecido—. ¿Qué tal va? ¿Qué te cuentas?

—Pues ando muy liado, la verdad. La nueva startup no me deja ni respirar...

pero le debía esta comida a Liv.

—Hacía meses que me la debías —le recuerdo, y él asiente.

—¿Desean algo más? —nos dice el camarero tras aproximarse, y le pedimos unos cafés.

—Nosotros también llevamos un ritmo de locos. —Me mira a mí y asiento a la vez que suspiro, porque últimamente vivo agotada—. A ver si ya terminamos la nueva colección y podemos cogernos unos días libres.

—Sí... en cualquier isla en la que haga mucho calor y solo tenga que moverme de la playa a la piscina con una bebida servida en un coco en la mano. —Lo visualizo mientras lo digo y parece que les hace gracia, pero lo necesito muy en serio—. Vosotros reíd, pero, cuando lo haga, os moriréis de envidia.

—¿Piensas irte sola?

—Bueno, bueno, creo que yo ya me voy... —Dario hace la broma de ponerse de pie, como si fuera a irse, mientras nos mira fijamente y luego vuelve a sentarse

—. Me alegro mucho de que estéis bien, os aseguro que no apostaba nada por vosotros.

—Muchas gracias. —Me acaricia la mejilla al oír mi tono irónico.

—Estaba claro que había química... ¡Joder!, vaya calentón tuvimos aquella noche —Jared asiente y nos mira a los dos como rememorando—, pero te la llevaste tú. Fuiste el último en llegar a nuestro círculo y va y te llevas a la mejor... Permíteme decirlo. —Se dirige a él para evitar malentendidos.

—Soy un cabrón con suerte. —Pasa su mano por mi cintura y me acerca a su cuerpo para darme un beso en la cabeza—. No creas que ha sido fácil.

—Con Liv, ¿fácil? Amigo, eso ya lo sé desde hace mucho tiempo.

—Estoy delante, hola, ¿podéis dejar de criticarme? Además, os quejaréis de mí...

Asienten los dos con la cabeza.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Pues tenemos que volar a Alemania para entregar unas joyas a un cliente —le explico emocionada y con ese tinte de lascivia que los dos captan al vuelo—.

Una fiesta privada, sexo y muchos diamantes —añado esto último porque es lo que me da de comer.

—Y, por cierto, no podemos demorarnos. —Jared echa un vistazo al reloj de su muñeca, yo lo miro con cara de pena y entiendo que le estoy pidiendo que nos quedemos un poquito más—. No es posible. Tenemos el tiempo justo para tomar el café —me señala al camarero, que se acerca

con estos en una bandeja— e

irnos.

—Si no hay más remedio...

—Si te sirve de consuelo, en unas horas me voy a Chicago, así que tampoco podría quedarme mucho más —intenta animarme, y me percató de lo rápido que nos ha cambiado la vida a todos.

Antes de Jared, mis vuelos eran para disfrutar de unos días de vacaciones.

Ahora, en cambio, podemos estar en cualquier lugar si el cliente va a dejar una buena suma de dinero en la empresa. Está claro que los gastos son más elevados, pero los beneficios también son superiores, así que, sin darme cuenta, yo misma he cambiado mi forma de pensar.

—¿Cómo está tu abuela?

Conforme lo pregunta sonrío porque ayer mismo fui a verla y pasamos la tarde juntas charlando. Le expliqué cómo había ido la boda de Irma y Enok y lloró emocionada al narrarle todo lo sucedido, y es que a cualquiera le pone los pelos de punta. Después regresé a mi piso, para desidia de Jared, que, tras insistir un poco, al final aceptó que no fuera a dormir a su casa.

—Está mejor que yo. —Sonrío porque es verdad; mi abuela es muy activa y muy alegre. Tiene ayuda porque no quiero que esté tanto tiempo sola, pero, en sí, realmente no la necesitaría.

Me pasaría horas hablando con Dario porque es una persona muy abierta y, sobre todo, muy atenta, pero sé que tenemos que comenzar a despedirnos porque, si no, llegaremos tarde... y Johan espera que esta noche todo salga perfecto.

—Lo sé, tenemos que irnos —tranquilizo a Jared, que no para de mirar la hora

—. Dario, tenemos que volver a vernos. En cuanto regreses a Ginebra, a ver si organizamos una cena —miro a Jared y él asiente convencido de ello—, sobre todo antes de que Amélie y Emre se vayan.

—Al final se marchan... Mira que pensaba que no lo harían.

Supongo que Dario creía como yo que Emre ya no volvería a su país, pero, por desgracia, tener que asumir el control de todos los negocios familiares es algo con lo que no contaban.

—No han tenido más opción.

—Lo sé. Bueno, ahora tenemos la facilidad de coger un avión para ir a cualquier parte, así que, si queréis veros, lo haréis. —Me acaricia el brazo mientras me lo dice y no dudo en darle un abrazo a modo de despedida—. Liv, estamos en público... Después nos harán una foto y ya la habremos liado.

—Cállate ya, deja de recordármelo. Cada vez que pienso en esa arpía, me dan ganas de estrangularla. —Hago el gesto con las manos.

—Ojo, que, como te oigan, te detendrán por planear un homicidio. —Pongo los ojos en blanco y Jared le da un abrazo y se chocan las espaldas a modo de despedida—. Disfrutad de lo lindo esta noche, no os niego que me dais mucha envidia.

—¿Me vas a decir que en Chicago no hay ninguna fiesta de estas? —Lo observo de soslayo hasta que rompe a reír en una carcajada, y niego con la cabeza porque lo conozco muy bien.

—Nos vemos pronto. —Jared me agarra de la mano y salimos del restaurante después de que él pague la cuenta, sin darnos opción a hacerlo nosotros, pero, como ya lo conozco, no le doy importancia—. Ya nos recogen. —Me señala el todoterreno y veo que un hombre espera paciente al lado de la puerta.

—¡Adiós, amante! —grito en medio de la calle, provocando que Dario vuelva a morirse de risa, aunque a Jared parece que mi broma no le ha gustado en absoluto—. Hay que reírse de uno mismo, ¿no crees?

No me responde y me hace un gesto para que pase al interior del vehículo y, tras de mí, sube él.

El recorrido en coche es muy corto y la verdad es que me limito a responder correos electrónicos desde el teléfono igual que Jared. Es cierto que no paramos ni un día, y que antes hayamos mencionado unas vacaciones ha sido como ver un rayo de luz al final del túnel.

—¿Crees que podremos cogernos unos días libres tras la presentación de la colección?

—Sí, yo creo que alguno podremos escaparnos. —Lo veo muy convencido, y yo

lo estaría también si no supiera que dentro de un tiempo seremos él y yo los que dirigiremos en exclusiva la compañía.

—¿Y cuando Max y Emilia ya no estén? —No me contesta porque ambos sabemos que nuestras vidas serán todavía más complicadas. Ahora podemos hacer viajes, aunque sean principalmente de negocios, porque ellos están al pie del cañón en el taller—. Ya lo iremos viendo, solo de pensarlo me están entrando calores.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —Vuelvo a sentir que se pone nervioso y baja el cristal de la ventanilla para que corra un poco de aire.

—¡Estás loco! Hace un frío que te mueres, cierra —le pido sacudiendo los hombros, porque el viento que ha entrado ha conseguido calarme los huesos.

—Tenías calor —se defiende.

—Tenía agobio pensando en el futuro. ¿Nunca crees que todo esto nos viene grande?

Se gira para mirarme directamente a los ojos y niega muy seguro con la cabeza.

—Para empezar, vamos a externalizar servicios; con ello abarataremos costes y tendremos apoyo, personas que nos harán la vida más fácil y en las que podremos delegar. Esa será la única

forma de sobrevivir a esa vorágine. Y Max está de acuerdo —se adelanta a añadir antes de que lo contradiga, y es que sabe que la palabra externalizar no me gusta en absoluto. Creo que hacerlo es matar la esencia de un negocio, borrar que las personas se sientan parte de un proyecto, ese ambiente familiar, y seguro que es más barato y nos beneficiará, pero quiero que nos esforcemos al máximo en mantener el alma original de esta empresa.

—¿Amélie ya está allí?

—Sí, lleva todo el día con la mujer de Johan preparándolo todo, y antes ya se habían reunido alguna vez. El caso es que esta le pidió ayuda y, obviamente, a Amélie le encantó que lo hiciera. Seguro que ahora deben estar ultimando detalles.

Sé que va a conseguir que la fiesta en el jardín resulte increíble. No sé cómo lo va a hacer exactamente porque, desde que comenzó a diseñar este proyecto, no

ha querido darme muchas pistas, pero sí me contó que utilizaría la idea que puso en práctica en su mansión cuando hicimos la presentación inicial para Johan.

Evidentemente, todo lo ha consultado y consensuado con la esposa de Johan y entre las dos decidieron cómo iba a ser la velada. Por eso mismo, en cuanto entreguemos las joyas, que han sido custodiadas hasta el avión, Jared y yo seremos unos invitados más... y estoy deseando que sea ese momento y disfrutar de la noche.

Llegamos al aeropuerto y salgo a su lado para caminar agarrada de su mano hacia el avión, y de pronto me doy cuenta de que he normalizado algo que para cualquier persona sencilla de a pie, como era yo hace unos meses, no es habitual ni corriente. Los simples mortales no solemos viajar en jets privados, y mucho menos que sean propiedad de uno mismo.

—Buenas noches, señor Kohler y señorita Müller. —El capitán nos recibe y luego informa a Jared de que el tiempo está despejado y que el despegue está previsto en diez minutos.

Subimos por la escalerilla y al acceder noto el calor de la calefacción en el interior, hecho que hace que esté más a gusto, así que no dudo en quitarme la chaqueta, que la azafata me guarda en el compartimento trasero, y me siento.

—¿Querrá una manta para el vuelo?

—Por favor. —Lo miro a él y veo que está sonriendo—. ¡¿Qué pasa?, me gusta taparme!

—¿Vas a dormir? —Y ahora entiendo lo que le hace tanta gracia—. Pensaba que aprovecharíamos mejor el tiempo.

—Te juro que lo haría, pero, si quieres que esté toda la noche despierta, o descanso un poco o me voy a morir de agotamiento. —Tensa la mandíbula—.

Jared, por Dios, no relaciones mi cansancio con mi enfermedad o que me encuentre mal. Estoy perfectamente, agotada de estas largas jornadas laborales, pero nada más. Deja de preocuparte, por favor. —Sé que no es nada sencillo para él, pero necesito que haga un esfuerzo.

—¿Te gustaría ir a Canadá estas Navidades? —Me sorprende la pregunta, porque en realidad no me lo había planteado, aunque no me parece una mala idea.

—Me muero por viajar y conocer todo aquello que aún no he visto. —Se sienta frente a mí mientras me quito los zapatos y entonces levanta mis pies para masajearmelos—. ¿Habrá masajes en los pies si vamos?

—Los habrá, y mejores. —Consigue captar toda mi atención, humedeciéndome por completo—. Quedan siete minutos para el despegue. —Arqueo los labios en una sonrisa lasciva y tiro de su mano para que me acompañe corriendo hasta el baño, donde, sin perder el tiempo ninguno de los dos, nos deshacemos de parte de la ropa y, tras subir una de mis piernas al lavabo, poco a poco se introduce en mi interior y empuja hacia arriba como un auténtico animal mientras aprieta mis nalgas con fuerza y yo intento agarrarme de donde sea para mantener el equilibrio, y sobre todo para ayudarlo y que ambos nos podamos dejar llevar por la excitación del lugar, de estar a punto de despegar y, sobre todo, de que tras esa fina puerta hay varias personas organizándolo todo para poder irnos a Berlín.

—Joder, Jared... —jadeo, y él me la tapa con una mano para que me mantenga en silencio, pero no puedo, no cuando entra y sale de esa manera.

—No debemos hacer ruido —me recuerda al oído y yo niego con la cabeza.

¡Joder!, no puedo permanecer callada cuando lo único que me apetece es gritar

—. Esto te gusta. —Me penetra y atrapa mi clitoris de forma experta, provocando que mi cuerpo se encienda de un modo en el que apenas me puedo mantener en pie—. ¿Te has quedado sin fuerzas? —Me embiste aún con más potencia y con su otra mano me tapa la boca de nuevo cuando siente que mi cuerpo no lo resiste más y ambos nos corremos como dos bestias enjauladas.

Me miro al espejo que hay frente a nosotros y veo que tengo las mejillas sonrosadas, y hasta tengo calor... tanto que ahora mismo me quitaría el jersey que llevo sobre la camisa, pero sé que en unos minutos el efecto Jared pasará y volveré a tener frío.

—Creo que ahora sí que voy a dormir bien durante el vuelo. —No puedo evitar sonreírle y él me responde devolviéndome el gesto mientras nos limpiamos un poco para volver a salir.

—¡Vamos a despegar, deben sentarse y abrocharse los cinturones ya! —Los golpes en la puerta me asustan y pego un brinco, con la mala fortuna de que le doy un cabezazo en la barbilla y achina los ojos.

—¿Estás bien?

—Maldita sea, me he mordido la lengua.

—¿En serio? Perdona, no quería hacerte daño.

—Vamos fuera o no podremos despegar. —Le enmarco la cara y, con cuidado, le doy un beso en

los labios como si con ello pudiera mitigar su dolor—. ¿Estás lista? —me pregunta antes de abrir la puerta.

Con la cabeza gacha, camino hasta mi asiento, me instalo y me abrocho el cinturón. Muy diferente sale él, siempre con la cabeza bien alta y consiguiendo que las azafatas miren al suelo cuando pasa por su lado.

—¿Aún te duele? —Le señalo la boca.

—No, tranquila, no ha sido nada. Aprovecha y descansa un rato.

—¿Me haces un masaje en los pies? —Le hago morritos y vuelve a cogerlos con ternura para apretar con los dedos algunos puntos que consiguen que mi cuerpo se relaje. No sé dónde ni cuándo ha aprendido a hacerlos, pero no me cabe ninguna duda de que se le da muy bien.

Cierro los ojos cuando el avión comienza a acelerar por la pista y todo se mueve mucho, tanto que no soy capaz de ponerme a dormir, sino que miro por la ventanilla y veo cómo la ciudad de Ginebra queda a nuestros pies y poco a poco va desapareciendo de mi vista, hasta que lo único que tengo alrededor es un azul infinito solo roto por el blanco de las nubes.

—Tengo muchas ganas de llegar. —Me mira atento y me fijo en que él también está exhausto—. ¿Tendremos tiempo para echarnos un rato?

—Dejaremos las joyas y nos iremos a mi ático a descansar hasta la noche.

Oírlo me tranquiliza, porque, si no duermo en una cama varias horas, no me veo capaz de aguantar toda la velada.

Capítulo 35

Liv

—Cariño, despierta... —Su voz suena soñolienta, ha descansado igual que yo, y es que hemos llegado a su ático tras pasar por casa de Johan y nos hemos tumbado de inmediato. Jared siempre parece ser de piedra y que nada le afecta, pero hoy a los dos nos ha vencido el cansancio de todas las horas de trabajo acumuladas—. Está a punto de llegar una chica que te maquillará y peinará.

—¿Por qué? No voy a una boda —protesto aún con los ojos cerrados y siento sus labios en mi mejilla, siguiendo un camino hasta que llega a mis labios y no deja de darme tiernos besos que respondo con más—. ¿En serio tengo que maquillarme y peinarme? Pero si en cuanto entre por la puerta vas a cogerme del pelo y todo se va a ir al traste.

—Al menos debes llegar presentable, habrá gente muy importante. —Noto la diversión en su voz y no entiendo por qué—. Ve a la ducha.

—No quiero. Mira, mejor maquíllate y péinate tú, vas a la fiesta y te espero en la cama. Te prometo que no me moveré de aquí.

—¿Y me vas a dejar solo con esas brujas podridas de dinero? —Abro un ojo, ahora sí que ha conseguido llamar toda mi atención—. Lo sabía, si es que, aunque te hagas la dura, eres una celosilla.

—Sabes perfectamente que no lo soy, pero esas mujeres se creen con tantos derechos que me sacan de mis casillas. —Y de pronto recuerdo a Heidi, pues es una de ellas. Tal como nos dijo Johan, ha invitado a diez parejas a esa fiesta, por eso hemos hecho diez piezas exclusivas... pero me temo que la modelo acudirá porque forma parte de su círculo en Berlín. No lo he preguntado, pero doy por hecho que así será... aunque no me importa. Evitaré en todo momento el contacto y asunto solucionado—. ¿Un poquito más? —Lo abrazo con más fuerza

y no puede negármelo, así que me devuelve el abrazo y durante unos segundos perdemos la noción del tiempo mirándonos el uno al otro.

—Tienes que ducharte, van a llamar a la puerta enseguida. —Hago como si no lo hubiera oído y cuelo mi nariz en su cuello para poder disfrutar de su olor—.

¡Ves! —Su tono de voz es seco y se aparta de mí para disponerse a salir a abrir, así que no tengo más remedio que dirigirme al baño—. No tardes, tienes diez minutos, y me han dicho que no te seques el pelo.

—¿No quieres ducharte conmigo? Así terminamos antes. —Saco la cabeza para que me vea mientras lo invito a una ducha y camina hasta mí.

—Sabes que, si entro contigo, no vamos a salir en diez minutos y, además, esa mujer cobra por hora.

—Vaaaale, voooooy. —Alargo las vocales divirtiéndolo bastante, pero no consigo que me siga. Sale de la habitación y me deja a solas para que comience a ducharme.

Al mirarme al espejo veo un rostro descansado, incluso inflamado del sueño tan profundo del que me acabo de despertar, y es lo que necesitaba. Abro el agua y, en cuanto ha cogido la temperatura idónea, no dudo en lavarme rápidamente para no hacerlos esperar más de lo que ya han hecho.

Tal y como me ha indicado, sin secarme el pelo, salgo en albornoz y con el cabello enrollado en una de las toallas del baño. Voy hasta el salón, donde la chica, al verme, me hace un gesto para que me aproxime, pero yo no puedo más que mirar la mesa, donde ha dispuesto una cantidad excesiva de maquillajes.

—¿Comenzamos? Jared ya me ha comentado que tu vestido es negro. —Asiento como si lo supiera, pero en realidad no tengo ni idea; es más, con el cúmulo de trabajo que he tenido, ni siquiera había pensado en ello—. Aprovechando eso, quiero que tus ojos brillen y destaquen como auténticas joyas. —Me muestra una sombra de ojos plateada y frunzo el ceño confusa—. Tranquila, estará difuminada con negro.

No sé si me tranquiliza, pero la dejo hacer, ya que es la experta. Extiende crema en mi rostro y comienza a trabajar la base. Estoy tan relajada que siento que mi mente vuelve a apagarse hasta

el punto de darme cuenta de que me estoy quedando dormida, pero de repente llaman a la puerta principal y el sonido hace

que dé un pequeño respingo sobre la silla.

—Perdón. —Abro un ojo y veo cómo niega con la cabeza mientras sigue con su trabajo, ahora aplicando las sombras en el otro ojo.

—¿Alguna vez te has puesto pestañas postizas? —Me muestra una pequeña caja.

—Sí. No suelo usarlas, pero en alguna ocasión más especial las he llevado. Si quieres, no me importa.

—Genial. —Continúa coloreando mis ojos con las sombras y, tras ponerme el rímel, me las pega —. Vaya cambio... —Parpadeo unas cuantas veces para acostumbrarme a ellas y estoy deseando mirarme al espejo.

* * *

Me ofrece su mano y no puedo evitar mirarlo de arriba abajo. Está impresionante con ese traje de chaqueta negro y camisa del mismo color, resaltando sus ojos como el mar y su tez clara. Me agarra con fuerza para que salga del coche con seguridad y, nada más ponerme de pie, siento su mano clavada en mi espalda desnuda. Jared se ha encargado de todo; aún no sé cómo es capaz de hacerlo, pero, una vez más, tenía preparado un vestido sobre la cama, precioso, de dos piezas. Es perfecto para la ocasión, con una falda larga vaporosa y la espalda desnuda, aunque en unos momentos se cubrirá por una joya de gran valor que hemos estado diseñando y creando expresamente para este momento.

—No voy a poder apartarme de ti en toda la noche —me susurra al oído—. Es más, creo que vamos a volver al coche y te voy a follar ahora mismo, en este instante.

—¡Jared, bienvenidos! —No puedo responderle porque Johan se me adelanta y viene hasta nosotros para saludarnos—. ¡Liv, impresionante, brillante, creo que eres la mejor vestida de toda la fiesta! —Se ha acercado un poco más para decir esto último para que solo yo pueda oírlo.

—Gracias.

—Tu amiga ha creado una fantasía. —No da crédito a juzgar por sus gestos de entusiasmo, aunque, la verdad, viniendo de Amélie no me sorprende—. Venid, lo que vais a ver os sonará ligeramente... pero francamente muy mejorado.

—¿Tienes frío? —Jared se dispone a quitarse la chaqueta cuando lo agarro del brazo para que no lo haga—. Te vas a helar. Yo tengo una camisa de manga larga, tú prácticamente llevas medio cuerpo desnudo.

—En nada entrará en calor —suelta Johan, y Jared parece que no lo ha oído o simplemente no quiere hacerlo.

Camino prendida de su brazo y me siento como una modelo. La falda de tul es completamente transparente y de corte princesa, y la parte de arriba es un body que tiene todo el escote de la misma tela de tul. Además, el maquillaje es increíble. Cuando la chica que me ha maquillado y peinado ha puesto el espejo delante de mí y me he visto con ese moño bajo y brillos en el pelo, del mismo tono que mis ojos, que parecían el doble de grandes y luminosos, como si se tratara de un espejo, me he quedado sin palabras.

Nos adentramos directamente en el jardín por el lateral de la mansión y veo que, cada metro y medio aproximadamente, hay un cuenco de fuego que calienta el pasillo que han creado, y una plataforma con una mujer desnuda pintada por entero, simulando ser una figura de mármol oscura con vetas blancas. La idea del fuego me parece de lo más ingeniosa, porque hace mucho frío y esas pobres modelos deberán estar horas ahí paradas. Además, ya no noto el ambiente helado de antes, y ahora entiendo por qué Johan ha comentado que en poco rato entraría en calor: no era por otra cosa que por el fuego esparcido estratégicamente.

—¿Has visto? —Cuando por fin llegamos al jardín, nos quedamos boquiabiertos por el conjunto. Fuego en cada uno de los rincones, y el agua de la piscina, sobre la que también hay algunos fuegos sobre estructuras, debe de estar muy caliente, porque el vapor se eleva casi llegando a tapar la visión del agua—. Amélie es increíble. —Jared asiente porque en realidad ha creado un lugar mágico.

Los camareros solamente llevan puesto unos tirantes de cuero sujetos a unos tangas de piel mientras sirven unos pequeños vasos a los asistentes.

—Liv, espero que te guste. —Me guiña un ojo porque hay más personas alrededor y no quiere que los demás sepan que yo conozco lo que hay en las cajas que está entregando, junto a su esposa, a cada una de las mujeres invitadas

—. Jared, haz tú los honores.

Le ofrece una caja y al abrirla veo la gargantilla en forma de collar de tortura de oro y brillantes del que cuelga una cadena y termina en una flor compuesta por pequeños diamantes engarzados.

—Sé que este era tu preferido —me susurra Jared. Ya me dijo hace tiempo que podía elegir y sin duda lo ha comentado en algún momento con su amigo.

—¡Lo has recordado! —Sonrío mientras Jared se encarga de ponérmelo al cuello, y estiro la espalda al sentir el frío de la cadena rozarme la piel de la espalda.

—Me esforcé mucho por venderte la idea —le comento a Johan.

—Y todo, absolutamente cada detalle, es impresionante.

Mira a nuestro alrededor, igual que nosotros, cautivado por el fuego, por las mujeres desnudas con aspecto de mármol que no mueven ni un milímetro de su cuerpo.

—¿Quieren una bebida?

—¡Está caliente! —exclama Jared tras probarla y mira a la mujer de Johan, que ríe ante su sorpresa—. Habéis pensado en todo.

—Amélie lo ha hecho —comenta antes de hacernos una reverencia, y luego se va a saludar al resto de los invitados.

Entonces otro camarero se acerca a mí y me indica que le han pedido que me entregue una nota, que cojo sin dudar.

—¿Qué es? Conforme me pregunta me encojo de hombros y abro el papel, que está doblado varias veces y leo en letra impresa: «Los platos especiales para ti son los negros».

—Habla de la comida.

Sonrío como Jared, que se asoma por detrás de mí para leer la nota y ambos nos fijamos en que, en las mesas, hay dos tipos de platos: negros y dorados. Mi

amiga se ha encargado de separarlo por colores para diferenciar así la comida que puedo ingerir sin miedo a lo que llevarán.

—Dichosos los ojos. —Se abalanza sobre Jared para darle un beso en la boca, pero él retrocede un paso y la agarra del brazo con bastante fuerza—. ¡Qué rápido te olvidas de las viejas amigas!

—Heidi, ya has hecho suficiente, así que, por favor, tengamos la fiesta en paz.

—La verdad es que podrías haber diseñado algo más espectacular —se dirige a mí al tiempo que se toca la gargantilla que lleva puesta y miro hacia otro lado porque no pienso dedicarle ni un segundo de mi atención—. Pasadlo bien.

Se va tan tranquila y los dos nos miramos alucinados. Aparece como si nada, como si no hubiera hecho algo contra nosotros, pero supongo que es parte de su personalidad, que no le deja ver más allá de su egoísmo y egocentrismo. Le hago un gesto para que nos encaminemos hacia una de las mesas y sonrío al confirmar lo que mi amiga ha hecho por mí: hay comida diferente en los dos tipos de platos, y me ha indicado que los negros son aptos para mi diabetes, y la verdad es que hay cosas riquísimas.

—Esto está delicioso —comento después de probar una tartaleta de salmón con una crema muy sabrosa—. ¿Quieres? —Abre la boca y le doy un poco, lo que me parece un gesto tan sexy que no se imagina lo mucho que me está encendiendo en este momento.

—No me mires así.

—Así, ¿cómo?

—Como cuando estoy entre tus piernas y no quieres que pare de lamerte. —

Trago el trozo del segundo canapé a punto de ahogarme y cojo uno de los botellines de agua que hay sobre la mesa para hacerlo bajar. Entonces su mano se cuela entre el tul y lleva su dedo hasta

la entrada de mi sexo, y automáticamente miro al camarero, que me sonríe sin ser consciente de lo que está ocurriendo en este instante bajo las finas telas de mi vestido. Su dedo pasea por mi vagina como si nada, activando cada una de mis terminaciones nerviosas

—. Dime que me detenga y lo haré —me susurra al oído, y apoyo ambas palmas de las manos sobre la mesa para poder controlarme, pero, lejos de avergonzarme, niego con la cabeza porque deseo que continúe—. Siempre comenzamos juntos.

—Y terminamos juntos —acabo la frase que tan bien define nuestras relaciones sexuales en grupo.

Miro hacia delante y el chico que estaba frente a la mesa para ayudar a servir ha desaparecido sigilosamente, y puedo que pensara que molestaba, pero no lo hacía; es más, la sensación de tenerlo ahí me gustaba mucho más.

—Quiero que te corras en silencio —vuelve a susurrar, y de nuevo siento una oleada de placer con cada una de sus palabras—. Liv, eres mía, joder, y quiero que todos lo sepan.

Miro a nuestro alrededor y observo a los demás invitados; algunos están charlando, otros besándose unos a otros. Casi nadie ha podido esperar más, porque sin duda el ambiente es idóneo para ello. La luz y el calor que despiden el fuego, la oscuridad de la noche rota por los finos brillantes que se ven en los cuellos, las estrellas en el cielo...

Jared me coge en volandas y me sienta sobre el borde de la mesa, sin importarle la comida que hay detrás, abre mis piernas y estira del body para que los botones se abran y liberar mi sexo. Se pone de rodillas y, tras apartar el tul que casi lo tapa por completo, lleva su lengua hasta mi sexo, consiguiendo captar la atención de todos cuando su mano asciende hasta mi pecho y lo libera de la fina tela que lo cubría, y yo no puedo evitar gemir de placer. Hombres y mujeres me miran; todos ellos están excitados, deseosos de participar, pero no lo hacen porque Jared aún no ha dado la señal. Y es que los hombres llevan puesta una pulsera que se ilumina para avisar al resto de que pueden unirse; eso es algo que no había visto hasta ahora en este tipo de fiestas, pero que me ha parecido muy práctico cuando me la ha mostrado en el coche, junto con las indicaciones de la tarjeta que la acompañaba.

Curvo un poco más la espalda para que el contacto sea aún mayor, y siento que mi estómago se contrae. Aprieto con las manos los bordes de la mesa con tanta fuerza que creo que me voy a partir alguna uña, pero en este instante lo único en lo que puedo pensar es en lo que me está haciendo sentir con su lengua y sus dedos, en cómo estoy a punto de explotar contra sus labios, y supongo que eso es lo que más le gusta, tener el control.

—Jared...

—No te resistas, dámelo todo, mi amor. —Cuando me lo dice, sonrío y fijo la

vista al frente, donde justamente está Heidi mirándonos de soslayo con esa cara de malicia, de odiar lo que tiene delante, y la observo fijamente cuando abro la boca y jadeo de placer, mostrándole que Jared está dándome uno de los mejores orgasmos de mi vida mientras ella es testigo de ello desde la lejanía.

Jared se pone de pie y con los labios empapados de mi deseo acaricia los míos, y puedo oler a sexo, a pasión, y se los chupo lentamente, recorriendo cada centímetro de su contorno, sabiendo que muchas están deseando hacerlo, pero en este instante tanto él como yo somos solamente nuestros, y así seguirá hasta que ambos decidamos lo contrario.

Siento algo frío en mi escote y veo cómo una salsa comienza a deslizarse entre mis pechos y me mira a los ojos, apenas a unos centímetros el uno del otro, y ambos le echamos un vistazo a la pulsera que lleva en la muñeca derecha y que eleva para que sea yo quien la active. Se la desabrocho y, tras doblarla despacio, sin dejar de mirarnos, vemos cómo el naranja se ilumina, haciendo juego con la luz del fuego que tenemos a nuestro lado. Luego se la vuelvo a poner.

—Disfrute de la fiesta, señorita Müller.

—Espero que usted lo haga la mitad que yo, señor Kohler. —Le guiño un ojo y otras manos agarran mi cintura y veo cómo retrocede unos pasos y deja que otro de los hombres lama la salsa que ha vertido con malicia entre mis pechos.

—Buenas noches, querida. No se imagina lo deliciosa que sabe en este momento. —Por primera vez clavo la mirada en el tipo que tengo delante. Es atractivo; un poco más maduro que Jared, pero con un cuerpo atlético muy bien cuidado—. ¿Quiere comer un poco más? —Veo cómo lleva su mano al plato dorado.

—Solo platos negros.

Se detiene justo cuando lo digo, y dirige su atención solo a los negros, y al final decide coger algo de uno de ellos y me pide que abra la boca.

—Dios. —Se recoloca la erección dentro de los pantalones para sentir alivio, pero no parece lograr su fin. Vuelve a coger otro de los canapés, y esta vez lo pone entre mis pechos y se lo come él.

—¿Has venido a comer solamente? —lo tiento moviendo el tul de mi falda y me coge de la mano para llevarme hasta la cama balinesa donde ya hay otra pareja.

Allí me tumba al lado de la chica, quien al verme llegar me besa en los labios ante la lujuriosa mirada de ambos hombres. Durante el beso, miro al frente, y vislumbro que Jared está en otra de las camas, penetrando a una mujer que grita de placer.

Capítulo 36

Liv

Tengo la garganta seca, y es que no hemos parado desde que hemos llegado hace unas horas. Trago, pero apenas me pasa la saliva, y veo cómo un camarero camina por delante de mí con botellines de agua, así que le hago un gesto para que me dé uno mientras Johan y otro de los hombres con los que me acabo de acostar se dejan llevar a mi lado. Al principio no puedo negar que ha sido raro besar a Johan, lo veía como un cliente, pero poco a poco y gracias a su

comprensión he podido relajarme y disfrutar del sexo como si entre nosotros no hubiera nada más que el placer.

Me bebo el agua por completo y me dirijo desnuda hasta la mesa en la que apenas hay unos cuantos dulces. Dejo el botellín vacío y veo que queda uno en un plato negro y no lo dudo, me lo llevo a la boca... y me parece delicioso, tanto que me planteo si realmente no lleva azúcar, porque me parece imposible que sepa así sin él. Pero lo vuelvo a mirar y compruebo por si acaso que, efectivamente, lo he cogido de uno de los platos negros, los que Amélie ha hecho preparar pensando en mí, así que dejo de preocuparme.

—¿Cansada? —La esposa de Johan se sienta en la tumbona de al lado y me mira de arriba abajo —. Jared es muy afortunado de tenerte, muy a pesar de lo que otras piensan. —Señala con la cabeza hacia la derecha y veo a Heidi acostándose con dos hombres mientras no deja de mirar a Jared, que está recobrando el aliento tras tener un orgasmo. Dirige su atención a mí y se retira el sudor tras guiñarme un ojo.

—Yo también lo soy. No creí que podría tener una relación con alguien que comprendiera este mundo de verdad.

Suelta una risotada y la miro para ver cómo ella también observa a su marido.

—Es más simple de lo que muchos creen; se trata de confianza y querer lo mismo.

Asiento, claro que es así, pero encontrar a una persona que mantenga esas convicciones cuando la relación se afianza no es tan fácil, y sé de lo que hablo, porque eso fue lo que me pasó en mi anterior relación. Al principio todo era excitante, pero se complicó cuando sus celos por si me enamoraba o enganchaba de otro no lo dejaban disfrutar de lo que hacíamos.

Miro de nuevo a Heidi y siento que se me nubla la vista, tanto que tengo que cerrar los ojos un par de veces para volver a ver correctamente, y entonces cojo otro botellín de agua.

—Creo que necesitamos remojarnos. —Jared rodea mi cuerpo con sus manos y le pide permiso a la mujer de Johan para alejarnos hasta el fondo, donde hay varios jacuzzis desde los que sale humo, el agua tiene que estar muy caliente—.

Y terminaremos juntos —me recuerda quitándose la pulsera y lanzándola al suelo antes de sumergirse en el agua y ofrecerme su mano para que haga lo mismo.

El agua está tan caliente que no me apetece moverme de aquí para nada. Voy hasta él, rodeo sus caderas con mis piernas y él aprieta mis muslos con fuerza para sentir mi cuerpo.

—He dejado a la mejor para el final. —Me da un beso en la punta de la nariz y baja hasta acariciar mis labios con los suyos. Siento su calor, su suavidad, y en este momento nuestros cuerpos se fusionan en uno; uno que se conoce, que sabe cómo moverse para sentir esa paz que ninguna otra cosa consigue transmitirnos.

Nos abrazamos reconociéndonos a la perfección, sabiendo que este es el lugar donde debemos estar, porque, por muchos lugares que visiten nuestros cuerpos, siempre regresarán a este, al

especial—. No sé qué haces para volverme tan loco, llevo toda la noche siguiéndote con la mirada, buscándote, excitándome cuando te veía disfrutar. Pierdo la cabeza contigo.

—Creo que ambos llevamos toda la noche haciendo lo mismo. —Parpadeo de nuevo porque se me nubla la vista, me froto enérgicamente los ojos, y me doy cuenta de que ahora veo mucho peor—. ¡Joder!

—¿Pasa algo?

—Necesito ir al baño y desmaquillarme, creo que me ha entrado rímel o sombra en los ojos... no veo bien.

Jared me coge en volandas y sale del jacuzzi conmigo a cuerdas hasta llegar al interior de la casa, donde me deja en el suelo y una chica muy amable nos entrega un par de albornoces.

—¿Ocurre algo? —oigo la voz de Johan, que se acerca a nosotros, aunque apenas puedo mantener los ojos abiertos porque me escuecen mucho y, además, tengo la visión borrosa.

—Necesitamos un baño.

—Claro. La puerta del fondo, ahora mismo aviso a Valentina si no te encuentras bien...

—No es preciso, solo necesito desmaquillarme, nada más. —No quiero molestar a nadie, demasiado show estoy montando ya en este momento.

Voy hasta el baño y, tras mojarme la cara con agua, retirarme las pestañas postizas y eliminar las sombras y el rímel con un papel, siento alivio, pero estoy bastante mareada, no sé qué me pasa. De todos modos, no quiero decirlo en voz alta para no preocupar a Jared, que ha entrado en el baño conmigo.

—Liv, te he traído unas cosas. —Me sabe mal que se hayan molestado, pero acepto agradecida los desmaquillantes—. Estás muy blanca, ¿no? —Mira a Jared y siento que mi corazón se está acelerando porque estoy bastante nerviosa, porque no sé exactamente qué me pasa, pero algo me está sucediendo... y ahora que lo pienso ya llevo un buen rato extraña.

—Estoy bien, de verdad, volved a la fiesta.

Gracias a todo lo que me han traído, me puedo desmaquillar por completo y me pongo un poco de colirio, que también me han traído, en ambos ojos para aliviar el escozor. De pronto siento náuseas, y esta vez no puedo ocultarlas, así que voy hasta el baño y Jared corre tras de mí. Noto su mano en mi espalda y, aunque tengo muchas ganas, no llego a vomitar.

No quiero dar un espectáculo, así que vuelvo al lavamanos y me lavo la cara... y entonces Heidi irrumpe en el baño y nos mira a todos al tiempo que se queda

paralizada. Es lo último que me faltaba esta noche, que me viera en este estado, así que no le presto atención y miro hacia la pared del fondo, pero tengo mucho mareo.

—¿Qué coño es eso?! —Me giro y veo a Jared cogiendo algo de la basura y agarrando a Heidi del brazo para que no se pueda ir. Veo que saca del cubo un papel arrugado y, cuando lo lee, se lleva las manos a la cabeza y ella se refugia tras Johan, que no entiende lo que está ocurriendo. No comprendo nada, no sé por qué está tan alterado, pero me siento en el suelo y me apoyo en la pared con los ojos cerrados—. ¡Eres una puta loca que debería estar encerrada! —le grita con todas sus fuerzas acercándose amenazadoramente—. Tráeme el neceser ahora mismo... —Veo que esto último se lo dice a alguien al teléfono.

—¡Jared, tranquilo! —Johan lo empuja para que se aleje de ellos—. ¿Qué coño haces? Heidi, sal de aquí.

—Llama a la policía y que se la lleven detenida inmediatamente antes de que la mate —le pide Jared a Johan vociferando y yo miro a su mujer sin comprender nada.

—Liv, respira hondo, intenta calmarte.

Heidi me mira muy seria y sale disparada del baño justo en el momento en el que entra el chófer y le entrega a Jared mi neceser. Entonces este se acerca corriendo a mí, me coge un dedo y, tras pincharme él mismo, coloca la sangre en el medidor mientras no deja de maldecirla.

—Estoy bien... —Llevo una mano a su mejilla e intento sosegarlo. No quiero verlo en este estado.

—¿Esto qué significa?! —Me muestra la pantalla del glucómetro y abro los ojos exageradamente—. Liv, ¿es malo? —Se lleva las manos a la cabeza nervioso, pero la que lo está soy yo: ¡que mi nivel de azúcar en sangre está a trescientos ochenta y esos niveles son muy peligrosos!

—Necesito agua. Se estabilizará. Por favor, relájate —le pido, porque ante todo necesito calmarme.

—Tenemos que ir al hospital —interviene Johan—. Trae algo de ropa para que puedan cambiarse, lo más rápido posible —le indica a una mujer del servicio y

alguien me ofrece un botellín de agua, que bebo para luego intentar respirar profundamente—. ¿Cómo lo has sabido?

Jared le muestra el papel a Johan y, cuando lo lee, no lo entiende.

—Dame —le pido, y Johan me lo entrega y lo leo con las manos temblorosas.

Quiero que disfrutes sin miedo a nada. Tus platos son los dorados. Son especiales como lo eres tú. Te quiero, amiga. Amélie.

Es la letra de mi amiga, así que esta sí que es la nota que ella me ha escrito y no la que me han entregado poco después de llegar a la fiesta. Llevo toda la noche picoteando de los platos equivocados, por eso me siento así.

—Tomad, cambiaos rápidamente. —Suspiro y me levanto con la ayuda de dos chicas del servicio, que también me ayudan a ponerme ropa interior y un conjunto de ropa deportiva mientras Jared también se viste—. Es todo nuevo —

comenta la esposa de Johan, pero ahora mismo eso es lo que menos me preocupa.

No he terminado cuando veo a Jared ya listo y avisando al chófer para que arranque ya el motor y luego viene hasta mí para terminar de vestirme. Después me coge en volandas para salir corriendo por la casa en dirección al todoterreno.

—¡Vamos rápido, por favor!

—Jared, estaré bien. Solo me durará un rato, enseguida los niveles volverán a bajar.

—Prefiero que te vea un médico.

No lo discuto, sé que está tan nervioso que de poco serviría, así que me limito a cerrar los ojos apoyándome en su pecho mientras él me besa la cabeza y me repite una y otra vez que todo irá bien.

* * *

—Cambia esa cara, por favor —le ruego por enésima vez desde que hemos llegado al hospital. Los niveles han descendido notablemente y he estado monitorizada desde que he entrado por la puerta y le ha pedido mil pruebas a los médicos sin darse cuenta de que estaba en shock, con un ataque de cólera. Tanto es así que las enfermeras han tenido que atenderlo también a él—. Estoy bien, ahora sí.

—Me he asustado mucho. —Sigue acariciando mi mano. Está sentado al borde de mi camilla y no deja de mirarme con los ojos enrojecidos—. Te juro que si te pasa algo...

—¡Oye, que no me ha pasado!

—Pero podría haberlo hecho y...

—¡Jared! —No le dejo terminar la frase porque necesito que se calme. No quiero verlo de este modo—. Esto puede pasar muchas veces, y tenemos que saber cómo actuar de forma racional y tranquila, a poder ser en casa, sin tener que acudir al hospital.

—¿Y si hubieras estado tú sola? No tenías energía, te ladeabas, estabas mareada y con la mirada opaca —piensa en voz alta. Sé que su mente no deja de darle vueltas a lo mismo—. No es el momento, soy consciente de lo que quieres ahora mismo, pero no puedo vivir sabiendo que estás sola en tu casa y te puede pasar algo. Te lo pido por favor, cuando regresemos, quiero que te mudes conmigo, porque, de verdad, si te pasa algo y no estoy a tu lado, no podré perdonármelo jamás.

—No me va a pasar nada y, si estuviera sola y me sucediera algo, llamaría a una ambulancia.

—Liv, no pienso cambiar respecto a eso. Te daré tu libertad, te dejaré tu espacio, uno para ti sola si es lo que deseas, pero necesito asegurarme de que estás bien y a salvo en todo momento.

Me besa la mano y no respondo nada, ni que sí ni que no, porque sé

perfectamente que ahora mismo nada que pueda decir lo hará cambiar de opinión. Cuando lleguemos a Ginebra ya discutiremos todo lo que haga falta.

—¿Quién es? —le pregunto cuando oigo su móvil—. Cógelo.

—Todo está bajo control, Johan —le aclara lo primero para que se queden tranquilos—. El nivel de glucosa en sangre ya se está estabilizando y se encuentra mucho mejor.

—Pídeles perdón por estropearles la fiesta —le digo, y Jared sonríe; supongo que nuestros anfitriones me han oído a través de la línea telefónica.

—Gracias. Agradezco que por una vez se le pare los pies, porque podría haber sucedido algo muy grave. —Escucha atento; yo no puedo entender lo que le comentan desde donde estoy—. Eso está hecho, nos vemos.

—¿Qué te ha dicho?

—Han denunciado a Heidi a las autoridades. Lo que ha hecho es atentar contra tu vida y no es justificable.

—Quiero pensar que no sabía que las consecuencias para mí podían ser fatales, no creo que fuera consciente de las posibles consecuencias. —No lo digo por defenderla, sino porque nadie en su sano juicio actuaría de ese modo, ni siquiera Heidi. Vaya, eso es lo que espero.

—Es hora de que se asuste y vea que el camino que está escogiendo no es el adecuado.

—Si sirve para que nos deje en paz...

—Creo que va a ser la última vez que Heidi nos moleste.

El doctor vuelve acompañado de una enfermera y, tras hacerme un nuevo control de glucosa en sangre y explicarle a Jared varias veces que ya no corro peligro alguno, me dan el alta.

Me pongo de pie y noto que mi cuerpo es otro; por fin tengo estabilidad y ya no siento ese mareo que no me dejaba ver con nitidez.

—¿Vamos? —lo animo y a regañadientes me coge de la mano y caminamos por los pasillos hasta llegar a la puerta, donde el chófer nos está esperando con el coche.

—Me alegra ver que está bien. —Al tiempo que lo dice, abre la puerta y entramos en el vehículo.

—¿Puedes? —Le hago un gesto para que me desabroche la gargantilla y la coloco en mi mano, observándola detenidamente—. Es la primera que tengo, y la más cara de todas las que hemos creado. Es demasiado para mí.

—No lo es, te mereces mucho más que un colgante... Me has cambiado la vida, Liv. —Pierde la mirada en el horizonte a través de la ventanilla y me estrecha con más fuerza contra él—. No sé qué haría sin ti, mi vida ya no tiene sentido si no estás en ella.

Apoyo la cabeza en su hombro, emocionada, mientras circulamos por las calles de Berlín en dirección a su ático.

* * *

Oigo voces que provienen del salón, son varias. Me levanto de la cama y parece que haya dormido varios días seguidos de lo descansada que me siento. Salgo en dirección al salón vestida con el pijama que me traje en la maleta y veo a Irma y a Enok, que al verme aparecer sonríen, y veo a la madre de Jared entrar en el baño... Creo que ella no me ha visto todavía.

—¿Cómo estás? Ya nos ha contado Jared lo sucedido. —Irma no duda en abrazarme con cariño de inmediato.

—Estoy bien, la verdad. —Jared se acerca a mí con una bandeja de madera en la que lleva cafés y varias pastas—. ¡Qué hambre!

—Espera, que voy a por las tuyas. —Va y viene de la cocina con otro plato, y veo unos muffins con pepitas de chocolate—. Libres de azúcar, y tu leche de avena para el café... aunque últimamente tampoco la tomas, lo sé. —Le doy un

beso, agradecida por el detalle que ha tenido conmigo—. ¿Has descansado bien?

—Demasiado. ¿Qué hora es?

—Las once, dormilona. —Irma analiza los muffins—. Pues no están nada mal,

¿no? Tienen buena pinta. —Coge uno y Jared abre los ojos como si fuera a regañarla—. A mí también me van bien para mantener la línea y no saltarme la dieta.

—Señora Kohler. —Me acerco a ella cuando aparece en el salón y, para mi sorpresa, me abraza cuando iba a darle un par de besos—. Me alegra volver a verla —le digo cuando me suelta y miro a Jared asombrada.

Él no la había vuelto a ver desde que se enteró de todo, y estoy deseando saber qué ha pasado mientras yo dormía para que reine esta armonía entre ellos; en todo caso, no hay nada que me pueda hacer más feliz.

—Dame un beso a mí también. —Estrecho con todas mis fuerzas a Enok y, ya sí, nos sentamos en los sofás para tomar el café y disfrutar de los dulces—. Nunca había visto a este hombre tan preocupado como hoy.

Miro a Jared y no puedo evitar abrazarlo, darle besos en la mejilla y susurrarle al oído varias veces «gracias».

Epílogo

SIETE MESES MÁS TARDE...

Estoy muy nerviosa, y es que por fin ha llegado el día. Aún no me creo que estemos a punto de presentar las joyas de la nueva colección, ¡y por todo lo alto!

Hacía años que la prensa no hablaba tanto de un evento de nuestro sector como lo está haciendo desde hace un mes. Hemos tenido que decretar un silencio absoluto en la oficina para que ningún detalle se filtrara antes de hora, y no ha sido nada fácil.

Me miro al espejo y sonrío al ver mi reflejo; llevo un vestido azul marino ajustado, largo hasta las rodillas. Lo único que brilla son las joyas de Stauffer que tanto Emilia como yo hemos elegido para mostrar en la fiesta; una gargantilla en forma de serpiente con cientos de diamantes, una pulsera y los pendientes a juego. No suelo ir tan arreglada, ni con tantos complementos, pero sin duda es una ocasión especial, así que hemos sacado las mejores piezas que teníamos en el taller. Esta presentación también nos va a servir para promocionar nuestra nueva tienda. Y es que Jared ha decidido que debemos ampliar nuestra marca y llevarla a otros países y estamos a punto de abrir, en pleno Manhattan, una tienda impresionante que hemos elegido los dos, con la esperanza de que todo vaya bien y sigamos expandiéndonos por las ciudades más emblemáticas del mundo.

—Nos han venido a recoger. —Jared entra en la habitación y se acerca a mí mirándome de arriba abajo—. Estás preciosa. —Se coloca detrás de mí y me gusta que ambos vayamos vestidos del mismo color. Hacemos una gran stampa para la foto.

—Tenemos deberes —le recuerdo, y es que la idea de externalizar fue suya, así que ahora tenemos a un equipo de profesionales que nos llevan las redes sociales, tanto las personales como las de la compañía; aunque yo no estaba muy dispuesta a exponer mi vida y hacerla pública tal como querían, al final he

entendido que soy parte de la marca y tengo que deberme a ella, así que he cedido en parte—. ¿Con mi móvil?

—Espera. —Coge el suyo y, al poner el teléfono delante de nosotros, muestra el reloj Stauffer y yo agarro con sutileza su chaqueta para que se vea la pulsera, al igual que ladeo la cabeza para que los pendientes reluzcan como se merecen, asegurándome también de que la gargantilla salga en el plano—. Perfecta.

Escribo el texto y listo. —Trastea en el móvil durante unos segundos y el mío suena con la notificación de la etiqueta.

—¿Nos acostumbraremos a esto?

—Mientras sepamos dónde están nuestros límites y ellos los tengan claros, no le veo problema. —Asiento con la cabeza, porque entiendo lo que dice, es algo lógico—. Tenemos que irnos. —Pone su mano en mi espalda y, tras coger el bolso dorado, en el que he guardado mi teléfono y un pintalabios, salimos de nuestra habitación.

Hace siete meses que, muy a mi pesar, me mudé a su casa. Aunque ahora estoy muy contenta de haberlo hecho, reconozco que sentirme obligada a hacerlo no me gustó nada. El detonante fue el susto que tuvimos en casa de Johan. Jared no iba a permitir que estuviera sola por si volvía a pasar algo así. Intenté que se lo replanteara, que cediera un poco, proponiéndole quedarme solo los fines de semana, pero no sirvió de nada: un día llegué a mi piso y lo encontré completamente vacío; no solo mis pertenencias habían desaparecido, sino también los muebles. Jared sabía que no iba a convencerme tan fácilmente, así que fue más radical que la vez anterior y, cuando entré por la puerta y vi solo las paredes, casi me da algo. Todos mis recuerdos, los muebles de mis padres, las fotos... no quedaba nada, y vine llorando y gritando como una auténtica loca. Le recalqué que no era nadie para obligarme a nada, pero aquella noche fue la primera de todas las siguientes en las que convertí este lugar en mi hogar.

—No te lo olvides. —Alexa, la chica que nos ayuda en todo, corre con el neceser en la mano y Jared lo coge.

—¡Qué haría sin ti!

Sonríe agradecida, pero soy yo la que debo darle las gracias siempre por estar pendiente de la casa, de la comida y, sobre todo, de mi salud. Ese fue el factor decisivo para que Jared la contratara, ya que no es una empleada de hogar

cualquiera, más bien es mi enfermera particular, que, además, ayuda al resto de personal que tenemos contratado cuando no tiene nada que hacer.

—¡Estáis guapísimos! —Se lleva las manos a la boca y los dos sonreímos al tiempo que suena el timbre.

—Te he dicho que nos esperan, llegaremos tarde si no salimos ya. —Conforme lo dice abre la puerta y los dos nos quedamos petrificados al ver a Heidi en la puerta de nuestra casa—. ¿Qué haces aquí?

—Sé que os tenéis que ir, pero necesito deciros algo.

—Si vas a soltar alguna escenita de las tuyas, mejor vete por donde has venido.

—Jared es muy duro, y es que, desde que salimos de casa de Johan corriendo, no hemos vuelto a verla. Sé que hubo un juicio, al que no tuve que asistir personalmente porque Jared se encargó de todo.

—Dale unos segundos. —Abro la puerta un poco más y la miro paciente, esperando a que se atreva a hablar.

—Sé que no tengo perdón, que podría haber ocurrido una desgracia, y no tengo excusa ninguna, pero quiero pedirte perdón. —Jared suspira y yo lo agarro del brazo para que sea un poco comprensivo. Supongo que venir hasta nuestra casa para disculparse no ha debido de ser fácil—. Estoy en terapia, y ya he aceptado mi problema, pero para seguir trabajando en curarme tenía que pedirlos perdón personalmente, mostraros mi sincero arrepentimiento. De corazón, os pido perdón, sin juegos y sin medias verdades.

—Gracias, Heidi, y sinceramente espero que te recuperes rápido, porque mereces ser feliz, querer a alguien sanamente y que recibas lo mismo a cambio.

—Gracias, Liv. —Sus ojos se encharcan en lágrimas y siento una pena terrible en mi interior por ella, aun sabiendo que ha cometido mil y un errores, pero no me gusta ver a una persona sufrir—. Ya podéis iros, y mucha suerte esta noche, aunque no la necesitáis: habéis conseguido que Stauffer sea la marca icono del lujo y la moda.

—Cuídate mucho, Heidi. —Jared se dirige a ella con amabilidad por primera vez y le acaricia el brazo antes de agarrarme de la mano y que salgamos de casa para dirigirnos al coche, que ya nos espera en la puerta para llevarnos a la fiesta.

* * *

Estacionamos frente al principio de la alfombra roja y vemos que decenas de famosos están siendo fotografiados a las puertas de la escalinata.

—¿Estás preparada para brillar más que todos ellos? —Niego con la cabeza.

Claro que no lo estoy, creo que nunca me había imaginado en una situación como esta—. Yo estaré a tu lado.

Las puertas de la limusina se abren y nuestro chófer me ofrece la mano para ayudarme a bajar, y me giro para esperar a Jared, quien, en cuanto sale del coche, me coge la mano con fuerza y comenzamos a caminar por la alfombra con una sonrisa plasmada en los labios, que no nos borran los flashes ni las conversaciones que mantenemos durante la presentación de las joyas. Al final decidimos exponerlas en el pasillo del palacio que lleva a un gran salón, todas ellas colgadas del techo en jaulas de cristal e iluminadas de tal forma que el brillo y el color de las piedras se multiplica por diez.

—Jamás había visto una exposición de joyas como esta. Debo felicitaros, habéis creado algo que sale de lo corriente.

—Muchas gracias, Oprah. No sabes lo feliz que he sido al saber que habías aceptado nuestra invitación. Eres un ejemplo que seguir.

—No cambies nunca, no olvides de dónde vienes y, sobre todo, el esfuerzo, el sudor y las lágrimas que has derramado hasta llegar aquí. —Registro su consejo porque me parece uno tan inteligente que me va a acompañar el resto de mi vida.

Los tres caminamos hasta el final del pasillo para acceder al salón, donde presentamos juntos nuestra nueva colección. Mostramos una producción audiovisual para que no solo se conozca el resultado, sino para que todos los asistentes sean conscientes del trabajo y las personas que hay detrás de todo el proceso, desde la mina al taller. Y para finalizar nuestra presentación y antes de dejar a Oprah con la subasta de la joya más exclusiva de toda la colección, esta nos conquista a todos con un discurso sobre la libertad de cada una de nosotras y el poder de decisión que tenemos sobre nosotras mismas, lo que queremos y,

especialmente, lo que no queremos. Hace hincapié en la palabra no, y arranca un aplauso de todas las mujeres de la sala y de sus acompañantes, que la ovacionan.

—Y ahora es vuestro turno. Tenemos esta joya impresionante que tiene un precio de salida de un millón de euros.

Jared y yo bajamos hasta las mesas en la que Emilia y Max nos esperan para poder ver cómo va la subasta.

—Un millón y medio —oigo asombrada, y veo cómo un hombre con semblante serio acompañado de una señora elegantísima levanta su número, el seis.

—¿Un millón seiscientos? Ah, sí, al número veinte. Muy bien, parece que hay varios interesados que están dispuestos a todo. —Oprah entra en el juego y los presentes sonreímos mientras vemos que varias cartulinas se levantan—.

¿Alguien ha dicho dos millones? —Vuelven a elevarse unas cuantas y miro a Jared, que está orgulloso de su decisión. Y es que yo había pensado en poner un precio de venta, pero él estaba seguro de que una subasta subiría el valor, que las pujas obligarían a muchos compradores a elevar la cifra, con lo que los beneficios compensarían todo el coste—. ¡Madre mía, cien millones! —grita Oprah con su chorro de voz y solo se elevan tres cartulinas, las de los números seis, veinte y treinta y cuatro; los tres que parece que están dispuestos a luchar hasta el último momento.

—El número seis va a ganar —me susurra al oído, y yo vuelvo a mirarlo y descubro que en este momento también nos mira a nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es como yo —suelta como si nada—. Y porque es mi amigo.

—Y tiene mucho dinero. —Es una obviedad si lo que quiere es comprar una joya por más de cien millones de euros.

—Ciento treinta millones a la una, a las dos... y a las tres. Vendida al número seis por ciento treinta millones de euros.

—Te lo dije. —Veo que se miran sonrientes y luego nos dirigimos a degustar la comida, hasta que Jared y yo decidimos pasar por todas las mesas para comprobar que todo va perfecto.

Una a una, vamos saludando a todos los presentes en ellas y dedicándoles unos minutos, hecho que agradecen. No sé ni cuánto tiempo pasa hasta que llegamos a la última mesa, la del número seis, el afortunado que se ha llevado la joya más importante.

—Sean, Avery —saluda a su amigo y a su mujer, que le sonríe amigablemente

—. Liv, te presento a unos amigos de Canadá. Sean y Avery Cote.

—Te veo muy bien. —Ambos ríen.

—Encantada, Liv. Tengo que daros mi más sincera enhorabuena por la colección, y por esta fiesta. —Se dirige a mí con tanto cariño que siento que la conozco de toda la vida. Es una chica un poco mayor que yo, pero no mucho, y no parece la típica mujer adinerada y estirada.

—Aún no me lo creo, esto es un sueño para mí —me sincero con ella y noto una gran complicidad—. Gracias por pujar por el colgante. Para mí es una pieza muy especial, no os imagináis la de horas que hay detrás de todo el proceso, desde que comenzamos a trabajar en el diseño hasta que la vimos terminada.

—Me encantaría poder ir al taller y ver el proceso en persona —comenta Sean.

—Claro, mañana...

—No —me interrumpe Jared, y tanto él como yo lo miramos sorprendidos—.

Esta misma noche tenemos que irnos. —Alzo ambas cejas, aún más sorprendida

—. ¿Teníais que joderme la sorpresa? —Rompe a reír con Sean, se ve que se entienden perfectamente.

—Otro día nos encantará conocer de primera mano vuestro taller —interviene Avery echándole un capote a Jared, que le sonríe—, y así nos podremos conocer mejor... y en circunstancias más íntimas.

Acaba de convertirse en una de mis amigas con lo que termina de decir, porque estas fiestas están muy bien, pero me siento mucho más cómoda en una comida más privada o incluso invitándolos a nuestra casa.

—Y me debes una visita —le recuerda a Jared, que asiente estrechándole un hombro con cariño.

—Eso está hecho. Por cierto, mañana te llamarán para gestionar el transporte.

Nosotros nos encargamos de todo, seguro incluido.

—Confío en vosotros.

Nos despedimos de ellos con la promesa de volver a vernos otro día y seguimos saludando al resto de los invitados, hasta que volvemos de nuevo a nuestra mesa, donde apenas comemos un poco porque casi todo se ha enfriado, pero no nos importa; lo que es realmente importante es que todo ha salido a las mil maravillas.

—¿A dónde nos vamos esta noche? —le pregunto directamente, y él pone cara de fastidio, y es que, sin saberlo ni pretenderlo, le he estropeado la sorpresa—.

Ya lo sé, no sirve de nada que finjas.

—Querías unas vacaciones, ¿no?

Max y Emilia, que están sentados con nosotros, nos miran sonrientes y asienten con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer cuando no estéis? —les pregunto a ambos, y Max me acaricia la mano por encima de la mesa.

—Trabajar sin descanso. —Max rompe a reír ante la ocurrencia de Emilia y yo miro a Jared con cara de terror y felicidad a partes iguales—. Necesitáis crecer, y delegar. Es muy importante que luchéis por esto segundo para permitir os vivir fuera de la empresa.

—Yo quiero daros las gracias. Os prometo que estoy emocionado porque no creía que fuerais a llevar esta empresa tan bien como habéis demostrado hacerlo a lo largo de estos meses, porque no solo sois capaces, sino que vais a luchar por ella como si ambos fuerais de mi sangre. Sé que hemos tenido altibajos a nivel personal, pero os quiero como si fuerais mis hijos, a los dos, desde el momento que os recibí en mi casa, y voy a estar a vuestro lado, como siempre, en las épocas buenas, las regulares y las malas... ayudando, apoyando, llorando si hace falta, porque os quiero, y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

Las palabras de Max me emocionan tanto que lo abrazo con todas mis fuerzas a punto de llorar, porque para mí es como un padre, porque se ha comportado como tal desde que el mío me dejó. Y no puedo más que estarle eternamente

agradecida por todo lo que ha hecho por mí.

—Te quiero —le respondo.

—Nos estamos poniendo demasiado sentimentales —interviene Jared.

Parece que no soy la única que se da cuenta y todos reímos.

—¿Tienes celos? —le pregunto divertida—. A ti también te quiero. Es más, a ti te amo como no he amado a nadie en toda mi vida.

Tira de mí y me sienta sobre su regazo ante la mirada de ambos, que sonríen contentos al vernos tan felices.

CUARENTA Y OCHO HORAS MÁS TARDE...

Salgo de la cama tan solo vestida con las braguitas y, desde la habitación, miro por la salida directa al mar el paraíso que tengo frente a mí en este momento.

Aún no me creo que, tras la fiesta, nos llevarán directamente al aeropuerto, donde estaba nuestro equipaje preparado para volar hacia Belice. Aquí nos esperaba un helicóptero que nos trajo a esta isla paradisíaca en la que tan solo hay una casa y la privacidad es absoluta.

—¿Ya te has despertado? —oigo su voz, y me giro para observar cómo se estira aún entre las sábanas revueltas de la noche anterior, y voy hasta él, que no duda en tirar de mi mano hasta que caigo sobre su cuerpo—. Creo que nos vamos a mudar a este lugar.

—¿Podemos? —Abre un ojo ante su pregunta y me analiza.

—No, no podemos, deja de mirarme así.

—Podríamos estar desnudos todo el día...

—Y follar cuando quisiéramos —me tienta, y claro que es muy tentador, pero debemos ser consecuentes con nuestras obligaciones, y para unas vacaciones es

ideal, pero no para vivir. Se sienta sobre los almohadones y me coloca frente a él, ambos con las rodillas flexionadas—. Cierra los ojos. —Lo hago, y noto que se mueve hacia un lado; espero paciente a saber lo que quiere—. Cierra los ojos

—me repite cuando los abro un poco para ver qué es lo que está haciendo—.

Nunca había parado mi trabajo por nada como lo he hecho esta vez. Estoy en una isla remota, sin Internet ni línea de teléfono, solos tú y yo, y siento que no necesito nada más, que soy el hombre más feliz de la tierra, pero lo sería más si supiera que tú piensas del mismo modo y quisieras pasar el resto de tu vida a mi lado.

Coge mi mano y noto que desliza un anillo en el dedo anular de mi mano derecha, y ahora sí que no puedo resistir más y abro los ojos para poder verlo.

—Jared... —Se me anegan los ojos de lágrimas y asiento porque claro que quiero, no hay nada que desee más en este mundo que pasar lo que me queda de vida junto a él—. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Digamos que te estoy pidiendo que pases el resto de tu vida conmigo, porque no sé si pedirte matrimonio es lo que te gustaría oír.

—Sí, claro que sí. Quiero estar a tu lado para siempre y, sí, quiero casarme contigo y ser la señora...

—Stauffer —me interrumpe antes de que diga su apellido y me alegra oír eso—.

No pienso volver a renegar de mi apellido, y mucho menos de la persona que me recibió en mi primera respiración sabiendo que no era de su sangre. Así que seremos el señor y la señora Stauffer.

—Te amo. —Lo beso todavía con lágrimas en los ojos, porque estoy inmensamente feliz de que me haya pedido matrimonio.

Nos abrazamos y volvemos a enredarnos entre las sábanas que han sido testigos de nuestro amor durante la noche anterior, y que son las primeras en saber que acabamos de prometernos amor eterno, un proyecto de vida en común... dejando atrás todas las noches que dibujé un «te odio» y recibiendo con los brazos abiertos todas las noches que dibujaré un «te quiero».

Agradecimientos

Quiero darte las gracias a ti, que ahora mismo estás leyendo estas palabras y durante estos meses de bloqueo has esperado paciente a que las musas regresaran a mí. Nunca hubiera pensado que caería en el tan temido síndrome de la página en blanco, pero, sí, por desgracia lo he vivido con frustración, creyendo que no volvería a escribir unos agradecimientos al final de una de mis obras.

Si no hubiese recibido cada mensaje de ánimo durante todo este tiempo, no sé si habría sido capaz de narrar esta historia tan bonita, tan especial y, sobre todo, tan mágica que me ha devuelto la ilusión por el proceso creativo.

Gracias infinitas a todos los que seguís a mi lado.

Os quiero.

Biografía



Soy una joven que lucha por superarse día a día. Vivo a las afueras de Barcelona; donde las nubes se funden con el verde de los árboles, en plena naturaleza e inmersa en una tranquilidad que tanto a mi familia como a mí nos hace muy felices.

Actualmente ocupo la mayor parte del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a

lo que más me gusta: escribir.

En 2016 tuve la oportunidad de publicar A través de sus palabras, mi primera novela, en esta gran casa que es Editorial Planeta, y desde ese momento fueron llegando más, una tras otra, año tras año, hasta la undécima, y con la intención de seguir escribiendo muchas más.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en: Instagram: @irist.hernandez

Facebook: @Iris T. Hernandez

Banda sonora

Despechá, 2022 Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Rosalía.

Las noches que dibujaré un te quiero Iris T. Hernández

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Esencia Digital / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-08-27177-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [Cover Page](#)
- [Portada](#)
- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)

- [Biografía](#)
- [Banda sonora](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)